La nueva novela del autor de *El hipnotista*

LARS KEPLER

La vidente

Planeta

Índice

Portada
Cita
Un médium
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43

Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61
Capítulo 62
Capítulo 63
Capítulo 64
Capítulo 65
Capítulo 66
Capítulo 67
Capítulo 68
Capítulo 69
Capítulo 70
Capítulo 71
Capítulo 72
Capítulo 73
Capítulo 74
Capítulo 75
Capítulo 76
Capítulo 77
Capítulo 78
Capítulo 79
Capítulo 80
Capítulo 81
Capítulo 82
Capítulo 83
Capítulo 84
Capítulo 85
Capítulo 86
Capítulo 87
Capítulo 88
Capítulo 89
Capítulo 90

Capítulo 91
Capítulo 92
Capítulo 93
Capítulo 94
Capítulo 95
Capítulo 96
Capítulo 97
Capítulo 98
Capítulo 99
Capítulo 100
Capítulo 101
Capítulo 102
Capítulo 103
Capítulo 104
Capítulo 105
Capítulo 106
Capítulo 107
Capítulo 108
Capítulo 109
Capítulo 110
Capítulo 111
Capítulo 112
Capítulo 113
Capítulo 114
Capítulo 115
Capítulo 116
Capítulo 117
Capítulo 118
Capítulo 119
Capítulo 120
Capítulo 121
Capítulo 122
Capítulo 123
Capítulo 124
Capítulo 125
Capítulo 126
Capítulo 127
Capítulo 128
Capítulo 129
Capítulo 130
Capítulo 131
Capítulo 132
Capítulo 133
Capítulo 134
Capítulo 135
Capítulo 136
Capítulo 137

Capítulo 138
Capítulo 139
Capítulo 140
Capítulo 141
Capítulo 142
Capítulo 143
Capítulo 144
Capítulo 145
Capítulo 146
Capítulo 147
Capítulo 148
Capítulo 149
Capítulo 150
Capítulo 151
Capítulo 152
Capítulo 153
Capítulo 154
Capítulo 155
Capítulo 156
Capítulo 157
Capítulo 158
Capítulo 159
Capítulo 160
Capítulo 161
Capítulo 162
Capítulo 163
Capítulo 164
Capítulo 165
Capítulo 166
Capítulo 167
Capítulo 168
Capítulo 169
Capítulo 170
Capítulo 171
Capítulo 172
Capítulo 173
Capítulo 174
Capítulo 175
Capítulo 176
Capítulo 177
Capítulo 178
Capítulo 179
Capítulo 180
Capítulo 181
Capítulo 182
Capítulo 183
Capítulo 184

Capítulo 185
Capítulo 186
Capítulo 187
Capítulo 188
Capítulo 189
Capítulo 190
Capítulo 191
Capítulo 192
Capítulo 193
Capítulo 194
Capítulo 195
Otros títulos publicados en Planeta Internacional
Créditos

...todos los embusteros tendrán su parte en el lago que arde con fuego y azufre...

Apocalipsis 21:8

Un médium es una persona que afirma tener un talento paranormal, una capacidad para crear vínculos más allá de los límites establecidos por la ciencia.

Algunos médiums entran en contacto con los muertos en sesiones de espiritismo mientras que otros, por ejemplo, ofrecen una guía con cartas del tarot.

Los intentos de comunicarse con los muertos a través de un médium se remontan a los principios de la historia de la humanidad. Mil años antes del nacimiento de Cristo, el rey Saúl de Israel trató de pedirle consejo al espíritu del difunto profeta Samuel.

En todo el mundo la policía ha recurrido a médiums espirituales y espiritistas cuando se han encontrado con casos especialmente difíciles. Ocurre varias veces al año y, sin embargo, no hay ni un solo ejemplo documentado de que un médium haya contribuido a resolver caso alguno.

1

Elisabet Grim, de cincuenta y un años, tiene el pelo cubierto de canas. Sus ojos son alegres y cuando sonríe puede apreciarse que uno de los incisivos se le monta un poco encima del otro.

Elisabet trabaja de enfermera en el Birgitta, un centro cerrado de menores situado al norte de Sundsvall. Es una institución privada de acogida que atiende a ocho chicas de entre doce y diecisiete años, de acuerdo con la Ley Específica de Decisiones sobre el Cuidado de Menores.

Muchas de las chicas que llegan al centro arrastran problemas con las drogas, la mayoría se autolesionan, tienen trastornos alimenticios y algunas de ellas son muy agresivas.

En realidad no existe alternativa a las casas de acogida con alarma en las puertas, rejas en las ventanas y esclusas de seguridad. La siguiente parada suele ser alguna cárcel del mundo adulto o un centro psiquiátrico. Pero el Centro Birgitta pertenece a un reducido grupo de instituciones que ofrecen un sitio a las chicas que van camino del régimen abierto.

«Al Centro Birgitta suelen venir las chicas buenas», acostumbra a decir Elisabet.

Coge la última onza de chocolate negro, se la lleva a la boca y el dulzor amargo le hace cosquillas debajo de la lengua.

Poco a poco sus hombros empiezan a relajarse. La jornada se había complicado, a pesar de que el día había transcurrido sin sobresaltos. Clases por la mañana y después de comer un rato de juego y un chapuzón en el lago.

Tras la cena la encargada se había ido a casa, dejando a Elisabet sola en el centro.

El personal de noche se había reducido cuatro meses atrás después de que la compañía Holding Blanchefords comprara el consorcio de salud al que pertenece el Centro Birgitta.

Las alumnas tenían permiso para ver la televisión hasta las diez. Elisabet se encontraba en la oficina tratando de poner al día los historiales de comportamiento cuando empezó a oír gritos. Fue corriendo a la sala del televisor y vio que Miranda se estaba ensañando con la pequeña Tuula. La estaba llamando guarra y puta a gritos, la había tirado del sofá y, cuando la tuvo en el suelo, empezó a darle patadas en la espalda.

Elisabet comenzaba a estar familiarizada con los accesos de violencia de Miranda. Entró corriendo en la sala y separó a las dos chicas. Se llevó un bofetón, por lo que se vio obligada a gritarle a Miranda que su comportamiento era inaceptable. Sin dejar siquiera que contestara, se la llevó a la sala de inspecciones y después al cuarto de aislamiento, en el pasillo principal.

Elisabet le dio las buenas noches, pero Miranda no dijo nada. Se quedó sentada en la cama con la mirada fija en el suelo y sonriendo para sí mientras Elisabet cerraba la puerta con dos vueltas de llave.

Vicky Bennet, la chica nueva, tenía reservada su hora de charla, pero el conflicto entre Miranda y Tuula había acaparado toda la noche y ya no quedaba tiempo para ello. Vicky señaló con cuidado que le tocaba tener una charla a solas y, cuando vio que quedaba aplazada, se puso triste, rompió una taza, cogió un trozo y se hizo varios cortes en el vientre y en las muñecas.

Cuando Elisabet entró en la habitación de Vicky se la encontró sentada con la cara hundida en las manos y los antebrazos llenos de sangre.

Elisabet le lavó las heridas, le puso una tirita en el vientre, le vendó las muñecas con gasa, la consoló y la llamó «cielo» hasta que consiguió arrancarle una pequeña sonrisa. Por tercera noche consecutiva le dio diez miligramos de Sonata para que pudiera quedarse dormida.

2

Las alumnas están acostadas y el silencio reina en el Centro Birgitta. En la ventana de la oficina hay una lámpara encendida que hace que el mundo exterior parezca impenetrablemente oscuro.

Elisabet está sentada delante del ordenador con la frente fruncida mientras anota en el diario los sucesos que han ocurrido durante la noche.

Faltan pocos minutos para las doce y Elisabet cae en la cuenta de que ni siquiera le ha dado tiempo de tomarse la pastilla. Su pequeña droga, como ella suele bromear. Las guardias y las jornadas agotadoras han acabado por romperle el sueño. Suele tomarse diez miligramos de Stilnoct cada noche a las diez para poder quedarse dormida a las once y así tener unas cuantas horas de descanso.

La oscuridad de septiembre se ha apoderado del bosque que rodea el centro, pero aún se puede ver la superficie del lago Himmelsjön brillando como el nácar.

Por fin puede apagar el ordenador y tomarse la pastilla. Se echa la bata sobre los hombros y piensa en lo bien que le sentaría tomarse una copa de vino tinto. Tiene ganas de quedarse sentada en la cama con un buen libro y un poco de vino, leer un rato y charlar con Daniel.

Pero esta noche está de guardia y le toca dormir en el cuartito del centro.

Da un respingo cuando de repente *Buster* empieza a ladrar en el patio. Ladra con tanta intensidad que a Elisabet se le eriza el vello de los brazos.

Es muy tarde, ya tendría que haberse metido en la cama.

A estas horas suele estar dormida.

Cuando el ordenador se apaga el cuarto queda a oscuras. De pronto todo está en completo silencio. Elisabet toma conciencia de los sonidos que ella misma produce. El soplido de la silla cuando se levanta, el crujido de las tablas de parquet bajo sus pies cuando se acerca a la ventana. Intenta ver algo fuera, pero la oscuridad sólo le permite contemplar el reflejo de su propia cara en el cristal, la oficina con el ordenador y el teléfono y el empapelado de las paredes con motivos en color amarillo y verde.

De repente ve que la puerta se abre ligeramente a su espalda.

El corazón se le acelera. Ella había dejado la puerta entornada, pero ahora está abierta hasta la mitad. «Debe de haber sido la corriente», se dice. La estufa de leña del comedor consume cantidades ingentes de aire.

Elisabet siente que le invade una extraña intranquilidad, una especie de miedo comienza a esparcirse por sus venas. No quiere volverse, así que se queda mirando fijamente la oscura ventana y el reflejo de la puerta que tiene a su espalda.

Escucha con atención el silencio, el ordenador que aún emite un leve zumbido.

En un intento de desprenderse del malestar alarga la mano, apaga la lámpara de la ventana y da media vuelta.

La puerta está abierta de par en par.

Un escalofrío le baja desde la nuca y le recorre toda la espalda.

Las luces de emergencia brillan débilmente delante del comedor y de las habitaciones de las chicas. Elisabet sale de la oficina y decide ir a comprobar si las puertecillas de la estufa de leña están cerradas cuando de pronto oye un susurro que llega desde las habitaciones.

3

Elisabet se detiene con la mirada fija en el pasillo y agudiza el oído. Al principio no oye nada, luego lo siente otra vez. Un leve susurro, tan frágil que apenas puede distinguirse.

—Te toca cerrar los ojos —dice una voz.

Elisabet permanece inmóvil observando la oscuridad, parpadea una y otra vez, pero no logra ver a nadie.

Apenas le da tiempo a pensar que debe de tratarse de alguna de las chicas hablando en sueños cuando oye un sonido peculiar, como si alguien dejara caer un melocotón demasiado maduro en el suelo. Y luego otro. Pesado y lleno de jugo. Una pata de mesa rasca el suelo y luego caen dos melocotones más.

Elisabet intuye un movimiento con el rabillo del ojo. Una sombra que se desliza. Se vuelve y ve que la puerta del comedor se está cerrando lentamente.

—Espera.

Lo dice a pesar de creer que no es más que la corriente otra vez. Se acerca a paso rápido, agarra la manija y siente una extraña resistencia. Se enzarza en una breve lucha de fuerzas hasta que la puerta se abre con facilidad.

Elisabet entra en el comedor. Está alerta y trata de inspeccionar toda la sala con la mirada. La mesa principal resplandece suavemente. Paso a paso se acerca hasta la estufa de leña y ve el destello de sus propios movimientos en las puertecillas de latón. Están cerradas.

Los conductos de humo desprenden calor.

De repente se oye un restallido y un chasquido tras las puertecillas. Elisabet da un paso atrás y topa con una silla.

No ha sido más que leña incandescente que se ha desplomado contra la cara interna de las puertecillas. La sala está vacía.

Toma aire, sale del comedor, cierra la puerta y piensa en dirigirse de nuevo por el pasillo hacia el cuartito de dormir, pero para en seco y vuelve a escuchar.

No se oye nada en la sección de las chicas. Aromas ácidos flotan en el aire, vaporosos, metálicos. La mirada de Elisabet se pasea en busca de algún movimiento por el oscuro pasillo, pero todo está quieto. Aun así hay algo que la empuja hacia allí, hacia la línea de puertas de las habitaciones. Algunas parecen estar entreabiertas, otras están cerradas, pero nunca con llave.

En el lado derecho del pasillo están los lavabos y después hay una alcoba con la puerta del cuarto de aislamiento donde duerme Miranda, ésta sí, bajo llave.

El ojo de la cerradura centellea débilmente.

Elisabet se detiene y contiene la respiración. Una voz aguda susurra algo en alguna habitación, pero se calla en cuanto Elisabet emprende la marcha.

—Silencio —ordena al aire.

El corazón le empieza a latir más fuerte cuando oye una serie de golpes rápidos y seguidos. Le resulta difícil localizar el ruido, pero es como si Miranda estuviera en la cama dando golpes en la pared con los pies descalzos. Elisabet piensa en acercarse y echarle un vistazo por el ojo de la cerradura cuando se da cuenta de que parece haber alguien en la oscuridad de la alcoba. Es una persona.

Se le escapa un jadeo y comienza a retroceder de espaldas, con una sensación irreal y de tremenda pesadez que le invade el cuerpo entero.

Comprende al instante el peligro de la situación, pero el miedo le ralentiza los movimientos.

No es hasta que el suelo del pasillo cruje cuando le invade el impulso de huir para salvar la vida.

De pronto la figura negra comienza a moverse a gran velocidad.

Elisabet da media vuelta, empieza a correr, oye los pasos que la persiguen, resbala en la alfombra, se golpea el hombro contra la pared y sigue avanzando.

Una suave voz le ordena que se detenga, pero ella no hace caso, sólo corre a través de un pasillo que le parece eterno.

Las puertas se abren y rebotan contra la pared.

Presa del pánico, pasa por delante de la sala de inspecciones apoyándose en la pared. El cuadro de la Convención sobre los Derechos del Niño de la ONU se descuelga del gancho y se desploma sobre el suelo. Elisabet alcanza la puerta principal, empuja con torpeza la manija y sale corriendo al aire fresco de la noche, pero resbala en los escalones del porche. Cae sobre una de sus piernas. El dolor en el tobillo es tan intenso que no puede reprimir un grito. Baja a rastras hasta el suelo del patio, oye unos pasos pesados en el vestíbulo, gatea unos metros, pierde una de sus zapatillas y, gimiendo, consigue ponerse en pie.

El perro ladra, corre en círculos, resopla y jadea. Elisabet se aleja cojeando de la casa y cruza el oscuro patio de gravilla. El perro vuelve a soltar unos ladridos entrecortados y nerviosos. Elisabet sabe que no podrá avanzar por el bosque, y la finca más cercana queda muy lejos, a media hora en coche. No tiene adónde ir. Pasea la mirada por la oscuridad y se escabulle detrás del secadero. Llega a la caseta de la antigua destilería, abre la puerta con manos temblorosas, entra y cierra con cuidado.

Resoplando se acurruca en el suelo y hurga en busca de su teléfono.

—Dios mío, Dios mío...

Le tiemblan tanto las manos que el móvil se le cae al suelo. La tapa trasera se desprende y la batería salta de su sitio. Elisabet empieza a recoger las piezas cuando oye unos pasos que se arrastran por la grava, en el exterior.

Contiene la respiración.

El pulso le retumba dentro del cuerpo. Le zumban los oídos. Intenta ver algo por la ventana más baja.

El perro está ladrando justo ahí fuera. *Buster* la ha seguido hasta ahí. Araña la puerta y gimotea nervioso.

Elisabet gatea hasta una esquina junto al muro del viejo horno de leña, procura respirar sin hacer ruido, se esconde detrás del arcón de leña y luego coloca como puede la batería en el teléfono.

Elisabet rompe el silencio con un grito cuando la puerta de la destilería se abre. Presa del pánico, comienza a deslizarse por la pared, pero no llega a ninguna parte.

Ve las botas, la figura sombría y luego la horrible cara y el enorme martillo en la mano.

Asiente con la cabeza, escucha la voz y se cubre la cara con las manos.

La sombra duda por un instante, pero en seguida se desplaza firmemente, aprieta a Elisabet contra el suelo con el pie y la golpea con fuerza. Elisabet siente una quemazón en la frente, en el nacimiento del pelo. Pierde la vista por completo. El dolor es insoportable, pero al mismo tiempo nota claramente cómo la sangre caliente empieza a correrle por las orejas y a bajarle por el cuello como una caricia.

El siguiente golpe le acierta en el mismo sitio; Elisabet cabecea un momento y lo único que percibe es el oxígeno penetrando en sus pulmones.

Desorientada, piensa que el aire es maravillosamente dulce y al instante siguiente pierde el conocimiento.

Elisabet no siente el resto de los martillazos ni cómo su cuerpo se sacude a medida que la golpean. No se da cuenta de que le sacan las llaves de la oficina y del cuarto de aislamiento del bolsillo, tampoco es consciente de que se queda tumbada en el suelo, ni de que al cabo de un momento el perro consigue entrar en la destilería y empieza a lamerle la sangre de la cabeza destrozada mientras la vida la abandona lentamente.

5

Alguien se ha dejado una manzana grande y roja sobre la mesa. Es brillante y tiene un aspecto de lo más apetitoso. Piensa que se la va a comer y que después hará como si nada, pasará olímpicamente de las preguntas y del sermón y se quedará sentada con cara de enfadada.

Alarga la mano para coger la manzana, pero cuando por fin la sostiene entre los dedos se da cuenta de que está podrida.

Sus yemas se hunden en la carne fría y húmeda de la fruta.

Nina Molander se despierta con el gesto de retirar rápidamente la mano. Está tumbada en su cama en mitad de la noche. Lo único que se oye es el perro ladrando en el patio. Con la nueva medicación se despierta todas las noches. Tiene que ir al baño. Las piernas y los pies se le hinchan, pero necesita la medicina; si no se la toma todos sus pensamientos se vuelven oscuros, deja de preocuparse por todo y no tiene fuerzas para nada más que para permanecer tumbada con los ojos cerrados.

Piensa que necesitaría un poco de luz, algo a lo que aspirar. No sólo la muerte, no sólo pensar en morir.

Nina se quita el edredón de encima, pone los pies sobre el suelo caliente de madera y se levanta de la cama. Ya ha cumplido los quince años y tiene el pelo rubio y liso. Es de complexión fuerte, con caderas anchas y pechos grandes. El camisón blanco de franela le queda ceñido en el abdomen.

La casa de acogida está en silencio y el pasillo descansa bajo el tenue resplandor verde de la señal de salida de emergencia.

Oye unos susurros extraños detrás de una puerta y piensa que las demás chicas deben de haber organizado una fiesta, pero a ella nadie la ha invitado.

«Tampoco me apetece», piensa.

Un olor a ascuas apagadas flota en el aire. El perro empieza a ladrar otra vez. En el pasillo el suelo está más frío. Nina no se molesta en caminar sin hacer ruido. Tiene ganas de cerrar la puerta del lavabo de golpe, varias veces. Le importa una mierda que Almira se enfade y que luego vaya dando cuchilladas por la espalda.

Las viejas tablas del suelo crujen débilmente a su paso. Nina continúa hacia los lavabos, pero se detiene al pisar con el pie derecho algo mojado. Un charco oscuro se filtra por debajo de la puerta del cuarto de aislamiento donde duerme Miranda. Al principio Nina se queda quieta sin saber qué hacer, pero luego ve que la llave está en la cerradura.

Le resulta extraño.

Estira el brazo en busca de la reluciente manija, abre la puerta, entra en la habitación y enciende la luz.

Hay sangre por todas partes, goteando, corriendo, brillando.

Miranda está en la cama.

Nina da unos pasos atrás y ni siquiera se da cuenta de que se está orinando encima. Se apoya con una mano en la pared, ve las huellas ensangrentadas en el suelo y siente que se va a desmayar.

Da media vuelta, ya está otra vez en el pasillo, abre la puerta del cuarto de al lado, enciende la luz del techo, se acerca a la cama de Caroline y la zarandea por el hombro.

—Miranda está herida —susurra—. Creo que está herida.

—¿Qué haces en mi habitación? —le pregunta Caroline mientras se incorpora—. Joder, ¿qué hora es?

—¡Hay sangre en el suelo! —grita Nina.

—Tranquilízate.

Nina respira demasiado de prisa, tiene los ojos clavados en los de Caroline, tiene que hacerle comprender, pero al mismo tiempo le sorprende oír su propia voz gritando en plena noche.

—¡Hay sangre por todas partes!

—Cállate —la frena Caroline mientras se levanta de la cama.

Los gritos de Nina han despertado a las demás y se oyen voces en las habitaciones.

—Ve a mirar —dice Nina mientras se araña los brazos angustiada—. Miranda está rara, tienes que ir a verla, tienes que...

—¿Te puedes calmar un poco? Voy a ver, pero estoy segura de que...

Se oye un grito en el pasillo. Es la pequeña Tuula. Caroline sale corriendo. Tuula está mirando fijamente el cuarto de aislamiento con los ojos muy abiertos. Indie sale al pasillo y se rasca una axila.

Caroline se lleva a Tuula de un tirón, pero le da tiempo a ver la sangre en las paredes y el cuerpo pálido de Miranda. Su corazón se acelera. Le interrumpe el paso a Indie pensando que ninguna tiene por qué ver más suicidios.

—Ha habido un accidente —se apresura a explicar—. Indie, ¿te puedes llevar a todo el mundo al comedor?

—¿Le pasa algo a Miranda? —pregunta Indie.

—Sí, tenemos que despertar a Elisabet.

Lu Chu y Almira salen de la misma habitación. La primera sólo lleva un pantalón de pijama y la otra se ha envuelto en el edredón.

—Id al comedor —dice Indie.

—¿Me puedo lavar la cara primero? —pregunta Lu Chu.

—Llévate a Tuula.

—¿Qué coño está pasando? —pregunta Almira.

—No lo sabemos —responde Caroline de forma escueta.

Mientras Indie intenta llevárselas a todas al comedor, Caroline corre por el pasillo hasta el cuartito del personal. Sabe que Elisabet toma pastillas para dormir y que nunca se entera de nada cuando alguna de las chicas se levanta en plena noche.

Caroline golpea la puerta con todas sus fuerzas.

—¡Elisabet, despierta! —grita.

No se oye ni el menor ruido.

Caroline pasa por delante de la sala de inspecciones y va hasta la oficina de las cuidadoras. La puerta está abierta, así que entra sin ningún reparo, coge el teléfono y llama a Daniel, la primera persona que le viene a la cabeza.

La línea chisporrotea.

Indie y Nina entran en la oficina. Nina tiene los labios blancos, se mueve con torpeza y está tiritando.

—Esperad en el comedor —dice Caroline.

—Pero la sangre... ¡¿Has visto la sangre?! —grita Nina, y se araña con violencia en el antebrazo derecho.

—Daniel Grim —responde una voz al teléfono.

—Soy yo, Caroline, ha habido un accidente en el centro y no consigo despertar a Elisabet, así que te he llamado a ti; no sé qué tenemos que hacer.

—¡Tengo sangre en los pies! —grita Nina—. ¡Tengo sangre en los pies...!

—Cálmate —dice Indie e intenta llevarse a Nina de allí.

—¿Qué ocurre? —pregunta Daniel con una voz que de repente suena atenta y serena.

—Miranda está en aislamiento, pero el cuarto está lleno de sangre —responde Caroline y traga saliva—. No sé qué tenemos...

—¿Está herida? —pregunta él.

—Sí, creo que... o...

—Caroline —la interrumpe Daniel—. Voy a llamar a una ambulancia y...

—Pero ¿qué hago? ¿Qué...?

—Mira si Miranda necesita ayuda e intenta despertar a Elisabet —responde Daniel.

7

La centralita de alarmas de Sundsvall está en un edificio de tres plantas de ladrillo rojo en la calle Björneborgsgatan, junto al parque Bäck. Jasmin no suele tener problemas con las guardias de noche, pero hoy se siente muy cansada. Son las cuatro de la mañana y la peor hora ya ha pasado. Está delante del ordenador con los auriculares puestos y soplando una taza de café solo. En la cocina siguen las conversaciones y las bromas. Los titulares de ayer decían que una operadora de la central de alarmas de la policía trabajaba haciendo sexo telefónico. Por lo visto se trataba de un puesto administrativo dentro de la empresa que vendía sexo por teléfono, pero la prensa había hecho que pareciera como que la mujer respondía a dos tipos de llamadas en la centralita.

Jasmin aparta los ojos de la pantalla y mira por la ventana. Aún no ha empezado a despuntar el día. Un tráiler pasa retumbando por delante del edificio. Al final de la calle hay una farola que arroja una luz pálida sobre un árbol, un armario eléctrico y un trozo de la acera vacía.

Jasmin deja la taza en la mesa y responde a la llamada entrante.

—SOS 112... ¿Qué ocurre?

—Me llamo Daniel Grim, soy asistente social en el Centro Birgitta. Una de las alumnas me acaba de llamar. Parecía un caso muy grave. Tienen que enviar a alguien.

—¿Me puede decir qué ha pasado? —pregunta Jasmin mientras busca el Centro Birgitta en el ordenador.

—No lo sé, me ha llamado una de las chicas. No he entendido del todo lo que me ha dicho, se oían gritos de fondo y ella estaba llorando y decía que había sangre por toda la habitación.

Jasmin le hace una señal a su compañera Ingrid Sandén para indicarle que hacen falta más operadoras.

—¿Está usted en el sitio? —pregunta Ingrid.

—No, estoy en mi casa, estaba durmiendo, pero una de las chicas me ha llamado...

—¿Se refiere al Centro Birgitta que está al norte de Sunnås? —pregunta Jasmin con calma.

—Por favor, dense prisa —dice él con voz temblorosa.

—Mandamos varias patrullas y una ambulancia al Centro Birgitta, al norte de Sunnås —repite Jasmin para estar segura.

Deja un momento la conversación y pasa rápidamente el aviso a la policía y a la ambulancia. Ingrid continúa interrogando a Daniel:

—¿El Centro Birgitta no es un centro de menores?

—Sí, un centro especial —responde él.

—¿No debería haber personal allí?

—Sí, mi mujer tiene guardia, la voy a llamar ahora... No sé qué está pasando, no sé nada.

—La policía está de camino —dice Ingrid para tranquilizarlo y con el rabillo del ojo ve que la luz azul de la primera patrulla ya está barriendo la calle desierta.

8

El estrecho ramal que sale de la carretera 86 se adentra de lleno en el bosque oscuro y sube hasta el lago Himmelsjön y el Centro Birgitta.

La gravilla restalla bajo los neumáticos del coche de policía y salpica contra los bajos del vehículo. La luz de los faros penetra entre los troncos de los árboles.

—¿Tú ya habías estado aquí antes? —pregunta Rolf Wikner y mete la cuarta marcha.

—Sí..., hace un par de años hubo una chica que intentó prenderle fuego a una de las casas —responde Sonja Rask.

—¿Por qué coño no consiguen comunicarse con el personal? —se queja Rolf.

—Seguro que están a tope, independientemente de lo que haya pasado —dice Sonja.

—Pero a nosotros nos iría bien saber un poco más.

—Sí —responde ella con calma.

Después, los dos compañeros se quedan quietos escuchando la radio policial. Ya han salido una ambulancia del hospital y otra patrulla de comisaría.

El camino de grava avanza en línea recta, como ocurre en casi todos los caminos en las explotaciones madereras. Los neumáticos truenan al pasar por baches y agujeros. Los troncos aparecen y desaparecen en un mismo instante y las luces azules se abren paso en las profundidades del bosque.

En cuanto llegan al patio entre los edificios rojos del Centro Birgitta, Sonja informa por radio a comisaría.

En la escalera del porche del edificio principal hay una chica en camisón. Tiene los ojos muy abiertos. Está pálida y parece como ausente.

Rolf y Sonja se bajan del coche y se le acercan rápidamente en el resplandor de las ráfagas azules, pero la chica no parece percatarse de su presencia.

Un perro comienza a ladrar nervioso.

—¿Hay algún herido? —pregunta Rolf con voz fuerte—. ¿Hay alguien que necesite ayuda?

La chica hace un gesto impreciso hacia el lindero del bosque, se tambalea e intenta dar un paso, pero las piernas le flaquean. Cae de espaldas y se golpea la cabeza.

—¿Cómo estás? —le pregunta Sonja agachada a su lado.

La chica se queda tumbada en la escalera, mira al cielo y respira de prisa y de forma superficial. Sonja ve que se ha autolesionado en los antebrazos y el cuello.

—Voy a entrar —dice Rolf decidido.

Sonja se mantiene junto a la chica en estado de *shock* a la espera de que llegue la ambulancia mientras Rolf se mete en el edificio principal. En el suelo de madera ve huellas de sangre de botas y pies descalzos que se desperdigan en varias direcciones.

Puede identificar pasos grandes que van y vienen por el pasillo desde el recibidor. Rolf siente la adrenalina esparciéndose en su cuerpo. Camina con cuidado de no pisar las huellas, pero consciente de que su tarea primordial es salvar vidas.

Asoma la cabeza en una gran sala, ve que todas las luces están encendidas y descubre a cuatro chicas repartidas entre dos sofás.

—¡¿Hay alguien herido?! —grita.

—A lo mejor un poco —dice sonriendo una chica pequeñita pelirroja que lleva chándal rosa.

—¿Dónde está? —pregunta él estresado.

—Miranda está en la cama —responde una chica mayor de pelo oscuro y liso.

—¿Aquí dentro? —pregunta Rolf señalando la sección de dormitorios.

La chica mayor asiente con la cabeza y Rolf sigue el rastro de huellas rojas, pasa por delante de un comedor con una gran mesa de madera y una estufa de leña y entra en el pasillo oscuro donde están

las puertas de las habitaciones privadas de las alumnas. Zapatos y pies desnudos han estado pisando el charco de sangre. El viejo suelo cruje a sus espaldas. Rolf se detiene, desengancha la linterna del cinturón e ilumina el pasillo. Pasea de prisa la mirada por los dichos populares pintados a mano sobre las paredes y las citas de la Biblia escritas con letra ornamentada, y luego apunta hacia abajo con el haz de luz.

En una oscura alcoba ve que la sangre se ha filtrado por debajo de la puerta. En la cerradura hay una llave puesta. Sigue avanzando, cambia la linterna de mano con cuidado y estira el brazo para apretar la manija por el extremo.

Se oye un leve chasquido, la puerta se abre y la manija recupera su posición horizontal.

—¿Hola? ¿Miranda? Me llamo Rolf y soy policía —dice rompiendo el silencio mientras se acerca—. Voy a entrar...

Lo único que oye es su propia respiración.

Con cuidado termina de abrir y asoma la linterna. La visión con la que se topa es tan violenta que se tambalea y tiene que buscar apoyo en el marco de la puerta.

Aparta la mirada con un acto reflejo, pero sus ojos ya han visto lo que no querían ver. El pulso le zumba en los oídos y de fondo oye las gotas que van cayendo en el charco del suelo.

En la cama hay una chica joven a la que parece que le falta una parte importante del cráneo. Las paredes están salpicadas de sangre y aún caen gotas de la pantalla oscura de la lámpara del techo.

De repente la puerta se cierra detrás de Rolf y siente tanto miedo que se le cae la linterna. Todo se vuelve negro. Da media vuelta, tantea en la oscuridad y oye unas manitas de niña martilleando contra la puerta por fuera.

—¡Ahora ella te ve! —grita una voz aguda—. ¡Te está mirando!

Rolf encuentra la manija, intenta abrir la puerta pero está bloqueada. El ojo de la cerradura escupe una línea de luz sobre su cuerpo. Con manos temblorosas aprieta la manija y empuja con el hombro.

La puerta se abre de golpe y Rolf sale tropezando al pasillo. Sus pulmones cogen aire angustiados. A unos pocos metros de distancia ve a la niña pelirroja mirándolo fijamente.

9

El comisario Joona Linna mira por la ventana de la habitación de su hotel de Sveg, a cuatrocientos cincuenta kilómetros al norte de Estocolmo. La luz del alba se vuelve humeante y azulada cuando choca con el frío. No hay ninguna farola encendida en la calle Älvgatan. Todavía faltan muchas horas antes de saber si ha encontrado a Rosa Bergman.

Lleva una camisa gris oscuro desabrochada y colgando por fuera de los pantalones de pinza negros. Su pelo rubio está alborotado, como de costumbre, y ha dejado la funda con la pistola sobre la cama.

A pesar de los reiterados intentos de reclutarlo que han hecho diversos grupos especializados, Joona ha preferido quedarse como comisario operativo dentro de la policía judicial. A muchos les enerva que vaya siempre a su aire, pero en menos de quince años ha resuelto más casos difíciles en toda Escandinavia que ningún otro policía.

El verano anterior había llegado al Departamento de Asuntos Internos de la Policía Judicial una denuncia contra Joona por haber avisado a un grupo de extrema izquierda de que la policía secreta estaba a punto de asaltar sus instalaciones. Desde entonces, Joona ha quedado revocado de algunas de sus obligaciones pero sin quedar oficialmente suspendido.

El jefe de la investigación ha dejado claro que se pondría en contacto con el fiscal jefe de la unidad de autos policiales si considera que existe la más mínima razón para iniciar un proceso.

Las acusaciones son graves, pero en este momento Joona no tiene tiempo para preocuparse por eventuales suspensiones ni represalias.

Su cabeza no deja de darle vueltas a la anciana que se le presentó delante de la iglesia de Adolf Fredrik con el propósito de darle recuerdos de parte de Rosa Bergman. Con manos huesudas le mostró dos antiguos naipes de un *killelek*, uno de los juegos de cartas más antiguo de Europa.

—Éste es usted, ¿no es así? —le preguntó con interés—. Y ésta es la corona, la corona de novia saami.

—¿Qué quiere? —preguntó él.

—No quiero nada —respondió la anciana—. Pero tengo un mensaje para usted de parte de Rosa Bergman.

El corazón de Joona empezó a latir desbocado, pero hizo un esfuerzo por encogerse de hombros y explicar en tono amable que debía de tratarse de un error:

—Debe de haber un error, no conozco a nadie que se...

—Pregunta por qué se comporta usted como si su hija estuviera muerta.

—Lo siento, pero no sé de qué me habla —respondió Joona con una sonrisa.

Sonreía, pero su voz se había vuelto desconocida, lejana y fría, como si hubiera quedado atrapada bajo una gran roca. Las palabras de la mujer se le arremolinaban en la cabeza, le habría gustado cogerla por los brazos y exigirle que le explicara qué había pasado. Pero se mantuvo aparentemente tranquilo.

—Tengo que irme —dijo, y justo cuando se estaba dando la vuelta, la migraña arremetió contra su cerebro como una daga penetrándole por el ojo izquierdo. Su campo de visión se vio cegado por un halo espinoso y vibrante.

Cuando empezó a recuperar fragmentos de la vista vio que tenía un círculo de personas a su alrededor. Se apartaron para dejar espacio al personal de urgencias.

La anciana había desaparecido.

Joona había negado conocer a la tal Rosa Bergman, había dicho que debía de tratarse de un error. Pero estaba mintiendo.

Sabe perfectamente quién es Rosa Bergman.

Piensa en ella cada día. Él piensa en ella, pero ella no debería saber nada de él. Porque si Rosa Bergman conoce de su existencia es que algo ha salido tremendamente mal.

Joona había abandonado el hospital unas horas más tarde e inmediatamente había comenzado la búsqueda de Rosa Bergman.

Estaba obligado a hacerlo solo, así que pidió vacaciones en el trabajo.

Según los registros públicos no hay ninguna persona llamada Rosa Bergman en toda Suecia, pero en Escandinavia hay más de dos mil personas con ese apellido.

De forma sistemática Joona fue revisando un registro tras otro. Hacía dos semanas que no había tenido más remedio que empezar a repasar los archivos en papel del registro civil. Durante siglos fue competencia de la Iglesia, pero en 1991 el fisco asumió las tareas de digitalización.

Joona empezó con el registro de la Iglesia por el sur. Se encerró en el Archivo Nacional de Lund con una taza de café y buscó el nombre de Rosa Bergman en los ficheros con diferentes fechas de nacimiento y parroquias. Después pasó por Visby, Vadstena y Gotemburgo.

Fue a Uppsala y al colosal archivo de Härnösand. Revisó cientos de miles de papeles plagados de nacimientos, lugares y constelaciones familiares.

10

El día anterior por la tarde Joona estaba en el norte, sentado en el Archivo Nacional de Östersund. El dulce olor a anticuario que emanaba del papel viejo y las encuadernaciones duras llenaba la sala. La luz del sol avanzaba despacio por las grandes paredes, rebotaba en el cristal del péndulo inmóvil y luego continuaba su lento recorrido.

Poco antes de cerrar, Joona encontró una niña que había nacido ochenta y cuatro años atrás y que fue bautizada como Rosa Maja en la parroquia Sveg de Härjedalen, en la provincia de Jämtland. Los padres de la niña se llamaban Kristina y Evert Bergman. Joona no consiguió encontrar ningún dato acerca de su matrimonio, pero la madre había nacido diecinueve años antes como Kristina Stefanson, en la misma parroquia.

Joona tardó tres horas en localizar a una mujer de ochenta y cuatro años llamada Maja Stefanson que vivía en una residencia en Sveg. Ya eran las siete de la tarde, pero Joona se subió al coche y fue directamente al pueblo. Llegó pasada la hora de acostarse y el personal de la residencia no lo dejó entrar.

Joona reservó una habitación en Lilla Hotellet, intentó dormir pero se despertó a las cuatro de la madrugada. Desde entonces no se ha alejado de la ventana, a la espera de que despunte la mañana.

Está casi seguro de haber encontrado a Rosa Bergman. La mujer decidió cambiar de apellido, adoptó el de soltera de su madre y empezó a usar su segundo nombre como nombre de pila.

Joona mira el reloj y piensa que ya es la hora. Se abrocha la americana, abandona la habitación, baja a recepción y sale dispuesto a recorrer la pequeña localidad.

La Residencia Limbada Azul es un conjunto de casas de revoque amarillo con césped bien cuidado, caminito de grava y bancos para descansar.

Joona abre la puerta del edificio principal y entra. Hace un esfuerzo por caminar con tranquilidad bajo los fluorescentes del techo y poco a poco avanza por el pasillo y cruza las puertas que llevan a la oficina y a la cocina.

«Se supone que no tenía que encontrarme —piensa otra vez—. No tenía que saber quién soy. Algo ha salido mal.»

Joona nunca habla del motivo que lo empujó a la soledad, pero es algo que tiene presente cada segundo de su existencia.

Su vida ardió como el magnesio, se encendió en una llamarada y luego se extinguió en un instante, pasó de ser un gran fuego blanco a quedar reducido a unas ascuas humeantes.

En la sala de espera hay un hombre delgado de unos ochenta años con los ojos clavados en la colorida pantalla del televisor. Es un programa matutino y el cocinero está calentando aceite de sésamo en una sartén mientras explica distintas maneras de innovar en la tradicional fiesta del cangrejo.

El anciano se vuelve hacia Joona y entorna los ojos.

—¿Anders? —pregunta con voz chirriante—. ¿Eres tú, Anders?

—Me llamo Joona —responde él con un suave acento finlandés—. Estoy buscando a Maja Stefanson.

El hombre lo mira fijamente con los ojos húmedos, enrojecidos.

—Anders, escucha, hijo mío. Tienes que ayudarme a salir de aquí. Esto está lleno de viejos.

El hombre se pone a golpear el reposabrazos con el puño, pero se detiene cuando una enfermera entra en la sala.

—Buenos días —dice Joona—. He venido para hacerle una visita a Maja Stefanson.

—Qué bien —dice ella—. Pero debo advertirle que la demencia de Maja ha ido a más. Al menor descuido aprovecha para escaparse.

—Entiendo —responde Joona.

—El verano pasado incluso se las apañó para llegar hasta Estocolmo.

La enfermera le muestra el camino a Joona por un pasillo recién fregado y con luz tenue hasta la puerta correcta.

—¿Maja? —dice en tono amable.

11

Una mujer mayor está haciendo la cama. Joona la reconoce en cuanto levanta la cabeza. Es la mujer que se presentó delante de la iglesia de Adolf Fredrik. La que le enseñó los naipes del antiguo juego de cartas. La que le dijo que le mandaba un mensaje de parte de Rosa Bergman.

El corazón de Joona late con fuerza.

Ella es la única persona que sabe dónde están su mujer y su hija, y en ningún caso debería conocerlo a él.

—¿Rosa Bergman? —pregunta Joona.

—Sí —responde ella y alarga la mano como una niña.

—Me llamo Joona Linna.

—Sí —sonríe Rosa Bergman y se le acerca arrastrando los pies.

—Vino a verme para darme un mensaje —dice él.

—Santo cielo, no lo recuerdo —responde Rosa y se sienta en el sofá.

Joona traga saliva y da un paso hacia la mujer:

—Me preguntó que por qué hago como si mi hija estuviera muerta.

—No debería hacerlo —responde ella sermoneando—. Eso no está bien.

—¿Qué sabe de mi hija? —pregunta Joona acercándose otro paso—. ¿Ha oído algo?

La mujer sonríe ausente y Joona baja la mirada. Intenta pensar con claridad y cuando se acerca a la cocinita para servir dos tazas de café se percata de que le tiemblan las manos.

—Rosa, esto es importante para mí —dice lentamente mientras deja las tazas sobre la mesa—. Muy importante...

Ella parpadea un par de veces y luego le pregunta con voz miedosa:

—¿Quién es usted? ¿Le ha pasado algo a madre?

—Rosa, ¿se acuerda de una niña que se llamaba Lumi? Su madre se llamaba Summa y las ayudó a...

Joona se interrumpe al toparse con la mirada nublada y desorientada de la mujer.

—¿Por qué vino a buscarme? —pregunta él, aunque ya ha comprendido que todos sus intentos son en vano.

A Rosa Bergman se le cae la taza al suelo y después empieza a llorar. La enfermera entra y la tranquiliza con familiaridad.

—Le acompañaré a la salida —le dice a Joona en voz baja.

Caminan juntos por el pasillo adaptado para el paso de sillas de ruedas.

—¿Cuánto tiempo lleva así? —pregunta Joona.

—Con Maja ha ido rápido... Percibimos las primeras señales el verano pasado, así que hará más o menos un año que ella... Antes se le llamaba entrar en la infancia, lo cual resulta bastante adecuado en la mayoría de los casos.

—Si ella... si de repente se le aclara la mente —dice él muy serio—, por favor, llámenme.

—La verdad es que a veces ocurre —afirma ella.

—Llámenme inmediatamente —dice Joona entregándole su tarjeta.

—¿Comisario? —dice sorprendida la enfermera, y clava la tarjeta en un tablón que hay detrás de la mesa de la oficina.

12

Cuando Joona sale al exterior abre la boca e inspira como si hubiera estado conteniendo la respiración. «A lo mejor Rosa Bergman tenía algo importante que decirme —piensa—. Es posible que alguien le haya encomendado una misión. Pero la demencia la ha alcanzado antes de que pudiera cumplirla.»

Joona jamás podrá saber de qué se trata.

Han pasado doce años desde que perdió a Summa y a Lumi.

El último rastro que conducía a ellas se ha borrado en la mente senil de Rosa Bergman.

Se acabó.

Joona se sienta en el coche, se seca las lágrimas de las mejillas, cierra los ojos un rato y gira la llave en el tambor de arranque para regresar a Estocolmo.

Cuando lleva conducidos trescientos kilómetros en sentido sur por la autovía E-45 en dirección a Mora recibe una llamada de Carlos Eliasson, el jefe de la policía judicial.

—Tenemos un cadáver en un centro de acogida en el norte, en Sundsvall —dice Carlos, tenso—. La centralita recibió la llamada poco después de las cuatro de la mañana.

—Estoy de permiso —dice Joona sin apenas alzar la voz.

—Podrías haber venido a la cena-karaoke de todos modos.

—La próxima vez —dice Joona como para sí mismo.

La carretera avanza recta por el bosque. A un lado, por detrás de los árboles, se ven los destellos de un lago plateado.

—¿Joona? ¿Ha pasado algo?

—No, nada.

Al fondo se oye cómo alguien llama a Carlos.

—Tengo una reunión con la junta directiva, pero quiero que... Acabo de hablar con Susanne Öst y dice que la policía provincial de Västernorrland no tiene intención de solicitar oficialmente ayuda a la judicial.

—Entonces ¿por qué me llamas?

—Les he dicho que les mandaría un observador.

—Nosotros nunca mandamos observadores, ¿no?

—Ahora sí —le explica Carlos bajando la voz—. El tema es delicado, ¿sabes? ¿Te acuerdas del entrenador del equipo nacional de hockey, Janne Svensson...? La prensa nunca dejó de hablar de la incompetencia policial.

—Porque nunca encontraron...

—Ni lo menciones. Fue el primer caso importante de Susanne Öst como fiscal —continúa Carlos —. No quiero decir que la prensa tuviera razón, pero en aquella ocasión la policía de Västernorrland te necesitaba a ti. Fueron demasiado lentos, se ciñeron a la partitura y el tiempo no dejaba de correr, lo cual es bastante habitual, pero a veces se levanta la polémica.

—No puedo seguir hablando —dice Joona con intención de colgar.

—Sabes que no te lo diría si se tratara de un simple caso de asesinato —dice Carlos, y toma aire —. Pero la prensa va a hablar, Joona... Es realmente brutal, hay mucha sangre... y el cuerpo de la chica está intervenido.

—¿Cómo? ¿Cómo lo han intervenido? —pregunta Joona.

—Por lo visto está tumbada en una cama con las manos tapándose la cara.

Joona permanece callado con la mano izquierda sobre el volante. Los árboles parpadean a ambos lados de la autovía a medida que el coche avanza. Se oye la respiración de Carlos a través del teléfono, y también unas voces de fondo. Sin decir nada, Joona sale de la E-45 y toma la carretera de Losvägen

en dirección a la costa este para luego continuar hasta Sundsvall.

—Tú sólo ve, Joona, por favor... Sé amable y ayúdales a resolver solos el caso, preferiblemente antes de que la prensa se entrometa.

—¿Ya no soy un observador?

—Sí, lo eres... Tú sólo mantente cerca, observa la investigación, aporta sugerencias... Siempre y cuando tengas claro que no tienes ningún objetivo operativo de ninguna clase.

—¿Porque Asuntos Internos me está investigando?

—Es importante que seas discreto y no hagas ninguna tontería —dice Carlos.

13

Al norte de Sundsvall, Joona deja atrás la costa y toma la carretera 86, que continúa tierra adentro siguiendo el río Indalsälven.

Al cabo de dos horas empieza a acercarse al centro de acogida.

Reduce la velocidad y gira por un camino de grava. Los rayos del sol intentan abrirse paso entre los altísimos abetos y se filtran como pueden entre los troncos.

«Una chica muerta», piensa Joona.

Mientras todo el mundo dormía, una chica fue asesinada y colocada en su cama. La violencia empleada había sido brutal, según afirmaba la policía local. No hay ningún sospechoso, es demasiado tarde para poner controles en las carreteras, pero todos los compañeros de la provincia están informados y el comisario Olle Gunnarsson lleva el caso.

Son poco menos de las diez cuando Joona para el coche y se baja, delante de un primer cordón policial. En la cuneta se oye el zumbido de los insectos. El bosque se ha abierto en un gran claro. Los árboles húmedos brillan en la cuestecita que baja hasta el lago Himmelsjön. En un lado del camino hay una placa metálica en la que pone: CENTRO BIRGITTA, CENTRO ESPECIAL DE ACOGIDA Y CUIDADOS.

Joona se acerca a un conjunto de casas rojas que se reúnen en torno a un patio, como una típica granja de Hälsingland. Frente a las casas hay una ambulancia, tres coches patrulla, un Mercedes blanco y tres turismos.

Hay un perro atado a una correa entre dos árboles que no deja de ladrar.

Delante del edificio principal hay un hombre mayor con bigote de morsa, barriga prominente y traje arrugado. Ha visto a Joona, pero no hace el menor ademán de saludarlo, sino que sigue liándose un cigarrillo y luego lame el borde del papel de fumar. Joona pasa por debajo de otro cordón y ve que el hombre se pone el cigarro detrás de la oreja.

—Soy el observador de la policía judicial —dice Joona.

—Gunnarsson —dice el hombre—. Comisario.

—Me han ordenado que os acompañe en el caso.

—Sí, siempre y cuando no te entrometas —dice el hombre con ojos fríos.

Joona mira la casa más grande. Los técnicos ya están trabajando en ella. Han colocado focos en las distintas estancias y la luz es tan intensa que, desde fuera, las ventanas brillan con una fuerza antinatural.

Un policía con la cara pálida sale por la puerta. Se ha tapado la boca con una mano, baja la escalera a trompicones, se apoya en la pared mientras se agacha y vomita entre las ortigas que hay junto a un bidón de agua de lluvia.

—Tú harás lo mismo cuando hayas entrado en la casa —le dice Gunnarsson a Joona, sonriendo.

—¿Qué sabemos por ahora?

—No sabemos una mierda... El aviso llegó esta madrugada, el que llamó era el asistente social del centro... Daniel Grim, se llama. Eran las cuatro. Estaba en su casa en la calle Bruksgatan, en Sundsvall, y acababa de recibir una llamada desde aquí... no sabía gran cosa cuando llamó a la centralita, sólo dijo que las niñas gritaban que había sangre.

—O sea que fueron las chicas las que llamaron —dice Joona.

—Sí.

—Pero no a la centralita sino al asistente en Sundsvall —continúa.

—Exacto.

—Pero aquí había personal del turno de noche, ¿no?

—No.

—¿No debería haber sido así?

—Seguramente —responde Gunnarsson con voz cansada.

—¿Cuál de las chicas llamó al asistente? —pregunta Joona.

—Fue una de las mayores —dice Gunnarsson mirando su libreta—. Caroline Forsgren, se llama... Pero tal como yo lo he entendido, no ha sido Caroline quien ha encontrado el cuerpo, sino... esto es un lío, varias de las niñas han entrado en la habitación. Lo que hay allí es de lo más desagradable, te lo aseguro. A una de las chicas se la han llevado al hospital. Estaba histérica, y para el personal de la ambulancia era lo más seguro.

—¿Quiénes fueron los primeros en llegar? —pregunta Joona.

—Dos compañeros... Rolf Wikner y Sonja Rask —contesta Gunnarsson—. Y yo habré llegado... digamos que a las seis menos cuarto, y entonces he llamado al fiscal... y por lo visto le ha entrado el cangueli y ha llamado a Estocolmo... y ahora te tenemos a ti encima.

Sonríe sin simpatía.

—¿Tienes algún sospechoso? —pregunta Joona.

Gunnarsson respira hondo y dice en tono académico:

—Mi larga experiencia me dice que hay que dejar que el caso avance según lo establecido... tenemos que traer a gente, interrogar a los testigos, sacar huellas...

—¿Puedo entrar a mirar? —pregunta Joona con la mirada fija en la puerta.

—No te lo recomiendo... dentro de poco ya tendremos fotos.

—Necesito ver a la chica antes de que se la lleven —dice Joona.

—Estamos hablando de violencia extrema, pura bestialidad, muy agresiva —dice el comisario—. El asesino es de complexión adulta. Después de morir, la víctima fue colocada en la cama. Nadie se enteró de nada hasta que a una de las chicas le entraron ganas de ir al baño y metió el pie en el charco de sangre que salía por debajo de la puerta.

—¿Todavía estaba caliente?

—Oye..., no es fácil comunicarse con las niñas —dice Gunnarsson—. Tienen miedo y siempre están de muy mala leche, protestan contra todo lo que decimos, no escuchan, nos gritan y... Antes querían cruzar el cordón por la fuerza porque querían coger algunas cosas de sus cuartos: los iPod, la crema de cacao y las chaquetas, y cuando las hemos llevado a la cabaña de al lado, dos han salido corriendo hacia el bosque.

—¿Se han escapado?

—Las acabamos de encontrar, pero... sólo tenemos que conseguir que vuelvan de forma voluntaria. Se han tirado al suelo y exigen que Rolf las lleve en hombros.

14

Joona se pone ropa protectora, sube los escalones del edificio principal y cruza la puerta. Dentro de la casa se oye el zumbido de los ventiladores de los focos y el aire ya está caliente. Bajo esa luz intensa cualquier cosa se ve, por pequeña que sea. El polvo se mueve despacio en el aire.

Joona avanza lentamente por las láminas adhesivas que los técnicos han puesto sobre los anchos tablones del parquet. Un cuadro se ha desprendido del techo y los cristales rotos brillan con la fuerte luz. Hay huellas de botas en diversas direcciones por el pasillo, hacia la puerta y hacia dentro.

La casa ha mantenido su estilo campestre. Hay pinturas hechas con plantillas de gran colorido pero empalidecidas por el paso del tiempo, y los cuadros de los pintores ambulantes de la región de Dalicardia serpentean por las paredes y las vigas de madera.

En el pasillo hay un técnico llamado Jimi Sjöberg que ilumina una silla negra con un foco verde tras haberle aplicado solución *Hungarian red* al tapizado.

—¿Sangre? —pregunta Joona.

—En ésta no —murmura Jimi y sigue buscando con la luz verde.

—¿Habéis encontrado algo inesperado?

—Erixon ha llamado de Estocolmo y nos ha dicho que no tocáramos ni una cagada de mosca hasta que Joona Linna haya dado su consentimiento —responde con una sonrisa.

—Se agradece.

—Así que, la verdad, casi se podría decir que no hemos empezado —continúa Jimi—. Hemos ido poniendo las putas láminas y lo hemos fotografiado y grabado todo y... me he tomado la libertad de tomar muestras de sangre de las huellas del pasillo para poder enviar algo al laboratorio.

—Bien.

—Y Siri ha sacado las huellas del pasillo antes de que se las cargaran.

La otra técnica, Siri Karlsson, acaba de desmontar la manija de latón de la puerta del cuarto de aislamiento. La mete cuidadosamente en una bolsa de papel y después se acerca a Joona y a Jimi.

—Le va a echar un vistazo al lugar del crimen —explica Jimi.

—Es bastante desagradable —dice Siri por detrás de la máscara protectora. Tiene los ojos cansados y nerviosos.

—Lo entiendo —responde Joona.

—Puedes mirar las fotos, si quieres —dice ella.

—Es Joona Linna —le aclara Jimi.

—Perdón, no lo sabía.

—Sólo estoy aquí como observador —dice Joona.

Siri baja la mirada y cuando la vuelve a alzar se ve el rubor en su cara.

—Todo el mundo habla de ti —dice—. Y quiero decir..., yo... No me importa lo que digan los de Asuntos Internos. Creo que será genial trabajar juntos.

—Lo mismo digo.

Se queda donde está, escucha el zumbido eléctrico de las lámparas y se concentra un momento en sí mismo, preparándose para captar las primeras impresiones sin sucumbir al impulso de apartar la mirada.

Joona se acerca a la alcoba y a la puerta sin manija.

La cerradura con la llave sigue en su sitio.

Cierra los ojos unos segundos y luego sigue avanzando hasta entrar en la pequeña habitación.

Todo está quieto e iluminado.

El aire recalentado está saturado de olor a sangre y orina. Hace un esfuerzo por respirar para percibir también el resto de olores: madera húmeda, sábanas sudadas y desodorante.

El metal de los focos chasquea a causa de la temperatura. Unos ladridos atenuados atraviesan las paredes.

Joona permanece inmóvil y se obliga a contemplar el cuerpo que está sobre la cama. Aguanta la mirada unos segundos en cada detalle a pesar de las ganas que tiene de marcharse de allí, abandonar la casa, salir al aire libre y perderse en el bosque.

La sangre ha caído al suelo y ha salpicado los muebles y los envejecidos motivos bíblicos de la pared. Ha salpicado hasta el techo y el lavabo sin puerta. En la cama hay una chica delgada en sus primeros años de pubertad. La han tumbado boca arriba con las manos sobre la cara. Sólo lleva unas braguitas blancas de algodón. Los pechos quedan ocultos por los codos y los pies están cruzados por los tobillos.

Joona siente la fuerza con que late su corazón, se percata de su propia sangre corriendo por sus venas hasta el cerebro, siente las pulsaciones en las sienes.

Se obliga a mirar, registrar y pensar.

La chica se está tapando la cara.

Como si tuviera miedo, como si no quisiera ver a su asesino.

Antes de tumbarla en la cama la sometieron a una violencia extrema.

Repetidos golpes con un objeto contundente en la frente y la coronilla.

No era más que una niña y debía de estar terriblemente asustada.

Algunos años atrás no era más que una cría, pero una cadena de sucesos en su vida la ha conducido hasta esa habitación, en un centro especial de acogida. A lo mejor sólo tuvo mala suerte con sus padres y las familias que quisieron ayudarla. A lo mejor alguien creyó que allí estaría a salvo.

Joona estudia todos los detalles hasta que siente que ya no puede aguantar más. Entonces cierra los ojos un momento y piensa en la cara de su hija y en la falsa lápida que lleva su nombre. Luego los vuelve a abrir y continúa con la observación.

Todo apunta a que la víctima estaba sentada en la silla de la pequeña mesa cuando el asesino la atacó.

Joona intenta elaborar una imagen de los movimientos que han originado las salpicaduras.

Cada gota de sangre que cae por el aire adopta una forma esférica y tiene un diámetro de cinco milímetros. Si la gota es más pequeña se debe a que la sangre ha sido sometida a una fuerza mayor que la ha dividido en gotas menores.

Es entonces cuando se habla de salpicadura.

Joona está de pie sobre dos láminas adhesivas delante de la mesa, probablemente en el preciso lugar donde hace unas horas se hallaba el homicida. La chica estaría sentada en la silla al otro lado de la mesa. Joona observa las formas de las salpicaduras, mira hacia atrás y ve sangre en la parte superior de la pared. El arma ha sido blandida hacia atrás varias veces para tomar impulso, y cada vez que ha cambiado de trayectoria para asestar un nuevo golpe ha salpicado hacia atrás.

Joona ya lleva en la habitación más tiempo del que habría estado ningún otro comisario. Pero aun así no tiene suficiente. Vuelve a la chica en la cama, se la queda mirando, observa el *piercing* en el ombligo, el pintalabios en el borde del vaso, una cicatriz de lunar debajo del pecho izquierdo, el vello

claro de sus espinillas y un morado en el muslo de hace varios días.

Se inclina con cuidado por encima de su cuerpo. De su piel desnuda mana un último calor. Joona le mira las manos que le tapan la cara y ve que la chica no ha arañado a su atacante, no hay restos de piel bajo las uñas.

Se aleja unos pasos y la vuelve a mirar. La piel blanca. Las manos sobre la cara. Los pies cruzados. Apenas tiene sangre en el cuerpo. Sólo la almohada está manchada.

Por lo demás está limpia.

Joona echa un vistazo a la habitación. Detrás de la puerta hay un pequeño estante con dos ganchos. En el estante hay un sujetador blanco. En uno de los ganchos cuelgan unos vaqueros descoloridos, un jersey negro y una cazadora tejana. Debajo, en el suelo, hay un par de zapatillas deportivas con unos calcetines embutidos dentro.

Joona no toca ninguna de las piezas de ropa, pero no parecen tener restos de sangre.

Seguramente, la chica se desnudó y colgó la ropa antes de ser asesinada.

Pero ¿por qué no tiene sangre en ninguna otra parte del cuerpo? Algo debe de haberla protegido. Pero ¿qué? Ahí no hay nada.

16

Joona camina por el patio bañado por el sol mientras piensa que a pesar del grado desmedido de violencia al que fue sometida la chica, su cuerpo estaba limpio y blanco como una piedra en el mar.

Gunnarsson le había dicho que la violencia había sido muy cruenta.

Joona piensa que el asesino había sido contundente, casi desesperadamente contundente, pero no agresivo en el sentido de descontrolado. Los golpes estaban calculados, el objetivo era matar, pero por lo demás, el cuerpo estaba manipulado con cuidado.

Gunnarsson está sentado en el capó de su Mercedes hablando por teléfono.

A diferencia de casi todo lo demás, los casos de homicidio no tienden al caos si se los deja discurrir, sino que tienden a resolverse por sí solos, eso es lo habitual. Pero Joona nunca se ha quedado esperando, nunca ha depositado la confianza en que el orden se restablecerá solo.

Evidentemente, sabe que el homicida suele ser alguna persona cercana que, poco después del crimen, acude a la policía y confiesa, pero en este caso no cuenta con ello.

«Ahora está tumbada en la cama —piensa—, pero cuando la mataron estaba en ropa interior sentada en una silla de espaldas a la mesa.»

Es difícil creer que todo ocurriera en silencio.

En un lugar como ése tiene que haber algún testigo.

«Alguna de las chicas ha oído o ha visto algo —piensa Joona mientras se dirige a la caseta contigua—. Alguien ha debido de suponer lo que estaba a punto de ocurrir e intuir una amenaza o un posible conflicto.»

El perro gimotea bajo el árbol, muerde la correa y después se pone a ladrar otra vez.

Joona se acerca a los dos hombres que están hablando delante de la caseta. Entiende que uno es el coordinador de la escena del crimen, un hombre de unos cincuenta años con el flequillo hacia un lado y un jersey azul de policía. El otro no parece del gremio. Va sin afeitar y tiene los ojos amables pero cansados.

—Joona Linna, observador de la judicial —dice y les da la mano a los dos hombres.

—Åke —dice el coordinador.

—Me llamo Daniel —dice el hombre de los ojos cansados—. Trabajo de asistente aquí en el centro... He venido en cuanto me he enterado.

—¿Tienes un momento? —pregunta Joona—. Me gustaría ver a las chicas y creo que iría bien que estuvieras presente.

—¿Ahora? —pregunta Daniel.

—Si te va bien —responde Joona.

El hombre parpadea detrás de las gafas y dice un poco preocupado:

—Lo que pasa es que dos alumnas han aprovechado para escaparse por el bosque...

—Las han encontrado —explica Joona.

—Sí, lo sé, pero creo que tendría que hablar con ellas —replica Daniel y de repente sonríe un poco forzado—. Dicen que no volverán a menos que un policía las lleve a hombros.

—Seguro que Gunnarsson se ofrece —responde Joona, y se acerca hasta la caseta.

Piensa que en el primer encuentro intentará estudiar a las alumnas, ver qué pasa en la sala entre ellas, las corrientes que se mueven por debajo de la superficie.

Si alguien ha visto algo, el resto del grupo suele mostrarlo sin darse cuenta, girando como la aguja de una brújula.

Joona sabe que no tiene poder para hacer interrogatorios, pero necesita saber si ha habido algún testigo; piensa en ello mientras se agacha para cruzar la pequeña puerta del edificio.

17

El suelo cruje cuando Joona entra en la caseta y supera los límites permitidos para ir con zapatos. En la salita hay tres chicas. La menor no puede tener más de doce años. Su piel es rosada y su pelo rojizo como el cobre. Está sentada en el suelo viendo la tele con la espalda apoyada en la pared; habla sola en susurros y luego golpea varias veces la cabeza contra la pared de madera, cierra los ojos un rato y continúa viendo la televisión.

Las otras dos apenas parecen darse cuenta. Siguen tumbadas en el sofá de pana marrón hojeando revistas de moda caducadas.

Una psicóloga del hospital de Sundsvall se sienta en el suelo junto a la chica pelirroja.

—Me llamo Lisa —interviene con voz amable—. ¿Tú cómo te llamas?

La chica no aparta la mirada del televisor. Es una reemisión de un capítulo de «Blue Water High». El volumen está alto y una luz fría se extiende por la salita.

—¿Has oído hablar del cuento de la Pulgarcita? —pregunta Lisa—. Yo a menudo me siento como ella. Pequeña como un pulgar... ¿Tú cómo te sientes?

—Como Jack *el Destripador* —responde la chica con su voz aguda y sin apartar la mirada de la pantalla.

Joona avanza por la salita y se sienta en un sillón delante de la tele. Una de las chicas del sofá lo mira con los ojos muy abiertos, pero aparta la mirada con una sonrisa cuando él la saluda. Es una chica fuerte, tiene las uñas mordidas y lleva tejanos y un jersey negro con el texto *«Razors pain you less than life»*. Se ha maquillado con sombra de ojos azul y lleva una goma de pelo brillante en la muñeca. La otra chica parece un poco mayor y lleva una camiseta cortada con un dibujo de un caballo, un rosario de perlas blancas al cuello y tiene cicatrices de jeringuilla en los brazos. Ha enrollado una chaqueta militar y se la ha puesto de cojín.

—¿Indie? —pregunta la mayor en tono tranquilo—. ¿Tú has entrado a mirar antes de que llegara la poli?

—No quiero tener pesadillas —responde con pereza la chica más fuerte.

—Pobrecita, la pequeña Indie —la chincha la mayor.

—¿Qué pasa?

—Te dan miedo las pesadillas cuando...

—Sí, me dan miedo.

—Eres la hostia —se ríe—. Joder, qué ego...

—¡Cierra la boca, Caroline! —grita la chica pelirroja.

—Han asesinado a Miranda —continúa Caroline—. Me parece un poco fuerte como para que...

—A mí sólo me parece bien no tener que aguantarla más —dice Indie.

—Estás enferma de la cabeza —sonríe Caroline.

—Ella estaba enferma, me quemó con un cigarro y...

—Dejadlo ya de una puta vez —la interrumpe la pelirroja.

—Y me pegó con las cuerdas de saltar —continúa Indie.

—Eres una auténtica perra —suspira Caroline.

—Por supuestísimo, ya te lo digo yo misma, si te vas a sentir mejor —la provoca Indie—. Es una lástima que esa idiota haya muerto, pero yo...

La chica pelirroja vuelve a golpear la cabeza contra la pared y después cierra los ojos. La puerta se abre y las dos alumnas que se habían escapado entran junto a Gunnarsson.

Joona está reclinado en el sillón, su cara refleja tranquilidad, la americana oscura se ha abierto y se está combando un poco, su cuerpo musculoso está relajado pero, cuando observa a las chicas que entran, sus ojos se vuelven grises como una bahía congelada.

Las demás alumnas abuchean y se ríen. Lu Chu camina moviendo exageradamente las caderas y hace la V de victoria con los dedos.

—*Lesbian loser*! —grita Indie.

—Podemos ducharnos juntas —responde Lu Chu.

Daniel Grim entra en la casa detrás de las chicas. Es evidente que está intentando hacer que Gunnarsson le escuche.

—Sólo quiero que se lo tome con calma con las chicas —dice Daniel y se relaja un poco antes de continuar—. Vuestra sola presencia ya las asusta...

—No te preocupes —lo tranquiliza Gunnarsson.

—Lo hago —responde Daniel con sinceridad.

—¿Qué?

—Me preocupo —dice.

—Bueno, pues lo siento por ti —suspira Gunnarsson—. Tendrás que apartarte y dejarme hacer mi trabajo.

Joona ve que el asistente va sin afeitar y que la camiseta que lleva debajo de la chaqueta está al revés.

—Lo único que intento decir es que... para estas chicas la policía no representa precisamente seguridad.

—Claro que sí —bromea Caroline.

—Qué bien saberlo —le responde Daniel con una sonrisa y luego se vuelve otra vez hacia Gunnarsson—. En serio..., para la mayoría de nuestras alumnas la policía ha estado presente en los momentos más duros de su vida.

Joona ve que Daniel comprende cuánto está molestando al policía, pero aun así elige salir con otra pregunta:

—Acabo de hablar con el coordinador aquí fuera sobre el hospedaje de...

—Cada cosa a su debido momento —lo interrumpe Gunnarsson.

—Es importante, puesto que...

—Zorra —dice Indie irritada.

—Méate encima —la chincha Lu Chu.

—Puesto que puede ser perjudicial —continúa Daniel—. Puede ser perjudicial para las alumnas que las obliguéis a dormir aquí esta noche.

—¿Quieres que reservemos un hotel? —pregunta Gunnarsson.

—¡Ojalá te maten a ti también! —grita Almira y le tira un vaso a Indie.

Estalla contra la pared y una mezcla de agua y cristales cae al suelo. Daniel se abalanza hacia las chicas, Almira se aparta, pero Indie tiene tiempo de darle varios puñetazos en la espalda antes de que el asistente las separe.

—¡Comportaos, coño! —grita.

—Almira es una zorra que...

—Tranquilízate, Indie —dice Daniel a la chica parándole la mano—. Hemos hablado de esto, ¿verdad?

—Sí —contesta ella más calmada.

—Eres una buena chica —dice él sonriendo.

Indie asiente con la cabeza y empieza a recoger los cristales junto a Almira.

—Voy a buscar la aspiradora —dice Daniel y sale de la caseta.

Cierra la puerta desde fuera, pero se vuelve a abrir y Daniel la cierra de golpe con tanta fuerza que el cuadro de Carl Larsson repiquetea en la pared.

—¿Tenía Miranda algún enemigo? —pregunta Gunnarsson al aire.

—No —contesta Almira y se ríe entre dientes.

Indie mira de reojo a Joona.

—¡Escuchad un momento! —dice Gunnarsson alzando la voz—. Limitaos a responder a las preguntas y dejaos de chorradas y de gritar. No parece tan difícil, ¿verdad?

—Depende de las preguntas —responde Caroline con calma.

—Yo sí que pienso gritar —murmura Lu Chu.

—Verdad o mentira —dice Indie señalando a Joona con una sonrisa.

—Verdad —dice Joona.

—Soy yo quien dirige el interrogatorio —protesta Gunnarsson.

—¿Qué significa esto? —pregunta Joona y se tapa la cara con las manos.

—¿Qué? No sé —responde Indie—. Vicky y Miranda hacían eso...

—Ya no aguanto más —interrumpe Caroline—. Tú no viste a Miranda, ella estaba tumbada así, había mucha sangre por todas partes y...

Su voz se quiebra y la psicóloga se apresura a consolarla con voz tranquila.

—¿Quién es Vicky? —pregunta Joona levantándose del sillón.

—Es la última alumna que ha entrado en el...

—Pero ¿dónde coño está? —interrumpe Lu Chu.

—¿Cuál es su habitación? —pregunta Joona en seguida.

—Se habrá escapado para ver a su amiguito follador —dice Tuula.

—Solemos atiborrarnos a Stesolid y dormir como...

—¿De quién estamos hablando ahora? —pregunta Gunnarsson alzando la voz.

—Vicky Bennet —responde Caroline—. No la he visto en todo el...

—¿Dónde cojones está?

—Esa zorra tiene cada cosa... —se ríe Lu Chu.

—Apaga la tele —dice Gunnarsson estresado—. Quiero que todo el mundo se relaje y...

—¡No chilles! —grita Tuula y sube el volumen.

Joona se sienta de cuclillas delante de Caroline, le busca la mirada y la aguanta con una calma llena de seriedad.

—¿Cuál es la habitación de Vicky?

—La última, al fondo del pasillo —responde Caroline.

19

Joona sale de la caseta y atraviesa el patio a paso ligero, se cruza con el asistente, que vuelve con el aspirador, saluda a los técnicos, sube los escalones de una zancada y vuelve a entrar en el edificio principal. Está oscuro, han apagado los focos, pero las láminas adhesivas brillan como piedras de silicio.

«Falta una chica —piensa Joona—. Nadie la ha visto. Puede que haya aprovechado el tumulto para huir, puede que las demás alumnas la intenten ayudar ocultando lo que saben.»

El examen de la escena del crimen tan sólo acaba de empezar y las habitaciones ni siquiera están escrutadas. Deberían haber peinado todo el Centro Birgitta, pero no ha habido tiempo, se han juntado demasiadas cosas a la vez.

Las alumnas están estresadas y tienen miedo.

Los de Atención a las Víctimas ya deberían estar allí.

La policía necesita refuerzos, más técnicos, más recursos.

Joona siente un escalofrío al pensar que la chica que falta pueda estar escondida en su cuarto. Es posible que haya visto algo y que esté tan asustada que no se atreva a salir.

A medida que recorre el pasillo va dejando atrás las puertas de las habitaciones.

De vez en cuando crujen las paredes y las vigas de madera, pero por lo demás todo está en silencio. En la alcoba, la puerta sin manija está ajustada. Al otro lado se encuentra la víctima, tumbada en la cama con las manos sobre la cara.

Joona se percata de pronto de que había visto tres líneas de sangre horizontales en el marco de la alcoba. Tres trazos de sangre hechos con tres dedos, pero sin huellas dactilares. Joona había mirado las líneas, pero estaba tan centrado en estructurar sus impresiones de la escena del crimen que hasta ahora no ha caído en la cuenta de que estaban en el lado equivocado. Los trazos no se alejaban del asesinato, sino que apuntaban en dirección contraria, hacia el fondo del pasillo. Hay huellas de botas, zapatos y pies descalzos en todas direcciones, pero las tres líneas señalan hacia el interior.

Quien tuviera las manos manchadas de sangre tenía algo que hacer en alguna de las habitaciones de las demás chicas.

«Que no haya más víctimas», pide Joona para sí.

Se pone los guantes de látex y sigue caminando hasta que llega al último cuarto. Cuando abre la puerta oye un ruido, detiene el movimiento e intenta ver algo. El ruido cesa. Joona mete con cuidado la mano en la oscuridad para llegar al interruptor.

Vuelve a oír el ruido, al que sigue un curioso tintineo metálico.

—¿Vicky?

Palpa la pared, encuentra el botón y enciende la luz. Un haz amarillo ilumina de inmediato la austera habitación. Se oye un crujido y la ventana se abre hacia el bosque y el lago Himmelsjön. Vuelve a oírse el ruido en una esquina y Joona ve que hay una jaula volcada en el suelo. Un periquito amarillo agita las alas mientras trepa por el techo de la prisión.

El olor a sangre resulta muy penetrante. Una mezcla de hierro y algo más, algo dulce y rancio.

Joona coloca varias láminas de plástico en el suelo y entra poco a poco en el cuarto.

Hay manchas de sangre en los cierres de la ventana. Unas huellas evidentes revelan que alguien se ha subido al alféizar, se ha apoyado en el marco y, seguramente, ha bajado de un salto al césped de fuera.

Joona se acerca a la cama. Un escalofrío le sube por la nuca cuando retira el edredón. La sábana está llena de sangre reseca. Pero la persona que ha dormido ahí no estaba herida.

La sangre está seca, extendida, untada.

En esa cama ha dormido alguien bañado en sangre.

Joona se queda un rato donde está para interpretar los movimientos.

«Ha dormido de verdad», piensa.

Cuando intenta levantar la almohada encuentra resistencia. Está pegada a la sábana y al colchón. Joona la arranca de un tirón. Debajo hay un martillo pintado de sangre oscura con pelos y pegotes marrones. La mayor parte de la sangre ha sido absorbida por las telas, pero alrededor de la cabeza del martillo todavía está fresca.

20

El Centro Birgitta está acunado por una luz suave y hermosa y el lago Himmelsjön resplandece mágico entre los altos árboles centenarios. Pero hace apenas unas horas Nina Molander se levantó para ir al baño y se encontró a Miranda muerta en su cama. Despertó a todo el mundo, cundió el pánico y llamaron al asistente social Daniel Grim, quien se puso inmediatamente en contacto con la policía.

Nina Molander estaba en tal estado de *shock* que tuvieron que llevársela en ambulancia al hospital de Sundsvall.

En el patio del centro están Gunnarsson, el asistente Daniel Grim y Sonja Rask. Gunnarsson ha abierto el maletero de su Mercedes blanco y ha dispuesto los bocetos que han hecho los técnicos de la escena del crimen.

El perro sigue ladrando nervioso y tirando de la correa.

Cuando Joona se detiene detrás del coche y se pasa la mano por el pelo alborotado, las tres personas ya se han vuelto para mirarlo.

—La chica ha huido por la ventana de su cuarto —dice.

—¿Huido? —pregunta Daniel consternado—. ¿Vicky ha huido? ¿Por qué iba a...?

—Había sangre en el marco de la ventana, había sangre en la cama y había...

—Pero eso no significa que...

—Y había también un martillo ensangrentado debajo de su almohada —concluye Joona.

—Esto no cuadra —dice Gunnarsson irritado—. No encaja con la fuerza empleada para las agresiones.

Joona vuelve a mirar al asistente Daniel Grim. Su cara se ve desnuda y frágil a la luz del sol.

—¿Tú qué opinas? —le pregunta Joona.

—¿Cómo? ¿Si Vicky...? No tiene ningún sentido —responde Daniel.

—¿Por qué?

—Pues simplemente porque hace... —dice el asistente y sonríe forzado—. Hace un momento estabais completamente seguros de que se trataba de un adulto. Vicky es pequeña, no pesa ni cincuenta kilos, tiene las muñecas finas como...

—¿Es violenta? —pregunta Joona.

—Vicky no ha hecho esto —dice Daniel con tranquilidad—. He trabajado con ella durante dos meses y puedo asegurar que no es ella.

—¿Era violenta antes de llegar aquí?

—Me veo obligado a guardar secreto profesional, como ya sabéis —responde Daniel.

—Entenderás que nos estás haciendo perder el tiempo con tu mierda de secreto profesional —replica Gunnarsson.

—Puedo decir que a algunas alumnas les enseño alternativas a las reacciones agresivas... para que no reaccionen con ira ante la decepción o el miedo, por ejemplo —explica Daniel manteniendo la calma.

—Pero no a Vicky —dice Joona.

—No.

—¿Y por qué está ella aquí? —pregunta Sonja.

—Lo siento, pero no puedo entrar en detalles personales de ninguna alumna.

—Pero no la consideras violenta.

—Es una buena chica —responde Daniel.

—Entonces ¿tú qué crees que ha pasado? ¿Por qué hay un martillo ensangrentado debajo de la almohada?

—No lo sé, no me cuadra. A lo mejor ha ayudado a alguien escondiendo el arma.

—¿Cuáles son las alumnas violentas? —pregunta Gunnarsson enfadado.

—No puedo señalar a nadie, debéis comprenderlo.

—Lo hacemos —contesta Joona.

Daniel se vuelve agradecido hacia él y trata de relajar la respiración.

—Pero intenta hablar con ellas —dice Daniel—. No tardarás mucho en darte cuenta de quiénes estoy hablando.

—Gracias —dice Joona y empieza a caminar.

—Piensa que han perdido a una amiga —se apresura a decir Daniel.

Joona se detiene y se vuelve hacia el asistente.

—¿Sabes en qué habitación encontraron a Miranda?

—No, pero doy por hecho que...

Daniel se queda callado y niega con la cabeza.

—Porque me cuesta creer que sea la suya —dice Joona—. Está casi vacía, queda a la derecha, después de los lavabos.

—Aislamiento —responde Daniel.

—¿Cómo llegan allí? —pregunta Joona.

—Pues...

Daniel deja la frase sin terminar y pone cara interrogante.

—¿En qué estás pensando?

—La puerta debería haber estado cerrada con llave —dice.

—Hay una llave en la cerradura.

—¿Qué llave? —pregunta Daniel alzando la voz—. Sólo Elisabet tiene la llave de aislamiento.

—¿Quién es Elisabet? —pregunta Gunnarsson.

—Mi esposa —dice Daniel—. Ella es la que estaba haciendo el turno de noche...

—Pero ¿dónde está ahora? —pregunta Sonja.

—¿Qué? —dice Daniel y la mira desconcertado.

—¿Está en casa? —pregunta ella.

Daniel parece sorprendido e inseguro.

—Daba por hecho que Elisabet había acompañado a Nina en la ambulancia —dice despacio.

—No, Nina Molander se ha ido sola —responde Sonja.

—Claro que Elisabet ha ido al hospital, ella nunca dejaría a una alumna...

—He sido la primera en llegar —interrumpe Sonja.

El cansancio hace que su voz suene brusca y afónica.

—Aquí no había personal —continúa ella—. Sólo un montón de chicas asustadas.

—Pero... mi mujer estaba...

—Llámala —dice Sonja.

—Lo he intentado pero tiene el teléfono apagado —dice Daniel en voz baja—. Creía que... daba por hecho...

—Joder, qué lío —dice Gunnarsson.

—Mi mujer, Elisabet —continúa Daniel con voz cada vez más temblorosa—, tiene problemas de corazón, puede haber..., a lo mejor...

—Intenta hablar con calma —dice Joona.

—Mi mujer tiene el corazón delicado y... Estuvo haciendo el turno de noche y debería estar aquí... Su teléfono está apagado y...

Daniel los mira angustiado, juega con la cremallera de la chaqueta y repite que su esposa tiene problemas de corazón. El perro ladra y tira de la correa tan fuerte que está a punto de asfixiarse, carraspea un poco y luego sigue ladrando.

Joona se acerca al perro debajo del árbol. Intenta tranquilizarlo mientras desata la correa del collar. En cuanto Joona lo suelta, el perro sale corriendo y cruza el patio hasta una pequeña cabaña. Joona lo sigue con grandes pasos. El perro araña el umbral de la puerta gimoteando y resoplando.

Daniel Grim clava la mirada en Joona y en el perro y echa a andar hacia allí. Gunnarsson le ordena que se detenga, pero el asistente sigue avanzando. Su cuerpo está rígido y tiene la cara desencajada. La grava restalla bajo sus pies. Joona intenta tranquilizar al perro, consigue cogerlo por el collar y tira hacia atrás para alejarlo de la puerta.

Gunnarsson cruza corriendo el patio y agarra a Daniel por la chaqueta, pero éste se libera de un tirón, cae al suelo, se araña la mano en la grava y vuelve a ponerse de pie.

El perro ladra, tira del collar y tensa el cuerpo.

El policía uniformado se pone delante de la puerta para bloquearle el paso a Daniel. El asistente intenta apartarlo y empieza a gritar con voz rota:

—¡Elisabet! ¡Elisabet! Tengo que...

El agente trata de llevárselo de allí mientras Gunnarsson corre hasta Joona y lo ayuda con el perro.

—Mi mujer —gime Daniel—. Puede ser mi...

Gunnarsson vuelve a llevarse al perro hasta el árbol.

El animal jadea, hurga en la grava con las patas y ladra mirando la puerta.

Cuando Joona se pone los guantes de látex otra vez siente una punzada de dolor detrás de los ojos.

Muy cerca del bajo alero de la cabaña hay un cartel de madera tallada en el que pone Destilería.

Con mucho cuidado, Joona abre la puerta y pasea la mirada por la oscura sala. Hay una ventanita abierta y cientos de moscas se mueven en el aire. Los tablones del suelo están llenos de huellas de perro ensangrentadas. Sin llegar a entrar, Joona se hace a un lado para poder ver detrás del horno de leña.

Allí descubre el reverso brillante de un teléfono móvil al lado de un rastro de sangre.

Cuando Joona se asoma por la puerta, el zumbido de las moscas aumenta de intensidad. Una mujer de unos cincuenta años está tumbada boca arriba en un charco de sangre, tiene la boca abierta. Lleva vaqueros, calcetines de color rosa y una rebeca gris. Es evidente que la mujer se ha arrastrado por el suelo en un intento de ponerse a salvo, pero no ha logrado evitar los golpes mortales que le han destrozado la cara y la cabeza.

22

Pia Abrahamsson observa en el velocímetro que va más de prisa de lo que debería.

Había contado con salir antes, pero al final la reunión de pastores eclesiásticos en Östersund se ha alargado más de lo esperado.

Pia mira a su hijo por el retrovisor. Su cabeza descansa en la orejera de la sillita. Tiene los ojos cerrados detrás de las gafas. El sol matutino destella entre los árboles y le acaricia la cara.

Reduce la velocidad hasta ochenta kilómetros por hora a pesar de que la carretera avance en línea recta entre un bosque de abetos.

Por ahí los caminos están tan desiertos que resultan fantasmagóricos.

Hace veinte minutos se ha cruzado con un tráiler cargado de troncos, pero desde entonces no ha visto ningún otro vehículo.

Entorna los ojos para ver bien.

La valla de protección del bosque titila monótona en los arcenes.

«El ser humano debe de ser el animal más miedoso del planeta», piensa.

Ese país tiene ocho mil kilómetros de valla protectora. Y no para proteger a la fauna salvaje sino a las personas. Cortando esos océanos de bosque corren estrechas carreteras que a ambos lados están protegidas por altas vallas de tela metálica.

Pia Abrahamsson echa un vistazo rápido a Dante en el asiento de atrás.

Se quedó embarazada cuando trabajaba de pastora en la parroquia de Hässelby. El padre era el redactor del periódico de la iglesia. Recuerda estar con la prueba de embarazo en la mano pensando que tenía treinta y seis años.

Se quedó con el niño, pero no con el padre. Su hijo es lo mejor que le ha pasado en la vida.

Dante duerme en su sillita infantil. La cabeza le cuelga pesada sobre el pecho y su mantita preferida se ha caído al suelo.

Antes de quedarse dormido estaba tan cansado que lloraba por cualquier cosa. Porque el coche olía mal, por el perfume de mamá y porque Super Mario había sido devorado.

Faltan por lo menos doscientos kilómetros para llegar a Sundsvall y después otros cuatrocientos sesenta hasta Estocolmo.

Pia Abrahamsson necesita orinar, ha tomado demasiado café durante la reunión.

Tiene que aparecer una gasolinera en algún momento.

Se dice a sí misma que no debería detenerse en mitad del bosque.

No debería, pero lo va a hacer de todos modos.

Dentro de unos minutos, Pia Abrahamsson, que cada domingo predica que todo lo que acontece lo hace en un sentido más profundo, se convertirá en otra víctima de la ciega e impasible casualidad.

Con un giro suave sale al arcén en un cruce con un camino forestal y se detiene junto a la barrera cerrada que impide el paso por la valla de protección. Detrás de la barrera el camino de grava se mete en línea recta en el bosque hasta algún lugar de almacenamiento de troncos.

Piensa que se adentrará muy poco en el bosque y que dejará la puerta del coche abierta para poder oír a Dante si se despierta.

—¿Mamá?

—Intenta dormir un poquito más.

—Mamá, no te vayas.

—Cariño —dice Pia—. Tengo que hacer pipí. Voy a dejar la puerta abierta. Te estaré viendo todo el rato.

Él la mira con ojos somnolientos.

—No quiero quedarme solo —susurra.

Ella sonríe y le acaricia la mejilla sudada. Sabe que es una madre sobreprotectora, que lo está convirtiendo en un niño mimado, pero no lo puede evitar.

—Será sólo un momentito de nada —dice para quitarle importancia.

Dante le sujeta la mano en un intento de impedir que se vaya, pero Pia se libera y saca una toallita húmeda del paquete.

Sale del coche, se agacha para pasar por debajo de la barrera y sube un poco por el camino de grava, se da la vuelta y saluda a Dante con la mano.

¿Y si alguien pasara con el coche y la grabara con el móvil mientras está con el culo al aire?

Las imágenes de la pastora orinando correrían como la pólvora por YouTube, Facebook, blogs y chats por doquier.

Tirita un momento, sale del camino y se mete entre los árboles. Las taladoras, las cosechadoras y los remolques han dejado allí un rastro de destrucción.

Cuando está segura de que nadie la puede ver desde la carretera se baja las bragas, se las quita, se levanta la falda y se sienta de cuclillas.

Nota que está cansada, los muslos le empiezan a temblar y busca apoyo en el musgo tibio que crece en el suelo.

Empieza a sentir el alivio y cierra los ojos.

Cuando los vuelve a abrir ve algo incomprensible. Un animal se ha puesto a dos patas y está caminando por el camino de grava, a trompicones, inclinado hacia adelante.

Una figura delgada cubierta de suciedad, sangre y barro.

Pia contiene la respiración.

No es un animal, es como si una parte del bosque se hubiera liberado y hubiese adquirido vida propia.

Como una niña hecha de tierra y ramas.

El ser se tambalea, pero luego sigue acercándose a la barrera.

Pia se pone de pie y lo empieza a seguir.

Intenta decir algo, pero no tiene voz.

Una rama se parte bajo su pie.

Una fina llovizna ha empezado a caer en el bosque.

Avanza despacio, como en una pesadilla con la sensación de no poder correr.

Entre los árboles ve que el ser ya ha llegado al coche. Unas cintas sucias de tela le cuelgan de las manos a la extraña niña.

Pia sale tropezando al camino forestal y ve cómo el ser tira su bolso del asiento, se sienta y cierra la puerta.

—Dante —jadea ella.

El coche arranca haciendo derrapar los neumáticos, pasa por encima del teléfono móvil y del manojo de llaves, sale a la carretera con un tumbo, rasca contra el quitamiedos del carril contrario, vuelve a la calzada y se aleja.

Pia corre gimoteando hasta la barrera y siente los temblores que le azotan todo el cuerpo.

Es incapaz de asimilar lo que está pasando. La persona de barro ha surgido de la nada, de repente estaba allí y ahora el coche y su hijo han desaparecido con ella.

Pasa por debajo de la barrera y se planta en medio de la grande y desolada carretera. No grita, no puede hacerlo. Lo único que se oye es su respiración desesperada.

23

El bosque parpadea y las gotitas de agua repican suaves contra el gran parabrisas. El camionero danés Mads Jensen ve que hay una mujer en medio de la carretera a unos doscientos metros de distancia. Suelta un juramento y toca la bocina. La mujer da un respingo con el tremendo bramido, pero en vez de apartarse se queda plantada donde está. El conductor vuelve a pitar y entonces la mujer da un paso lento al frente, levanta la barbilla y contempla el camión a medida que éste se acerca.

Mads Jensen empieza a reducir y siente la fuerza del tráiler empujando a su espalda. Tiene que frenar más fuerte, la progresión es mala, el eje de transmisión cruje y el remolque da una sacudida antes de que Mads consiga detener el vehículo y la carga.

Las revoluciones caen en picado y el murmullo de los pistones se hace más grave.

La mujer sigue allí de pie, a tan sólo tres metros del capó. Hasta este momento el conductor no se había percatado de que por debajo de la cazadora tejana la mujer lleva ropa negra de pastor. El rectangulito blanco del alzacuello destaca por encima de la camisa.

La cara de la mujer está demudada y extrañamente pálida. Cuando sus miradas se encuentran por la ventana, las lágrimas empiezan a correr por sus mejillas.

Mads Jensen enciende las luces de emergencia y baja de la cabina. El motor emana calor y un fuerte olor a gasóleo. Cuando ha rodeado el capó ve que la mujer está apoyando la mano en un faro mientras respira de forma entrecortada.

—¿Qué está pasando aquí? —pregunta Mads.

Ella lo mira. Tiene los ojos muy abiertos. La luz amarilla de los intermitentes palpita sobre su piel.

—¿Necesitas ayuda? —pregunta él.

La mujer asiente y Mads intenta acompañarla para rodear el vehículo. La lluvia se hace más intensa y en seguida oscurece.

—¿Alguien se ha portado mal contigo?

Ella opone un poco de resistencia, pero aun así se deja llevar y sube al asiento del acompañante. Mads cierra la puerta y va corriendo a sentarse en su sitio.

—No puedo quedarme aquí, estoy bloqueando la carretera —explica—. Tengo que apartarme, ¿te parece bien?

La mujer no responde, pero él pone en marcha el camión y activa el limpiaparabrisas.

—¿Estás herida? —pregunta.

Ella niega con la cabeza y se lleva una mano a la boca.

—Mi hijo —susurra—. Mi...

—¿Qué dices? —pregunta Mads—. ¿Qué ha pasado?

—Se ha llevado a mi niño...

—Voy a llamar a la policía. ¿Quieres que lo haga? ¿Llamo a la policía?

—Dios mío —gime ella.

La lluvia repica con fuerza contra el cristal, el limpiaparabrisas aparta rápidamente el agua y la carretera parece estar hirviendo.

Pia está sentada en la cálida cabina elevada temblando de pies a cabeza. No logra tranquilizarse. Es consciente de que se ha expresado de forma incoherente, pero ahora oye al conductor hablando con la centralita de alarmas. Le están ordenando que continúe por la carretera 86 y luego tome la 330, donde se encontrará con una patrulla en Timrå que llevará a la mujer hasta el hospital de Sundsvall.

—¿Qué? ¿De qué estáis hablando? —pregunta Pia—. No se trata de mí. Tienen que parar el coche, eso es lo único que importa.

El camionero danés la mira confundido y Pia comprende que debe concentrarse y ser clara. Tiene que parecer calmada a pesar de que el suelo se haya desvanecido bajo sus pies y ahora mismo esté en plena caída libre.

—Han secuestrado a mi hijo —dice.

—Dice que han secuestrado a su hijo —repite el conductor al teléfono.

—La policía tiene que detener el coche —continúa ella—. Un Toyota... Toyota Auris de color rojo. He olvidado la matrícula, pero...

El conductor le pide a la operadora que se espere.

—Pero está justo delante de nosotros en esta carretera..., tienen que pararlo..., mi hijo sólo tiene cuatro años, estaba en la sillita cuando he ido...

Mads le repite las palabras a la operadora, le dice que están en la 86 yendo hacia el este, a unos cuarenta kilómetros de Timrå.

—Tienen que darse prisa...

El camión aminora la marcha, pasan junto a un semáforo torcido y una glorieta, el remolque traquetea cuando los neumáticos pasan por encima de un badén, luego acelera delante de un edificio de ladrillo blanco y continúa por la carretera siguiendo el río.

La central de alarmas pasa al conductor danés con la policía, una mujer en un coche patrulla. Se presenta como Mirja Zlatnek y le informa de que se encuentra a treinta kilómetros de distancia, en la 330, a la altura de Djupängen.

Pia Abrahamsson coge el teléfono y traga con fuerza para quitarse parte del malestar. Se oye a sí misma hablar con voz serena aunque temblorosa.

—Escúcheme —dice—. Han secuestrado a mi hijo y el coche está yendo por..., espere...

Se vuelve hacia el conductor.

—¿Dónde estamos? ¿Por qué carretera vamos?

—Carretera 86 —responde Mads.

—¿Cuánta ventaja llevan? —pregunta la policía.

—No lo sé —dice Pia—. Cinco minutos, a lo mejor.

—¿Han pasado Indal?

—Indal —repite Pia.

—Faltan casi veinte kilómetros —dice el conductor alzando la voz.

—Entonces los tenemos —dice la agente—. Están atrapados...

Cuando Pia Abrahamsson oye esas palabras le empiezan a rodar las lágrimas. Se seca rápidamente las mejillas y oye que la mujer policía está hablando con un compañero. Van a poner controles en la carretera 330 y en el puente que cruza el río. Su compañero está en Nordansjö y le asegura que puede llegar al sitio indicado en menos de cinco minutos.

—Suficiente —se apresura a responder la agente.

El camión avanza por la carretera siguiendo el cauce serpenteante del río y atraviesa la

despoblada localidad de Medelpad. Están persiguiendo el coche en el que va el hijo de Pia Abrahamsson. No pueden verlo, pero saben que lo tienen delante. Porque no hay más alternativa. La carretera 86 atraviesa algunas poblaciones aisladas, pero no se cruza con más carreteras, sólo caminos forestales que no llevan a ninguna parte: se adentran en el bosque unos cuantos kilómetros por las turberas hasta las explotaciones madereras, pero nada más.

—No puedo soportarlo —murmura Pia.

Diez kilómetros más adelante la carretera se bifurca. Poco después de la villa de Indal uno de los carriles gira hacia un puente que cruza el río y luego sigue hacia el sur casi en línea recta, mientras el otro carril continúa paralelo al río hasta la costa.

Pia está sentada con las manos apretadas rezando a Dios. Más adelante, dos coches patrulla han cortado los dos carriles de la bifurcación. Uno se ha plantado en la entrada del puente cruzado el río y el otro está ocho kilómetros más al este.

El camión con el conductor danés y la pastora Pia Abrahamsson está pasando Indal en ese preciso momento. Entre la espesa lluvia ven el puente alzándose por encima de la alta y fuerte corriente y divisan las luces azules de una solitaria patrulla atravesando el vehículo en la otra orilla.

25

La agente de policía Mirja Zlatnek ha plantado el coche en diagonal atravesando toda la calzada con el freno de mano puesto. Si un vehículo quisiera pasar tendría que salirse al arcén y meter dos ruedas en la honda cuneta.

Ante sus ojos se extiende una larga línea recta de asfalto. Las luces azules del coche patrulla centellean sobre el pavimento, en la corteza oscura de los árboles y en los huecos que se abren entre los troncos.

La lluvia repica con fuerza en el techo del coche patrulla.

Mirja permanece un rato inmóvil en el asiento mientras mira por la ventana y trata de recapacitar sobre la situación.

El mal tiempo empeora la visión de la carretera.

Mirja pensaba que sería un día muy tranquilo, dado que casi todos los compañeros de la región están ocupados con la chica asesinada en el Centro Birgitta. Incluso la policía judicial participa en el caso.

Mirja Zlatnek ha ido desarrollando un miedo a la parte operativa de su trabajo sin que en realidad se haya visto nunca envuelta en una situación traumática. A lo mejor todo proviene de aquella ocasión en la que intentó mediar en un drama familiar que terminó mal, pero ha llovido mucho desde entonces.

La angustia se le ha echado encima hasta el punto de que prefiere las labores administrativas y las tareas de prevención de delitos.

Por la mañana ha estado sentada a su escritorio leyendo recetas de su archivo personal. Filete de alce en hojaldre, patatas troceadas al horno y salsa de nata con setas.

Se ha metido en el coche y ha subido a Djupängen para echarle un vistazo a un remolque robado cuando ha entrado el aviso del niño secuestrado.

Mirja se dice a sí misma que podrá resolver la situación, porque el coche con el niño de cuatro años no tiene adónde ir.

Esa recta es como un largo túnel, una nasa sin posibilidad de escape.

El coche tiene al camión detrás.

«O bien el coche cruza el puente justo después de Indal, donde el compañero Lasse Bengtsson ha cortado el paso, o bien llegará hasta aquí, donde lo espero yo», piensa Mirja.

El camión le pisa los talones a unos diez kilómetros de distancia.

Sin duda depende de la velocidad del coche, pero en veinte minutos como máximo habrá una confrontación.

Mirja se dice que seguramente el secuestro del niño no es un móvil en sí. Lo más probable es que se trate de un desacuerdo en la custodia. La mujer con la que ha hablado estaba demasiado alterada como para dar más información sobre el contexto. Pero, por lo que daba a entender, su coche tenía que estar en algún punto de la carretera pasado Nilsböle.

«En seguida habrá terminado todo», piensa.

Dentro de un rato podrá volver a su despacho de la comisaría, servirse una taza de café y comerse un sándwich de jamón.

Sin embargo, al mismo tiempo hay algo que la tiene intranquila. La mujer había hablado de una niña con brazos como ramas.

Mirja no le ha preguntado por su nombre. No ha tenido tiempo para hacerlo. Ha dado por hecho que la centralita había tomado nota de todos sus datos.

Se ha asustado con los nervios de la mujer, que respiraba de prisa y ha descrito lo que había visto como algo incomprensible, carente de toda explicación lógica.

La lluvia traquetea en el parabrisas y el capó. Mirja pone la mano sobre la unidad de radio, se queda así un momento y luego contacta con Lasse Bengtsson.

—¿Qué pasa ahí? —pregunta.

—Está cayendo la del pulpo pero, por lo demás, todo tranquilo, no hay ni un coche, ni un puto... Espera, veo un camión, un camión enorme tomando la 330.

—Es el que ha llamado —responde Mirja.

—Pero ¿dónde diablos está el Toyota? —dice Lasse—. Llevo aquí parado un cuarto de hora, debería llegar a ti en cinco minutos, a menos que un OVNI lo haya...

—Dame un segundo —dice Mirja precipitadamente y corta la comunicación con su compañero cuando ve la lejana luz de dos faros en la lluvia.

Mirja Zlatnek sale del coche patrulla y se agacha un poco en mitad del temporal. Entorna los ojos para ver mejor el vehículo que se le está acercando.

Ha puesto una mano sobre la pistola enfundada, va al encuentro del coche y con la mano izquierda le ordena que se detenga.

Una infinidad de burbujas es continuamente arrastrada por el agua sobre el asfalto hasta reventar en la hierba de la cuneta.

Mirja constata que el coche aminora la marcha. Oye una llamada por radio, pero decide quedarse en la calzada. Las voces que llegan desde el coche patrulla suenan enlatadas, carraspean todo el rato, pero aun así la conversación es plenamente inteligible.

—Lleno de sangre —repite un compañero joven mientras describe el hallazgo de un segundo cadáver en el Centro Birgitta, una mujer de mediana edad.

El coche se acerca, rueda despacio, sale al arcén y se detiene. Mirja Zlatnek empieza a caminar hacia el vehículo. Se trata de una camioneta pickup Mazda con las ruedas llenas de barro. La puerta del conductor se abre y un hombre corpulento, con chaleco verde de cazador y jersey Helly Hansen, se baja de la camioneta. El pelo le llega por los hombros y tiene la cara ancha, nariz fuerte y ojos entornados.

—¡¿Hay alguien más en el coche?! —grita Mirja, y se frota el agua de la cara.

El hombre niega con la cabeza y luego mira al bosque.

—Aléjese —dice ella cuando se acerca.

El hombre da un paso minúsculo hacia atrás.

Mirja se inclina para ver mejor el habitáculo. Se le está mojando el pelo y el agua le corre por la nuca y la espalda.

Le resulta difícil ver nada con la lluvia y la suciedad del parabrisas. En el asiento del conductor hay un periódico abierto. El hombre conducía sentado sobre él. Mirja rodea la camioneta, se acerca aún más e intenta ver qué hay en el estrecho asiento de atrás. Una vieja manta y un termo.

Una nueva llamada suena por la radio del coche patrulla, pero ya no se pueden distinguir las palabras.

El chaleco del hombre ya ha adquirido un tono verde oscuro en los hombros. Se oye un ruido dentro del coche, algo rascando contra metal.

Cuando Mirja vuelve a mirar al hombre ve que éste se ha acercado. Sólo un poco, unos centímetros. O a lo mejor se lo está imaginando, ya no está segura. El hombre la observa, pasea la mirada por su cuerpo y arruga la carnosa frente.

—¿Vive aquí? —pregunta ella.

Quita la suciedad de la matrícula con el pie, apunta el número y luego sigue dando la vuelta al coche.

—No —responde él sin la menor prisa.

En el suelo del copiloto hay una bolsa de deporte de color rosa. Mirja rodea el coche pero sin perder nunca de vista al hombre. En la plataforma de carga hay algo cubierto con una lona verde y agarrado con fuertes cintas de sujeción.

—¿Adónde se dirige? —pregunta la agente.

El hombre corpulento permanece un momento inmóvil y la sigue con la mirada. De repente aparece un hilo de sangre por debajo de la lona que corre por los canalillos con barro y suciedad de la plataforma.

—¿Qué lleva aquí? —pregunta Mirja.

Al ver que el hombre no contesta, se estira para soltar una de las sujeciones. No le resulta fácil

llegar, tiene que pegarse al vehículo. El hombre se mueve un poco hacia un lado. Mirja alcanza la lona con la punta de los dedos, pero no le quita los ojos de encima al hombre, que se pasa la lengua por los labios justo cuando ella levanta una esquina de la tela. Desabrocha la funda de la pistola, echa un vistazo rápido a la plataforma y alcanza a ver una esbelta pezuña de un corzo joven, una cría.

El hombre sigue en su sitio bajo la parpadeante luz azul, pero Mirja no quita la mano del arma y se aleja unos pasos de la camioneta.

—¿Dónde ha matado al corzo?

—Estaba tirado en el camino —explica él.

—¿Ha marcado el sitio?

El hombre escupe despacio en el suelo, entre sus propios pies.

—Déjeme ver su carnet de conducir —dice Mirja.

Él no responde ni muestra la más mínima intención de hacer lo que le ha pedido.

—El carnet —repite ella, pero percibe al instante la inseguridad en su tono de voz.

—Hemos terminado —dice entonces el hombre y se acerca a su coche.

—La ley establece que hay que informar de los accidentes con fauna salvaje...

El hombre se sienta en el puesto del conductor, cierra la puerta, arranca y se marcha. Mirja ve cómo esquiva el coche patrulla metiendo dos ruedas en la cuneta. Cuando vuelve a subir a la calzada y se aleja hasta desaparecer Mirja piensa que debería haber inspeccionado la camioneta más a fondo, tendría que haber quitado toda la lona y mirado debajo de la manta del asiento trasero.

La lluvia chisporrotea entre las hojas, a lo lejos se oye un cuervo graznando en la copa de un árbol.

Mirja da un respingo cuando oye el rugido grave de un motor a sus espaldas. Da media vuelta y saca la pistola, pero lo único que puede ver es una cortina de agua.

27

El camionero danés Mads Jensen aguanta la bronca de su jefe por teléfono. Se ruboriza y trata de explicarle la situación. Pia Abrahamsson oye la voz irritada del jefe al otro lado gritando algo sobre coordenadas y logística arruinada.

—Pero —intenta decir Mads Jensen— hay que ayudar a las personas...

—Te lo quito del sueldo —lo corta el jefe—. Ésa es la ayuda que yo te doy.

—Qué detalle —dice Mads y corta la conversación.

Pia permanece callada mientras el denso bosque corre interminable a ambos lados de la carretera. El azote de la lluvia resuena en la gran cabina. En el retrovisor de dos piezas Pia puede ver el balanceo de los remolques y los árboles que van quedando atrás.

Mads saca un chicle de nicotina sin quitar la vista de la carretera. El motor y la fricción de los neumáticos se suma al ruido de la lluvia con un rugido constante.

Pia echa un vistazo al calendario que se mueve al vaivén de los movimientos del camión. Una mujer con curvas abrazando un cisne inflable en una piscina. En el borde inferior de la hoja pone AGOSTO DE 1968.

Descienden por un cambio de rasante y el peso de la carga de hierro forjado le da velocidad al tren de carretera.

Al fondo del paisaje de árboles vislumbran los destellos de una fuerte luz azul bajo la lluvia. Hay un coche patrulla bloqueando el paso.

Pia Abrahamsson siente que su corazón empieza a latir con fuerza y a toda prisa. Clava los ojos en el coche patrulla y en la mujer del jersey azul que les está haciendo señales con el brazo. Antes de que el camión se detenga del todo Pia abre la puerta. De pronto el ruido del motor se vuelve penetrante y el caucho de los neumáticos repiquetea.

Pia se siente mareada cuando baja de la cabina y se acerca corriendo a la agente.

—¿Dónde está el coche? —pregunta la policía.

—¿Cómo? ¿Qué dice?

Pia se la queda mirando en un intento de interpretar su cara empapada, pero lo único que consigue viendo aquellos ojos serios es acrecentar su estado de pánico. Siente que sus piernas se van a doblar en cualquier momento.

—¿Han visto el coche al adelantarlo? —dice la agente.

—¿Adelantarlo? —pregunta Pia con voz débil.

Mads Jensen se acerca a las dos mujeres.

—No hemos visto nada —le dice a la policía—. Debe de haber puesto el control demasiado tarde.

—¿Demasiado tarde? Pero si yo misma venía por esta carretera, iba conduciendo por ella cuando...

—Y entonces ¿dónde carajo se ha metido el coche? —pregunta él.

Mirja Zlatnek vuelve corriendo al coche patrulla y llama a su compañero.

—¿Lasse? —pregunta jadeando.

—Estaba intentando hablar contigo. No contestas...

—No, estaba...

—¿Ha ido todo bien? —pregunta él.

—¿Dónde cojones está el coche? —dice casi gritando—. El camión está aquí, pero el coche ha desaparecido.

—No hay más caminos —dice Lasse.

—Tenemos que poner en marcha una búsqueda y cortar la 86 en la otra dirección.

—Me encargo ahora mismo —dice él y corta la comunicación.

Pia Abrahamsson está junto al coche de policía. El agua ha empapado su ropa. La agente Mirja Zlatnek está sentada en el asiento del conductor con la puerta abierta.

—Me dijo que lo cogerían —dice Pia.

—Sí, yo...

—Lo dijo, y yo le he creído.

—Lo sé, no entiendo lo que está pasando —dice Mirja—. No encaja, no se puede ir a doscientos por estas carreteras, no hay ninguna posibilidad de que el coche haya cruzado el puente antes de que Lasse llegara.

—Pero en algún sitio estará —dice Pia con dureza y se arranca el alzacuello de la camisa.

—Espere —dice Mirja de pronto.

Se pone en contacto con la central coordinadora.

—Aquí unidad 321 —dice de prisa—. Necesitamos otro control policial, en seguida... Antes de Aspen... Allí hay un camino, si lo conoces puedes subir desde Kävsta hasta Myckelsjö... Sí, exacto... ¿Quién has dicho? Bien, entonces estará allí dentro de ocho, diez minutos...

Mirja se baja del coche, echa un vistazo al fondo de la recta carretera como si todavía tuviera la esperanza de que el Toyota fuera a aparecer.

—Mi hijo, ¿ha desaparecido? —le pregunta Pia.

—No tienen por dónde ir —responde Mirja haciendo un esfuerzo por parecer paciente—. Entiendo que esté preocupada, pero los cogeremos, deben de haberse parado en algún sitio, pero no tienen por dónde escapar...

Se queda callada y se quita el agua de la frente, respira hondo y continúa:

—Vamos a cortar las últimas carreteras y pediremos un helicóptero de rescate...

Pia se desabrocha los botones del cuello y busca apoyo con la mano sobre el capó del coche. Su respiración es demasiado pesada, intenta tranquilizarse, le parece que el pecho le va a estallar. Sabe que debería exigir más, pero no logra pensar con claridad. Sólo siente un miedo y un desconcierto terribles.

Pese a que el agua siga cayendo a raudales a cielo abierto, entre los árboles del bosque parece más bien una llovizna.

Un autobús blanco de mando está aparcado bajo la lluvia en medio del patio de grava del Centro Birgitta. Dentro hay una centralita coordinadora y un grupo de hombres y mujeres de pie alrededor de una mesa con mapas y ordenadores.

Las conversaciones giran en torno a los homicidios, pero se ven interrumpidas por unas comunicaciones radiofónicas que hablan de un niño secuestrado. Han puesto controles en la carretera 330 y en el puente de Indal, en Kävsta y en la 86 en sentido norte. Al principio los compañeros están convencidos de que podrán detener el vehículo, pero después todo queda en silencio. Pasan diez minutos sin comunicación, hasta que de repente la radio carraspea otra vez y un compañero informa sin aliento:

—«Ha desaparecido, el coche ha desaparecido..., debería estar aquí, pero no llega... Hemos cortado todas las putas carreteras pero ha desaparecido... No sé qué hacer» —dice Mirja cansada—. «La madre está sentada en mi coche, voy a intentar hablar con ella...»

Los policías han estado escuchando la llamada en silencio. Ahora se centran en los mapas que hay sobre la mesa y Bosse Norling sigue la carretera 86 con el dedo.

—Si la han cortado aquí y aquí... el coche no puede desaparecer —dice—. Claro que puede haberse metido en un garaje en Bäck o Bjällsta... o quizá se haya metido por algún camino de las explotaciones madereras, pero me parecería muy extraño.

—Y tampoco llegarían a ninguna parte —dice Sonja Rask.

—¿Soy el único que piensa que Vicky Bennet podría haber robado el coche? —pregunta Bosse con cautela.

El tamborileo en el techo del autobús ha perdido intensidad, pero el agua todavía se ve caer a través de las ventanas del vehículo.

Sonja se sienta al ordenador y empieza a revisar en la intranet de la policía los registros de delincuentes, de sospechosos y de juicios de custodia pendientes.

—En nueve de cada diez casos —dice Gunnarsson reclinándose en la silla mientras pela un plátano—, este tipo de penurias se resuelven por sí solas... Yo creo que la mujer iba en el coche con su marido, se han peleado y la cosa ha terminado con que a él se le ha acabado la paciencia, ha dejado a la señora en la cuneta y se ha largado.

—No está casada —dice Sonja.

—Según las estadísticas —continúa Gunnarsson en el mismo tono de conferencia—, en Suecia la mayoría de niños nacen fuera del matrimonio y...

—Aquí lo tenemos —interrumpe Sonja—. Pia Abrahamsson solicitó la custodia exclusiva para su hijo Dante y el padre ha intentado recurrir...

—Entonces ¿descartamos el vínculo con Vicky Bennet? —pregunta Bosse.

—Primero intentad encontrar al padre —dice Joona.

—Yo me ocupo —responde Sonja y se va al fondo del autobús.

—¿Qué habéis visto por fuera de la ventana de Vicky Bennet? —pregunta Joona.

—No había nada en el suelo, pero hemos encontrado huellas y algunos restos de coágulos en el alféizar y la fachada —dice uno de los técnicos.

—¿Y en el lindero del bosque?

—Con la lluvia no nos dio tiempo de llegar a tanto.

—Pero probablemente Vicky Bennet salió corriendo a través del bosque —dice Joona pensativo.

Observa a Bosse Norling, que está inclinado encima del mapa a la manera antigua con un compás

en la mano, pone una punta en el Centro Birgitta y traza una circunferencia.

—Ella no cogió el coche —dice Gunnarsson—. Joder, en tres horas no se puede atravesar el bosque, llegar a la 86 y seguirla hasta...

—Pero no es tan fácil orientarse de noche... así que es muy posible que se haya desplazado así —dice Bosse.

Con el dedo dibuja un arco sobre el mapa al este de una zona pantanosa y después hace una diagonal hacia el norte.

—Cuadrarían los tiempos —dice Joona.

—¡En estos momentos el padre de Dante está en Tenerife! —grita Sonja desde los asientos del fondo.

Olle Gunnarsson suelta un taco entre dientes, se acerca a la radio y llama a la agente Mirja Zlatnek.

—Aquí Gunnarsson —dice—. ¿Le has tomado testimonio a la madre?

—«Sí, he...»

—¿Tenemos señas del supuesto secuestrador?

—«No ha sido fácil, la madre está muy conmocionada y no logra dar una imagen coherente» —responde Mirja y respira por la nariz—. «Está de los nervios y sólo habla de un esqueleto con trizas de tela colgando de las manos que ha salido del bosque. Una niña con sangre en la cara, una niña que tenía ramas en lugar de brazos...»

—Pero habla de una niña.

—«Tengo el testimonio grabado, pero sólo dice cosas extrañas, tendría que tranquilizarse antes de que podamos tomarle un testimonio en regla...»

—Pero ¿insiste en que era una niña? —pregunta Gunnarsson despacio.

—«Sí..., una y otra vez.»

29

Joona detiene el coche en el puesto de control de la carretera 330, saluda a uno de los agentes apostados, le muestra su identificación y luego continúa siguiendo el río Indalsälven.

Le han informado de que las alumnas del Centro Birgitta están provisionalmente albergadas en el hotel Ibis. Daniel Grim ha sido ingresado en urgencias psiquiátricas en el hospital provincial, Margot Lundin, la encargada, está en su casa en Timrå y Faduumo Axmed, que trabaja a media jornada como terapeuta adjunto, está de permiso y ha bajado a ver a sus padres a Vänersborg.

Cuando la agente de policía Mirja Zlatnek explicó que Pia Abrahamsson insistía en que había visto a una niña delgada con vendas en las manos, todo el mundo supo que era Vicky Bennet quien había robado el coche con el niño dentro.

—Pero es un misterio que no la hayan cogido en los puestos de control —había dicho Bosse Norling.

Mandaron un helicóptero para peinar la zona, pero no habían encontrado ni rastro del coche, ni en la pequeña localidad ni en los caminos forestales de las explotaciones.

«En verdad no es ningún misterio —piensa Joona—. La explicación más probable es que, simplemente, ha conseguido esconderse antes de llegar a los controles.»

Pero ¿dónde?

«Debe de conocer a alguien que viva en Indal, alguien con garaje.»

Joona ha pedido permiso para hablar con las alumnas acompañado de una psicóloga de menores y una persona de apoyo de Atención a las Víctimas, y está tratando de recordar el primer encuentro que tuvo con ellas en la caseta, cuando Gunnarsson entró con las dos que se habían fugado en el bosque. La niña pelirroja estaba viendo la tele y dándose golpes en la cabeza contra la pared. La chica a la que llamaban Indie había asociado las manos en la cara con Vicky y luego todas se habían puesto a gritar y a hablar a la vez cuando descubrieron que Vicky había desaparecido. Alguna de las alumnas pensó que estaría durmiendo por culpa de una sobredosis de Stesolid. Almira escupió al suelo e Indie se frotó la cara hasta que las manos le quedaron llenas de rímel.

Joona piensa que había algo que se le había pasado por alto con Tuula, la niña pelirroja con cejas blancas y chándal rosa. Primero les había gritado a las demás que se callaran, pero ella también había dicho algo cuando todas estaban hablando a la vez.

Tuula había dicho que Vicky se había escapado a ver a su amiguito follador.

30

El hotel Ibis, de dos estrellas, está en la calle Trädgårdsgatan, no muy lejos de la comisaría de Sundsvall. Es un hotel que huele a aspiradora, a alfombras y a humo viejo de tabaco. La fachada está recubierta de chapa de color crema. En el mostrador de recepción hay un cuenco con caramelos. La policía ha distribuido a las alumnas del centro en cinco habitaciones colindantes y ha puesto a dos guardias uniformados en el pasillo.

Joona camina a grandes zancadas por el desgastado suelo.

La psicóloga Lisa Jern está esperando a Joona delante de una de las puertas. Tiene el pelo oscuro pero encaneciendo en el flequillo, y la boca delgada y nerviosa.

—¿Tuula ya está aquí? —pregunta Joona.

—Sí, está aquí..., pero espera —dice la psicóloga cuando Joona pone la mano sobre la manija—. Tengo entendido que estás aquí como observador de la policía judicial y...

—La vida de un niño está en peligro —la corta Joona.

—Tuula no dice casi nada y... Mi recomendación como psicóloga infantil es que esperemos a que ella tome la iniciativa y empiece a hablar sobre lo que ha pasado cuando ella quiera.

—No hay tiempo —dice Joona y vuelve a coger la manija.

—Espera, yo... Es muy importante estar al mismo nivel que ellas, no pueden sentirse de ninguna manera tratadas como enfermas ni como...

Joona abre la puerta y entra en la habitación. Tuula Lehti está sentada en una silla de espaldas a la hilera de ventanas. No es más que una niña, una chiquilla de doce años con chándal y zapatillas de deporte.

Entre las láminas de madera de las persianas puede verse una calle con coches aparcados. La mesa está chapada en haya y en el suelo hay una gran alfombra de moqueta verde.

Al fondo de la habitación hay un hombre sentado, bien peinado, vestido con una camisa de franela a cuadros azules que mira su teléfono móvil. Joona lo identifica como la persona de apoyo de las alumnas.

El comisario se sienta enfrente de Tuula y la observa. Sus pestañas son claras y tiene el pelo liso, desgreñado.

—Nos hemos visto un momento esta mañana —dice Joona.

Tuula cruza los brazos sobre el regazo. Tiene los labios finos y sin apenas color.

—Mata a un poli —murmura.

Lisa Jern rodea la mesa y se sienta al lado de la acurrucada chiquilla.

—Tuula —dice con voz dulce—. ¿Recuerdas que te conté que a veces me siento como Pulgarcita? No es nada raro, porque aunque seas adulto, a veces puedes sentirte pequeño como un pulgar.

—¿Por qué todos hablan como si fueran imbéciles? —pregunta Tuula y mira a Joona a los ojos —. ¿Es porque sois un poco lerdos... o porque os pensáis que yo soy la lerda?

—Seguramente porque pensamos que tú eres un poco lerda —responde Joona.

Tuula sonríe asombrada y está a punto de decir algo justo cuando Lisa Jern empieza a asegurarle que no es verdad, que el comisario estaba haciendo una broma.

Tuula hace aún más fuerza con los brazos cruzados, clava la vista en la mesa e infla las mejillas.

—Tú no eres lerda en absoluto —repite Lisa Jern al cabo de un rato.

—Sí —susurra Tuula.

Escupe un salivazo viscoso sobre la mesa, después se queda callada, empieza a jugar con la flema y la extiende hasta dibujar una estrella.

—¿No quieres hablar? —susurra Lisa.

—Sólo con el finlandés —dice Tuula de forma casi imperceptible.

—¿Qué has dicho? —pregunta Lisa sonriendo.

—Qué sólo hablaré con el finlandés —dice Tuula levantando la barbilla.

—Qué bien —responde rígida la psicóloga.

Joona pone en marcha la grabadora y tranquilamente empieza con los aspectos formales: lugar y hora, personas presentes y propósito de la conversación.

—¿Cómo llegaste al Centro Birgitta, Tuula? —pregunta.

—Estaba en Lövsta... Habían pasado algunas cosas que a lo mejor no fueron tan buenas —explica y deja caer la mirada—. Me metieron con las que están encerradas, a pesar de ser demasiado pequeña... Me mantuve tranquila, sólo veía la tele, y al cabo de un año y cuatro meses me llevaron al Centro Birgitta.

—¿Cuál es la diferencia... comparado con Lövsta?

—Es... el Centro Birgitta es como un hogar de verdad, al menos da esa sensación. Hay alfombras en el suelo y los muebles no están clavados a las putas paredes con tornillos... Y no está todo cerrado y lleno de alarmas de mierda... Puedes dormir tranquila, te dan comida casera...

Joona asiente con la cabeza y ve con el rabillo del ojo que la persona de apoyo sigue mirando el móvil. La psicóloga Lisa Jern respira por la nariz mientras los escucha.

—¿Qué comisteis ayer?

—Tacos —responde Tuula.

—¿Faltó alguien a la cena?

Tuula se encoge de hombros.

—Creo que no.

—¿Miranda estaba? ¿Ella también comió tacos ayer por la tarde?

—Es tan simple como rajarle el estómago y echar un vistazo, ¿no lo habéis hecho?

—No, no lo hemos hecho.

—¿Por qué no?

—No hemos tenido tiempo.

Tuula dibuja media sonrisa y luego empieza a jugar con un hilo suelto de los pantalones. Tiene las uñas mordidas y se ha arrancado trocitos de las cutículas.

—Entré en el cuarto de aislamiento. Molaba bastante —dice Tuula y empieza a mecer el cuerpo.

—¿Viste cómo estaba tumbada Miranda? —pregunta Joona al cabo de un rato.

—Sí, así —dice Tuula de prisa y se tapa la cara con las manos.

—¿Por qué crees que estaba así?

Tuula levanta un borde de la alfombra con el pie y lo vuelve a pisar.

—A lo mejor estaba asustada.

—¿Has visto a alguien más haciendo eso? —pregunta Joona con naturalidad.

—No —responde Tuula y se rasca el cuello.

—¿No os encierran en vuestras habitaciones?

—Es casi como un régimen abierto —sonríe Tuula.

—¿Es normal que os escapéis por las noches?

—Yo no.

Pone la boca pequeña y rígida y luego hace ver que dispara a la psicóloga con el dedo índice.

—¿Por qué no? —pregunta Joona.

La chica le busca la mirada y dice en voz baja:

—Me da miedo la oscuridad.

—¿Y las demás?

Joona ve que Lisa Jern les está escuchando con un gesto de irritación en las cejas.

—Sí —susurra Tuula.
—¿Qué hacen cuando se escapan?
La chica baja la mirada y sonríe para sí.
—Son mayores que tú —continúa Joona.
—Sí —responde Tuula y se le enrojecen las mejillas y el cuello.
—¿Quedan con chicos?
Ella asiente en silencio.
—¿Vicky también lo hace?
—Sí, ella se escapa por las noches —dice Tuula y se inclina hacia Joona.
—¿Sabes a quién va a ver?
—Dennis.
—¿Quién es?
—No sé —susurra y se lame los labios.
—Pero se llama Dennis. ¿Sabes el apellido?
—No.
—¿Cuánto tiempo está fuera?
Tuula se encoge de hombros y toquetea un trozo de cinta adhesiva suelta que hay debajo del cojín de la silla.

La fiscal Susanne Öst está esperando delante del hotel Ibis junto a un gran Ford Fairlane. Tiene la cara redonda y va sin maquillar. Se ha recogido la melena rubia en una coleta y lleva pantalones negros y americana gris. Se ha rascado con fuerza la garganta y una de las puntas del cuello de la camisa sobresale por la parte de arriba.

—¿Tienes algo en contra de que juegue un rato a ser policía? —pregunta y acto seguido se ruboriza.

—Al contrario —responde Joona estrechándole la mano.

—Estamos pasando por las casas, controlando garajes, graneros, zonas de aparcamiento y demás —dice ella en tono serio—. Estamos estrechando la red, no hay tantos sitios donde se pueda esconder un coche...

—No.

—Pero ahora que tenemos un nombre todo irá más rápido, evidentemente —sonríe la fiscal y abre la puerta del gran Ford—. Hay cuatro personas en la zona que se llaman Dennis.

—Te acompaño —dice Joona y se sube a su Volvo.

El turismo americano oscila al incorporarse al tráfico y en seguida pone rumbo a Indal. Joona lo sigue mientras piensa en Vicky.

Su madre, Susie Bennet, era toxicómana y vivía en la calle, hasta que el invierno pasado falleció. Vicky ha vivido en diferentes familias e instituciones desde los seis años y, probablemente, no tardó mucho en aprender a establecer y cortar nuevas relaciones.

Si Vicky se escapa por las noches para verse con alguien, ese alguien no puede andar muy lejos. Quizá la espere en el bosque o en el camino de grava, quizá ella siga la carretera 86 hasta la casa de Dennis en Baggböle o Västloning.

El asfalto se está secando, el agua de la lluvia se acumula en las cunetas y forma grandes charcos. El cielo ha clareado, pero en el bosque siguen cayendo gotas.

La fiscal llama a Joona y él ve que lo está mirando por el retrovisor mientras le habla.

—Hemos encontrado un Dennis en Indal —dice—. Tiene siete años... y hay otro en Stige, pero en este momento está trabajando en Leeds.

—Quedan dos —constata Joona.

—Sí, Dennis y Lovisa Karmstedt viven en una casa en las afueras de Tomming. Todavía no hemos estado allí. Y luego hay un Dennis Rolando que vive en casa de sus padres, un poco al sur de Indal. Hemos ido a ver a los padres, pero no había nadie. También es propietario de una nave industrial en Kvarnåängen en la que no conseguimos entrar... creo que no es el que buscamos, por lo visto han hablado con él y está sentado en su coche de camino a Sollefteå.

—Echad la puerta abajo.

—Vale —dice ella y cuelga.

El paisaje se abre y la carretera aparece rodeada de campos de cultivo. El suelo brilla se mire donde se mire. Delante de los linderos del bosque se ven granjas de color rojo y por detrás de ellas los mares de árboles se extienden durante decenas de kilómetros.

Al mismo tiempo que Joona atraviesa la apacible localidad de Östanskär, dos agentes uniformados echan mano de una radial para serrar los fuertes goznes que sujetan la puerta de hierro de la nave industrial. Una cascada de chispas sale a chorro y salpica la pared. Después los agentes introducen unas patas de cabra en la ranura de la puerta y hacen palanca hasta que consiguen abrirla. Debajo de un montón de lonas de plástico sucias encuentran medio centenar de viejas máquinas recreativas de Arcade con nombres como Space Invaders, Asteroids y Street Fighter.

Joona ve a Susanne Öst hablando por teléfono y luego lanzarle una mirada por el retrovisor. Al

instante empieza a sonar su teléfono. Susanne le cuenta en pocas palabras que sólo queda una dirección por comprobar. No están lejos. Deberían llegar en diez minutos.

El Ford aminora la marcha y Joona lo sigue al girar a la derecha para tomar un camino que avanza entre dos pastos encharcados y que luego continúa por un bosque. Se acercan a una casa amarilla de madera con persianas bajadas en todas las ventanas. El jardín está bien cuidado, hay varios manzanos y en mitad del terreno hay una hamaca a rayas blancas y azules.

Detienen los vehículos y suben juntos hasta un coche patrulla estacionado en el arcén.

Joona saluda a los compañeros y luego echa un vistazo a la casa.

—No sabemos si Vicky cogió el coche para robar al niño o si sólo quería un coche y coincidió que había un niño sentado en el asiento de atrás —dice—. Pero en cualquier caso, a estas alturas tenemos que contemplar al niño como un rehén.

—Rehén —repite la fiscal en voz baja.

Susanne Öst va hasta la puerta, llama al timbre y grita que la policía forzará la puerta si no los dejan entrar. Alguien se mueve dentro de la casa. El suelo cruje y un mueble pesado cae al suelo.

—Voy a entrar —dice Joona.

Uno de los agentes se queda vigilando la entrada principal, la fachada que da al jardín y la puerta cerrada del garaje, mientras el otro acompaña a Joona a la parte de atrás de la casa.

La hierba les moja los zapatos y los bajos de los pantalones. En la parte de atrás hay una escalerilla de cemento que baja hasta una puerta con una ventana de cristal mate. Cuando Joona la abre de una patada, el marco revienta y una lluvia de cristales se desparrama sobre la alfombra sintética de un lavadero.

Los trocitos de cristal crujen bajo las pisadas de Joona cuando entra en el cuidado lavadero, en el que incluso hay una calandria manual para alisar ropa de cama.

«Miranda estaba sentada en una silla cuando la asesinaron —piensa Joona—. Elisabet huyó en calcetines por el patio y se metió en la destilería, intentó esconderse pero la mataron de cara.»

Siente el peso de la nueva pistola que cuelga en la funda, bajo el brazo derecho. Es una Smith & Wesson semiautomática del calibre 45 ACP. Pesa un poco más que la anterior y contiene menos cartuchos, pero es más rápida en el primer disparo.

Joona abre con cautela una puerta que chirría y echa un vistazo a una cocina de leña. Sobre la mesa redonda hay un gran cuenco de cerámica lleno de manzanas rojas y junto a la pared hay un hermoso horno de leña que todavía desprende olor a fuego. En la encimera hay un plato con bollos de canela descongelándose y el cajón de los cuchillos está abierto.

Por las persianas puede entrever el verde húmedo del jardín.

Joona continúa hasta el recibidor y oye que la lámpara del techo tintinea. Los prismas de cristal chocan delicadamente entre ellos. Hay alguien caminando por el piso de arriba que hace balancear la lámpara.

Sube sin hacer ruido por la escalera y mira entre los peldaños. En la oscuridad de abajo ve que hay ropa tendida.

Joona llega al descansillo, se desplaza con mucho sigilo siguiendo la barandilla y entra en un dormitorio con cama doble. Las persianas están bajadas y la luz del techo no funciona.

Joona entra, comprueba los ángulos de tiro y se desplaza en lateral.

Sobre el cubrecama de *patchwork* hay una mira telescópica de escopeta de caza.

Alguien respira muy cerca de él. Joona sigue avanzando y apunta con la pistola a una esquina. Detrás de la puerta abierta del armario hay un hombre de espalda curvada y pelo claro que lo mira fijamente.

El hombre va descalzo, lleva tejanos oscuros y camiseta blanca con el logo de Stora Enso. Oculta algo detrás de la espalda y se desplaza lentamente hacia la derecha, acercándose a la cama.

—Soy de la policía judicial —dice Joona y baja la pistola unos centímetros.

—Ésta es mi casa —responde el hombre tranquilamente.

—Tendría que haber abierto.

Joona ve que le caen gotas de sudor por las mejillas.

—¿Ha roto mi puerta de atrás?

—Sí.

—¿Se puede arreglar?

—Lo dudo —responde Joona.

Algo brilla en el espejo ahumado de la puerta corredera del armario. Joona ve que el hombre esconde un gran cuchillo detrás de la espalda.

—Tengo que echarle un vistazo a su garaje.

—Allí sólo encontrará mi coche.

—Deje el cuchillo en la cama y enséñeme el garaje.

El hombre saca el cuchillo y se lo queda mirando unos segundos. El mango barnizado está desgastado y la hoja ha sido afilada muchas veces.

—No me sobra el tiempo —dice Joona.

—No tendría que haberse cargado mi...

De repente Joona intuye un movimiento a sus espaldas. Unos pies descalzos corretean por el suelo. Le da tiempo a hacerse a un lado sin soltar el cuchillo con la mirada. Una sombra se le echa

encima. Joona gira el cuerpo, levanta el brazo y consuma el movimiento, concentra la fuerza y prepara el codo para recibir al atacante.

Joona mantiene el cañón de la pistola apuntando al hombre del cuchillo y al mismo tiempo le da un codazo a un chico en mitad del esternón. El muchacho suelta todo el aire y se le corta la respiración, intenta apoyarse en algún sitio pero termina cayendo de rodillas.

Inyecta aire en sus pulmones, se acurruca en el suelo, arruga la alfombra que tiene debajo y se queda jadeando de costado.

—Son de Afganistán —dice el hombre en voz baja—. Necesitan ayuda y...

—Le dispararé en la pierna si no suelta el cuchillo —dice Joona.

El hombre vuelve a mirar el cuchillo y luego lo tira a la cama. De pronto aparecen dos niños más pequeños en el umbral de la puerta. Miran atentamente a Joona con los ojos muy abiertos.

—¿Está ocultando a refugiados? —pregunta Joona—. ¿Cuánto gana con ello?

—Como si lo hiciera por dinero —responde el hombre indignado.

—¿Lo hace?

—No, no lo hago.

Joona busca la mirada oscura del chico.

—*Do you pay him*?

El chico niega con la cabeza.

—Ningún ser humano es ilegal —dice el hombre.

—*You don't have to be afraid* —le dice Joona al mayor de los chicos—. *I promise I will help you if you are abused in any way*.

El muchacho le aguanta la mirada a Joona durante un buen rato y después niega con la cabeza.

—*Dennis is a good man* —susurra.

—Me alegra oírlo —dice Joona, se encuentra con la mirada del hombre y luego abandona la habitación.

Baja por la escalera y continúa hasta el garaje. Se queda un largo rato mirando el Saab cubierto de polvo que hay aparcado y piensa que Vicky y Dante han desaparecido. Ya no les quedan lugares donde buscar.

33

Flora Hansen pasa el mocho por el desgastado suelo de linóleo del pasillo del piso. Todavía tiene la mejilla caliente por la bofetada, y un curioso silbido le perdura en el oído. Con los años el suelo ha perdido el brillo, pero el agua se lo vuelve a sacar durante un momento.

Un suave olor a jabón de pino se esparce por las habitaciones.

Flora ha sacudido las alfombras y ya ha fregado la salita de la tele, la estrecha cocina y el cuarto de Hans-Gunnar, pero está esperando a que empiece el capítulo de la serie «Solsidan» para meterse en la habitación de Ewa.

Tanto Ewa como Hans-Gunnar son unos fanáticos de la telenovela, jamás se perderían un episodio.

Flora friega el suelo con movimientos enérgicos, los hilos grises del mocho azotan el zócalo con un chasquido. Se desplaza de espaldas y sin darse cuenta topa con el cuadro que ella misma hizo hace treinta años, cuando iba a la escuela. Todos los niños tenían que pegar distintos tipos de pasta en una plancha de madera y luego lo pintaron todo con un spray dorado.

Empieza a sonar la sintonía de la serie.

Ha llegado el momento.

Flora siente una punzada en la espalda cuando levanta el cubo por el asa y lo lleva a la habitación de Ewa.

Cierra la puerta y la bloquea con el cubo para que no se pueda abrir de golpe.

El corazón le va a mil por hora mientras enjuaga el mocho, lo escurre y mira la foto de bodas que hay sobre la mesita de noche.

Ewa esconde la llavecita del secreter en la parte trasera del marco.

Flora se ocupa de las labores del hogar para poder vivir en el antiguo cuarto de la criada. Se vio obligada a volver a casa de Ewa y de Hans-Gunnar cuando se le acabó el paro, después de haber perdido su empleo de auxiliar de enfermería en el hospital de Sankt Göran.

De niña, Flora estaba convencida de que sus padres la irían a buscar algún día, pero probablemente eran toxicómanos, pues Hans-Gunnar y Ewa siempre le han dicho que no saben nada sobre ellos. Flora llegó a esta casa con cinco años y no recuerda nada de su vida hasta entonces. HansGunnar siempre se ha referido a ella como una carga y desde los primeros años de adolescencia Flora ha deseado marcharse. Cuando cumplió diecinueve consiguió el puesto de auxiliar y se mudó a su propio piso en Kallhäll ese mismo mes.

El mocho gotea cuando Flora se acerca a la ventana y empieza a fregar el suelo. Debajo del radiador, el suelo de plástico está ennegrecido por las sucesivas goteras. Las viejas persianas están rotas y cuelgan torcidas dentro de los vidrios dobles. En el alféizar, entre los pelargonios, hay un caballito de Dala tallado en madera, recuerdo de Rättvik.

Flora camina despacio hasta la mesita de noche, se detiene y agudiza el oído.

El sonido de la tele impregna el aire.

En la foto de bodas Ewa y Hans-Gunnar son jóvenes. Ella lleva un vestido blanco y él traje y una corbata plateada. El cielo está blanco. En un montículo al lado de la iglesia hay un campanario negro con cúpula bulbosa. La torre asoma detrás de la cabeza de Hans-Gunnar como un extraño sombrero. Flora no sabe por qué, pero la foto siempre le ha resultado desagradable.

Intenta respirar tranquila.

Con mucho cuidado deja el palo del mocho apoyado en la pared, pero espera hasta que su madre adoptiva se ría con algo de la serie para coger la foto.

En la parte de atrás del marco cuelga la elaborada llave de latón. Flora la quita del gancho, pero las manos le tiemblan tanto que se le cae al suelo.

La llavecita rebota con un tintineo y se mete debajo de la cama.

Flora busca apoyo y se agacha.

Se oyen pasos en el pasillo y Flora se queda tumbada esperando. El pulso acelerado le late en las sienes.

El suelo cruje al otro lado de la puerta y después todo vuelve a quedar en silencio.

La llave ha caído entre los cables que corren llenos de polvo junto a la pared. Se estira un poco por debajo de la cama y la coge, se levanta y espera unos segundos antes de ir hasta el secreter. Lo abre, baja la pesada hoja de la mesa y abre uno de los cajoncitos. Debajo de las postales de París y Mallorca están los sobres en los que Ewa guarda el dinero de los gastos fijos. Flora abre el de las facturas del mes siguiente y coge la mitad del dinero, se guarda los billetes en el bolsillo, vuelve a dejar el sobre rápidamente en su sitio e intenta cerrar el cajoncito, pero hay algo que lo traba.

—¡Flora! —grita Ewa.

Vuelve a sacar el cajón, no ve nada extraño, intenta meterlo otra vez pero tiembla demasiado como para conseguirlo.

Se oyen pasos en el pasillo.

Flora aprieta el cajoncito, está torcido pero aunque se resista acaba entrando de todos modos. Cierra el secreter pero no tiene tiempo de echar el cerrojo.

La puerta del cuarto de su madrastra se abre con fuerza y choca contra el cubo. Un poco de agua se desparrama por el suelo.

—¿Flora?

Flora coge el mocho, murmura algo y aparta el cubo, seca el agua salpicada y luego sigue fregando la habitación.

—No encuentro mi pasta de dientes —dice Ewa.

Tiene los ojos tensos y los surcos alrededor de su boca se hacen más profundos. Está descalza sobre el suelo recién fregado, el chándal amarillo le cuelga holgado y la camiseta blanca le queda ajustada en el vientre y el gran busto.

—Estará... En el armario del lavabo, creo, al lado del agua de colonia —dice Flora mientras enjuaga el mocho otra vez.

Han pasado a publicidad, el volumen ha subido y se oyen voces estridentes hablando de hongos en los pies. Ewa permanece en el umbral mirándola fijamente.

—A Hans-Gunnar no le ha gustado el café —dice.

—Lo lamento mucho.

Flora escurre el agua sobrante.

—Dice que rellenas el paquete con café más barato.

—¿Por qué iba a...?

—No mientas —la corta Ewa.

—No lo hago —murmura Flora y continúa pasando el mocho.

—Como comprenderás, tendrás que ir a coger su taza, lavarla y prepararle otro café.

Flora deja de fregar, apoya el palo contra la pared junto a la puerta, pide perdón y se va a la salita. Nota la llave y los billetes en el bolsillo. Hans-Gunnar ni siquiera la mira cuando le coge la taza de al lado de la fuente con galletas.

—¡Ewa, coño! —grita—. ¡Que ya empieza!

Flora da un respingo por el grito, se marcha en seguida, se cruza con Ewa en el pasillo y le busca la mirada.

—¿Te acuerdas de que esta tarde tengo que ir a un cursillo de inserción laboral? —dice Flora.

—No conseguirás trabajo de todos modos.

—No, pero tengo que hacerlo, es obligatorio... Prepararé más café y trataré de fregar todo el

suelo... Y a lo mejor puedo hacer las cortinas mañana.

Flora le paga al hombre de la gabardina gris, quien no se da cuenta de que las gotas que rezuman de su paraguas le están cayendo en la cara a la mujer. El hombre le entrega la llave de la puerta y le dice que cuando haya terminado la deje caer por la boca del buzón del anticuario, como de costumbre.

Flora le da las gracias y sigue su camino a paso ligero por la acera. Las sujeciones de su viejo abrigo han empezado a darse. Flora tiene cuarenta años, pero su cara aniñada inspira soledad.

La primera manzana de la calle Upplandsgatan desde la plaza Odenplan, en Estocolmo, está repleta de tiendas de antigüedades y curiosidades. En los escaparates hay vitrinas y arañas de cristal brillantes, antiguos juguetes de hojalata coloreada, muñecas de porcelana, medallas y relojes de péndulo.

Al lado de la puerta de vidrio protegida por una reja de hierro de Antigüedades Carlén hay otra más estrecha que da a un pequeño local subterráneo. Flora se detiene delante del cristal opaco y pega en él un cartel de papel blanco.

TARDE ESPIRITISTA

Una empinada escalera baja hasta el sótano, donde las tuberías braman cada vez que alguien de las plantas superiores abre un grifo o tira de la cadena. Flora ha alquilado el local siete veces para sus sesiones. Siempre han participado entre cuatro y seis personas, lo cual sólo le ha dado para cubrir el alquiler. Se ha puesto en contacto con varias revistas para que escriban sobre su habilidad para hablar con los muertos, pero nunca ha obtenido respuesta. Para la sesión de esa noche ha puesto un anuncio más grande en la revista *New Age Fenomen*.

Flora sólo tiene unos minutos antes de que los participantes empiecen a llegar, pero sabe exactamente lo que tiene que hacer. Se apresura a apartar los muebles de la sala y luego coloca doce sillas en círculo.

En la mesa que hay en el centro pone dos muñequitas en miniatura con ropa del siglo XIX, un hombre y una mujer con caritas brillantes de porcelana. La idea es utilizarlos de ayuda para producir sensación de pasado. En cuanto termina una sesión los esconde en el armario de encina; en realidad no le gustan lo más mínimo.

Alrededor de los muñequitos coloca, también en círculo, doce velas. En una de ellas introduce un poco de sal de estroncio con una cerilla y luego tapa el agujerito que ha hecho en la estearina.

Después se acerca de prisa al reloj de pared para poner una hora de alarma. Lo probó hace cuatro sesiones. Al reloj le falta el badajo, así que lo único que se oirá será un golpeteo de madera dentro de la caja. Pero antes de que le dé tiempo a darle cuerda al mecanismo se abre la puerta de la calle. Los primeros participantes ya han llegado. Sacuden los paraguas y luego empiezan a bajar la escalera.

Flora se topa con su propia mirada en el espejo cuadrado de la pared. Se queda quieta, toma aire y con las manos se plancha el vestido gris que se compró de segunda mano en una de las tiendas de Stadsmissionen.

En cuanto sonríe un poco se siente más tranquila.

Prende una barrita de incienso y saluda en voz baja a Dina y a Asker Sibelius. La pareja cuelga los abrigos e intercambian unas palabras discretamente.

Los invitados son casi todos gente mayor que sabe que está cerca de la muerte. Son personas que no pueden soportar sus pérdidas, que no aceptan que la muerte sea definitiva.

La puerta de la calle se vuelve a abrir y alguien baja por la escalera. Es un matrimonio, también mayor, que no había visto antes.

—Bienvenidos —los saluda Flora con voz suave.

Va a dar media vuelta cuando de pronto detiene el movimiento y se queda mirando al hombre como si hubiese visto algo especial en él, pero luego simula que se desprende de esa sensación y les

pide que tomen asiento.

La puerta se abre de nuevo y llegan más participantes.

A las siete y diez de la tarde Flora no tiene más remedio que aceptar que no aparecerá nadie más. De todos modos, nueve personas es su mejor cifra hasta la fecha, pero igualmente no le alcanza para reponer el dinero que ha tomado prestado del cajón de Ewa.

Flora intenta respirar con calma, pero cuando vuelve a entrar en la sala sin ventanas siente que le tiemblan las piernas. Los invitados ya se han sentado en círculo. Las conversaciones se apagan y todas las miradas se vuelven hacia ella.

Flora Hansen enciende las velas de la mesa y hasta que no se sienta en su sitio no busca las miradas de los invitados. A cinco los ha visto en varias ocasiones, pero los demás son todos nuevos. Justo enfrente tiene a un hombre que quizá no pase de los treinta. Su cara es afable y hermosa, como la de un niño.

—Bienvenidos todos... a mi lugar —dice Flora y traga saliva—. Creo que empezaremos directamente...

—Sí —responde el viejo Asker con voz áspera y dulce.

—Cogeos de las manos para cerrar el círculo —les ordena Flora cálidamente.

El hombre joven la mira fijamente con una sonrisa y un gesto de curiosidad. Una sensación de entusiasmo y expectación empieza a aletear en la boca del estómago de Flora.

El silencio que se crea es negro e imponente, hay diez personas formando un círculo y sintiendo de manera unánime cómo los muertos se reúnen tras sus espaldas.

—No rompáis el círculo —le dice Flora severamente al grupo—. No rompáis el círculo, pase lo que pase. Si lo hacéis, puede que nuestros visitantes no encuentren el camino de vuelta al otro lado.

Los participantes son tan mayores que han perdido a más personas queridas que las que les quedan en vida. Para ellos la muerte es un lugar lleno de caras conocidas.

—Nunca preguntéis sobre el día de vuestra propia muerte —dice Flora—. Y nunca hagáis preguntas sobre el diablo.

—¿Por qué no se puede? —pregunta el hombre joven con una sonrisa.

—No todos los espíritus son buenos y el círculo sólo es un portal al otro lado...

Un brillo ilumina los ojos oscuros del hombre joven.

—¿Demonios? —pregunta.

—No creo —sonríe Dina Sibelius intranquila.

—Yo intento vigilar el portal —dice Flora muy seria—. Pero ellos... perciben nuestro calor, ven las llamas de las velas.

De nuevo se hace el silencio. Las tuberías empiezan a sonar de fondo con un singular y nervioso murmullo, como el de una mosca que ha quedado atrapada en una telaraña.

—¿Estáis preparados? —pregunta despacio.

Los participantes asienten y Flora nota el escalofrío de placer que le genera la atención completamente nueva que hay ahora en la sala. Le parece oír el bombeo de sus corazones y el pulso latiendo en el círculo cerrado.

—Voy a entrar en trance.

Flora contiene la respiración y aprieta las manos de Asker Sibelius y de la mujer nueva. Cierra los ojos con fuerza, espera todo el tiempo que puede luchando contra el impulso de respirar hasta que empieza a temblar. Y finalmente toma una gran bocanada de aire.

—Tenemos muchos visitantes del otro lado —informa al cabo de un momento.

Los que ya han participado antes asienten con un murmullo.

Flora siente la mirada del hombre joven, puede percibir sus ojos despiertos e interesados examinando sus mejillas, su pelo y su cuello.

Deja caer la cabeza y decide empezar con Violet para que el hombre quede convencido. Flora conoce la historia de la mujer, pero la ha hecho esperar. Violet Larsen se encuentra tremendamente sola. Perdió a su único hijo hace cincuenta años. Una noche el chico cayó enfermo de meningitis y ningún hospital quiso atenderlo por miedo al contagio. El marido de Violet llevó al chico de hospital en hospital durante toda la noche. Al despuntar el día, el niño murió en los brazos de su padre. Éste no pudo soportar el dolor y murió un año más tarde. Toda la felicidad de Violet se consumió en una

fatídica noche. Desde entonces ha sido una viuda sin hijo. Así lleva viviendo más de medio siglo.

—Violet —susurra Flora.

La anciana la mira con los ojos húmedos.

—¿Sí?

—Aquí hay un niño, un niño que le está cogiendo la mano a un hombre.

—¿Cómo se llaman? —masculla Violet con voz temblorosa.

—Se llaman..., el chico dice que solías llamarlo Jusse.

Violet no puede reprimir un jadeo.

—Es mi pequeño Jusse —dice en voz baja.

—Y el hombre dice que tú sabes quién es, que eres su flor.

Violet asiente con la cabeza y sonríe.

—Es mi Albert.

—Tienen un mensaje para ti, Violet —continúa Flora muy seria—. Dicen que te siguen cada día y cada noche y que nunca estás sola.

Una gran lágrima rueda por las mejillas arrugadas de la mujer.

—El chico te pide que no estés triste. Mamá, dice, estoy bien. Papá está conmigo todo el tiempo.

—Os echo tanto de menos —solloza Violet.

—Veo al chico, está justo a tu lado, te está acariciando la mejilla —susurra Flora.

Violet llora contenida y de nuevo se hace el silencio. Flora está esperando a que el calor de la vela prenda la sal de estroncio, pero está tardando un poco más de lo previsto.

Farfulla algo para sí misma mientras piensa en quién escogerá ahora. Cierra los ojos y mece sutilmente el cuerpo.

—Hay tantos aquí... —murmura—. Hay tantos... Se están hacinando en el pequeño portal, puedo sentir su presencia, os echan de menos, echan de menos hablar con vosotros...

Guarda silencio porque una de las velas ha empezado a echar chispas.

—Nada de pelearse en el portal —dice en voz baja.

De pronto la chisporroteante vela empieza a arder con una llama roja y alguien en el grupo suelta un grito.

—No eres bienvenido, tú te quedas fuera —dice Flora con decisión y espera a que la llama roja se extinga—. Ahora quiero hablar con el hombre de las gafas —dice—. Sí, acércate. ¿Cómo te llamas?

Escucha hacia dentro.

—Lo quieres como siempre —dice Flora y luego se dirige a los participantes—. Dice que lo quiere como siempre. Como siempre, con pelota y patata cocida y...

—¡Es mi Stig! —exclama la mujer que está al lado de Flora.

—Es difícil oír lo que dice —continúa Flora—. Han venido tantos, lo están interrumpiendo...

—Stig —susurra la mujer.

—Está pidiendo perdón... quiere que lo perdones.

A través de las manos que tienen unidas Flora puede sentir los temblores de la mujer.

—Te he perdonado —murmura la anciana.

Después de la sesión Flora se despide con pocas palabras. Sabe que la gente suele tener ganas de estar a solas con sus fantasías y sus recuerdos.

Se pasea por la sala sin prisa, sopla las velas y coloca las sillas tal como estaban antes. El hecho de que todo haya ido tan bien le provoca una sensación de sensualidad en el cuerpo que todavía le dura.

En la entrada ha puesto un estuche donde los invitados le han dejado el dinero. Lo cuenta y ve que no le llega para devolver lo que ha cogido del sobre de Ewa. La semana que viene tiene otra sesión espiritista y será su última oportunidad de reunir el dinero suficiente antes de que la descubran.

A pesar del anuncio que puso en *Fenomen* no han aparecido suficientes participantes. Ha empezado a despertarse por las noches. Se queda mirando la oscuridad con los ojos secos y se pregunta qué va a hacer. Ewa suele pagar las facturas a finales de mes. Entonces se dará cuenta de que falta dinero.

Cuando Flora sale a la calle ya ha dejado de llover. El cielo está negro. Las farolas y las luces de neón de la calle se reflejan en el asfalto mojado. Cierra la puerta y mete la llave en el buzón de Antigüedades Carlén.

Quita el cartel de la puerta y cuando lo va a doblar para metérselo en el bolso ve que hay alguien en el portal de al lado. El hombre joven que estaba en la sesión se le acerca un poco y sonríe disculpándose.

—Hola, me preguntaba si... podría invitarte a una copa de vino en algún sitio.

—No puedo —responde ella con timidez por acto reflejo.

—Has estado fantástica —dice él.

Flora no sabe qué decir, nota que cuanto más la mira más roja se pone.

—Es que tengo que irme a París —miente.

—¿No me daría tiempo de hacerte unas preguntas?

Ahora entiende que debe de ser un periodista de alguna de las revistas con las que ha intentado ponerse en contacto.

—Salgo mañana a primera hora —dice ella.

—Media hora, ¿crees que podrías?

Mientras cruzan la calle a paso ligero en dirección a la taberna más próxima, el joven hombre le cuenta que se llama Julian Borg y que escribe para la revista *Cerca*.

Unos minutos más tarde están sentados uno frente al otro a una mesa con mantel de papel. Flora se moja los labios con el vino tinto. Dulce y amargo se mezclan en su boca y una suave ola de calor le recorre el cuerpo. Julian Borg ha pedido una ensalada césar y mira a Flora con ojos curiosos.

—¿Cómo empezó todo esto? —pregunta—. ¿Siempre has visto espíritus?

—Cuando era pequeña pensaba que todo el mundo lo hacía, a mí no me resultaba raro —dice y se ruboriza por que las mentiras le salgan con tanta facilidad.

—¿Qué veías?

—Veía gente desconocida viviendo con nosotros..., yo sólo creía que eran personas que estaban solas... y a veces entraba un niño en mi cuarto y yo intentaba jugar con él...

—¿Se lo explicaste a tus padres?

—No tardé mucho en aprender a callármelo —dice Flora y saborea de nuevo el vino—. La verdad es que hasta ahora no había comprendido que muchas personas necesitan de los espíritus, aunque no los puedan ver..., y los espíritus necesitan de las personas. Por fin he encontrado mi lugar... Yo estoy en medio y ayudo a que las dos partes se encuentren.

Hace una pausa sin perder la mirada de los cálidos ojos de Julian Borg.

En realidad todo empezó cuando Flora perdió su empleo de auxiliar de enfermería. Cada vez veía menos a sus compañeros de trabajo y en tan sólo un año había perdido todo contacto con sus amigos. Cuando se le acabó el paro y el dinero dejó de entrar se vio obligada a mudarse otra vez a casa de Ewa y de Hans-Gunnar.

A través de la oficina de empleo hizo un curso para ser escultora de uñas y allí conoció a Jadranka, de Eslovaquia. Jadranka tenía períodos depresivos, pero los meses que se encontraba bien solía sacarse un dinero extra respondiendo llamadas a través de una página web llamada Palabra Tarot.

Se hicieron amigas y un día Jadranka llevó a Flora a una gran sesión de los Buscadores de la Verdad. Más tarde hablaron sobre cómo se podría hacer todo aquello mucho mejor y tan sólo unos meses más tarde ya habían encontrado el sótano de la calle Upplandsgatan. Tras la segunda sesión, la depresión de Jadranka se agravó y la internaron en una clínica al sur de Estocolmo. Pero Flora continuó con las sesiones por su propia cuenta.

En la biblioteca encontró libros sobre sanación, vidas anteriores, ángeles, auras y cuerpos astrales. Leyó sobre las hermanas Fox, salitas con espejos y Uri Geller, pero de lo que más aprendió fue de los esfuerzos que hizo el escéptico James Randis en desvelar trucos y engaños.

Flora nunca ha visto ni fantasmas ni espíritus, pero ha descubierto que tiene facilidad para decir las cosas que la gente necesita oír.

—Utilizas la palabra espíritus en lugar de fantasmas —dice Julian y junta los cubiertos en el plato.

—Es lo mismo —responde ella—. Fantasma suena a maligno, a negativo.

Julian sonríe y sus ojos se muestran sinceros cuando dice:

—Tengo que reconocer que... me cuesta mucho creer en espíritus, pero...

—Hay que tener una mente abierta —explica Flora—. Conan Doyle era espiritista, por ejemplo..., ya sabes, el autor de los libros de Sherlock Holmes...

—¿Has ayudado a la policía alguna vez?

—No, es...

Flora se ruboriza de golpe y no sabe qué decir, por lo que mira la hora.

—Perdón, tienes que irte —dice él y le toma las manos por encima de la mesa—. Sólo quiero decirte que sé que intentas ayudar a la gente y eso me parece bonito.

El corazón de Flora se altera con el contacto físico. No se atreve a mirarlo directamente a los ojos hasta que se despiden y se separan.

37

Las casas rojas del Centro Birgitta se ven idílicas a la luz del día. Joona está hablando con la fiscal Susanne Öst junto a un gran abedul. De las hojas caen gotas de agua que brillan suavemente en su viaje hasta el suelo.

—La policía todavía está interrogando a los vecinos de Indal —explica la fiscal—. Alguien ha chocado contra un semáforo y hay un montón de cristales en el suelo, pero no tenemos nada más.

—Tengo que volver a hablar con las alumnas —dice Joona mientras piensa en la violencia que había tenido lugar al otro lado de las ventanas empañadas del centro.

—Creía que esto de Dennis nos llevaría a algún sitio —dice Susanne.

Joona piensa en la sala de aislamiento y un mal presentimiento le sorprende. Intenta reconstruir la violenta escena en su cabeza, pero por el momento sólo puede ver sombras entre los muebles. Las personas son traslúcidas como un cristal lleno de polvo, flotan y resultan casi imposibles de distinguir.

Toma aire y de repente la habitación donde Miranda está con las manos sobre la cara se le aparece con claridad. Ve toda la fuerza que hay detrás de las salpicaduras de sangre y de los contundentes golpes. Puede seguirlos uno a uno y observar cómo el ángulo varía después del tercero. La lámpara se mece. El cuerpo de Miranda queda empapado de sangre.

—Pero no tenía ni una gota encima —susurra.

—¿Qué dices? —pregunta la fiscal.

—Sólo tengo que comprobar una cosa —responde Joona justo cuando se abre la puerta del centro y sale un hombrecillo con ropa de protección.

Es Holger Jalmert, profesor de criminología en la Universidad de Umeå. Se quita la mascarilla meticulosamente. Tiene la cara completamente sudada.

—Voy a pedir una entrevista con las chicas en el hotel para dentro de una hora —dice Susanne.

—Gracias —dice Joona y cruza el patio.

El profesor está junto a su furgoneta, se quita la ropa de protección, la mete en una bolsa de basura y luego la cierra con esmero.

—El edredón ha desaparecido —dice Joona.

—Por fin conozco a Joona Linna en persona —sonríe el profesor mientras abre un nuevo paquete con un mono de plástico de un solo uso.

—¿Has entrado en la habitación de Miranda?

—Sí, allí ya he terminado.

—No había ningún edredón en el cuarto.

Holger se olvida un momento del paquete y arruga la frente:

—No, tienes razón.

—Vicky debe de haber escondido el edredón de Miranda en el armario o debajo de la cama, en su propia habitación —dice Joona.

—Ahora mismo iba a meterme allí —dice Holger, pero Joona ya camina hacia la casa.

El profesor le mira la espalda mientras piensa que todo el mundo dice que Joona Linna es tan tozudo que se queda mirando una escena del crimen hasta que ésta se le abre como un libro.

Suelta el envoltorio, coge otro mono y corre a alcanzar al comisario de la judicial.

Se ponen la ropa de plástico y se cambian las protecciones de los zapatos y los guantes de látex antes de abrir la puerta del cuarto de Vicky.

—Parece que hay algo debajo de la cama —dice Joona en tono objetivo.

—Cada cosa a su tiempo —murmura Holger mientras se pone una mascarilla.

Joona espera en el umbral de la puerta mientras el profesor toma fotos y mide la habitación con un láser para luego marcar todos los objetos encontrados en un sistema de coordenadas 3D.

En la pared, justo encima del hermoso motivo bíblico, hay un póster de Robert Pattinson y en un estante han colocado un gran cuenco con chapas antirrobo blancas de H&M.

Joona observa el trabajo de Holger, que poco a poco parcela el suelo con láminas, las aprieta con un rodillo de goma, las levanta con cuidado, toma fotos y las empaqueta. Avanza lentamente desde la puerta hasta la cama y luego sigue hasta la ventana. Cuando levanta una de las láminas se puede ver una débil huella de zapatilla de deporte marcada en la película de gelatina amarilla.

—No puedo quedarme mucho rato más —dice Joona.

—Y quieres que mire debajo de la cama antes de que te vayas.

Holger niega en silencio por su impaciencia, pero luego extiende meticulosamente un plástico protector sobre el suelo al lado de la cama. Se pone de rodillas, estira un brazo y agarra una esquina del bulto.

—Sin duda, es un edredón —dice concentrado.

Tira de él con mucho cuidado y lo pone sobre el plástico. Está revuelto y empapado de sangre.

—Creo que Miranda lo llevaba por encima cuando la mataron —dice Joona en voz baja.

Holger envuelve el edredón con el plástico y luego lo mete en un saco. Joona mira la hora. Puede quedarse diez minutos más. Holger toma pruebas nuevas todo el tiempo. Utiliza bastoncillos húmedos para las manchas de sangre seca y luego los deja airear un momento antes de guardarlos.

—Si encuentras algo que apunte a una persona o a algún lugar, llámame inmediatamente —dice Joona.

—Entendido.

Alrededor del martillo, debajo de la almohada, el escrupuloso profesor utiliza ciento veinte bastoncillos que luego guarda y marca con una referencia uno a uno por separado. Los pelos y las fibras textiles los pega con cinta adhesiva en una transparencia, las bolitas de pelo las guarda en papeles doblados, el tejido corporal y los fragmentos de cráneo los introduce en tubos que más tarde meterá en frío para detener la proliferación bacteriana.

38

La sala de conferencias del hotel Ibis está ocupada y Joona tiene que esperar en el comedor mientras la fiscal discute con el angustiado personal para que le den una nueva sala de reuniones. Cerca del techo hay una tele sujetada a la pared por un brazo metálico.

Joona llama a Anja, lo desvían a su teléfono móvil y cuando la secretaria contesta le pide que compruebe si en Sundsvall hay algún forense que valga la pena.

Las noticias de la tele abren con los asesinatos en el Centro Birgitta y con el drama que se ha desatado después. Muestran imágenes de los cordones policiales, las casas rojas y el cartel de centro especial de acogida y cuidados. La vía de huida de la presunta homicida aparece marcada en un mapa y luego un reportero plantado en la carretera 86 habla del secuestro y de los intentos fallidos de la policía.

Joona se acerca a la tele mientras una voz informa de que la madre del niño secuestrado ha pedido que la dejen suplicarle en directo al secuestrador.

De pronto aparece Pia Abrahamsson en pantalla. Está sentada con la cara descompuesta junto a una mesa de cocina con una nota en la mano.

—Si oyes esto... —empieza— . Entiendo que has sufrido muchas injusticias, pero Dante no tiene nada que ver con ello...

Pia mira directamente a la cámara.

—Tienes que devolvérmelo —susurra con la barbilla tiritando—. Seguro que eres una buena persona, pero Dante sólo tiene cuatro años y sé el miedo que debe de estar pasando..., es tan...

Echa un vistazo al papel y las lágrimas comienzan a correr por sus mejillas.

—No seas malo con él, no le pegues a mi pequeño...

Rompe en llantos enérgicos y quejumbrosos y aparta la cara de la cámara antes de que la emisión vuelva al plató de Estocolmo.

Junto a una mesa alta hay un psiquiatra forense del hospital de Säter que intenta explicarle al presentador el nivel de peligrosidad de la situación actual:

—No tengo acceso a los expedientes de la chica y no quiero especular sobre si es culpable de las dos muertes, pero teniendo en cuenta la ubicación es muy posible que sufra de una fuerte inestabilidad psíquica, y aunque...

—Pero ¿qué riesgos existen? —pregunta el presentador.

—Puede que no le preste la menor atención al chico —explica el psiquiatra—. A lo mejor hay ratos en los que se olvida de él completamente... pero el niño sólo tiene cuatro años, y si en un momento dado de pronto empieza llorar o a llamar a su madre, la chica podría enfadarse y volverse peligrosa...

Susanne Öst entra en el comedor para buscar a Joona. Con una brevísima sonrisa le ofrece una taza de café y una pasta. Él le da las gracias, la acompaña hasta el ascensor, suben juntos hasta el último piso y se meten en una lúgubre suite nupcial con minibar candado y una bañera de hidromasaje sobre patas doradas desconchadas.

Tuula Lehti está tumbada sobre la enorme cama con columnas viendo Disney Channel. La persona de apoyo de Atención a las Víctimas los saluda con la cabeza. Susanne cierra la puerta y Joona se sienta en una silla con cojín rosa.

—¿Por qué me dijiste que Vicky suele quedar con alguien que se llama Dennis? —pregunta Joona.

Tuula se incorpora y se abraza a un cojín con forma de corazón.

—Es lo que yo creía.

—¿Por qué creías eso?

Tuula se encoge de hombros y dirige la mirada a la tele.

—¿Te habló de alguien que se llamaba Dennis?

—No —sonríe.

—Tuula, tengo que encontrar a Vicky, de verdad.

La chica tira al suelo el cubrecama de seda rosa empujándolo con los pies y luego continúa viendo la tele.

—¿Tengo que quedarme aquí todo el día? —pregunta.

—No, si quieres puedes volver a tu habitación —responde la persona de apoyo.

—*Sinä olet vain pieni lapsi* —dice Joona—. Sólo eres una niña.

—*Ei* —responde ella en voz baja y lo mira a los ojos.

—No deberías tener que vivir en ningún centro.

—Me gustan —responde indiferente.

—¿Nunca tienes problemas?

Tuula se ruboriza y las cejas blancas le tiritan.

—No —dice escuetamente.

—Ayer Miranda te pegó.

—Exacto —murmura y trata de aplastar el corazón gigante.

—¿Por qué estaba enfadada contigo?

—Pensaba que había estado hurgando en su habitación.

—¿Lo habías hecho?

Tuula lame el cojín.

—Sí, pero no cogí nada.

—¿Por qué estuviste hurgando en su cuarto?

—Me meto en las habitaciones de todo el mundo.

—¿Por qué?

—Es divertido —contesta.

—Pero Miranda creía que le habías quitado algo.

—Sí, estaba un poco cabreada...

—¿Qué creía que le habías cogido?

—No me lo dijo —sonríe Tuula.

—¿Qué crees tú?

—No sé, normalmente se trata de medicina... Lu Chu me empujó por la escalera porque se pensó que yo le había robado las pastillas.

—Si no era medicina, ¿qué crees que se pensaba que le habías cogido?

—Yo qué sé —suspira Tuula—. Maquillaje, pendientes...

Se sienta en el borde de la cama otra vez, se reclina y susurra algo acerca de un collar de perro.

—¿Y Vicky? —pregunta Joona—. ¿Vicky también suele pegar?

—No —sonríe Tuula otra vez.

—¿Y qué hace?

—No puedo decir nada porque no la conozco, creo que no me ha dicho ni una sola palabra, pero...

La chica se queda callada y se encoge de hombros.

—¿Por qué no te ha dicho nunca nada?

—No sé.

—Pero la habrás visto enfadada alguna vez.

—Se raja a sí misma, podéis...

Se queda callada y niega con la cabeza.

—¿Qué ibas a decir?

—Que paséis de su cara... En cualquier momento se suicidará y entonces ya tendréis un problema menos —dice Tuula y aparta la mirada de los ojos de Joona.

La chica se observa los dedos, murmura algo para sí, se levanta de golpe y abandona la habitación.

Caroline, la chica algo mayor que las demás, entra acompañada de la persona de apoyo. Lleva una camiseta gris holgada con el dibujo de un gatito. Un tatuaje de runas le da la vuelta al brazo y en el pliegue del codo tiene cicatrices blancas de antiguas inyecciones.

Cuando saluda a Joona lo hace sonriendo tímidamente. Después se sienta en el sillón junto a la mesa marrón.

—Tuula dice que Vicky suele escaparse por las noches para ver a un chico —dice Joona.

—No —se ríe Caroline.

—¿Por qué dices que no?

—Porque no lo hace —sonríe Caroline.

—Pareces muy segura.

—Tuula se cree que somos todas unas zorras —explica.

—O sea que Vicky no suele escaparse.

—Sí —responde Caroline en tono más serio.

—¿Qué hace cuando se va? —pregunta Joona sin dejar que se le note la impaciencia.

Caroline lo mira un momento a los ojos y luego dirige la mirada a la ventana.

—Se sienta detrás de la destilería y llama a su madre.

Joona sabe que la madre de Vicky murió antes de que ella llegara al Centro Birgitta, pero en lugar de utilizarlo para replicarle a Caroline decide preguntarle tranquilamente:

—¿De qué suelen hablar?

—Bueno... Lo único que hace Vicky es dejarle mensajes en el buzón de voz, pero creo que... Creo que su madre nunca le devuelve la llamada.

Joona asiente en silencio y considera la posibilidad de que nadie le haya explicado a Vicky que su madre ha muerto.

—¿Has oído hablar de alguien que se llama Dennis? —pregunta.

—No —responde Caroline sin dudar.

—Piénsalo un momento.

Ella lo mira a los ojos, relajada, pero da un respingo cuando el teléfono de Susanne Öst suena con la llegada de un mensaje.

—¿A quién le pediría Vicky ayuda? —continúa Joona a pesar de que el interrogatorio haya perdido toda la energía.

—A su madre, es la única que se me ocurre.

—¿Amigas o chicos?

—No —responde Caroline—. Pero tampoco la conozco... O sea, las dos somos ADL y nos veíamos bastante, pero ella nunca hablaba de su vida.

—¿Qué es ADL?

—Suena como un diagnóstico —se ríe Caroline—. Significa *All Day Lifestyle*. Es sólo para las que han sido buenas de verdad. Te dejan salir un poco, acompañar a los cuidadores a Sundsvall a hacer la compra, aventuras así...

—Pero imagino que hablaríais cuando hacíais esas cosas —intenta Joona.

—Un poco, pero... no.

—Entonces ¿con quién hablaba?

—Con nadie —responde ella—. Excepto con Daniel, claro.

—¿El asistente?

Joona y Susanne abandonan la suite nupcial y cruzan juntos el pasillo hasta el ascensor. La fiscal se ríe cuando los dos intentan apretar el botón al mismo tiempo.

—¿Cuándo podríamos hablar con Daniel Grim? —pregunta Joona.

—Ayer el médico consideraba que era demasiado pronto, lo cual me parece comprensible —dice dirigiéndole una breve mirada—. Es un asunto delicado. Pero voy a hacer un intento, a ver qué pasa.

Salen del ascensor en la planta baja y se dirigen a la salida, pero hacen un alto en recepción al ver que Gunnarsson está allí esperando.

—Por cierto, he recibido un mensaje diciendo que ya han empezado a hacer la autopsia —le dice Susanne a Joona.

—Bien. ¿Cuándo crees que tendremos un primer informe? —pregunta él.

—Vete a casa —gruñe Gunnarsson—. No deberías estar aquí, no puedes leer el jodido informe, te tienes...

—Pero bueno, ¡cálmate! —lo interrumpe Susanne sorprendida.

—Aquí arriba somos tan gilipollas que dejamos que un puto observador se haga con todo el caso sólo porque viene de Estocolmo.

—Sólo intento ayudar —dice Joona—. Porque...

—Limítate a cerrar el pico.

—El caso es mío —dice la fiscal fulminando a Gunnarsson con la mirada.

—Entonces me imagino que ya sabrás que Joona tiene a los de Asuntos Internos encima y a la fiscal de la judicial...

—¿Tienes un expediente abierto? —le pregunta atónita Susanne Öst a Joona—. ¿Es eso cierto?

—Sí —contesta Joona—. Pero mi tarea...

—Y yo aquí confiando plenamente en ti —le dice y frunce los labios—. No sólo te he dejado participar sino que además te he hecho caso. Pero tú sólo sabes mentir.

—No tengo tiempo para esto —dice Joona con gravedad—. Tengo que hablar con Daniel Grim.

—Eso lo haré yo —suelta Gunnarsson con un bufido.

—Supongo que os dais cuenta de lo importante que es —continúa Joona—. Daniel Grim podría ser el único que...

—No pienso colaborar contigo —lo corta la fiscal.

—Estás fuera —dice Gunnarsson.

—He perdido toda la confianza en ti —suspira Susanne y empieza a dirigirse a la salida.

—Adiós —dice Gunnarsson siguiendo los pasos de la fiscal.

—Si tienes oportunidad de hablar con Daniel Grim tienes que preguntarle por Dennis —les grita Joona desde recepción—. Pregúntale a Daniel si sabe quién es Dennis y sobre todo pregúntale dónde se ha metido Vicky. Necesitamos un nombre o un lugar. Daniel es la única persona con quien hablaba la chica, y él...

—Vete a casa —se ríe Gunnarsson, se despide con la mano y luego desaparece por la puerta.

41

Daniel Grim lleva once años trabajando a jornada parcial como asistente con adolescentes en el Centro Birgitta. Sigue los patrones de la terapia cognitivo-conductual y del *Aggression Replacement Training* y mantiene charlas individuales con las alumnas por lo menos una vez a la semana.

La esposa de Daniel, Elisabet, era enfermera y hacía el turno de noche. Daniel pensaba que había acompañado a Nina Molander en la ambulancia después de que ésta entrara en un fuerte estado de *shock*.

Cuando Daniel se dio cuenta de que Elisabet yacía muerta en la antigua destilería, se desplomó en mitad del patio. Minutos antes hablaba desconcertado de los problemas de corazón de Elisabet, pero cuando entendió que su mujer había muerto a consecuencia de una grave agresión física, se quedó completamente mudo. Se le erizó el vello de toda la piel y empezó a sudar copiosamente, su respiración se aceleró y no dijo nada más, ni siquiera cuando lo subieron a una camilla para meterlo en la ambulancia.

El comisario Gunnarsson ya se ha liado otro cigarrillo antes de bajarse del ascensor en la sección 52 de la clínica psiquiátrica del hospital provincial de Västra Norrland.

Un hombre joven con la bata de médico abierta va a su encuentro, se dan la mano y Gunnarsson lo sigue por el pasillo de paredes grisáceas.

—Como te he dicho por teléfono, no creo que tenga demasiado sentido interrogarle tan pronto...

—Ya. Sólo quiero charlar un poco con él.

El médico se detiene y mira a Gunnarsson unos segundos antes de empezar a explicar:

—Daniel Grim se encuentra en una especie de estado traumático de estrés que solemos llamar «arousal». Viene controlado por el hipotálamo y el sistema límbico y...

—Me importa una mierda —interrumpe Gunnarsson—. Lo que necesito saber es si está empachado de pastillas y fuera de sí.

—No, no está fuera de sí, pero no te dejaría entrar si no fuera...

—Tenemos un doble homicidio que...

—Sabes muy bien quién manda aquí —lo corta el médico con total tranquilidad—. Si me parece que la rehabilitación del paciente puede verse perjudicada con una conversación con la policía, no tendrás más remedio que esperar.

—Entiendo —dice Gunnarsson forzando un tono de aceptación.

—Pero como el propio paciente ha repetido varias veces que quiere ayudar a la policía, pienso dejar que le hagas algunas preguntas. Eso sí, conmigo delante.

—Te lo agradezco —sonríe Gunnarsson.

Continúan por el pasillo, doblan una esquina, pasan por delante de una hilera de ventanas que dan a un patio interior con tragaluces y ventiladores, y finalmente el médico abre la puerta de una habitación.

En el sofá hay mantas y sábanas, pero Daniel Grim está sentado en el suelo debajo de la ventana apoyando la espalda en el radiador. Tiene la cara extrañamente relajada y no levanta la vista cuando los oye entrar.

Gunnarsson coge una silla y se sienta enfrente de Daniel. Al cabo de un rato suelta un juramento y se pone de cuclillas delante del hombre destrozado.

—Tengo que hablar contigo —empieza—. Tenemos que encontrar a Vicky Bennet... Es sospechosa de los homicidios en el Centro Birgitta y...

—Pero yo...

Gunnarsson se queda callado al oír que Daniel susurra algo y luego se mantiene a la espera de que el asistente siga hablando.

—No te he oído —le dice.

El médico los observa en silencio.

—Yo no creo que haya sido ella —susurra Daniel—. Es tan buena y tan...

Se seca unas lágrimas en las mejillas y debajo de las gafas.

—Sé que tienes que guardar el secreto profesional —le dice Gunnarsson—. Pero ¿tienes alguna manera de ayudarnos a encontrar a Vicky Bennet?

—Lo intentaré —masculla Daniel y luego aprieta los labios.

—¿Conoce a alguien que viva cerca del Centro Birgitta?

—A lo mejor..., me cuesta un poco pensar con claridad...

Gunnarsson suspira y cambia de estrategia:

—Tú eras el asistente de Vicky —dice con seriedad—. ¿Dónde crees que se puede haber metido? Nos importa un comino si es culpable o no. No tenemos ni idea de eso. Pero estamos bastante seguros de que ha secuestrado a un niño.

—No —susurra Daniel.

—¿A quién iría a ver? ¿Adónde iría?

—Tiene miedo —responde Daniel con voz temblorosa—. Se mete debajo de un árbol para esconderse, se... se... ¿Qué me has preguntado?

—¿Sabes de algún escondite suyo?

Daniel empieza a balbucear algo acerca del corazón de Elisabet y de que se había creído que se trataba de su enfermedad.

—Daniel, no tienes por qué hacer esto si te parece difícil —aclara el médico—. Puedo pedirle a la policía que vuelva más tarde si necesitas descansar.

Daniel niega rápidamente con la cabeza y después hace un esfuerzo por respirar tranquilo.

—Dame algunos lugares —le pide Gunnarsson.

—Estocolmo.

—¿Dónde?

—No..., no sé nada de...

—Me cago en la leche —suelta Gunnarsson, alzando la voz.

—Perdón, perdón...

La barbilla de Daniel empieza a tiritar y las comisuras de la boca se le curvan hacia abajo. Las lágrimas comienzan a brotar en sus ojos, aparta la cara y rompe a llorar mientras le tiembla todo el cuerpo.

—Ha matado a tu mujer con un martillo y...

Daniel golpea la cabeza contra el radiador con tanta fuerza que las gafas se le caen en el regazo.

—Fuera de aquí —dice tajante el médico—. Ni una palabra más. Esto ha sido un error y no habrá más conversaciones.

42

El aparcamiento del hospital provincial de Sundsvall está prácticamente vacío. La luz gris que originan las nubes le da al edificio un aire abandonado. Sobre las paredes de ladrillo oscuro, las ventanas blancas parecen ojos que se cierran ante la visión del mundo. Joona atraviesa unos matorrales bajos y se dirige al vestíbulo.

La recepción está desierta. Se queda esperando un rato ante el mostrador hasta que aparece un señor de la limpieza.

—¿Dónde está el departamento de medicina forense?

—A doscientos cincuenta kilómetros al norte —sonríe amable el hombre—. Pero si al que buscas es al patólogo, puedo echarte una mano.

Caminan juntos por pasillos vacíos y toman un espacioso ascensor hasta las plantas del sótano. Hace frío y las grandes baldosas del suelo se han agrietado en varias zonas.

El señor de la limpieza empuja una doble puerta de metal y al final del pasillo puede verse otra puerta con un cartel: PATOLOGÍA CLÍNICA Y CITOLOGÍA.

—Suerte —se despide el hombre señalando la puerta.

Joona le da las gracias y continúa solo por el pasillo, cuya alfombra de plástico tiene marcas de camillas y carros. Cruza el laboratorio, y sin dilación alguna abre la puerta de la sala de autopsias con mesas de acero inoxidable. En el techo cuelga una araña de cristal pero, con los fluorescentes, la luz que predomina en la sala es especialmente fría. Se oye el sonido de una puerta y luego aparecen dos personas empujando una camilla con un cuerpo recién sacado de su arcón frigorífico.

—Disculpad —dice Joona.

Un hombre delgado con bata blanca se da la vuelta. Sus gafas de piloto con patillas blancas reflejan un destello de luz. Es el médico forense Nils *Nålen* Åhlén de Estocolmo, un viejo amigo de Joona. A su lado está Frippe, el joven aprendiz, con su melena negra cayéndole sobre la bata.

—¿Qué hacéis aquí? —pregunta Joona alegre.

—Una mujer de la judicial me llamó amenazándome —responde Nålen.

—Anja —dice Joona.

—Me dejó temblando... Me soltó un rapapolvo de narices y me dijo que Joona no puede subir hasta Umeå sólo para hablar con un forense.

—Pero ya que estamos aquí aprovecharemos para ir al Nordfest, el festival *metal* —puntualiza Frippe.

—The Haunted toca en el club Deströyer —dice Nålen con una sonrisa forzada.

—Eso lo explica todo —dice Joona.

Frippe suelta una carcajada y Joona observa por un momento sus pantalones de piel raídos asomando por debajo de la bata y las botas de cowboy con las fundas de plástico azul.

—Hemos terminado con la mujer... Elisabet Grim —dice Nålen—. Supongo que lo único a destacar son las heridas en las manos.

—¿Defendiéndose? —pregunta Joona.

—Aunque están en el lado equivocado —dice Frippe.

—Podemos echarle un vistazo dentro de un rato —responde Nålen—. Pero primero hablemos un momento de Miranda Ericsdotter.

—¿Cuándo murieron, lo sabéis? —pregunta Joona.

—Como bien sabes, la temperatura desciende...

—*Algor mortis* —dice Joona.

—Sí, y este enfriamiento sigue una curva gráfica... que se va estabilizando a medida que se acerca a la temperatura ambiente...

—Ya lo sabe —dice Frippe.

—Bueno..., con la temperatura, y a juzgar por las manchas en la piel y la rigidez del cuerpo, podríamos decir que la chica y la mujer murieron más o menos al mismo tiempo, en la madrugada del viernes.

Joona los mira mientras empujan la camilla hasta la mesa de autopsias, donde cuentan hasta tres antes de levantar el cuerpo, que está metido en una bolsa de transporte precintada. Cuando Frippe lo abre, un putrefacto olor a pan de mosto de cerveza y a sangre vieja se libera por toda la sala.

La chica está sobre la mesa en la misma postura que cuando la encontraron, tapándose la cara con las manos y con los pies cruzados.

La rigidez del cadáver se debe a que el nivel de calcio aumenta en los músculos inmóviles y hace que dos proteínas distintas comiencen a unirse. La rigidez empieza casi siempre en el corazón y el diafragma. Al cabo de media hora se puede percibir en la musculatura mandibular y dos horas más tarde también en la nuca.

Joona sabe que tendrán que emplear mucha fuerza para apartarle las manos de la cara a Miranda.

De pronto una serie de ideas singulares comienzan a pasarle por la cabeza. Por ejemplo, que no es Miranda la que se está escondiendo ahí detrás, sino que habrá otra cara, con los ojos dañados o incluso con las cuencas vacías.

—No nos ha llegado ninguna solicitud de visita —dice Nålen—. ¿Por qué se está tapando la cara con las manos?

—No lo sé —responde Joona en voz baja.

Frippe le saca fotos a cada detalle del cuerpo.

—Imagino que se trata de una autopsia bien completita y que queréis un certificado forense —dice Nålen en tono formal.

—Sí —contesta Joona.

—En realidad habría que tener secretario cuando se trata de un homicidio —murmura el forense mientras da una vuelta alrededor del cuerpo.

—Ya te estás quejando otra vez —sonríe Frippe.

—Sí, es cierto, pido disculpas —dice Nålen y se queda un rato quieto detrás de la cabeza de Miranda antes de acabar la vuelta.

Joona piensa en las palabras del poeta alemán Rilke cuando escribió que los vivos estaban obsesionados con hacer distinción entre estar vivo y estar muerto. Él opinaba que había otros seres, los ángeles, que no notaban ninguna diferencia.

—Las manchas en el cuerpo indican que las víctimas han permanecido intactas —dice Nålen.

—Yo creo que a Miranda la cambiaron de sitio justo después de matarla —replica Joona—. Por lo que deduje de los restos de sangre, su cuerpo estaba flácido cuando la pusieron en la cama.

Frippe asiente con la cabeza:

—Si lo haces en seguida no salen manchas.

Joona hace un esfuerzo por no marcharse mientras los dos médicos examinan minuciosamente el exterior del cadáver. Los mira y piensa que su propia hija no es mucho más joven que esa chica desconocida que yace inmóvil ante sus ojos.

Una red amarilla de venas ha empezado a entreverse bajo la pálida piel del cuerpo. Alrededor del cuello y bajando por los muslos las venas parecen ríos y afluentes descoloridos. Su vientre plano se ha curvado un poco y ha tomado un color ligeramente más oscuro.

Joona sigue atentamente todo lo que pasa en la sala de autopsias, registra la labor de los forenses, observa cómo Nålen corta con unas tijeras la ropa interior blanca de la chica y la guarda para analizar. Escucha la conversación que mantienen y sus constataciones, pero su mente está puesta en la escena del crimen.

Nålen afirma la total ausencia de heridas causadas en defensa propia y Joona lo oye discutir con Frippe sobre la falta de traumatismos en las partes blandas.

No hay ningún indicio de pelea ni maltrato menor.

Miranda parece haber estado esperando los golpes en la cabeza, no ha intentado huir ni ha opuesto resistencia.

Joona piensa en la austera habitación donde pasó los últimos minutos de su vida mientras contempla a los dos médicos extrayendo pelos con raíz para hacer pruebas comparativas y llenando tubos EDTA con sangre.

Nålen raspa debajo de las uñas y luego se dirige a Joona con un carraspeo:

—No hay restos de piel..., la chica no se ha defendido.

—Lo sé —responde Joona.

Cuando empiezan a examinar la herida en el cráneo, Joona se acerca para poder verlo todo.

—La causa principal de la muerte parece ser una agresión fuerte y contundente en la cabeza —dice Nålen al ver el interés de Joona.

—¿Por delante? —pregunta éste.

—Sí, en diagonal desde delante —responde Nålen señalando el pelo ensangrentado—. Hay fracturas depresivas en el hueso temporal... Le haremos una tomografía, pero doy por sentado que en la parte interior del cráneo habrá un importante número de vasos sanguíneos reventados y astillas de hueso incrustadas en el cerebro.

—Igual que en Elisabet Grim, encontraremos el traumatismo en la corteza telencefálica —dice Frippe.

—Mielina en el pelo —señala Nålen.

—Elisabet presentaba vasos sanguíneos reventados en el interior del cráneo y le había entrado sangre y líquido cefalorraquídeo en el conducto nasal —explica Frippe.

—Lo que estáis diciendo es que la hora de las dos muertes es más o menos la misma —dice Joona.

—Casi simultáneas —asiente Frippe.

—A las dos las han golpeado de frente, las dos tienen la misma causa de muerte —continúa Joona—. Misma arma homicida y...

—No —lo interrumpe Nålen—. Armas distintas.

—Pero el martillo... —dice Joona casi susurrando.

—Sí, a Elisabet le machacaron la cabeza con el martillo —dice Nålen—. Pero a Miranda le quitaron la vida con una piedra.

Joona se lo queda mirando.

—¿La mataron con una piedra?

43

Joona no se despidió de los forenses hasta haber visto la cara de Miranda. La idea de que la chica no se hubiese querido mostrar después de morir le sigue rondando en la cabeza. Joona había tenido una sensación extraña cuando los dos médicos le apartaron las manos a la fuerza.

Ahora está sentado a la mesa de Gunnarsson, en la comisaría de Sundsvall, leyendo el primer informe técnico. Una luz amarilla se filtra por entre las láminas de la persiana. Al fondo de la sala hay una mujer iluminada por la pantalla de su ordenador. Su teléfono empieza a sonar y cuando mira la pantalla masculla algo, irritada.

Una de las paredes está llena de mapas e imágenes del pequeño Dante Abrahamsson. En las demás hay librerías llenas de carpetas y pilas de papel. El ruido de la fotocopiadora parece un elemento constante de la sala. En la salita del café hay una radio encendida y cuando cesa la música pop, Joona oye el anuncio de búsqueda por tercera vez.

—«Tenemos una desaparición» —dice el presentador del programa y empieza a leer en voz alta —. «La policía busca a una chica de quince años y a un niño de cuatro, posiblemente juntos. La chica tiene el pelo largo y rubio y el niño lleva gafas, jersey azul marino y pantalones de pana oscuros. La última vez que fueron vistos iban en un Toyota Auris de color rojo por la carretera 86 en dirección a Sundsvall. Por favor, quien tenga alguna pista que se ponga en contacto con la policía a través del 114 14...»

Joona se levanta, va hasta la salita, cambia la emisora y vuelve a la mesa con una taza de café. En la radio empieza a sonar una agudísima voz de soprano. Es Birgit Nilsson interpretando a Brunilda de *El anillo del nibelungo* de Wagner.

Joona está sentado con la taza entre las manos y piensa en el niño, secuestrado por una chica que posiblemente sea una psicótica.

Se los imagina escondiéndose en un garaje, el pequeño obligado a dormir entre mantas sobre el suelo de cemento, con esparadrapo en la boca y las manos atadas.

Si sigue con vida debe de estar tremendamente asustado.

Joona continúa leyendo el informe técnico.

Ya está confirmado que tanto las llaves que estaban en la cerradura del cuarto de aislamiento del Centro Birgitta, como las botas que habían dejado huellas de sangre y que estaban en el armario de Vicky Bennet, eran de Elisabet Grim.

«Tenemos dos asesinatos —piensa Joona—. Uno parece primario y el otro secundario. Miranda era la víctima principal, pero para poder matarla a ella el homicida tuvo que quitarle las llaves a Elisabet.»

Según la reconstrucción de los hechos propuesta por los técnicos, una riña desatada el viernes por la tarde podría ser el factor detonante, aunque también podría haber de fondo una rivalidad anterior.

Antes de la hora de dormir, Vicky Bennet había ido a buscar el martillo al trastero, las botas, que compartían entre todas, y luego había vuelto a su cuarto a esperar. Cuando las demás alumnas se habían quedado dormidas, Vicky fue a ver a la enfermera Elisabet Grim y le exigió las llaves. Elisabet se negó y huyó por el pasillo, salió al patio y se metió en la destilería. Vicky Bennet la siguió y la asesinó a golpes de martillo, cogió las llaves, volvió al edificio principal, abrió la puerta del cuarto de aislamiento y mató a Miranda. Por alguna razón, después colocó a la víctima en la cama y le puso las manos sobre la cara. Vicky regresó a su habitación, escondió el martillo y las botas y luego saltó por la ventana para meterse en el bosque.

Así es como los técnicos han interpretado los hechos acontecidos en la escena del crimen.

Joona sabe que pasarán varias semanas antes de que el laboratorio criminológico les envíe los resultados de todas las pruebas y que los técnicos darán por hecho que tanto Miranda como Elisabet

fueron asesinadas con un martillo.

Pero a Miranda la mataron con una piedra.

Joona recuerda la imagen de la delgada chica sobre la mesa de autopsias, la piel pálida como la porcelana, los pies cruzados, el cardenal en el muslo, las braguitas de algodón, el *piercing* en el ombligo, las manos en la cara.

¿Por qué fue asesinada con una piedra si Vicky tenía un martillo?

Joona mira con gesto de concentración todas y cada una de las fotos de la escena del crimen y luego se imagina la secuencia de los hechos, tal y como suele hacer con todos los casos de homicidio. Se pone en el lugar del homicida y hace un ejercicio para ver las diversas opciones, siempre alarmantes, como una necesidad del momento. Para matar a alguien hay que llegar primero al punto de considerar el asesinato como la única opción posible, la solución más sencilla o más idónea para ese momento.

El homicidio de Miranda no parece salvaje ni bestial, sino más bien racional o tentador.

A veces el atacante sólo puede contemplar los golpes de forma independiente. Lo que necesita es dar rienda suelta a esta incapacidad de ver el conjunto. Él justifica los golpes de uno en uno. Después del primero, el siguiente le parece muy lejano, quizá lo siente a décadas de distancia, hasta que de pronto también lo ejecuta. Para el homicida la muerte puede ser el final de una saga épica que comienza con el primer golpe y termina trece segundos más tarde con el último.

Todo apunta a Vicky Bennet, todo el mundo da por hecho que ella ha asesinado a Miranda y a Elisabet; sin embargo al mismo tiempo nadie la considera capaz de hacer algo así, ni en lo físico ni en lo psíquico.

«Pero todas las personas lo llevan dentro —piensa Joona y vuelve a meter el informe en la carpeta de Gunnarsson—. Vemos sus reflejos en nuestros sueños y fantasías. Todo el mundo carga con una violencia interior, pero la gran mayoría logra controlarse a sí mismo.»

Gunnarsson entra en la comisaría y cuelga el arrugado abrigo. Disimula un eructo con la mano y luego va directo a la salita del café. Cuando vuelve con una taza en la mano y ve a Joona se le escapa una risita burlona:

—¿No te echan de menos en Estocolmo?

—No —responde Joona.

Gunnarsson huele un paquete de tabaco y luego se vuelve hacia la mujer del ordenador:

—Quiero ser el primero en enterarme de todo lo que pase.

—Sí —responde ella sin levantar la mirada.

Gunnarsson dice algo entre dientes.

—¿Qué tal ha ido la conversación con Daniel Grim? —pregunta Joona.

—Bien. Aunque no es asunto tuyo. Eso sí, he tenido que ir con cuidado.

—¿Qué sabía de Vicky?

Gunnarsson suelta un resoplido y niega con la cabeza:

—Nada que le pueda ser útil a la policía.

—Pero ¿le has preguntado sobre Dennis?

—El puto médico me estaba agobiando como una mala madre y me ha jodido el interrogatorio.

Gunnarsson se rasca fuerte en el cuello y no parece muy consciente de tener un paquete de tabaco y un mechero en la misma mano.

—Quiero copias del informe de Holger Jalmert cuando llegue —dice Joona—. Y quiero las respuestas del laboratorio criminológico y...

—Será mejor que cortes el rollo de una vez —lo interrumpe Gunnarsson.

Mira a su compañera con una gran sonrisa, pero en cuanto se cruza con la mirada seria y gris de Joona su expresión se vuelve más insegura.

—No tienes ni idea de cómo vas a encontrar a Vicky Bennet ni al niño —dice Joona despacio y se levanta de la silla—. Y no tienes ni idea de cómo continuar con la investigación.

—Cuento con la ayuda de la población —responde Gunnarsson—. Siempre hay alguien que ha visto algo.

44

Esta mañana Flora se ha despertado justo antes de que sonara el despertador. Hans-Gunnar quería el desayuno en la cama a las 8.15. Y después, cuando ya estuviera levantado, Flora tenía que airear la habitación y hacerle la cama. Ewa la estaba vigilando desde una silla, en chándal amarillo y sujetador de color salmón. Se ha levantado y ha ido a comprobar que la sábana bajera estuviera completamente lisa y bien metida por debajo del colchón. El cubrecama tenía que colgar exactamente la misma distancia en todos los lados y Flora ha tenido que repetirlo tres veces para que Ewa quedara satisfecha.

Ya es la hora de comer y Flora llega del súper Ica con bolsas de comida y tabaco para Hans-Gunnar, le devuelve el cambio y luego se queda esperando como de costumbre a que su padre adoptivo revise el recibo.

—Joder, qué caro es el queso —dice descontento.

—Me dijiste que comprara cheddar —señala Flora.

—Pero no si es tan caro, coño, a ver si lo entiendes, entonces se compra otro.

—Perdón, creía que...

No le da tiempo a terminar la frase. De repente el anillo grabado de Hans-Gunnar brilla delante de su cara un instante antes de la bofetada. Todo sucede muy rápido. El oído de Flora empieza a pitar y nota cómo se le tensa la mejilla.

—Pero si tú querías cheddar —dice Ewa desde el sofá—. No es culpa suya.

Hans-Gunnar farfulla algo sobre idiotas y luego sale al balcón a fumar. Flora pone la compra en su sitio y después vuelve a su cuartito de servicio y se sienta en la cama. Se acaricia la mejilla y piensa que está muy cansada de los guantazos de Hans-Gunnar. Hay días que le pega varias veces. Flora siempre se da cuenta de cuándo va a pasar porque son las únicas veces que él la mira. Lo peor no es el dolor sino la forma en que Hans-Gunnar respira luego y el rato que se la queda observando.

Flora no recuerda si le pegaba también de pequeña. Él trabajaba y apenas estaba en casa. Una vez estuvo en su habitación nombrando países en un globo terráqueo.

Ewa y Hans-Gunnar salen a jugar a petanca con sus amigos. Flora está sentada en su cuarto. En cuanto oye cerrarse la puerta dirige la mirada a la esquina. Encima de la vieja cómoda hay un objeto decorativo que le regaló su profesora de secundaria. Es un carro de cristal tirado por un caballo, también de cristal. En el primer cajón todavía guarda un peluche de su infancia: una pitufa rubia con zapatos de tacón. En el de en medio hay un montón de toallas blancas bien dobladas. Flora las aparta y saca su vestido verde de gala. Se lo compró a principios de verano en Myrorna, la tienda de segunda mano. Nunca se lo ha puesto fuera de su habitación, pero ahí dentro se lo prueba casi siempre que Ewa y Hans-Gunnar no están en casa.

Empieza a desabrocharse la blusa cuando oye voces en la cocina. Es la radio. Se va a apagarla y descubre que Ewa y Hans-Gunnar han comido bizcocho. El suelo delante de la despensa está lleno de migas. Han dejado medio vaso de zumo de fresa en la encimera y la botella fuera de la nevera.

Flora se va a buscar un paño húmedo y recoge las migas, enjuaga el trapo y friega el vaso.

En la radio informan sobre un asesinato en el norte de Suecia.

Han hallado muerta a una chica que tenía tendencia a autolesionarse en un centro de acogida de menores.

Flora escurre el trapo y lo deja colgado en el grifo.

Oye que la policía no quiere pronunciarse sobre el caso, pero el periodista entrevista en directo a algunas de las chicas internadas:

—«Quería saber lo que estaba pasando, así que me abrí paso entre las demás» —dice una de ellas con voz rota—. «Pero no pude ver gran cosa, porque me apartaron de la puerta. Grité, pero en seguida comprendí que no valía la pena.»

Flora coge la botella de zumo y empieza a dirigirse a la nevera.

—«¿Quieres contarnos qué viste?»

—«Sí, vi a Miranda, estaba en la cama, así, justo así, ¿sabes?»

Flora se queda quieta escuchando la radio.

—«¿Cerraba los ojos?» —pregunta el reportero.

—«No, así, tapándose la cara con las dos manos para...»

—«Puta mentirosa» —grita alguien de fondo.

De repente Flora oye algo que estalla contra el suelo y nota que se le humedecen los pies. Mira hacia abajo y ve que se le ha caído la botella. De pronto se le retuerce el estómago, las arcadas empiezan a subirle con fuerza y consigue meterse en el lavabo pequeño justo a tiempo para vomitar.

Cuando Flora sale del cuarto de baño ya han terminado de dar las noticias. Una mujer con acento alemán está comentando menús de otoño. Flora recoge los trozos de cristal, friega el zumo derramado y luego se queda plantada en el centro de la cocina. Se mira un momento las manos, blancas y frías, y después va al teléfono del pasillo y marca el número de la policía.

Espera un momento y oye un chisporroteo seco en el auricular mientras suena el primer tono.

—Policía —responde una mujer con voz cansada.

—Sí, hola, me llamo Flora Hansen y me gustaría...

—Espere —dice la voz—. No le he oído.

—Sí —vuelve a empezar Flora—. Me llamo Flora Hansen y quiero dar una pista sobre el homicidio de la chica en Sundsvall.

Pasan unos segundos de silencio. Luego se vuelve a oír la voz cansada pero tranquila de la policía:

—¿Qué quiere explicar?

—¿Se cobra algo por las pistas? —pregunta Flora.

—No, lo siento.

—Pero yo... creo que he visto a la chica muerta.

—¿Quiere decir que estuvo allí cuando pasó? —pregunta rápidamente la mujer al otro lado de la línea.

—Soy médium espiritual —dice Flora con voz misteriosa—. Mantengo contacto con los muertos... y lo vi todo, pero creo... creo que se me aclararía la memoria si cobrara algo.

—Mantiene contacto con los muertos —repite hastiada la policía—. ¿Eso es una pista?

—La chica se estaba tapando la cara con las manos —dice Flora.

—Sí, lo pone en todos los periódicos —suelta impaciente la mujer.

De pronto el corazón de Flora se encoge de vergüenza. Podría vomitar otra vez. Un sudor frío comienza a bajarle por la espalda. No había pensado en lo que iba a decir, pero ahora comprende que tendría que haber dicho otra cosa. La prensa ya estaba en el súper cuando ella ha ido a comprar la comida y el tabaco para Hans-Gunnar.

—No lo sabía —susurra—. Sólo le cuento lo que vi... y vi muchas cosas más por las que a lo mejor estarían dispuestos a pagar.

—No pagamos por...

—Pero vi el arma homicida, a lo mejor creen que la han encontrado, pero se equivocan, porque yo vi...

—¿Sabe que llamarnos sin motivo puede ser punible? —la interrumpe la policía—. Le podría caer una multa. No quiero parecer enfadada, pero que sepa que me ha hecho perder el tiempo mientras alguien que sí que ha visto algo a lo mejor estaba intentando llamarnos.

—Sí, pero yo...

Flora apenas empieza a hablar del arma homicida cuando oye que se corta la llamada. Mira el teléfono y luego vuelve a marcar el mismo número.

La Iglesia sueca ha provisto a Pia Abrahamsson de un piso provisional en una gran casa de madera en la zona de chalets de Sundsvall. El apartamento es grande y hermoso, está amueblado con los muebles clásicos de Carl Malmsten y Bruno Mathsson. Los diáconos que le han hecho la compra la han animado varias veces a mantener una conversación privada con alguno de los pastores, pero Pia no se siente capaz.

Lleva todo el día conduciendo su coche de alquiler por la misma carretera, pasando por los mismos lugares, dando vueltas por Indal y metiéndose por los caminos forestales.

En varias ocasiones se ha topado con alguna patrulla de policías que le han pedido que volviera a casa.

Ahora está tumbada sobre la cama con la ropa puesta y mirando en la oscuridad. No ha dormido desde que Dante desapareció. El teléfono empieza a sonar. Estira el brazo para cogerlo, mira la pantalla y luego lo silencia. Son sus padres. No dejan de llamarla. Pia contempla la oscuridad de ese piso ajeno.

En su cabeza oye los llantos sin fin de Dante. Está asustado y pregunta por su mamá, quiere volver a casa con ella.

Tiene que levantarse.

Pia se pone la chaqueta y abre la puerta del piso. Cuando se mete en el coche percibe un sabor a sangre en la boca. Arranca. Tiene que encontrar a Dante. ¿Y si está en la cuneta de alguna carretera? A lo mejor se ha escondido debajo de un cartón. Puede que la chica lo haya dejado tirado en cualquier parte.

Las calles están vacías y oscuras. Todo el mundo parece estar durmiendo. Pia intenta ver algo más allá de lo que iluminan los faros.

Se detiene en el lugar donde le robaron el coche y se queda un rato quieta con las manos temblorosas aferradas al volante antes de dar media vuelta para volver por donde venía. Se mete en la pequeña población de Indal, donde se supone que habían perdido la pista del coche y de Dante. Muy despacio pasa por delante de un centro preescolar y se mete al azar por la calle Solgårdsvägen y sigue avanzando entre las sombrías casas unifamiliares.

Un movimiento debajo de una cama elástica la hace frenar de golpe y saltar del coche. Se mete en el jardín, tropieza con unos rosales de poca altura y se araña las piernas, va hasta la cama y descubre que no era más que un gato gordo escondiéndose en la oscuridad.

Se da la vuelta hacia la casa de ladrillo y observa las persianas bajadas mientras el corazón le palpita en el pecho.

—¡¿Dante?! —grita—. ¿Dante? ¡Soy mamá! ¿Dónde estás?

Tiene la voz rota y afónica. Dentro de la casa se encienden algunas luces. Pia continúa hasta la siguiente parcela y llama al timbre, golpea la puerta y sigue en dirección a una caseta más pequeña.

—¡Dante! —grita con todas sus fuerzas.

Camina entre todas las casas de la calle Solgårdsvägen llamando a gritos a su hijo, golpea las puertas de los garajes, abre las puertecillas de las casitas de juguete en los jardines, se mete por la maleza, cruza una cuneta y vuelve a salir a la carretera de Indalsvägen.

Un coche frena haciendo chirriar los neumáticos, Pia retrocede un paso y cae de bruces. Levanta la cabeza y descubre a una mujer policía que se le acerca corriendo.

—¿Cómo estás?

La agente ayuda a Pia y ésta mira a la mujer de nariz fuerte y trenzas rubias.

—¿Lo has encontrado? —pregunta Pia.

El otro agente se acerca y le dice que la llevarán a casa.

—Dante tiene miedo a la oscuridad —dice Pia, y se percata de lo ronca que tiene la voz—. Soy su madre, pero no tenía paciencia con él, le obligaba a volver a la cama cuando venía a buscarme. Estaba allí de pie en pijama y me decía que tenía miedo, pero yo...

—¿Dónde has dejado el coche? —pregunta la mujer policía mientras coge a Pia del antebrazo.

—¡Súeltame! —grita Pia y se libera de un tirón—. ¡Tengo que encontrarlo!

Golpea a la agente en la cara y suelta un grito desesperado mientras los dos policías se le echan encima y la reducen sobre el asfalto. Lucha por soltarse, pero los agentes le esposan las manos a la espalda y la mantienen inmovilizada. Pia rasca la barbilla en el pavimento, se abre una herida y empieza a llorar desesperada como una cría pequeña.

Joona Linna piensa en la ausencia de testigos: nadie parece saber nada de Vicky, nadie ha visto nada. Conduce por la maravillosa carretera entre campos ondeantes y lagos que centellean hasta que llega a una casa blanca de piedra. En el porche hay un limonero en una maceta gigante con algunos frutos verdes.

Joona llama a la puerta, espera un rato y da la vuelta a la casa.

Nathan Pollock está sentado en uno de los muebles blancos de jardín debajo de un manzano. Tiene la pierna enyesada y ha adelgazado.

—¿Nathan?

El hombre se queda de piedra y vuelve la cabeza para mirarlo.

—Joona Linna, ¿de verdad eres tú?

Nathan lleva el pelo recogido en una coleta plateada que le cae sobre un hombro. Viste pantalones negros y un jersey de punto. Nathan Pollock pertenece a la Comisión Contra el Crimen, un grupo compuesto por seis expertos que prestan su ayuda en los casos de homicidio más difíciles que acontezcan en cualquier punto del país.

—Joona, lamento muchísimo el expediente de Asuntos Internos, no tendría que haberte dejado entrar en el cuartel general de la Brigada.

—Fue mi propia decisión —dice Joona, y toma asiento.

Nathan niega lentamente con la cabeza:

—Tuve una real bronca con Carlos porque la estén tomando contigo de esta manera.

—¿Fue entonces cuando te rompiste la pierna? —pregunta Joona.

—No, eso fue una leona enfadada que se metió en el jardín —responde Nathan con una sonrisa que le deja el diente de oro a la vista.

—O puede que se cayera de la escalera cuando estaba cogiendo manzanas —sugiere una voz aguda detrás de los dos policías.

—Matilda —dice Joona.

Se levanta y le da un abrazo a una mujer pecosa de pelo grueso y castaño.

—Comisario —sonríe ella y se sienta con ellos—. Espero que hayas traído algo de trabajo para mi querido marido antes de que se ponga otra vez con los sudokus.

—Me parece que algo tengo —dice Joona despacio.

—¿En serio? —sonríe Nathan y se rasca el yeso.

—Estuve observando la escena del crimen y vi los cuerpos, pero no tengo acceso a ningún informe ni a los análisis de las pruebas...

—¿Por eso del expediente?

—El caso no es mío, pero me gustaría oír qué piensas.

—Ahora sí que lo has hecho feliz —dice Matilda mientras acaricia a su marido en la mejilla.

—Qué alegría que hayas pensado en el pobrecito de mí —dice Pollock.

—Eres el más audaz de todos los que conozco —responde Joona.

Se vuelve a sentar y poco a poco empieza poniéndolo al día de todo lo que sabe sobre el caso. Al cabo de un rato Matilda opta por dejarlos solos. Pollock escucha atentamente, de vez en cuando infiere una pregunta aclaratoria acerca de algún detalle, asiente con la cabeza y le pide a Joona que continúe.

Un gato de tonos grises aparece restregándose contra las piernas de Nathan. Los pájaros cantan en las copas de los árboles mientras Joona describe las estancias y las posiciones de los cuerpos, las salpicaduras, los charcos y los rastros de sangre, las huellas de zapato y la sangre incrustada. Nathan cierra los ojos y sigue concentrado en las observaciones de Joona sobre el martillo debajo de la almohada, el edredón ensangrentado y la ventana abierta.

—Vamos a ver —susurra Pollock—. Se trata de un nivel de violencia exagerado, pero no hay mordeduras, tampoco empezaron a descuartizarla...

Joona no dice nada, deja que Pollock construya su propio razonamiento.

Nathan Pollock ha elaborado un gran número de perfiles de homicidas y hasta la fecha nunca se ha equivocado.

El método para definir al autor de un crimen consiste en interpretar el homicidio en cuestión como una metáfora de la disposición psíquica del homicida. El pensamiento lógico sugiere que la vida interior de una persona se refleja de alguna manera en su vida exterior. Si un crimen es caótico, la psique del asesino también resulta caótica y este caos sólo se puede ocultar si el homicida es un ermitaño.

Joona ve que los labios de Nathan Pollock se mueven mientras avanza en sus cavilaciones. De vez en cuando susurra algo para sí o se estira la coleta sin darse cuenta.

—Creo que puedo visualizar los cuerpos... y los dibujos de las salpicaduras —dice—. Tú ya sabes todo esto..., que la mayoría de asesinatos ocurren en el momento de la rabia. Después, con la sangre y el caos, llega el pánico. Entonces es cuando sacas la radial y las bolsas de basura... o empiezas a resbalar en la sangre con el mocho y dejas pistas por doquier.

—Pero aquí no.

—Este asesino no ha intentado ocultar nada.

—Yo también lo he observado —afirma Joona.

—El crimen es muy violento pero metódico, no es un castigo que haya ido demasiado lejos, sino que en ambos casos la intención era matar..., nada más. Las dos víctimas están encerradas en espacios pequeños, no pueden huir... La violencia no está cargada de odio, sino que más bien recuerda a una ejecución, a una matanza.

—Creemos que el homicida es una adolescente —dice Joona.

—¿Una adolescente?

Joona se cruza con la mirada estupefacta de Nathan y le enseña una foto de Vicky Bennet.

Nathan suelta una carcajada y se encoge de hombros:

—Discúlpame, pero lo dudo muchísimo.

Matilda aparece de nuevo con té y buñuelos rellenos de confitura y se sienta a la mesa. Nathan sirve tres tazas.

—¿No crees que una adolescente sea capaz de hacer esto? —pregunta Joona.

—Sería la primera vez que lo veo —sonríe Nathan.

—No todas las niñas son buenas —dice Matilda.

Nathan señala la foto:

—¿Es conocida por su agresividad?

—No, más bien todo lo contrario.

—Entonces estáis persiguiendo a la persona equivocada.

—Estamos seguros de que ayer secuestró a un niño de cuatro años.

—Pero no lo ha matado.

—No, que nosotros sepamos —dice Joona y coge un buñuelo.

Nathan se reclina en la silla y mira al cielo.

—Si la niña no es considerada violenta, si no está castigada, si no ha sido objeto de alguna investigación similar anterior, yo dudo que sea ella —dice antes de clavar la mirada en los ojos de Joona.

—Pero ¿y si fuera ella de todos modos? —insiste Joona.

Nathan niega con la cabeza y sopla el té.

—No encaja —responde—. Acabo de leer un trabajo de David Canter... Como ya sabes, él

elabora los perfiles centrándose en el papel que el homicida le otorga a la víctima durante el crimen. Yo también le he dado vueltas a esa idea de que el asesino utiliza a la víctima como una especie de adversario en un drama interior.

—Sí..., se podría decir así —dice Joona.

—Y según el modelo de David Canter, la cara tapada significa que el asesino quiere quitarles el rostro a las víctimas, convertirlas simplemente en un objeto... Los hombres que pertenecen a ese grupo emplean a menudo una violencia exagerada...

—¿Y si simplemente estuvieran jugando al escondite? —interrumpe Joona.

—¿A qué te refieres? —pregunta Nathan sin soltar la mirada gris de su compañero.

—La víctima cuenta hasta cien y el asesino se esconde.

Nathan sonríe y se da unos segundos para asimilar la idea.

—Entonces se trata de buscar...

—Sí, pero ¿dónde?

—El único consejo que te puedo dar es que busques en lugares antiguos —dice Pollock—. El pasado refleja el futuro...

La policía judicial es la única policía operativa en Suecia con potestad para combatir el crimen con violencia, tanto a nivel nacional como internacional.

El jefe del cuerpo, Carlos Eliasson, está junto a la ventana en la octava planta mirando a vista de águila las empinadas cuestas del parque Kronoberg.

No sabe que en este preciso instante Joona Linna camina por una de las vías peatonales que atraviesan el parque después de una breve visita al viejo cementerio judío.

Carlos se vuelve a sentar a su mesa y no ve al comisario de la judicial con el pelo revuelto cruzando la calle Polhemsgatan y yendo directamente al vestíbulo acristalado de la comisaría.

Joona pasa junto a una banderola que explica el rol de la policía judicial en un mundo diferente. Benny Rubin está encogido delante del ordenador y en el despacho de Magdalena Ronander se oyen voces de una conversación acerca de una nueva colaboración con la Europol.

Joona ha regresado a Estocolmo porque lo han citado para una reunión con los dos investigadores de Asuntos Internos que tendrá lugar dentro de unas horas. Coge el correo de su casilla, se sienta al escritorio, empieza a hojear las cartas y piensa que está de acuerdo con Nathan Pollock.

Es difícil vincular la imagen de Vicky Bennet con los dos asesinatos.

Aunque la policía no tenga acceso a los informes psiquiátricos no hay nada que sugiera que Vicky sea peligrosa. No aparece en ningún registro de la policía y los que la conocen la consideran retraída y buena chica.

Aun así, todas las pruebas científicas apuntan a ella.

Y todo parece indicar que ella se ha llevado al niño.

Puede que en estos momentos ya esté tirado en una cuneta con la cabeza aplastada.

Pero si todavía sigue con vida hay que darse prisa.

Quizá esté sentado en el coche con Vicky en un garaje oscuro, quizá en este momento ella le esté gritando que se calle y alentando una violenta cólera interior.

«Mira hacia atrás», había sido el consejo de Nathan Pollock, para variar.

Es tan sencillo como evidente: el pasado siempre refleja el futuro.

En sus quince años de vida, Vicky ha tenido tiempo de mudarse muchas veces. De vivir sin techo con su madre a estar con familias de acogida, centros de emergencia social y centros de acogida de menores.

Tiene que estar en algún lugar.

Puede que la respuesta esté esperando en casa de alguna de las familias en las que Vicky ha vivido, o puede que esté oculta conversando con quienes en su día fueron sus personas de apoyo, tutores o padres provisionales.

Tiene que haber personas en las que ella confíe.

Joona está a punto de levantarse para ir a hablar con Anja para ver si ha conseguido algunos nombres y direcciones, pero se la cruza en la puerta. Su cuerpo fornido está embutido en una falda negra ajustada y, como de costumbre, se ha puesto también un jersey de lana de angora. Lleva la melena rubia recogida en un moño muy elaborado y se ha pintado los labios de rojo chillón.

—Antes de contestar tengo que decirte que cada año se recolocan a más de quince mil niños —le informa Anja—. Cuando los políticos dejaron entrar a los accionistas privados lo llamaron «reforma de los centros de asistencia». Ahora los propietarios de los centros son casi todos entidades de capital-riesgo. Es igual que las subastas de niños de antaño: los que piden menos dinero se quedan con la custodia... para ganar más dinero ahorran en personal, en enseñanza, en terapia y en odontología...

—Lo sé —dice Joona—. Pero Vicky Bennet...

—Se me había ocurrido que a lo mejor podría intentar encontrar al investigador que hizo las

últimas recolocaciones.

—¿Podrías hacerlo? —pregunta Joona.

Anja sonríe indulgente y ladea la cabeza.

—Ya lo he hecho, Joona Linna...

—Eres fantástica —responde él.

—Por ti hago cualquier cosa.

—No me lo merezco —sonríe Joona.

—Tienes razón, no te lo mereces —dice ella y da media vuelta.

Joona se queda un momento donde está, luego se levanta, sale al pasillo, llama a la puerta de Anja y la abre.

—Las direcciones —dice ella señalando un fajo de hojas en la impresora.

—Gracias.

—Cuando el responsable de las recolocaciones ha oído mi nombre me ha dicho que Suecia tuvo a una nadadora deslumbrante en estilo mariposa que se llamaba igual que yo —dice Anja sonrojándose.

—Le has dicho que eras tú, ¿no?

—No, pero de todos modos me ha contado que Vicky Bennet no apareció en el registro civil hasta que tuvo seis años. Su madre, Susie, no tenía casa y por lo que parece la niña nació fuera del sistema de la sanidad pública. A la madre se la quedaron los servicios psiquiátricos y a Vicky la pusieron con dos tutores sin ánimo de lucro aquí en Estocolmo.

Joona sujeta el fajo de papel caliente, mira fechas y ubicaciones, líneas de nombres y direcciones, desde los primeros tutores Jack y Elin Frank en la calle Strandvägen, 47, hasta el centro de menores Ljungbäcken en Uddevalla y el Centro Birgitta, en el municipio de Sundsvall. En varios lugares aparece una anotación aclarando que la niña ha solicitado volver con la primera familia de acogida.

«La niña pide regresar con la familia Frank, pero la familia rechaza la petición», es el único comentario añadido.

Al final Vicky Bennet deja de vivir con familias. Sólo instituciones. Centros de emergencia social, de custodia, de rehabilitación y de acogida de menores.

Joona recuerda el martillo ensangrentado debajo de la almohada y la sangre en el marco de la ventana.

La cara delgada y tensa de la foto y los rizos rubios y enredados del pelo.

—¿Podrías comprobar si Jack y Elin Frank siguen viviendo en la misma dirección?

La cara redonda de Anja intenta reprimir una sonrisa haciendo morritos y luego le dice a Joona:

—Cómprate la revista *Esta semana* y te enterarás de algunas cosas.

—¿Qué quieres decir?

—Elin Frank y Jack están divorciados, pero ella se quedó con el piso... Como el dinero es suyo...

—O sea que son famosos —dice Joona.

—Ella está metida en movidas de caridad, bastante más que la mayoría de los ricos... Ella y el que fue su marido, Jack, destinaron un montón de dinero a aldeas infantiles y fondos de ayuda.

—¿Y Vicky Bennet vivió con ellos?

—Por lo visto no salió muy bien —responde Anja.

Joona coge los documentos impresos, hace ademán de marcharse pero, una vez en la puerta, se vuelve hacia Anja otra vez.

—¿Cómo puedo darte las gracias?

—Te he apuntado a un cursillo —contesta ella rápidamente—. Prométeme que me acompañarás.

—¿Qué clase de cursillo?

—Relajación... No sé qué del Kama Sutra...

49

El número 47 de la calle Strandvägen está justo delante del puente de Djurgårdsbron. Es una casa acomodada con portal de hierro fundido y una escalera oscura y hermosa.

Elin y Jack Frank eran la única familia a la que Vicky Bennet quería volver, a pesar de sólo haber vivido allí una breve temporada. Pedía volver con ellos una y otra vez, pero la familia Frank prefirió rechazarla.

Joona Linna llama a una puerta con el apellido FRANK grabado en una placa brillante de metal negro y le abren casi al instante. Un hombre relajado, de pelo corto y dorado y con la piel tostada por el sol, mira al comisario con cara interrogante.

—Estoy buscando a Elin Frank.

—Robert Bianchi, *consigliere* de Elin —dice el hombre alargando la mano.

—Joona Linna, policía judicial.

Una escueta sonrisa se perfila en los labios del hombre.

—Parece interesante, pero...

—Tengo que hablar con ella.

—¿Puedo preguntar de qué se trata? No quiero molestarla en vano...

El hombre se queda callado al encontrarse con los ojos grises de Joona.

—Espere en el recibidor mientras voy a ver si puede recibir visitas —dice antes de desaparecer por una puerta del piso.

El recibidor es blanco y no tiene ni un solo mueble. No hay perchero, objetos decorativos, zapatos ni ropa. Sólo paredes blancas y lisas y un gigantesco espejo de cristal blanquecino.

Joona intenta imaginarse a una chica como Vicky en un ambiente como ése. Una niña caótica e intranquila que no apareció en el registro civil hasta los seis años. Una niña que se acostumbró a que su hogar fuera un garaje o un túnel donde pasar la noche.

Robert Bianchi regresa con una sonrisa relajada y le pide a Joona que lo acompañe. Cruzan un gran salón con varios tresillos y una chimenea de cerámica recargada de motivos. El sonido de sus pasos queda enmudecido por las grandes alfombras que hay en las distintas estancias por las que pasan hasta detenerse delante de una puerta cerrada.

—Puede llamar usted mismo —le dice Robert a Joona con una sonrisa ahora insegura.

Joona llama con los nudillos y oye a alguien caminando con zapatos de tacón por un suelo duro. La puerta se abre y al otro lado aparece una mujer delgada de mediana edad, pelo castaño y grandes ojos azules. Lleva un vestido rojo no muy grueso que le llega justo por debajo de la rodilla. Es guapa, va discretamente maquillada y lleva tres perlas blancas alrededor del cuello.

—Pase, Joona —dice en voz baja y vocalizando bien.

Entran en una sala bañada de luz en la que hay un escritorio, un tresillo de piel blanca y estanterías empotradas.

—Estaba pensando en tomarme un té chai, ¿es demasiado pronto para usted?

—No, me va bien.

Robert abandona la sala y Elin señala el sofá.

—Adelante.

Sin prisa, la mujer se sienta enfrente de Joona con las piernas cruzadas.

—¿De qué se trata? —pregunta ella con expresión seria.

—Hace unos años, usted y su marido Jack Andersson hicieron de padres de apoyo sin ánimo de lucro de una niña...

—Ayudamos a muchos niños de diferentes maneras cuando...

—Se llama Vicky Bennet —la interrumpe Joona con suavidad.

Algo cambia en la expresión controlada de la mujer, pero su voz mantiene el tono relajado.

—A Vicky la recuerdo muy bien —responde Elin con una breve sonrisa.

—¿Qué recuerda?

—Era bonita y entrañable, y...

Elin Frank se queda callada con la mirada suspendida en el vacío y sin mover las manos.

—Tenemos motivos para pensar que ha asesinado a dos personas en un centro de acogida en las afueras de Sundsvall —dice Joona.

La mujer vuelve rápidamente la cara. Pero Joona ha tenido tiempo de ver cómo su expresión se oscurecía. Elin se corrige el vestido sobre las rodillas con unas manos que ya no consiguen disimular el temblor.

—¿Qué tiene que ver eso conmigo? —pregunta.

Robert llama a la puerta y entra con un carrito de servicio que tintinea a medida que avanza. Elin Frank le da las gracias y le pide que les deje el carrito.

—Vicky Bennet está desaparecida desde el viernes —explica Joona en cuanto Robert cierra la puerta—. Es posible que acuda a usted.

Elin no lo mira a la cara. Inclina levemente la cabeza y traga saliva.

—No —dice luego fríamente.

—¿Por qué cree que Vicky Bennet no vendrá a verla?

—Nunca se pondrá en contacto conmigo —responde Elin, y se levanta del sofá—. Ha sido un error dejarle entrar sin preguntarle primero por el motivo de la visita.

Joona empieza a colocar las tazas y luego mira a Elin.

—¿A quién cree que acudiría Vicky? ¿Se pondría en contacto con Jack?

—Si tiene más preguntas se las puede hacer a mi abogado —dice ella antes de abandonar la sala.

Al cabo de unos segundos entra Robert.

—Le acompañaré a la puerta —dice escueto.

—Muchas gracias —responde Joona, sirve un poco de té en las dos tazas, coge una, la sopla y bebe despacio.

Sonríe y coge una galleta de limón de un platito con mantelito de lino. Sin prisa alguna se la come entre sorbos de té, coge la servilleta de su regazo, se limpia los labios, la dobla y la deja sobre la mesa antes de levantarse.

Joona oye los pasos de Robert siguiéndole los talones mientras deshace camino por el inmenso piso, cruzando las distintas estancias y un gran salón con la estufa de leña. Continúa por el suelo de piedra del recibidor blanco y abre la puerta que da al rellano.

—Un punto que debo comentar aquí es que es importante que a Elin no se la asocie con cuestiones negativas sobre...

—Entiendo —lo interrumpe Joona—. Pero esto no trata de Elin Frank en primera instancia, sino...

—Para mí sí, y para ella también —lo corta Robert.

—Sí, pero el pasado nunca muestra compasión cuando vuelve —dice Joona y empieza a bajar la escalera.

El gimnasio del piso está conectado con el cuarto de baño más grande. Elin suele correr siete kilómetros al día y queda dos veces por semana con su entrenador personal en el Mornington Health Club. Justo delante de la cinta hay un televisor de pared apagado y a la izquierda Elin puede contemplar el mar de tejados que se extiende hasta el campanario de la iglesia de Oscarskyrkan.

Hoy no se ha puesto música. Lo único que se oye son los saltos de las zapatillas, el tintineo de los discos de la barra de pesas, el zumbido del motor de la cinta y su propia respiración.

La coleta va dando saltitos entre sus omoplatos. La única ropa que lleva son unos pantalones de chándal y un sujetador deportivo de color blanco. Después de cincuenta minutos de ejercicio el sudor se ha filtrado por la tela entre sus muslos y le ha empapado el sujetador.

Está pensando en el momento que Vicky Bennet llegó a la casa. Han pasado ocho años de aquello. Una niña pequeña con el pelo enmarañado.

De joven, Elin se contagió de clamidiasis en un viaje de intercambio a Francia. No se lo tomó en serio y quedó estéril. En aquella época pensó que era una tontería porque jamás querría tener hijos, hasta el punto de que durante muchos años se estuvo diciendo a sí misma que era un alivio no tener que pensar en métodos anticonceptivos.

Ella y Jack sólo llevaban dos años casados cuando él empezó a hablar de adopción, pero cada vez que sacaba el tema, ella le explicaba que no quería tener hijos, que era demasiada responsabilidad.

Por aquel entonces Jack todavía estaba enamorado de ella y estaba de acuerdo en que también podrían ofrecerse como familia de acogida para niños que estuvieran en una situación difícil y que necesitaran cobijo por un tiempo.

Elin llamó a los servicios sociales del distrito de Norrmalm de Estocolmo y Jack la acompañó a una reunión con un tramitador que les hizo preguntas sobre vivienda, trabajo, estado civil e hijos propios.

Un mes más tarde citaron a Elin y a Jack para entrevistas separadas, una batería de preguntas y más preguntas sobre el método Kälvesten.

Elin todavía recuerda la cara de sorpresa de la mujer de los servicios sociales cuando cayó en la cuenta de quién era Elin Frank.

Después de eso no pasaron más de tres días hasta que los volvieron a llamar. La misma mujer de la entrevista les dijo que tenían a una niña que necesitaría mucho cariño y tranquilidad durante un tiempo.

—Tiene seis años y... creo que le puede ir bien..., o sea, hay que ir tanteando, pero en cuanto se sitúe os podremos recomendar algunos psicólogos —les explicó.

—¿Qué le ha pasado?

—Su madre no tiene dónde vivir y tiene problemas de salud mental... y las autoridades decidieron intervenir cuando encontraron a la niña durmiendo en un vagón de metro.

—Pero ¿se encuentra bien?

—Estaba un poco deshidratada, pero el médico ha dicho que por lo demás estaba bien... He intentado hablar con la niña..., parece buena chica, pero es muy reservada.

—¿Cómo se llama, lo sabes?

—Sí... Vicky..., se llama Vicky Bennet.

Elin Frank aumenta la intensidad en el tramo final, la cinta zumba con más fuerza, su respiración se acelera. Elin aumenta la inclinación, sigue subiendo y luego empieza a aminorar la marcha.

Después hace estiramientos en la barra de ballet delante del gran espejo sin mirarse a sí misma a los ojos. Se quita las zapatillas sin desatarlas y sale del gimnasio con pasos pesados y piernas temblorosas. Delante del cuarto de baño se quita el sujetador, que ya se ha enfriado, lo tira al suelo, se

baja los pantalones y las bragas, se los termina de quitar con los pies y se mete en la ducha.

Cuando el agua caliente empieza a deslizarse por la nuca y los músculos comienzan a relajarse, siente cómo le vuelve la angustia. Es como si tuviera la histeria a flor de piel. Hay algo en su interior que quiere gritar hasta desgañitarse y no parar de llorar. Pero Elin reprime el impulso y cambia la temperatura del agua hasta que sale helada. Se obliga a sí misma a quedarse donde está. Levanta la cara hacia el chorro, aguanta así hasta que no puede soportar el dolor en las sienes, cierra el grifo, sale de la ducha y empieza a secarse.

Elin sale de su espacioso vestidor en falda de terciopelo de media pierna y un body de tanga de nailon de la última colección de Wolford. La piel de sus brazos y hombros se refleja a través de las piedrecitas brillantes insertadas en la tela negra, una tela tan fina que Elin tiene que usar unos guantes especiales de seda para ponerse la prenda.

Robert está en la sala de lectura sentado en una butaca de piel de cordero hojeando papeles y distribuyéndolos en diferentes carpetas de cuero.

—¿Quién es esa niña sobre la que preguntaba el policía?

—Nadie —responde Elin.

—¿Algo de lo que debamos preocuparnos?

—No.

Robert Bianchi ha sido su asesor y secretario durante los últimos seis años. Es gay, pero nunca ha tenido una relación estable.

Elin cree que lo que le gusta es que lo vean saliendo con hombres guapos. Fue Jack quien propuso que contratara a un secretario homosexual para así evitarse los celos. Elin recuerda haberle contestado que por ella no había ningún problema, siempre y cuando no fuera amanerado en las formas.

Se sienta a su lado en la otra butaca y estira las piernas para enseñarle a Robert los zapatos de tacón.

—Maravillosos —sonríe él.

—Ya he visto la agenda del resto de la semana —dice Elin.

—Dentro de una hora tienes la recepción en el Clarion Hotel Sign.

Un gran autobús que pasa por la calle Strandvägen hace temblar las puertas correderas de la sala. Elin siente la mirada casi imperceptible de Robert, pero en lugar de devolvérsela se limita a apartarse la crucecita de diamantes del hueco de la yugular.

—Una vez... Jack y yo estuvimos cuidando a una niña que se llamaba Vicky —dice y traga saliva.

—¿La adoptasteis?

—No, tenía madre, sólo éramos un recurso temporal, pero yo...

Se queda callada y hace correr la crucecita por la cadena.

—¿Cuándo fue eso?

—Unos años antes de que empezaras a trabajar aquí —responde—. Pero por aquel entonces yo no estaba en el equipo directivo del consorcio y Jack empezaba a colaborar con Zentropa.

—No me tienes que explicar nada.

—Siempre he pensado que estábamos preparados, con lo bien que nos va ahora, sabíamos que no sería fácil, pero... Este país no hay quien lo entienda. Quiero decir, primero todo fue tan meticuloso, tuvimos que reunirnos con asistentes sociales y tramitadores, había que analizarlo absolutamente todo, desde la economía hasta la vida sexual..., pero en cuanto nos dieron el aprobado sólo tardaron tres días en entregarnos a la niña y tuvimos que arreglárnoslas nosotros solos. Me parece bastante raro. No nos explicaron nada de ella ni nos dieron ningún tipo de ayuda.

—Lo de siempre.

—Queríamos hacer algo realmente bueno..., y esa niña estuvo viviendo aquí nueve meses de forma intermitente. Intentaron devolvérsela a la madre muchas veces, pero la cosa siempre terminaba con Vicky durmiendo entre cartones en algún garaje de las afueras de Estocolmo.

—Qué triste —dice Robert.

—Al final Jack y yo ya no tuvimos ánimos para salir a buscarla en plena noche y llevarla a urgencias o simplemente meterla en la bañera y darle de comer... Seguro que habríamos terminado separándonos igualmente, pero... una noche me dijo que tenía que elegir...

Elin mira a Robert con una sonrisa vacía.

—Aún no entiendo por qué me tenía que dar a elegir.

—Porque sólo piensa en sí mismo —dice Robert.

—Pero si no éramos más que un recurso, yo no podía escoger entre él y una niña que no iba a estar aquí más que unos meses, era una locura... Y Jack sabía que en aquella época yo dependía completamente de él.

—No —replica Robert.

—Pero es verdad, era así —dice Elin—. De manera que cuando la madre de Vicky consiguió una nueva vivienda estuve de acuerdo en que Jack llamara a los servicios sociales..., quiero decir, aquella vez todo parecía que iba a ir bien con la madre...

Se le rompe la voz y Elin se sorprende al notar las lágrimas en los ojos.

—¿Por qué nunca me habías contado esto?

Elin se seca las mejillas y responde sin entender por qué prefiere mentirle a Robert:

—No tiene importancia, no es que vaya pensando en ello todo el día.

—Hay que seguir adelante —dice Robert, disculpándola.

—Sí —susurra ella y luego se lleva las manos a la cara.

—¿Qué pasa? —pregunta Robert preocupado.

—Robert —dice ella con un suspiro y levanta la mirada—. No tengo nada que ver con esto, pero el policía que ha venido me ha contado que Vicky ha matado a dos personas.

—¿Te refieres a eso que acaba de pasar allí arriba, en la provincia de Norrland?

—No lo sé.

—¿Mantienes algún tipo de contacto con ella? —pregunta él despacio.

—No.

—No puedes dejar que te vinculen con todo este asunto.

—Lo sé..., está claro que haría cualquier cosa para ayudarla, pero...

—Mantente al margen.

—A lo mejor debería llamar a Jack.

—No, no lo hagas.

—Tiene que saberlo.

—No a través de ti —replica Robert—. Tú sólo te pondrás triste, sabes lo que pasa cada vez que hablas con él...

Elin intenta esbozar una sonrisa de afirmación y pone la mano encima de los dedos calientes de Robert.

—Ven mañana a las ocho y repasaremos los compromisos de la semana que viene.

—Vale —dice Robert y abandona la sala.

Elin coge el teléfono pero espera a que Robert haya cerrado con llave la puerta de entrada antes de marcar el número de Jack.

Parece afónico y adormilado cuando contesta:

—¿Elin? ¿Sabes qué hora es? No puedes llamar...

—¿Estabas durmiendo?

—Sí.

—¿Solo?

—No.

—¿Eres sincero para no hacerme daño o para...?

—Estamos divorciados, Elin —la interrumpe.

Elin se mete en el dormitorio, pero se queda de pie con la mirada fija en la cama de matrimonio.

—Dime que me echas de menos —susurra.

—Buenas noches, Elin.
—Puedes quedarte con el piso de Broome Street, si quieres.
—No lo quiero, es a ti a quien le gusta Nueva York.
—La policía cree que Vicky ha matado a dos personas.
—¿Nuestra Vicky?
La boca de Elin empieza a temblar y las lágrimas vuelven a brotar en sus ojos.
—Sí..., han estado aquí preguntando por ella.
—Qué triste —dice él en voz baja.
—¿No podrías venir? Te necesito..., puedes traerte a Norah si quieres, no me pondré celosa.
—Elin..., no voy a ir a Estocolmo.
—Perdona que te haya llamado —dice ella, y cuelga.

En una de las plantas superiores del número 21 de la calle Kungsbron están la sede oficial del Ministerio Público para Asuntos Policiales y el Departamento de Asuntos Internos de la Policía Judicial. Joona está sentado en un pequeño despacho junto a Mikael Båge, jefe del departamento, y Helene Fiorine, la secretaria ejecutiva.

—En la fecha señalada, la policía secreta efectuó una *razzia* contra la Brigada, un grupo activista de extrema izquierda —dice Båge y carraspea antes de seguir—. El expediente acusa al comisario Linna de la policía judicial de haber estado presente en la misma dirección al mismo tiempo que eso ocurría o poco antes...

—Es correcto —responde Joona mirando por la ventana, desde donde se ven las vías del ferrocarril y la bahía de Barnhusviken.

Helene Fiorine suelta el bolígrafo y la libreta, pone cara de sentirse molesta y a continuación hace un gesto de súplica impaciente.

—Joona, tengo que pedirte que te tomes el expediente en serio —le dice.

—Lo hago —responde él ausente.

Helene Fiorine tarda unos instantes de más en apartar la mirada de los ojos plateados de Joona antes de coger el bolígrafo y asentir con la cabeza.

—Antes de que terminemos —dice Mikael Båge, y se hurga el oído prolongadamente— debo sacar a colación la sospecha principal que te señala a ti...

—Podría tratarse de una confusión —se apresura a explicar Helene—. Que las dos investigaciones por desgracia se cruzaran.

—Pero en la acusación que se te hace —continúa Båge mirándose el dedo— se afirma que la maniobra de la policía secreta fracasó debido a que tú habías avisado al círculo interno de la Brigada.

—Sí, lo hice —responde Joona.

Helene Fiorine se levanta de la silla pero no sabe qué decir. Se queda de pie mirando a Joona con ojos tristes.

—¿Avisaste a los activistas de la *razzia*? —pregunta Båge sonriendo.

—Los chavales eran unos inmaduros —explica Joona—. Pero no eran peligrosos ni...

—La policía secreta hizo otra valoración —lo interrumpe Båge.

—Sí —contesta Joona sin alterarse.

—Terminamos aquí con el primer interrogatorio —dice Helene Fiorine mientras empieza a recoger sus papeles.

El reloj marca las cuatro y media cuando Joona pasa por Tumba, donde una vez tuvo que analizar un triple homicidio en una casa adosada.

En el asiento del copiloto hay una lista de los últimos lugares por los que Vicky Bennet ha pasado, el último de los cuales es el Centro Birgitta y el primero la calle Strandvägen, 47.

Debe de haber hablado con alguna de las personas que la acogió. Tiene que haberse encomendado a alguien, en alguno de esos sitios tiene que haber nombrado a posibles amigos.

Lo único que ha dicho Elin Frank es que Vicky era bonita y entrañable.

«Bonita y entrañable», piensa Joona.

Para la opulenta familia Frank, Vicky era una niña vulnerable, una niña que necesitaba ayuda, alguien a quien tratar con compasión.

Era cuestión de beneficencia.

Pero para Vicky, Elin era la primera madre después de la suya propia.

Su vida en la calle Strandvägen debió de ser una experiencia completamente diferente. Allí no pasaba frío y tenía comida todos los días. Dormía en una cama y llevaba buena ropa. Durante muchos años recordaría su estancia con Elin y Jack con una luz especial.

Joona parpadea y cambia al carril izquierdo.

Ha estudiado la lista y ha decidido que esta vez empezará por el final. Antes del Centro Birgitta la niña estuvo en el centro de acogida de Ljungbacken, y antes de eso, dos semanas con la familia Arnander-Johansson, en la localidad de Katrineholm.

Le vuelve a la mente la escena de cuando Nålen y Frippe le quitaron las manos de la cara a Miranda. Tuvieron que luchar con las extremidades petrificadas. La muerta parecía resistirse, como si le diera vergüenza mostrarse ante los médicos.

Pero su cara estaba relajada y blanca como el nácar.

Según Nålen, Miranda estaba sentada en la silla y envuelta en el edredón cuando alguien la atacó con una piedra contundente. Seis o siete veces, sostenía Joona a juzgar por las salpicaduras.

Después, el homicida la puso en la cama y le colocó las manos sobre la cara.

Lo último que vio en vida fue a su asesino.

Joona aminora la marcha, cruza un antiguo barrio residencial de chalets y aparca junto a un seto de cincoenrama en flor.

Baja del coche y se acerca a un gran buzón de madera con una placa de latón: ARNANDER-JOHANSSON. Una mujer aparece por detrás de la casa con un cubo lleno de manzanas rojas. Tiene problemas de cadera y de vez en cuando tensa los labios de dolor. Es fuerte, tiene pechos voluptuosos y brazos carnosos.

—Se le acaba de escapar —dice la mujer cuando ve a Joona.

—Típico —bromea él.

—Ha tenido que ir al almacén... no sé qué de los albaranes.

—¿De quién estamos hablando? —pregunta Joona sonriendo.

La mujer deja el cubo en el suelo.

—Creía que venía a ver la cinta de correr.

—¿Cuánto cuesta?

—Siete mil, está nueva —responde ella y guarda silencio.

—Vengo de la policía judicial y me gustaría hacer unas preguntas.

—¿Sobre qué? —pregunta ella con voz débil.

—Vicky Bennet, que vivió aquí... hace casi un año.

La mujer asiente en silencio con expresión triste, señala la puerta y luego se dirige a ella. Joona

la sigue hasta una cocina con mesa de madera, mantel hecho a mano y cortinas de flores en las ventanas, que dan al jardín. El césped está recién cortado. Cerca del límite con el vecino hay varios ciruelos y arbustos. Alrededor de una pequeña piscina azul celeste hay una tarima de madera. En el agua hay juguetes que se han acumulado junto al desagüe.

—Vicky se ha fugado —dice Joona sin preámbulos.

—Lo he leído en la prensa —susurra la mujer, y sube el cubo de manzanas a la encimera.

—¿Dónde cree que se esconde?

—Ni idea.

—¿Le habló alguna vez de amigos, chicos...?

—En realidad Vicky no vivió aquí —dice ella.

—¿Y eso?

—La cosa no cuajó —responde escueta, y se da la vuelta.

La mujer llena una jarra con agua y luego la vierte en el recipiente de la cafetera americana.

—Tendré que invitarle a un café —dice sin fuerzas.

Joona mira por la ventana y ve a dos niños rubios jugando a karate en el jardín. Ambos son delgados, están morenos y llevan bañadores holgados. El juego es un poco salvaje, demasiado duro, pero aun así se ríen todo el rato.

—¿Su familia acoge a niños y a adolescentes?

—Nuestra hija tiene diecinueve, así que... llevamos unos cuantos años haciéndolo.

—¿Cuánto tiempo suelen quedarse los niños?

—Depende... y pueden irse y regresar de nuevo —responde ella volviéndose otra vez hacia Joona —. Muchos vienen de hogares muy desestructurados.

—¿Es difícil?

—No, no lo es... Claro que hay conflictos, pero en realidad basta con ser claro con los límites.

Uno de los niños da una patada voladora hacia el centro de la piscina y aterriza con un ruidoso chapoteo. El otro da unos cuantos golpes rectos al aire y luego le sigue los pasos al otro con una voltereta.

—Pero Vicky apenas se quedó unas semanas —dice Joona mirando a la mujer, que evita su mirada y se rasca el antebrazo.

—Tenemos dos niños —dice con voz débil—. Llevan dos años aquí..., son hermanos..., esperábamos que pudiera funcionar con Vicky, pero lamentablemente tuvimos que interrumpir la acogida.

—¿Qué pasó?

—Nada..., o sea, quiero decir... No fue culpa suya, no fue culpa de nadie, simplemente fue demasiado, somos una familia normal y no dábamos abasto, nada más.

—Pero Vicky... ¿les resultaba incómoda, era difícil de manejar?

—No —responde susurrando—. Pero...

Se queda callada.

—¿Qué iba a decir? ¿Qué pasó?

—Nada.

—Tienen experiencia —dice Joona—. ¿Cómo pudieron rendirse al cabo de sólo unas semanas?

—Las cosas van como van.

—Pero creo que algo pasó —dice Joona muy serio.

—No, sólo nos resultó demasiado pesado.

—Pero creo que algo pasó —repite con el mismo tono suave.

—¿Qué quiere decir? —pregunta ella ruborizada.

—Explíqueme qué ocurrió, por favor.

A la mujer se le enrojecen las mejillas. El rubor baja por su piel rugosa desde el cuello hacia el pecho.

—Tuvimos una visita —susurra con los ojos caídos.

—¿De quién?

La mujer niega con la cabeza. Joona le alarga una libretita y un bolígrafo. Las lágrimas empiezan a brotar en los ojos de la mujer. Ella lo mira, coge la libreta y el bolígrafo y escribe algo.

54

Joona lleva tres horas conduciendo cuando llega al número 35 de la calle Skrakegatan, en Bengtsfors. Las lágrimas de la mujer mojaron el papel cuando le escribió la dirección en el bloc de notas. Joona había tenido que quitárselo de las manos y cuando intentó persuadirla para que le contara algo más, la mujer se limitó a negar con la cabeza, salió corriendo de la cocina y se encerró en el baño.

Avanza despacio entre las hileras de casas adosadas de ladrillo rojo hasta una pequeña glorieta con garajes. El número 35 es la última casa. El viento ha volcado los muebles de plástico blanco del jardín, que yacen inmóviles sobre el césped descuidado. El buzón está repleto de propaganda de pizzerías, los almacenes Coop y la cadena de supermercados Ica Kvantum.

Joona se baja del coche, pisa la hierba que rodea la verja del jardín y continúa por el pasillo de adoquines que lleva a la casa.

Junto a la puerta hay un felpudo con las palabras LLAVES, CARTERA, MÓVIL. Las ventanas están tapadas por dentro con bolsas negras de basura. Joona llama al timbre. Un perro empieza a ladrar y al cabo de un momento alguien lo mira por la mirilla. Dos cerraduras traquetean suavemente y luego la puerta se abre hasta donde le permite la cadena de seguridad. Joona puede percibir el olor a vino tinto, pero no consigue ver a la persona que está en el oscuro recibidor.

—¿Puedo entrar un momento?

—No quiere verte —responde un chico con voz grave y afónica.

El perro jadea y se oye el chasquido de los eslabones del collar de ahogo a medida que se estrecha.

—Pero tengo que hablar con ella.

—¡No compramos nada! —grita una mujer desde otra habitación.

—Soy policía —dice Joona.

Se oyen pasos dentro de la casa.

—¿Está solo? —pregunta la mujer.

—Creo que sí —susurra el chico.

—¿Sujetas a *Zombie*?

—¿Vas a abrir? ¿Mamá? —pregunta angustiado.

La mujer se acerca a la puerta.

—¿Qué quiere?

—¿Sabe algo de una chica que se llama Vicky Bennet?

Las uñas del perro resbalan sobre el suelo. La mujer cierra la puerta y luego Joona oye que le grita algo al chico. Al cabo de un rato la puerta vuelve a abrirse y queda entornada. La mujer ha quitado la cadena. Joona empuja y entra en el recibidor. La mujer le está dando la espalda. Lleva medias de color salmón y una camiseta blanca. El pelo rubio le cuelga por debajo de los hombros. Cuando Joona cierra la puerta todo queda tan oscuro que tiene que quedarse quieto un momento. No hay ni una sola lámpara encendida.

La mujer echa a andar. El sol da directamente en las ventanas tapadas. Los agujeritos y las rascadas en el plástico brillan como estrellas. Una penumbra gris inunda la cocina. En la mesa hay un brick de vino y debajo se puede ver un gran charco que se ha formado en el suelo de linóleo marrón. Cuando Joona entra en el oscuro salón la mujer ya está sentada en un sofá de tela vaquera. Hay cortinas de color lila que llegan hasta el suelo y detrás de ellas se pueden vislumbrar las bolsas de basura que tapan los cristales. Aun así, un haz de luz se cuela por debajo de la puerta que da al porche y le ilumina la mano a la mujer. Joona puede ver que se ha hecho la manicura y que tiene las uñas pintadas de rojo.

—Siéntese —dice ella tranquilamente.

—Gracias.

Joona se sienta justo enfrente, en un ostentoso reposapiés. Cuando los ojos se le acostumbran a la falta de luz se da cuenta de que a la mujer le pasa algo en la cara.

—¿Qué quiere saber?

—Fue a ver a la familia Arnander-Johansson.

—Sí.

—¿Con qué motivo?

—Fui a advertirles.

—¿De qué?

—¡Tompa! —grita la mujer—. ¡Tompa!

Una puerta se abre dentro de la casa y se oyen unos pasos lentos. Joona no consigue ver al chico en la oscuridad, pero puede percibir su presencia e intuir su silueta delante de la librería. El chico entra unos pasos en el salón.

—Enciende la lámpara del techo.

—Pero mamá...

—¡Tú hazlo!

El chico aprieta el interruptor y una gran bola de papel de arroz ilumina toda la estancia. El chico alto y flaco está de pie bajo el chorro de luz con la cabeza gacha. Joona lo observa. Su cara parece haber sido mordida por un perro de pelea y no haberse curado debidamente. La ausencia del labio inferior deja a la vista toda la hilera de dientes. La barbilla y la mejilla derecha están escarbadas y tienen un color carne rojizo. Un surco profundo le nace en la raíz del pelo y le cruza toda la frente y la ceja. Cuando Joona se vuelve hacia la mujer ve que su cara está aún más desfigurada. Aun así, ella le sonríe. Le falta el ojo derecho, tiene grandes muescas en la cara y el cuello, por lo menos diez cortes. La otra ceja le cuelga por encima del ojo y tiene la boca cortada en varias secciones.

—Vicky se enfadó con nosotros —dice la mujer, y la sonrisa se le borra del rostro.

—¿Qué pasó?

—Nos cortó con una botella rota. Nunca pensé que una persona pudiera enfadarse tanto. No paraba. Me desmayé y cuando desperté sólo sentía los tajos del cristal, los golpes, los trozos que se rompían dentro de mí, y comprendí que me había quedado sin cara.

El ayuntamiento de Sundsvall llegó a un trato con el consorcio de salud Orre y tuvo que pagar una fuerte suma para resolver la situación. Las chicas del Centro Birgitta fueron trasladadas del hotel Ibis al pequeño pueblo de Hårte de forma provisional.

Hårte es una pequeña localidad pesquera sin iglesia. Allí la escuela cerró sus puertas hace casi doscientos años, la mina de hierro quedó abandonada y el súper dejó de funcionar cuando los dueños se hicieron mayores. Pero en verano el pueblo resucita gracias a las playas, blancas como la harina, de la costa de Jungfrukusten.

Las seis chicas van a pasar unos meses en el antiguo colmado, una casa espaciosa con un gran porche acristalado, situada justo donde el camino de entrada al pueblo se bifurca como una lengua de serpiente.

Las chicas acaban de cenar. Algunas han alargado la sobremesa y están contemplando el mar azul. En el gran salón colindante al comedor está Solveig Sundström, del centro de acogida de Sävsta, haciendo ganchillo frente al crepitante fuego de la chimenea.

Desde el salón sale un pasillo frío que lleva hasta una pequeña cocina, donde hay un vigilante que controla el recibidor y la puerta y que, desde donde está, también puede mirar por la ventana para vigilar el césped y un trozo del camino.

Lu Chu y Nina buscan patatas fritas en la despensa, pero se tienen que conformar con un paquete de Frosties.

—¿Qué harás cuando venga el asesino? —pregunta Lu Chu.

El vigilante hace un gesto rápido con la mano sobre la mesa y luego el hombre la mira sonriéndole sin alegría.

—Podéis estar tranquilas.

Ronda los cincuenta, tiene la cabeza rapada y lleva barba tupida desde el labio inferior hasta la punta de la barbilla. Los músculos asoman por debajo del jersey azul marino con el emblema de la compañía.

Lu Chu no responde, lo mira fijamente mientras se mete un puñado de copos en la boca y mastica haciendo ruido. Nina está hurgando en la nevera y saca un paquete de jamón ahumado y un tarro de mostaza.

En la otra punta de la casa, alrededor de la mesa del porche acristalado, están Caroline, Indie, Tuula y Almira jugando a cartas.

—¿Tienes alguna jota? —dice Indie.

—No, busca en el pozo —responde Almira.

Indie roba una carta y la mira satisfecha.

—Ted Bundy era un auténtico carnicero —dice Tuula en voz baja.

—Dios, qué boca tienes —suspira Caroline.

—Iba de cuarto en cuarto apaleando a las chicas como si fueran crías de foca. Primero Lisa y Margaret y luego...

—Cierra el pico —se ríe Almira.

Tuula sonríe y Caroline no puede reprimir un escalofrío.

—¿Qué coño hace aquí la tía esa? —pregunta Indie en voz alta.

La mujer que está delante del fuego levanta la cabeza y luego continúa con su ganchillo.

—¿Jugamos o qué? —pregunta Tuula impaciente.

—¿A quién le toca?

—A mí —dice Indie.

—Joder, qué tramposa —sonríe Caroline.

—El teléfono está muerto —dice Almira—. Lo tenía cargando en la habitación y ahora...

—¿Quieres que le eche un vistazo? —pregunta Indie.

Le quita la tapa de atrás, saca la batería y la vuelve a poner, pero tampoco se enciende.

—Qué raro —murmura.

—Da igual —dice Almira.

Indie vuelve a quitar la batería.

—¡Como que falta la tarjeta sim!

—Tuula —dice Almira en tono severo—. ¿Has cogido mi tarjeta?

—No sé —responde enfurruñada la chica.

—La necesito, ¿te enteras?

La mujer ha soltado la labor de ganchillo y entra en el comedor.

—¿Qué ocurre? —pregunta.

—Nos las arreglamos solas —responde Caroline con calma.

Tuula aprieta los labios con cara de pena.

—Yo no he cogido nada —lloriquea.

—Mi tarjeta del teléfono no está —dice Almira alzando la voz.

—Eso no quiere decir que ella la haya cogido —dice indignada la mujer.

—Almira dice que me va a pegar —se queja Tuula.

—No toleraré ni el menor indicio de violencia —advierte la mujer y luego vuelve a sentarse para seguir con su ganchillo.

—Tuula —dice Almira un poco más tranquila—. De verdad que necesito llamar.

—Creo que lo tienes difícil —sonríe Tuula.

El bosque del otro lado de la bahía se vuelve negro por momentos y luego el cielo oscurece mientras el agua todavía reluce, como el plomo fundido.

—La policía cree que fue Vicky quien se cargó a Miranda —dice Caroline.

—Qué lerdos —masculla Almira.

—No la conozco, ninguna de nosotras la conoce —dice Indie.

—Córtate.

—¿Y si estuviera de camino hacia aquí para...?

—Shhh —la hace callar Tuula.

Se levanta y se queda mirando a la oscuridad con el cuerpo rígido.

—¿Habéis oído eso? —dice volviéndose hacia Caroline y Almira.

—No —suspira Indie.

—Dentro de poco estaremos muertas —susurra Tuula.

—Estás enferma, imbécil —dice Caroline sin poder evitar una sonrisa.

Agarra la mano de Tuula y se la acerca de un tirón, la sienta en su regazo y la acaricia.

—No tengas miedo, no va a pasar nada —la consuela.

Caroline se despierta en el sofá. Las últimas ascuas titilan incandescentes en la chimenea. Un agradable calorcito le acaricia la cara. Se incorpora y mira a su alrededor en la oscuridad que inunda el salón. Entiende que se ha quedado dormida y que todo el mundo se ha ido a la cama sin decirle nada.

Caroline se levanta, se acerca a una de las grandes ventanas y mira afuera. Se puede ver el agua detrás de las casetas de pescadores. Todo está en calma. Encima del mar brilla la luna, semioculta tras los velos de nubes.

Abre la puerta de madera que cruje y siente el aire fresco del pasillo dándole en la cara. A su espalda crujen algunos muebles. Las sombras del pasillo son opacas y las puertas de las habitaciones apenas se vislumbran. Caroline da un paso y se adentra en la oscuridad. El suelo está helado. De repente le parece oír algo, un suspiro o un jadeo.

Llega del lavabo.

Se acerca despacio con el corazón a galope. La puerta está entreabierta. Hay alguien dentro. Se vuelve a oír el mismo sonido incierto.

Caroline mira con cuidado por la ranura.

Nina está sentada sobre la tapa de la taza con las piernas abiertas y una expresión indiferente en la cara. En el suelo hay un hombre de rodillas con la cara hundida entre sus muslos. Nina se ha subido el pijama para que pueda manosearle un pecho mientras la lame.

—Ya está bien —dice Nina tajante.

—Vale —responde él poniéndose rápidamente de pie.

Cuando el hombre coge un trozo de papel higiénico para limpiarse la boca, Caroline ve que es el vigilante.

—Dame la pasta —dice Nina alargando la mano.

El vigilante empieza a hurgarse los bolsillos.

—Mierda, sólo tengo ochenta coronas —dice.

—Me has dicho quinientas.

—¿Qué coño quieres que haga? Sólo tengo ochenta.

Nina suspira y coge el dinero.

Caroline se aparta de prisa y se mete en el frío cuartito que le han asignado. Cierra la puerta y enciende la luz. Se ve a sí misma reflejada en la ventana negra, sabe que desde fuera se la ve perfectamente, así que se acerca y baja la persiana con un rápido movimiento. Por primera vez en mucho tiempo tiene miedo a la oscuridad.

Con una sensación de desagrado en el cuerpo piensa en los ojos claros de Tuula mientras la niña hablaba de distintos asesinos en serie. La pequeña Tuula estaba alterada y quería asustar a las demás diciendo que Vicky las había seguido hasta el pueblo de pescadores.

Caroline decide saltarse el cepillado de dientes. Nada conseguirá hacerla salir otra vez al largo y oscuro pasillo.

Arrastra la silla hasta la puerta y trata de bloquear la manija con el respaldo. No llega. Coge unas cuantas revistas *Allers* y, con manos temblorosas, las pone debajo de las patas para que el respaldo llegue hasta la manija.

Le parece sentir a alguien caminando de puntillas justo al otro lado de la puerta, mira rápidamente el ojo de la cerradura y siente un escalofrío subiéndole por la espalda.

De repente oye un estruendo a sus espaldas. La persiana se ha subido de golpe y está girando sobre el eje.

—Dios —suspira y la vuelve a bajar.

Se queda quieta escuchando con atención. Después apaga la luz del techo y corre a meterse en la

cama, se acurruca debajo de la manta acolchada y espera a que la sábana se caliente.

Permanece inmóvil con los ojos clavados en la manija de la puerta y pensando otra vez en Vicky Bennet. Parecía tan tímida y prudente. Caroline no cree que ella sea la culpable de aquella barbaridad, le parece imposible. Antes de forzarse a pensar en otras cosas le vuelve la imagen de la cabeza destrozada de Miranda y la sangre goteando del techo.

De pronto oye unos pasos cautelosos por el pasillo. Se detienen un segundo, luego continúan y se paran justo al otro lado de su puerta. En la oscuridad Caroline puede ver que alguien está bajando la manija. Topa con el respaldo de la silla. Caroline cierra los ojos, se tapa los oídos y le reza a Dios que ama a todos los niños.

El silencio de la madrugada se rompe con los golpes incesantes de una sillita infantil contra la represa de la central hidroeléctrica Bergeforsen.

Con el respaldo de plástico gris hacia arriba, apenas visible en la superficie, la sillita ha sido arrastrada por las aguas del río Indalsälven.

La nieve derretida de las montañas de Jämtlandsfjällen ha hecho crecer el caudal considerablemente. Las centrales que quedan por debajo del lago Storsjön han estado calibrando todo el tiempo el nivel para que las presas no se desbordaran.

Tras las abundantes lluvias de la última semana, la central Bergeforsen comenzó a abrir gradualmente las compuertas de regulación, hasta que han llegado al flujo libre de agua. Más de dos millones de litros de agua son escupidos cada segundo por las oberturas.

El Indalsälven estuvo meses pareciéndose más a un lago que a un río, meciéndose de forma apaciguada, pero ahora la corriente baja con una fuerza más que evidente.

La sillita choca contra la represa, retrocede un poco y luego vuelve a topar con el canto de la estructura.

Joona corre por el pasadizo del borde de la represa. A su derecha el río se extiende como un suelo reluciente, pero a su izquierda tiene un abismo de hormigón de unos treinta metros de caída. La altura es vertiginosa. Abajo del todo, los chorros de agua salen disparados con una potencia exagerada por las compuertas y bañan de espuma blanca las rocas negras del río.

Un poco más adelante, en el pasadizo del borde de la represa, hay dos agentes uniformados y un vigilante de la central hidroeléctrica. Se asoman por la barandilla y miran la superficie del agua. Uno de los policías señala con una mano mientras con la otra sujeta un bichero.

Alrededor de la sillita se ha acumulado la porquería que ha ido arrastrando la corriente. Una botella de plástico vacía que gira incansable contra el borde, matas de hierba, ramas y restos de cartón medio disueltos.

Joona mira el agua negra. La corriente tira de la sillita. Lo único que se ve es el respaldo de plástico rígido.

Resulta imposible decir si debajo hay todavía un niño atado a ella.

—Dale la vuelta —dice Joona.

El otro policía asiente con la cabeza y luego se asoma todo lo que puede por encima de la barandilla. Rompe la superficie del agua con el bichero y aparta una gran rama de abeto. Vuelve a sumergir el bichero, esta vez por debajo de la silla, y lo levanta con cuidado para que el garfio se enganche. Tira hacia arriba y por fin la sillita da una vuelta con un chapoteo, dejando ver la almohadilla de cuadros del otro lado.

Está vacía. Las sujeciones se mecen tranquilas en el agua.

Joona observa la sillita y los cinturones negros y piensa que el cuerpo del niño podía escabullirse de las sujeciones y haberse hundido hasta el fondo de la represa.

—Como te he dicho por teléfono, parece la sillita correcta..., no muestra grandes daños, pero desde se hace difícil ver los detalles —dice el agente.

—Comprobad que los técnicos utilicen una bolsa impermeable cuando la saquen.

El policía suelta el bichero y la sillita rueda despacio hasta recuperar la posición inicial.

—Nos vemos en la cabecera del puente de Indal —dice Joona y echa a andar de vuelta al coche —. Hay un sitio para meterse en el agua, ¿verdad?

—¿Qué vamos a hacer?

—Bañarnos —responde Joona sin el menor atisbo de sonrisa y sigue caminando.

Joona se detiene junto al puente, baja del coche sin cerrar la puerta, se acerca a la cabecera y mira colina abajo. Desde la playa de arena sale un pequeño muelle flotante que se mete directo en la corriente de agua.

El viento le abre la americana, y deja entrever los músculos por debajo de la camisa gris marengo.

Sigue avanzando por la cuneta y siente los vapores de la vegetación caliente, el aroma a hierba verde y el dulce olor de las adelfillas. Se detiene, se agacha para recoger un pedacito de cristal entre la hierba, lo estudia en la palma de la mano y luego vuelve a mirar el agua.

—Aquí se salieron de la carretera —dice señalando la dirección.

Uno de los agentes baja a la playa, sigue su dedo y niega con la cabeza.

—¡No hay huellas! —grita desde la arena.

—Creo que estoy en lo cierto —dice Joona.

—Nunca lo sabremos, ha llovido demasiado —dice el otro policía.

—Pero no ha llovido debajo del agua —dice Joona.

Abandona la cuneta y con grandes zancadas baja hasta la playa. Pasa al lado del agente y continúa hasta la orilla. Camina unos metros corriente arriba y descubre las huellas de neumático dentro del agua. Las líneas paralelas trazadas en la arena desaparecen en la oscuridad del agua.

—¿Ves algo? —pregunta el policía.

—Sí —responde Joona y se mete en el río.

El agua fría corretea entre sus piernas y lo empuja suavemente de lado. Joona sigue avanzando a grandes pasos. Le resulta difícil ver nada a través de la superficie reflectante y deslizante del agua. También hay grandes algas que empeoran la vista. La corriente lleva consigo burbujas y polvo marino.

El agente lo sigue desde la orilla y jura entre dientes.

Joona cree distinguir una masa oscura unos diez metros más adelante.

—Voy a llamar a un buzo —dice el policía.

Joona se quita rápidamente la americana, se la pasa al compañero y continúa metiéndose en el río.

—¿Qué haces?

—Tengo que saber si están muertos —responde mientras le entrega el arma.

El agua está fría y la corriente tira con fuerza de sus pantalones, cada vez más pesados. Un escalofrío se propaga rápidamente por sus piernas y su espalda.

—¡Hay troncos en el agua! —grita el otro agente—. Aquí no puedes meterte.

Joona sigue vadeando. El lecho del río baja en pendiente y cuando el agua le llega por el estómago se zambulle con suavidad. Le zumban los oídos cuando los conductos auditivos se le llenan de agua. Siente el frío en la boca. Los rayos del sol tiemblan en el agua. Los remolinos levantan el lodo del fondo y lo arrastran consigo.

Joona empuja con las piernas para sumergirse más hasta que de repente descubre el coche. Lo tiene unos metros más adelante y un poco separado de las líneas dejadas por los neumáticos. La corriente ha movido el coche hacia el centro del cauce.

La chapa roja del techo brilla débilmente. El parabrisas y las dos lunas del lado derecho faltan por completo y el agua se mueve tranquilamente por el habitáculo.

Joona se acerca con unas cuantas brazadas e intenta no pensar en lo que pueden estar a punto de ver sus ojos. Sólo tiene que prestar atención y registrar toda la información que pueda en los pocos segundos que se podrá quedar, pero igualmente su cerebro le insta a imaginarse a la chica en el asiento del conductor atrapada por el cinturón. Brazos estirados, boca abierta y pelo revuelto, meciéndose

inerte en el agua.

El corazón le empieza a latir más fuerte. Ahí abajo está oscuro. Reinan la penumbra y un silencio retumbante.

Se acerca a la puerta de atrás sin ventana y se agarra al marco. La fuerza del río empuja su cuerpo a un lado. Se oye un crujido metálico, la corriente se lleva el coche unos metros y Joona pierde el agarre. Se levanta más lodo marino, empeorando aún más la vista. Joona da unas brazadas. La nube de lodo se diluye y el agua se vuelve transparente de nuevo.

A unos tres metros por encima de su cabeza está el otro mundo, bañado en sol.

Un tronco lleno de agua flota justo debajo de la superficie como un pesado proyectil.

Sus pulmones empiezan a quejarse y a retorcerse por los calambres. Ahí abajo el agua se mueve con bastante fuerza.

Joona vuelve a alcanzar el marco de la puerta y ve que le sale sangre de la mano. Tensa los músculos del brazo para bajar a la altura del coche y trata de ver lo que hay dentro: una mezcla de polvo, algas y plantas acuáticas.

El coche está vacío. No hay nadie, ni la chica ni el niño.

No queda ni rastro del parabrisas y los limpias están sueltos. Los cuerpos podrían haber sido arrastrados a trompicones por el lecho del río.

Le da tiempo a registrar con la mirada la zona inmediata alrededor del coche. No hay ningún elemento en el que puedan haber quedado atrapados. Las rocas son redondas y las algas demasiado finas.

Ahora los pulmones de Joona claman a gritos un poco de oxígeno, pero el comisario sabe que en realidad siempre hay más tiempo.

El cuerpo tiene que aprender a esperar.

En el ejército tuvo que hacer varias veces doce kilómetros a nado con la bandera señalizadora, ha ascendido desde un submarino sin más equipo que un globo de rescate y ha nadado bajo el hielo del golfo de Finlandia.

Puede aguantar sin oxígeno unos segundos más.

Con fuertes brazadas rodea el coche y observa el fondo allanado del río. El agua avanza como un poderoso viento. En el lecho surcan las sombras de los troncos que flotan más arriba.

Vicky se salió de la carretera, bajó hasta la playa en plena lluvia y se metió en el río. Los cristales ya se habían roto antes, en el choque contra el semáforo, así que el coche se debió de llenar al instante de agua, siguió rodando unos metros y se detuvo bajo la superficie.

Pero ¿dónde están los cuerpos?

Tiene que hacer todo lo posible por encontrarlos.

Cinco metros más allá descubre algo brillante en el fondo, un par de gafas que se están alejando del vehículo hacia aguas más profundas y corrientes más pronunciadas. Joona debería volver a la superficie, pero piensa que a lo mejor puede aguantar un poco más. Cuando empieza a nadar otra vez ve destellos en la mirada, alarga la mano y atrapa las gafas justo cuando un remolino las estaba levantando. Da media vuelta, se da impulso con las piernas y empieza a ascender. La vista le chispea cada vez más. No tiene tiempo de mirar por dónde va, tiene que tomar aire para no quedar inconsciente. Rompe la superficie, toma una gran bocanada y apenas tiene tiempo de ver el tronco antes de que le impacte en el hombro. El dolor es tan agudo que Joona no puede reprimir un grito. Con el golpe, la cabeza del húmero se disloca del hombro. Joona vuelve a estar bajo el agua. Le pitan los oídos. Por encima de su cabeza el sol centellea de forma intermitente.

Los compañeros de la policía de Västernorrland tuvieron tiempo de solicitar un barco y fueron a buscarlo cuando lo vieron emerger del agua y ser embestido por el tronco. Entre los dos pudieron cogerlo y levantarlo por encima de la borda para tumbarlo en cubierta.

—Perdonadme —jadeó Joona—. Tenía que asegurarme...

—¿Dónde te ha dado el tronco?

—Los cuerpos no estaban en el coche —continuó Joona gimiendo de dolor.

—Mírale el brazo —dijo el compañero.

—Mierda —respondió el otro.

La camisa mojada de Joona estaba manchada de sangre y tenía el brazo retorcido en una extraña postura. Parecía que lo tuviera colgando, aguantado solamente por los tejidos musculares.

Con cuidado le quitaron las gafas de la mano y las metieron en una bolsa de plástico.

Uno de los agentes lo llevó al hospital de Sundsvall. Joona estuvo quieto todo el trayecto, con los ojos cerrados y apretándose el brazo lastimado contra el cuerpo. A pesar del dolor intentó explicar que el coche había sido arrastrado por la corriente y que el agua corría libre por las ventanas rotas.

—Los cuerpos no estaban allí —dijo casi susurrando.

—Un río puede llevarse un cuerpo hasta donde quiera —respondió el policía—. No vale la pena bajar con buzos a buscar los cadáveres, porque o se quedan enganchados a algo y entonces nunca se encuentran... o terminan abajo, en la represa, igual que la sillita del niño.

Dos enfermeras que conversaban alegremente se ocuparon de Joona en el hospital. Eran rubias y parecían madre e hija. Con movimientos resueltos y seguros le quitaron la ropa mojada, pero cuando empezaron a secarlo y le vieron el brazo se quedaron calladas. Le limpiaron la herida, se la vendaron y lo enviaron a radiología.

Veinte minutos más tarde apareció un médico en la consulta y le dijo a Joona que había estado mirando las radiografías. En pocas palabras le explicó que no se había roto nada, que se trataba de una luxación. La mala noticia era que se le había dislocado el hombro, pero la buena era que el cartílago anterior parecía intacto. Joona tuvo que tumbarse boca abajo en la camilla con el brazo colgando. El médico le inyectó 20 miligramos de lidocaína directamente en el nervio para poder recolocárselo. El hombre se sentó en el suelo y empezó a tirar del brazo hacia abajo mientras una de las enfermeras empujaba el omoplato hacia la columna vertebral y la otra apretaba la cabeza del húmero hasta ponerlo en posición. Se oyó un chasquido, Joona apretó los dientes y soltó aire poco a poco.

El coche con Vicky Bennet y Dante había desaparecido en una recta que apenas tenía salidas. La policía aseguraba haber comprobado todos los escondites factibles y las críticas en los medios de comunicación eran cada vez más duras.

Cuando Joona vio la sillita infantil en el agua comprendió lo que todos habían pasado por alto. Si el coche se había metido en el agua y había sido engullido por el río, sólo había un lugar posible donde podía pasar sin que la policía ni el personal de salvamento lo descubrieran.

Después de Indal, la carretera 86 hace una curva cerrada a la derecha y continúa por el puente que cruza el río, pero el coche debió de seguir recto y bajar por la colina de hierba y la playa hasta meterse en el agua.

Las ventanas rotas ayudaron a que se inundara sin mayor dificultad y la fuerte lluvia borró de inmediato las huellas en la arena. El vehículo desapareció en cuestión de segundos.

Joona baja a uno de los garajes de la policía. El aire es fresco. Lleva el brazo inmovilizado en un cabestrillo azul.

Dentro de una gran carpa de lona está el coche que Vicky Bennet había robado. Lo sacaron del Indalsälven con una grúa, lo envolvieron en plástico y luego lo transportaron hasta allí. Todos los asientos están desmontados y puestos en fila al lado del vehículo. En un banco alargado hay un montón de objetos metidos en bolsas marcadas. Joona mira las pruebas que han sido examinadas. Hay huellas tanto de Vicky como de Dante. Bolsas con cristales rotos, un botellín de agua vacío, las gafas del niño y una zapatilla de deporte que sin duda pertenece a Vicky.

Se abre la puerta de un despacho contiguo y Holger Jalmert entra en el garaje con una carpeta en la mano.

—Querías enseñarme algo —dice Joona.

—Sí, será lo mejor —suspira Holger y señala el coche—. Faltaba todo el parabrisas, imagino que ya lo viste cuando el chapuzón. Se hizo añicos cuando chocaron con el semáforo... pero, por desgracia, he encontrado pelos del niño en el marco del parabrisas.

—Malas noticias —dice Joona y siente una ola de soledad inundándole el cuerpo.

—Sí, pero es lo que todo el mundo se esperaba.

Joona mira una fotografía al detalle de los pelos encontrados en el lado derecho del marco y una ampliación en la que se ven tres pelos con la raíz arrancada.

Seguramente iban a gran velocidad y el frenazo al topar con el agua resultó demasiado fuerte. Todo apunta a que Vicky Bennet y Dante Abrahamsson salieron despedidos por lo que quedaba del parabrisas.

Joona lee que han encontrado cristales con restos de sangre del chico.

El capó se deformó y se sumergió en el agua.

A Joona se le hace difícil imaginar otra explicación de los pelos arrancados de la cabeza de Dante que no sea saliendo despedido al río desde el asiento de atrás, por encima del salpicadero y a través del parabrisas.

La corriente de agua era muy fuerte porque las compuertas de la central de Bergeforsen estaban abiertas.

Joona piensa que la ira de Vicky Bennet debía de haber desaparecido, ya que no había matado al niño sino que lo llevaba con ella en el coche.

—¿Crees que el niño estaba vivo cuando entraron en el agua? —pregunta Joona en voz baja.

—Sí, lo más probable es que quedara inconsciente al golpearse la cabeza en el marco y que luego se ahogara... pero tendremos que esperar a que los cuerpos queden atrapados en la represa.

Holger levanta una bolsa de plástico que contiene una pistola de agua de color rojo.

—Yo también tengo un chaval...

Holger se queda callado y se sienta en una silla.

—Sí —responde Joona y le pone la mano libre sobre el hombro.

—Tenemos que decirle a la madre que vamos a dejar de buscar y que sólo nos queda esperar —dice Holger afectado, con la boca tensa.

En la pequeña comisaría reina un silencio poco habitual. Unos pocos agentes uniformados charlan junto a la máquina de café y una mujer teclea sin prisa en su ordenador. El día gris del exterior, lúgubre y pesado, está envuelto en una luz que recuerda a los desesperados días de escuela.

Cuando la puerta se abre y aparece Pia Abrahamsson cesa hasta el último murmullo. Pia lleva vaqueros y una cazadora tejana cerrada que le queda ceñida en el pecho. El pelo castaño que asoma por debajo de la boina está sucio y desgreñado.

Va sin maquillar y tiene los ojos cansados y asustados.

Mirja Zlatnek se levanta en seguida y le acerca una silla.

—No quiero sentarme —dice Pia en voz baja.

Mirja se abre un botón del cuello de la camisa.

—Te hemos pedido que vengas porque... lo que ocurre es que tememos...

Pia pone una mano en el respaldo de la silla.

—Lo que intento decir —continúa Mirja— es que...

—¿Sí?

—Nadie cree que sigan con vida.

Pia reacciona sin energía. No se derrumba, sólo asiente con la cabeza y se pasa la lengua por los labios.

—¿Por qué creéis que ya no están vivos? —pregunta con un tono sorprendentemente tranquilo.

—Hemos encontrado tu coche —dice Mirja—. Se salió de la carretera y se metió en el río. El coche estaba a cuatro metros de profundidad, tenía daños importantes y...

Su voz se extingue.

—Quiero ver a mi hijo —dice Pia con la misma calma desagradable—. ¿Dónde está su cuerpo?

—Es... Todavía no hemos encontrado los cuerpos... El tema es delicado, pero todo indica que se va a interrumpir la búsqueda.

—Pero...

Pia Abrahamsson hace ademán de llevarse la mano al cuello, a la cruz de plata que tiene bajo la ropa, pero se detiene a la altura del corazón.

—Dante sólo tiene cuatro años —dice en tono extrañado—. No sabe nadar.

—No —dice Mirja entristecida.

—Pero le... le gusta jugar en el agua —susurra Pia.

Su barbilla empieza a tiritar. Se queda allí de pie en su ropa tejana. El alzacuello blanco asoma por debajo de la cazadora. Con movimientos lentos, como los de una persona vieja y abatida, termina por sentarse en la silla.

Elin Frank se está dando una ducha después de la sauna. A continuación, camina por las baldosas hasta el gran espejo que hay delante del lavabo doble, donde se seca con una toalla. Su piel todavía está caliente y húmeda cuando se pone el quimono negro que Jack le regaló el mismo año que se separaron.

Sale del cuarto de baño, cruza las estancias iluminadas con parquet blanco y se mete en el dormitorio.

En la cama de matrimonio tiene preparado un vestido de cobre reluciente de Karen Millen y unas braguitas doradas de Dolce & Gabbana.

Se quita el quimono y se pone unas gotas de La Perla, espera unos minutos y luego se viste.

Cuando llega al gran salón ve que su asesor, Robert, esconde el teléfono con un rápido movimiento. Una repentina ola de intranquilidad le vuelve a crecer por dentro, un bulto sombrío en la boca del estómago.

—¿Qué ocurre? —pregunta.

La juvenil camiseta de rayas se le ha salido de dentro de los vaqueros y por debajo asoma un trozo redondo de barriga.

—El fotógrafo de Vogue llegará diez minutos tarde —dice Robert sin cruzar la mirada con la de Elin.

—No he tenido tiempo de mirar las noticias —dice ella en un intento de parecer tranquila—. ¿Sabes si la policía ya ha encontrado a Vicky?

Los últimos días no ha tenido coraje ni para ver las noticias ni para leer la prensa. Ha tenido que tomarse una pastilla a las diez y otra a las tres para poder dormir.

—¿Sabes algo? —repite en voz baja.

Robert se rasca la cabeza.

—Elin, de verdad que no quiero que te preocupes.

—No lo hago, pero es...

—Nadie te involucrará en este asunto.

—No tiene nada de malo saber qué está pasando —dice ella con desdén.

—Tú no tienes nada que ver con esto —insiste él.

Elin ha recuperado la serenidad en el rostro y sonríe fría e impasible.

—¿Tengo que enfadarme contigo?

Robert niega en silencio y se baja la camiseta para taparse la barriga.

—Viniendo para aquí he oído el final de las noticias de la radio, pero no sé si están en lo cierto —responde—. Por lo visto han encontrado el coche robado en el agua, en un río... y creo que iban a empezar a buscar los cuerpos con buzos.

Elin aparta rápidamente la cara otra vez. Sus labios tiemblan y el corazón le palpita como si estuviera a punto de romperse.

—No parecen buenas noticias —susurra.

—Sin duda, sería de lo más triste si se confirma que han muerto ahogados.

—No seas arrogante —dice Elin.

Tiene que tragar con fuerza. Le duele la garganta, carraspea suavemente y se mira las manos.

Elin puede revivir en cualquier momento el día que Vicky llegó a ella. La niña estaba de pie junto a la puerta con cara inexpresiva y cardenales ocre en los brazos. En el instante en que Elin la vio supo que Vicky era la hija que siempre había añorado. Ni siquiera era consciente de haberse imaginado teniendo una hija, pero cuando vio a Vicky comprendió lo mucho que había deseado ser madre.

Vicky tenía un carácter particular, como debe ser.

Al principio, la niña corría hasta la cama de Elin todas las noches. Paraba de golpe, la miraba y daba media vuelta. A lo mejor creía que iba a encontrarse a su auténtica madre y que se podría acurrucar junto a ella, o quizá se arrepintiera al llegar a la cama, como si no soportara mostrar su propio miedo o no quisiera arriesgarse a ser rechazada.

Elin recuerda perfectamente el traqueteo de sus pasitos alejándose por el suelo de madera.

A veces Vicky quería sentarse en el regazo de Jack y mirar los programas infantiles, pero nunca en el de ella.

Vicky no confiaba en Elin, no se atrevía, pero a menudo la espiaba a escondidas, ella lo sabía.

La pequeña Vicky, la niña callada que sólo jugaba si estaba segura de que nadie la veía. La que no se atrevía a abrir sus regalos de Navidad porque no se fiaba de que los hermosos paquetes fueran de verdad para ella. Vicky, la que rehusaba cualquier abrazo.

Elin le compró un hámster blanco en una jaula grande y divertida con túneles de plástico rojo. Vicky lo estuvo cuidando durante las vacaciones de Navidad, pero antes de que empezara el colegio desapareció sin dejar rastro. Por lo visto Vicky lo había soltado en un parque cerca de la escuela. Cuando Jack le explicó que a lo mejor no podría sobrevivir al frío, subió corriendo a su cuarto y cerró la puerta de golpe diez veces seguidas. Por la noche se tomó una botella de borgoña y vomitó por toda la sauna. La misma semana robó dos anillos de diamantes que Elin había heredado de su abuela. La niña se negó a explicar qué había hecho con ellos y Elin nunca los recuperó.

Elin sabía que Jack estaba llegando al límite de su paciencia. Había empezado a decir que la vida que llevaban era demasiado complicada para darle seguridad a una niña que necesitaba recursos mayores. Se alejó, comenzó a guardar las distancias y dejó de interesarse por la molesta pequeña.

Elin se dio cuenta de que lo estaba perdiendo.

Cuando los servicios sociales hicieron un nuevo intento de recolocar a Vicky con su madre biológica Elin sintió que ella y Jack realmente necesitaban dar un parón para volver a unirse. Vicky ni siquiera quiso llevarse el teléfono que Elin le había comprado para que pudieran mantener el contacto.

Después de una cena en el Bodegón de la Ópera, de haber hecho el amor y de haber dormido toda la noche seguida sin interrupciones por primera vez en muchos meses, por la mañana Jack le dijo a Elin que ya no quería seguir con ella si no renunciaba por completo a Vicky.

Elin lo dejó llamar al tutor de la niña para decirle que ya no se ofrecían como familia de acogida, que ya no tenían fuerzas para ello.

Vicky y su madre rechazaron el régimen abierto en Västerås y se escondieron en una caseta infantil de un parque. La madre empezó a dejar a Vicky sola por las noches y, cuando llevaba dos días desaparecida, la pequeña hizo sola todo el camino hasta Estocolmo.

Jack no estaba en casa la tarde que Vicky se presentó en el rellano.

Elin no supo qué hacer. Recuerda cómo se quedó pegada de espaldas a la pared del pasillo mientras la niña llamaba al timbre una y otra vez repitiendo débilmente su nombre.

Al final Vicky se echó a llorar y abrió la ranura del buzón de la puerta.

—Por favor, quiero volver. Quiero estar contigo. Por favor, Elin, abre la puerta..., seré buena. Por favor, por favor...

Cuando Jack y Elin renunciaron a su compromiso la asistenta social les advirtió:

—No le contéis a Vicky por qué ya no podéis seguir con ella.

—¿Por qué? —preguntó Elin.

—Porque entonces la niña asumirá la culpa —les explicó la asistenta—. Sentirá que es culpa suya que ya no puedas seguir cuidándola.

Así que Elin se quedó en silencio y tras esperar lo que le pareció una eternidad finalmente los pasos de Vicky fueron perdiendo intensidad por la escalera.

Elin está delante del enorme espejo del baño mirándose a los ojos. La luz indirecta crea reflejos en sus iris. Se ha tomado dos Valiums y se ha servido una copa de vino Riesling de Alsacia.

En este momento el joven fotógrafo Nassim Dubois, de la revista francesa *Vogue*, está en el gran salón preparando el equipo de iluminación. La entrevista se la hicieron a Elin la semana pasada en Provenza para una subasta de beneficencia. Vendió toda su colección de arte francés y su casa de Jean Nouvel en Niza para crear un fondo de garantía para microcréditos destinados a mujeres del norte de África.

Se aparta del espejo, coge el teléfono y marca el número de Jack para contarle que han encontrado el coche de Vicky en el Indalsälven. Deja que suenen los tonos aun a sabiendas de que el abogado de Jack le ha advertido que todo contacto que se refiera a Vicky debe hacerlo a través del bufete.

No le importa si Jack está cansado. Ya no está enamorada de él, pero a veces necesita oír su voz.

A lo mejor sólo le va a contar que ha vendido su Basquiat en la subasta. Pero antes de que Jack conteste, Elin se arrepiente y corta la llamada.

Sale del cuarto de baño, desliza la mano por la pared para tener un punto de apoyo, cruza el salón y va hasta la puerta doble de cristal.

Cuando sale a la gran terraza, con una lentitud que podría interpretarse como sensual, Nassim silba satisfecho.

—Estás preciosa —dice con una sonrisa.

Elin es muy consciente de que lleva puesto el vestido cobre de tirantes delgados. Alrededor del cuello lleva un collar plano de oro blanco martilleado, a juego con los pendientes, que le refleja la luz en la barbilla y en el terso cuello.

Nassim quiere que se pegue a la baranda de la terraza con un chal blanco enorme de Ralph Lauren en los hombros. Elin deja que el viento juegue con él, procurando que la tela se infle como una vela y se curve de forma hermosa a sus espaldas.

Él no utiliza fotómetro, pero inclina una pantalla reflectante plateada para que la cara de Elin se inunde de luz.

Le toma muchas fotos seguidas a cierta distancia con un teleobjetivo, luego se le acerca, se pone de rodillas, tensando aún más los vaqueros de por sí ya bastante ajustados, y toma una secuencia de fotos con una anticuada Polaroid.

Elin ve las perlas de sudor en la frente de Nassim. Él no para de lisonjearla, pero enfocando todo el tiempo la atención en otras cosas, como la composición y la luz.

—Peligrosa, sexy —murmura.

—¿Te parece? —responde ella sonriendo.

Él se detiene, la mira a los ojos, asiente con la cabeza y luego dibuja una sonrisa ancha y avergonzada.

—Sobre todo sexy.

—Eres un amor.

Elin no lleva sujetador y siente que se le eriza el vello con el viento. Sus pezones duros se quedan marcados en el vestido. Se descubre a sí misma deseando que Nassim lo vea y comprende que el vino le está haciendo efecto.

El fotógrafo se tumba justo debajo de Elin con una vieja cámara Hasselblad y le pide que se incline hacia adelante y haga morritos como si estuviera pidiendo un beso.

—*Une petite pomme* —dice él.

Sonríen los dos y de pronto Elin se siente animada, casi contenta, con el flirteo.

En esta posición puede ver claramente la silueta del torso de Nassim marcándose en la camiseta, que se le ha salido del pantalón dejando al descubierto sus abdominales.

Elin hace morritos y él aprieta el disparador, murmura que es la mejor, que es una *top model*, y luego descansa la cámara sobre su pecho y se la queda mirando.

—Podría seguir así toda la vida —dice con sinceridad—. Pero veo que tienes frío.

—Vamos adentro. Prepararé un whisky —propone ella.

Cuando entran, Ingrid ha encendido el fuego en la chimenea de cerámica. Se sientan en el sofá con sendas copas de whisky de malta y hablan de la entrevista y los microcréditos, que se han vuelto de lo más relevantes para que muchas mujeres tengan la oportunidad de cambiar su situación.

Elin siente que la combinación de Valium y alcohol la relaja por dentro, apaciguando hasta la menor brizna de ansiedad.

Nassim dice que el periodista francés estaba muy contento con la entrevista. Después le cuenta que su madre es de Marruecos.

—El gesto que has hecho es muy importante —dice él sonriendo—. Si mi abuela hubiese tenido acceso a un microcrédito la vida de mi madre habría sido completamente diferente.

—Intento hacer algo, pero...

Se queda callada contemplando la seriedad en los ojos de Nassim.

—Nadie es perfecto —dice él y se le acerca un poco.

—Decepcioné a una niña... a la que no podía decepcionar y que...

Él la consuela acariciándole la mejilla y le susurra algo en francés. Ella sonríe y siente un cosquilleo etílico en el cuerpo.

—Si no fueras tan joven me enamoraría de ti —dice ella en sueco.

—¿Qué has dicho? —pregunta él.

—Envidio a tu novia —le explica.

Elin percibe el aliento de Nassim. Huele a menta y whisky. «Como a especias», piensa. Observa la bonita línea de su boca y de repente tiene ganas de besarlo, pero piensa que, de hacerlo, lo asustaría.

Recuerda que Jack dejó de acostarse con ella poco después de que Vicky desapareciera de sus vidas. A Elin le costaba entender que él, simplemente, ya no la deseaba. Creía que era por culpa del estrés, de que pasaban poco tiempo juntos, de que estaban cansados. Así que empezó a esforzarse más. Comenzó a vestirse para él, a preparar cenas románticas, a reservar ratos a solas.

Pero él ya no la miraba.

Una noche Jack llegó a casa y cuando la vio tumbada con su *négligé* de color salmón le dijo que ya no la quería.

Quería separarse, había conocido a otra mujer.

—Cuidado, estás derramando el whisky —dice Nassim.

—Dios —susurra ella en el mismo instante en que se echa un poco de whisky en el vestido.

—No pasa nada.

Nassim coge una servilleta de tela, se pone de rodillas, la coloca con delicadeza sobre la mancha y la sujeta con una mano mientras con la otra dibuja el contorno de la cintura de Elin.

—Tengo que cambiarme —dice ella, se levanta y hace un esfuerzo por no caerse de lado.

Nota la mezcla de Valium, vino y whisky contaminándole el cerebro.

Él le sirve de apoyo mientras cruzan los salones uno tras otro. Elin se siente débil y cansada, se inclina sobre Nassim y le da un beso en el cuello. En el dormitorio la temperatura es un poco más baja y la luz es tenue. La única lámpara que hay encendida es la de color crema de la mesita de noche.

—Tengo que tumbarme.

Elin no protesta cuando Nassim la acuesta en la cama y le quita los zapatos.

—Te ayudo —dice él en voz baja.

Elin exagera su borrachera y se queda quieta como si no notara que él le está desabrochando el vestido con manos temblorosas.

Oye la respiración pesada de Nassim y se pregunta si se atreverá a tocarla, a aprovecharse de su estado de embriaguez.

Permanece inmóvil en la cama con sus braguitas doradas y mira un instante al fotógrafo en un nuboso vaivén antes de cerrar los ojos.

Él murmura algo y Elin nota que tiene los dedos helados por los nervios cuando le quita las bragas.

Lo mira con ojos entornados mientras él se desnuda. Tiene el cuerpo muy moreno, como si trabajara en el campo. Es delgado como un adolescente y lleva un tatuaje gris en el hombro, un ojo de Horus.

Nassim vuelve a murmurar algo y el corazón de Elin empieza a latir con fuerza cuando él se mete en la cama. Quizá debería pararle los pies, pero al mismo tiempo se siente agasajada por su deseo. Piensa que no dejará que la penetre, que tendrá que conformarse con mirarla mientras se masturba como un crío.

Elin intenta concentrarse en lo que está pasando, disfrutar del momento. Nassim respira de prisa, le separa las piernas a Elin con cuidado y ella lo deja hacer.

Está mojada, resbaladiza, pero al mismo tiempo no consigue anticiparse a la situación. Nassim se tumba encima de ella y Elin nota su miembro sobre el pubis, caliente y erecto. Con un movimiento perezoso Elin se retuerce y junta los muslos.

Abre los ojos, se encuentra con la mirada miedosa del joven y los vuelve a cerrar.

Con mucho cuidado, como para no despertarla, Nassim le vuelve a separar las piernas. Ella sonríe para sí, deja que él la mire, lo siente muy cerca otra vez y de repente la está penetrando.

Elin contiene un gemido y cuando Nassim se le tumba encima puede notar los latidos de su corazón.

Está dentro de ella y acto seguido comienza a empujarla al compás de sus propios jadeos.

El malestar comienza a crecer en Elin, le gustaría sentir el mismo deseo que él, pero Nassim tiene demasiada prisa, la penetra con movimientos rápidos y con demasiada fuerza. Elin se ve superada por una ola de soledad que se le echa encima y que le apaga hasta la última chispa de excitación. Se queda inmóvil a la espera de que él termine y se retire.

—Lo siento, lo siento —susurra Nassim y empieza a recoger sus cosas—. Creía que querías...

«Yo también lo creía», piensa ella, pero sin fuerzas para contestar. Oye a Nassim vestirse de prisa y en silencio y su único deseo es que se marche. Quiere meterse en la ducha y luego suplicarle a Dios que Vicky esté viva hasta quedarse dormida.

Joona está pegado a la barandilla y recorre con la mirada el descenso de la pared de hormigón. Veinte metros más abajo hay tres chorros de agua que salen disparados por las compuertas. Debajo de ellas, la pared se curva como un tobogán gigante. Cantidades ingentes de agua rebosan desde el fondo de la pared y avanzan hasta chocar contra el lecho rocoso del río.

Todavía lleva el brazo en cabestrillo y tiene la americana colgada sobre los hombros. Se inclina por encima de la barandilla, mira el río y piensa en el coche con los dos críos bajo la intensa lluvia. Visualiza el vehículo chocando con el semáforo en Bjällsta y las lunas estallando en mil pedazos. Vicky lleva puesto el cinturón, pero se golpea la cabeza con la ventana por la inercia de la colisión. En un instante el coche queda lleno de pedacitos de cristal y la lluvia comienza a entrar en el habitáculo.

Después reina el silencio durante unos pocos segundos.

El niño empieza a gritar de pánico. Vicky sale temblando del coche, un puñado de cristales cae de su regazo, abre la puerta de atrás, desata la silla y mira al pequeño a ver si está herido y luego trata de hacerlo callar antes de seguir su camino.

A lo mejor pensó cruzar el puente hasta que descubrió las luces del coche patrulla al otro lado. Se sale de la carretera presa del pánico, no consigue detener el coche y se va directa al agua. El frenazo hace que Vicky se golpee en el volante y quede inconsciente.

Cuando el coche acabó de meterse en el río, seguramente los dos se habían desmayado. La corriente pescó los cuerpos inertes y los sacó por los huecos de las ventanas, con paz y parsimonia, arrastrándolos por el fondo pedregoso.

Joona saca el teléfono para llamar a Carlos Eliasson. El buzo de Salvamento ya está en el muelle de la central hidroeléctrica. El traje azul se le ciñe a la espalda mientras con las manos revisa todos los conductos del regulador.

—Carlos —contesta su jefe.

—Susanne Öst pretende cerrar el caso —dice Joona—. Pero aún no he terminado.

—Sé que es triste, pero el homicida está muerto... y, lamentablemente, ya no es económicamente viable continuar.

—No tenemos ningún cuerpo.

Oye a Carlos mascullar algo al otro lado y luego le entra un ataque de tos. Joona espera mientras su jefe toma un poco de agua. Recuerda el paseo que hizo por el pasado de Vicky cuando descubrieron la sillita infantil, su intento de encontrar a alguien en quien Vicky confiara, alguien que supiera dónde se podía haber metido.

—Pueden pasar semanas antes de que aparezcan los cuerpos —susurra Carlos y carraspea.

—Pero aún no he terminado —replica Joona.

—Ya te estás poniendo tozudo otra vez —dice Carlos levantando la voz.

—Necesito que me dejes...

—Ni siquiera es tu caso —lo interrumpe Carlos.

Joona observa un tronco negro que se desliza con la corriente hasta golpear el borde de la represa con un impacto sordo.

—Sí que lo es —dice él.

—Joona —suspira Carlos.

—Las pruebas técnicas apuntan a Vicky, pero no hay testigos y no ha sido juzgada.

—No se puede juzgar a los muertos —dice Carlos en tono cansado.

Joona piensa en la chica, en la ausencia de móvil, en que durmió en su cama después de los brutales asesinatos. Piensa en las palabras de Nålen, quien asegura que a Elisabet la asesinaron con un martillo pero a Miranda con una piedra.

—Dame una semana, Carlos —dice muy serio—. Necesito algunas respuestas antes de volver a casa.

Carlos murmura algo al otro lado de la línea.

—No te he oído —dice Joona.

—No es oficial —repite Carlos en voz más alta—. Pero mientras los de Asuntos Internos sigan con tu expediente tú puedes seguir con lo tuyo.

—¿Qué recursos tengo?

—¿Recursos? Aún eres observador y no puedes...

—He pedido un buzo —dice Joona sonriendo.

—¿Un buzo? —pregunta Carlos alterado—. ¿Sabes lo que cuesta meter...?

—Y un perro.

Joona oye ruido de motor, se vuelve y ve un cochecito viejo de color gris que se acerca y aparca al lado del suyo. Es un Messerschmitt Kabinenroller de principios de los años sesenta, con dos ruedas delante y una detrás. La puerta se abre y aparece Gunnarsson con un cigarrillo en la mano.

—¡Soy yo el que decide si hay que bajar con un buzo o no! —grita desde lejos y se acerca a toda prisa hasta donde está Joona—. Tú aquí no pintas nada.

—Soy observador —responde Joona tranquilamente y sigue bajando hasta el muelle, donde el buzo ya se está preparando para la inmersión.

El buzo es un hombre que ronda los cincuenta, con evidente sobrepeso pero de espalda ancha y antebrazos fuertes. El traje de goma de cloropreno se ciñe a su ostentosa barriga y al cuello.

—Hasse —se presenta.

—No se pueden cerrar las compuertas, hay riesgo de desborde —dice Joona.

—Entiendo la situación —responde Hasse y echa un vistazo a las aguas rápidas e inquietas.

—La corriente es muy fuerte —le aclara Joona.

—Sí —responde el buzo con la mirada tranquila.

—¿Podrás con ello? —pregunta Joona.

—Fui desactivador de minas en el regimiento de artillería..., seguro que no es peor que aquello —responde Hasse con un atisbo de sonrisa.

—¿Llevas nitrox en las botellas? —pregunta Joona.

—Sí.

—¿Qué coño es eso? —pregunta Gunnarsson, que se les acaba de unir.

—Es como aire, pero con un poco más de oxígeno —responde Hasse mientras se pone el chaleco.

—¿Y cuánto tiempo puedes estar ahí abajo?

—Con esto puede que unas dos horas... con calma.

—Agradezco mucho tu predisposición —dice Joona.

El buzo se encoge de hombros y explica con sinceridad:

—Mi hijo está de campamentos de fútbol en Dinamarca... Ishøj, se llama el sitio... Le había prometido que lo acompañaría, pero ya sabes, estamos los dos solos..., así que necesitamos un poco de pasta extra...

Niega con la cabeza y luego señala la máscara de buceo con cámara incorporada, de la que sale un cable que va pegado al cabo de seguridad hasta conectarse a un ordenador.

—Siempre grabo mis inmersiones. Veréis todo lo que yo veo..., y podemos hablar mientras tanto.

Un tronco llega flotando y embiste el borde de la represa.

—¿Por qué hay troncos en el agua? —pregunta Joona.

Hasse se cuelga las botellas y dice indiferente:

—Quién sabe..., seguramente sea alguien que ha echado al agua madera carcomida.

Una mujer de expresión ajada, vestida con vaqueros azules, botas de lluvia y abrigo desabrochado llega caminando con un pastor alemán desde el aparcamiento de la central hidroeléctrica.

—Ahí viene un puto sabueso —dice Gunnarsson dando un respingo.

La adiestradora Sara Bengtsson pasa junto al cabrestante y dice algo en voz baja. El perro se detiene inmediatamente y se sienta. Ella no le dedica ni una mirada y sigue caminando, dando por hecho que el perro la ha obedecido.

—Qué bien que hayas podido venir —dice Joona estrechándole la mano.

La mirada de Sara Bengtsson se encuentra fugazmente con la suya, retira la mano y luego busca algo en el bolsillo.

—Aquí soy yo el que manda —dice Gunnarsson—. Y los perros no me gustan demasiado, que lo sepas.

—Pues ahora ya estamos aquí —dice Sara mirando al animal.

—¿Cómo se llama? —pregunta Joona.

—*Jackie* —sonríe la mujer.

—Vamos a bajar con un buzo —le explica Joona—. Pero sería de gran ayuda si *Jackie* pudiera rastrear el agua... ¿Crees que podrá?

—Sí —responde Sara Bengtsson y le da una patada a una piedra suelta.

—Hay mucha agua y la corriente es muy fuerte —advierte Gunnarsson.

—La primavera pasada encontró un cuerpo a sesenta y cinco metros de profundidad —responde Sara y se le enrojecen las mejillas.

—¿A qué coño estamos esperando? —pregunta Gunnarsson y se enciende un cigarrillo.

Sara Bengtsson hace como si no lo hubiera oído. Pasea la mirada por los destellos de la superficie negra del agua. Se mete las manos en los bolsillos y se queda quieta un momento antes de romper el silencio en voz baja:

—*Jackie*.

La perra abandona su lugar y se le acerca. Se sienta a su lado, Sara la acaricia en el cuello y detrás de las orejas. Le habla en tono jovial, le explica lo que están buscando y luego empiezan a caminar juntas por el borde de la represa.

La perra está especializada en rastrear la sangre y el olor de los pulmones de personas muertas. En realidad la idea es que los perros policía vinculen el olor a cadáver con algo positivo, pero Sara sabe que cuando *Jackie* encuentra alguno, las horas siguientes está nerviosa y necesita que la consuelen.

Pasan por el lugar donde encontraron la sillita de Dante. Sara Bengtsson dirige con cuidado el hocico de *Jackie* sobre el caudal de agua.

—No me creo estas cosas —sonríe Gunnarsson mientras enciende el cigarrillo y se rasca la barriga.

Sara se detiene y hace un gesto cuando *Jackie* percibe un olor.

—¿Qué notas? —le pregunta.

La perra husmea, se desplaza de lado, pero luego suelta el rastro y sigue caminando por el borde.

—Abracadabra —murmura el buzo y se corrige el chaleco.

Joona observa a la adiestradora y al pastor alemán, cuyo pelaje es de un tono singularmente rojizo. Caminan despacio por el borde de la represa y ya se están acercando al centro del río, justo encima de las compuertas abiertas. Algunos mechones de la mujer se han soltado de la coleta y le azotan la cara con el viento. De repente la perra se detiene y empieza a gimotear, se asoma por el borde, se lame intranquila el hocico y da una vuelta angustiada sobre sí misma.

—¿Hay algo ahí abajo? —pregunta casi sin voz mirando al fondo de la represa.

La perra no se quiere parar, sigue caminando, olfatea un armario eléctrico, pero vuelve al sitio gimoteando.

—¿Qué ocurre? —pregunta Joona mientras se acerca.

—La verdad es que no lo sé, no ha marcado nada, pero se comporta como si...

La perra ladra y la mujer se sienta de cuclillas a su lado.

—¿Qué pasa, *Jackie*? —pregunta con delicadeza—. ¿Qué es lo que te parece tan raro?

La perra menea la cola, Sara la abraza y le dice que es una buena chica. *Jackie* gimotea y se tumba, se rasca detrás de la oreja y se lame el hocico de nuevo.

—Pero ¿qué te pasa? —pregunta Sara con una sonrisa vacilante.

La estructura de la represa vibra por la presión. Sobre la cubeta de plástico con boyas señalizadoras, que servirán para marcar las posiciones de los posibles cadáveres, hay un par de bolsas impermeables de las que se usan para transportar los cuerpos.

—Empezaré desde la central y trazaré un recorrido siguiendo una cuadrícula —dice Hasse.

—No, bajaremos donde ha reaccionado la perra —dice Joona.

—¿Ahora mandan las damas? —pregunta Hasse compungido.

Muchos metros por debajo de la superficie lisa están las oberturas de las compuertas, protegidas con unas sólidas rejas que acumulan todo lo que arrastra el río consigo.

El buzo comprueba el correcto suministro de las botellas con nitrox 36 que lleva a la espalda. Conecta el cable de la cámara al ordenador y luego se pone la máscara de buceo. Joona se ve a sí mismo en la pantalla.

—Saluda a la cámara —dice Hasse y se echa suavemente al agua.

—Si la corriente es demasiado fuerte abortamos la inmersión —dice Joona

—¡Vete con cuidado! —le grita Gunnarsson.

—Estoy acostumbrado a meterme en aguas bravas —dice Hasse—. Pero si no vuelvo a salir le podéis decir a mi chaval que tendría que haberlo acompañado a Dinamarca en lugar de venir aquí.

—Cuando terminemos iremos a tomarnos una cerveza en el hotel Laxen —dice Gunnarsson y lo despide haciendo un gesto con la mano.

Hasse Boman se sumerge en el agua, la superficie burbujea y al cabo de unos segundos se vuelve lisa otra vez. Gunnarsson sonríe y lanza la colilla del cigarro represa abajo. Los movimientos del buzo se vislumbran como sombras meciéndose en la oscuridad. Las burbujas de las exhalaciones rompen la superficie lisa del torrente de agua. Lo único que se ve en la pantalla del ordenador es la rugosa pared de hormigón que queda iluminada por el haz de luz de la cámara. La respiración pesada del submarinista hace restallar los altavoces.

—¿A qué profundidad estás ahora? —pregunta Joona.

—Sólo nueve metros —responde Hasse Boman.

—¿Hay mucha corriente?

—Es como si alguien estuviese tirándome de las piernas.

Joona sigue el descenso a través del ordenador. La pared de hormigón se desliza hacia arriba. La respiración suena más pesada. A veces se ven las manos de Hasse apoyándose en la pared. Los guantes azules brillan con la luz de la linterna.

—Aquí no hay nada —dice Gunnarsson impaciente, y da unos pasos estresados de un lado a otro.

—La perra ha notado que...

—No ha marcado nada —lo interrumpe Gunnarsson alzando la voz.

—No, pero ha notado algo —responde Joona tercamente.

Piensa que los cadáveres pueden haber sido trasladados con el agua, rodando por el fondo hacia el centro del río.

—Diecisiete metros... ahora hay una corriente de narices —dice el buzo con el eco de una lata.

Gunnarsson suelta más cabo de seguridad, que corre rápidamente sobre la barandilla de metal y desaparece en el agua.

—Vas demasiado de prisa —dice Joona—. Infla el chaleco.

Hasse empieza a inflar el chaleco con grandes cantidades de aire de las botellas. En realidad suele hacerlo para descender o para ascender, pero entiende que Joona tiene razón, debe reducir la velocidad teniendo en cuenta toda la porquería que hay en el agua.

—Todo en orden —informa al cabo de un rato.

—Si es posible, me gustaría que bajaras y les echaras un vistazo a las rejas —le explica Joona.

Hasse se mueve más despacio durante un rato hasta que la velocidad vuelve a aumentar. Tiene la sensación de que la central está abriendo aún más las compuertas. Basura, ramas y hojas le pasan por delante de la cara y desaparecen engullidas por el abismo.

Gunnarsson aparta el cable y el cabo cuando ve que un tronco se está acercando a toda velocidad hasta impactar contra la pared de hormigón.

Hasse Boman siente la fuerte corriente tirándole hacia abajo. Está yendo demasiado rápido otra vez. El agua le retumba en los oídos. Podría romperse las dos piernas en una colisión. Su corazón late de prisa y trata de inflar un poco más el chaleco, pero la válvula de escape le da problemas.

Intenta reducir la velocidad frenando con las manos y ve cómo las algas de la pared de hormigón se desprenden y son succionadas por la corriente vertical.

Decide no compartir con los policías de arriba que le está entrando miedo.

La fuerza de succión es infinitamente más fuerte de lo que se había imaginado. Cada vez desciende más de prisa. Las burbujas y el polvo marino bajan por delante del foco y desaparecen. Todo lo que queda fuera del haz de luz está completamente a oscuras.

—¿A qué profundidad estás? —pregunta el comisario de Estocolmo.

Hasse no responde, no tiene tiempo de mirar el medidor, tiene que reducir la velocidad de descenso. Con una mano intenta sujetarse el regulador y con la otra mantener el equilibro.

Una bolsa de plástico le pasa por delante.

Está cayendo en picado, intenta alcanzar la válvula de la espalda pero no consigue girar la manivela y golpea el codo en la pared de hormigón. Se tambalea, nota la adrenalina en la sangre y piensa con pánico que tiene que recuperar el control sobre el descenso.

—Veintiséis metros —jadea.

—Entonces te queda poco para llegar a las rejas —responde el comisario.

El agua que corre por la pared en dirección a las rejas le agita las piernas y hace que le tiemblen de forma descontrolada.

Hasse desciende a toda prisa y toma conciencia de que corre el riesgo de ser empalado por algún tronco astillado o ramas puntiagudas. Tendrá que soltar plomos para poder frenar la caída, pero sabe que necesitará guardarse algunos si quiere volver a la superficie.

Las burbujas de las exhalaciones que salen de la máscara desaparecen hacia abajo en una ristra de perlas. La succión parece aumentar aún más y la corriente acelera. Una gran fuerza lo azota por la espalda. De pronto el agua se vuelve aún más fría. Le da la sensación de que la inmensidad del río lo está empujando contra la pared.

Ve un gran arbusto acercándosele desde arriba por el agua negra. Se desliza junto a la pared de hormigón con las hojas tiritando. Hasse intenta esquivarlo, pero la mata se enreda en el cabo de seguridad y le da un latigazo, le pasa por delante y luego desaparece rápidamente en la oscuridad.

—¿Qué pasa? —pregunta el comisario.

—Hay mucha porquería en el agua.

Con manos temblorosas el buzo suelta varios plomos del chaleco y consigue al fin ponerle freno a la vertiginosa caída. Se queda pegado a la pared, tiritando. La poca vista que le ofrece la linterna de la máscara no hace más que empeorar. El agua está llena de arena y tierra.

De pronto se detiene, sus pies han topado con algo. Hasse mira hacia abajo y ve que ha alcanzado el canto superior de la reja, una repisa de cemento. Un montón de ramas, troncos enteros, hojas y demás restos se han acumulado delante de los barrotes. La succión es tan fuerte que cada movimiento parece imposible.

—He llegado —dice en seguida—. Pero es muy difícil ver nada, esto está lleno de mierda acumulada...

Con sumo cuidado comienza a trepar por las grandes ramas procurando que el cabo de seguridad no se enrede. Avanza sobre un tronco inestable. Por detrás de una rama de abeto hay una sombra extraña. Hasse jadea por el esfuerzo a medida que se acerca.

—¿Qué pasa?

—Aquí hay algo...

El agua es gris y las burbujas corren por delante de la máscara de Hasse Boman. Se está aguantando con una mano mientras alarga la otra y trata de apartar la rama de abeto.

De repente lo tiene justo delante de la cara. Un ojo abierto y una hilera de dientes descubiertos. A Hasse le da un vuelco el corazón y está a punto de resbalarse de la repisa, sobrecogido por la proximidad de la visión. Pero sabe que se debe al fenómeno óptico de que bajo el agua todo parece estar más cerca. Te acabas acostumbrando, pero cuando algo te coge desprevenido es difícil defenderse. El imponente cuerpo del alce está pegado a la reja y tiene el cuello atravesado por una rama gruesa y un remo partido. La cabeza da tumbos con la corriente.

—He encontrado un alce —dice retirándose para alejarse del animal muerto.

—Por eso ha reaccionado así el perro —dice Gunnarsson.

—¿Subo?

—Busca un poco más —responde Joona.

—¿Hacia abajo o hacia un lado?

—¿Qué es eso? Justo delante de ti —pregunta Joona.

—Parece tela —dice Hasse.

—¿Llegas?

Hasse nota el ácido láctico en los brazos y las piernas. Pasea la mirada por todos los escombros que han quedado atrapados contra los barrotes y trata de ver por detrás de los arbustos negros y entre las ramas. Todo tiembla. Piensa que con el dinero de la inmersión comprará una Playstation nueva. Se la dará a su hijo como regalo sorpresa cuando vuelva de los campamentos.

—Cartón, sólo es cartón...

Intenta apartar el papel empapado. El cartón se deshace suavemente. Un pedazo grande es arrastrado por la corriente y queda pegado a la reja.

—Se me están acabando las fuerzas, voy a subir —dice.

—¿Qué es eso blanco que se ve? —pregunta Joona.

—¿Dónde?

—Donde estás mirando ahora, había algo —dice Joona—. Me ha parecido ver algo entre las hojas, en la reja, un poco más abajo.

—A lo mejor una bolsa de plástico —propone el buzo.

—No —dice Joona.

—¡Sube ya! —grita Gunnarsson—. Hemos encontrado un alce, eso es lo que ha encontrado el perro.

—Un perro adiestrado puede alterarse con un cadáver, pero no así —dice Joona—. Creo que ha reaccionado por otra cosa.

Hasse Boman baja trepando un poco más y aparta hojas y ramitas. Sus músculos están temblando por el esfuerzo. La corriente lo empuja por detrás. Tiene que aguantarse con un brazo para que no lo chafe contra la reja. El cabo de seguridad tiembla sin parar.

—No encuentro nada —jadea.

—¡Aborta! —grita Gunnarsson.

—¿Aborto la misión? —pregunta Hasse.

—Si no puedes más, sí —responde Joona.

—No todo el mundo es como tú —le gruñe Gunnarsson.

—¿Qué hago? —pregunta el buzo—. Tengo que saber qué queréis que...

—Desplázate de lado —dice Joona.

Hasse Boman nota el golpe de una rama en la nuca, pero continúa buscando. Aparta un montón de

cañas viejas y basura que tapan la esquina inferior de la reja. Constantemente se acumulan más escombros. Empieza a apartarla más de prisa y de repente descubre algo inesperado: un bolso de tela blanca y reluciente.

—¡Espera! No lo toques —dice Joona—. Acércate e ilumínalo.

—¿Lo ves ahora?

—Podría ser de Vicky. Mételo con cuidado en una bolsa de plástico.

La superficie oscura y lisa del río avanza incansable hacia la represa. Un tronco se desliza a toda prisa con la corriente. Una de sus ramas va peinando el agua. Gunnarsson no consigue apartar el cabo de seguridad, se oye un choque sordo seguido de un chapoteo y de repente se corta la conexión digital con el buzo.

—Hemos perdido el contacto —dice Joona.

—Tiene que subir.

—Tira tres veces del cabo.

—No contesta —dice Gunnarsson tirando.

—Haz movimientos más grandes —dice Joona.

Gunnarsson vuelve a tirar tres veces del cabo y obtiene una respuesta casi inmediata.

—Ha contestado con dos —dice Gunnarsson.

—Entonces está subiendo.

—El cabo se ha destensado, está de camino —dice Gunnarsson—. ¡Está llegando más madera! —grita.

—Tiene que subir ya —responde Joona.

Una docena de troncos se está acercando a la represa a toda velocidad. Gunnarsson pasa al lado exterior de la barandilla y Joona recoge cabo con el brazo que tiene libre.

—Creo que lo veo —señala Gunnarsson.

El traje azul aparece por debajo del torrente de agua como una bandera ondeante.

Joona se quita el cabestrillo de un tirón, coge el bichero del suelo y ve el primer tronco impactando contra el borde a dos metros de distancia y luego empieza a trazar un arco con el otro extremo.

Joona consigue repeler el siguiente tronco golpeándolo con el bichero, se cuela por debajo del primero y empiezan a rodar juntos sobre sí mismos.

Hasse Boman rompe la superficie del agua, Gunnarsson se cuelga aferrándose a la barandilla y le alarga la mano.

—¡Sal, sal!

Hasse lo mira desconcertado y se agarra al canto de la represa. Joona coge el bichero y salta la barandilla para desviar más troncos.

—¡Daos prisa! —grita.

Un tronco de corteza negra y empapada se acerca rápidamente, casi oculto debajo de la superficie.

—¡Cuidado!

Joona mete el bichero entre los dos troncos que están girando y, segundos más tarde, el tronco oscuro golpea la punta del palo y la parte, pero cambia de rumbo y choca con una inercia tremenda contra la pared de hormigón, a tan sólo un palmo de la cabeza de Hasse. El tronco da una vuelta y azota al buzo con una rama en la espalda, sumergiéndolo en el agua.

—¡Intenta cogerlo! —grita Joona.

El cabo se enreda en el tronco y Hasse es arrastrado aún más abajo. Las burbujas borbotean. El cabo se tensa por encima de la barandilla con una vibración armónica. La madera rueda junto a la pared de hormigón. Hasse consigue desenfundar el cuchillo y corta el cabo, patalea con las piernas y se agarra a la mano de Gunnarsson.

Un nuevo tronco colisiona con los demás, seguido de otros tres que impactan justo cuando Gunnarsson consigue sacar a Hasse del agua.

Gunnarsson lo ayuda a quitarse las botellas y Hasse se desploma sobre el suelo. Joona coge la

bolsa. Con manos temblorosas, el buzo se quita el traje de cloropreno y el *union suite*. Está lleno de moratones y tiene varios arañazos con sangre en la espalda que le tiñen la prenda interior. Le duele considerablemente y suelta un taco cuando se levanta.

—No es lo más inteligente que he hecho en mi vida, que digamos —suspira.

—Pero me parece que has encontrado algo importante —dice Joona.

Mira el bolso en la bolsa de plástico y lo ve mecerse casi ingrávido en el agua turbia. Unas briznas de hierba amarilla serpentean en el interior. Con un movimiento tranquilo Joona le da la vuelta a la bolsa y la levanta hacia el sol. Sus dedos se hunden en la bolsa llena de agua hasta topar con el bolso.

—Estamos buscando dos cadáveres y tú te contentas con un puto bolso —se queja Gunnarsson.

La luz atraviesa la bolsa y una sombra amarilla ilumina la frente de Joona, quien descubre unas manchitas de color marrón oscuro en la parte inferior. Es sangre. Está convencido de que es sangre.

—Hay sangre —dice Joona—. Eso es lo que ha notado la perra, mezclado con el olor del alce..., por eso no sabía cómo marcarlo.

Joona vuelve a girar la bolsa pesada y fría. Dentro, el bolso gira a su vez con pereza, removiendo de nuevo el agua.

Joona está delante de las verjas cerradas del garaje de la policía en el gran polígono industrial de la calle Bergsgatan, en Sundsvall. Quiere hablar con los técnicos y echarle un vistazo al bolso de la represa, pero nadie le coge el teléfono ni responde al interfono. Las instalaciones que hay al otro lado de las altas verjas parecen desiertas, el aparcamiento está vacío y todas las puertas cerradas.

Joona se mete en el coche y se va a la comisaría de la calle Storgatan, donde se encuentra Gunnarsson. En la escalera se cruza con Sonja Rask. Va vestida de civil, lleva el pelo mojado porque acaba de darse una ducha, se ha maquillado un poco y parece contenta.

—Hola —dice Joona—. ¿Está Gunnarsson arriba?

—Que le den —responde ella haciendo una mueca de cansancio—. El muy estúpido no para de sentirse amenazado y cree que estás intentando quitarle el puesto.

—Sólo soy un observador.

Los ojos oscuros de Sonja lo miran con brillo.

—Sí, he oído que te metiste derechito en el agua y buceaste hasta el coche.

—Sólo quería mirar —sonríe Joona de vuelta.

Ella se ríe y le toca el brazo, pero luego con un gesto de timidez se apresura a bajar por la escalera.

Joona sigue subiendo. En la salita del café de la comisaría está puesta la radio, como de costumbre. Alguien habla con desgana por teléfono y a través de unas puertas de cristal Joona puede ver a una docena de personas reunidas en torno a una gran mesa. Gunnarsson la preside desde una punta. Joona se acerca a la puerta. Una de las mujeres que están dentro se topa con su mirada y niega con la cabeza, pero Joona aprieta la manija de todos modos y entra en la sala.

—Me cago en... —murmura Gunnarsson cuando lo ve.

—Tengo que examinar el bolso de Vicky Bennet —dice Joona de forma escueta.

—Estamos en medio de una reunión —dice Gunnarsson en tono tajante y luego vuelve a dirigir la mirada a sus papeles.

—Lo tienen los técnicos de la calle Bergsgatan —aclara Rolf un poco abrumado.

—No hay nadie —dice Joona.

—Ríndete, cojones —suelta Gunnarsson—. El caso está cerrado y por lo que a mí respecta los de Asuntos Internos podrían joderte hoy mismo.

Joona asiente en silencio y abandona la comisaría, regresa al coche y luego se queda sentado un rato antes de poner rumbo al hospital de Sundsvall. Está intentando aclarar qué es lo que de verdad le preocupa de los asesinatos del Centro Birgitta.

«Vicky Bennet —piensa—. La niña buena que a lo mejor no era siempre tan buena. Vicky Bennet les destrozó la cara a una madre y a su hijo con una botella rota.»

Quedaron gravemente desfigurados, pero ni solicitaron ayuda médica ni lo denunciaron a la policía.

Antes de que Vicky se ahogara era sospechosa de dos homicidios muy violentos.

Todo apunta a que había planeado el crimen del centro, esperó la noche adecuada, asesinó a Elisabet con un martillo para quitarle las llaves, volvió al edificio principal, abrió la puerta del cuarto de aislamiento y mató a Miranda.

Lo curioso es que Nålen afirma que Miranda fue asesinada con una piedra.

¿Por qué iba Vicky a dejar el martillo en su cuarto y salir a por una piedra?

Joona ha pensado varias veces que su viejo amigo podría estar equivocado. Es una de las razones por las que ha preferido esperar antes de comentárselo a nadie. Nålen tendrá que presentar por cuenta propia su teoría cuando termine el informe.

La otra singularidad es que Vicky durmiera en su cama después de cometer el crimen.

Holger Jalmert había dicho que la observación de Joona era interesante, pero imposible de demostrar.

Sin embargo, Joona tiene la certeza de que alguien limpió o arrastró la sangre fresca con las sábanas y que una hora más tarde la sangre del brazo de Vicky dejó un rastro pegajoso cuando la chica cambió de postura.

Sin testigos, lo más seguro es que Joona nunca obtenga una respuesta.

Ha leído el acta del Centro Birgitta y la última anotación que Elisabet Grim hizo el viernes antes de acostarse, pero no hay nada en las breves observaciones que augure el giro tan violento que tomó luego la noche.

Las alumnas no han visto nada.

Nadie conocía a Vicky Bennet.

Joona ha decidido intentar mantener una conversación con el asistente, Daniel Grim.

El intento vale la pena, aunque molestar a una persona en pleno luto no es algo que le resulte nada sencillo. Pero, por lo que parece, Daniel Grim es la persona a la que las chicas le tienen más confianza y si hay alguien que pueda entender lo que ha pasado probablemente sea él.

Joona saca sin prisa el teléfono móvil, siente una punzada de dolor en el hombro y marca el número mientras piensa en el asistente cuando llegó al centro, en el esfuerzo de Daniel Grim por mantener la entereza frente a las chicas. Pero cuando comprendió que Elisabet estaba muerta su cara quedó descompuesta por el dolor.

El médico define su estado de *shock* como arousal, un estado de fuerte estrés que puede afectar gravemente a la memoria durante cierto tiempo.

—Clínica psiquiátrica, Rebecka Stenbeck —responde una mujer después de cinco tonos.

—Me gustaría hablar con un paciente... Se llama Daniel Grim.

—Un momento.

Joona oye los dedos de la mujer picando teclas.

—Lo siento, pero el paciente no puede recibir llamadas —dice.

—¿Quién lo decide?

—El médico responsable —contesta la mujer fríamente.

—¿Me puede pasar con él?

Se oye un tintineo y luego empiezan a sonar los tonos otra vez.

—Rimmer.

—Me llamo Joona Linna, soy comisario de la policía judicial —se presenta—. Es muy importante que pueda hablar con un paciente llamado Daniel Grim.

—Eso es algo que queda descartado —responde en seguida Rimmer.

—Estamos investigando un doble homicidio y...

—Nadie puede saltarse mi decisión y poner en riesgo la rehabilitación del paciente.

—Entiendo que para Daniel Grim todo esto sea realmente difícil, pero prometo que...

—Mi evaluación... —lo interrumpe Carl Rimmer en tono amable—. Mi evaluación es que el paciente mejorará y que la policía pronto podrá interrogarlo.

—¿Cuándo?

—Dentro de un par de meses, me atrevería a decir.

—Pero yo tengo que hablar con él ahora, con unos minutos me basta —intenta Joona.

—Como médico suyo tengo que decirle que no —responde Rimmer con autoridad—. Parece estar muy afectado por el interrogatorio que le hizo su compañero.

Flora vuelve a toda prisa a casa cargada con las bolsas de la compra. El cielo está oscuro, pero las farolas de la calle aún no se han encendido. Cuando piensa en su llamada a la policía siente un nudo en el estómago. Después de que la despacharan de aquella manera se quedó un rato sentada con la cara roja de vergüenza. La policía le había dicho que la podían castigar por decir mentiras, pero aun así volvió a coger el teléfono y llamó otra vez para hablar del arma homicida. Desde entonces no se ha podido quitar de la cabeza esa segunda conversación.

—Policía —respondió la mujer que instantes antes le había dado el aviso.

—Me llamo Flora Hansen —dijo Flora y tragó saliva—. Acabo de llamar...

—Sobre las muertes en Sundsvall —dijo serena la mujer.

—Sé dónde está el arma homicida —mintió.

—¿Es consciente de que voy a ponerle una denuncia, Flora Hansen?

—Soy médium, he visto el cuchillo ensangrentado, está en el agua... En un agua oscura y brillante, es todo lo que vi, pero... a cambio de dinero puedo entrar en trance y señalar el lugar exacto.

—Flora —dijo muy seria la mujer policía—. En los próximos días se le notificará que es culpable de un delito y la policía...

Flora colgó el teléfono.

Pasa por delante del pequeño colmado *halal*, se detiene y mira en la basura en busca de botellas vacías, continúa hasta el portal, ve que la cerradura está rota y empuja la puerta para entrar en la finca.

El ascensor se ha quedado en el sótano. Empieza a subir a pie por la escalera hasta la segunda planta, abre la puerta con llave, se mete en el recibidor y acciona el interruptor de la lámpara del techo.

Se oye el chasquido del botón, pero la luz sigue apagada.

Flora deja las bolsas en el suelo, cierra la puerta, se quita los zapatos y, cuando se agacha para apartarlos, se le eriza el vello de los brazos.

De pronto nota que el piso está frío.

Saca el recibo de la compra y el cambio del monedero y avanza a oscuras hacia la sala de estar.

Puede vislumbrar el sofá, la butaca, la pantalla negra del televisor. Huele a polvo eléctrico, a circuito recalentado.

Sin cruzar el umbral de la puerta alarga el brazo y busca a tientas el interruptor pasando la mano por el empapelado de la pared.

No ocurre nada cuando le da al botón.

—¿Hay alguien en casa? —susurra.

El suelo cruje y una taza de té tintinea sobre el platillo.

Alguien se mueve en la oscuridad y la puerta del baño se cierra.

Flora sigue a la sombra.

La alfombra de plástico bajo sus pies está fría, como si hubiesen ventilado el piso demasiado rato en un día de invierno. Justo cuando Flora estira la mano para abrir la puerta del lavabo recuerda que Ewa y Hans-Gunnar no iban a estar en casa esta tarde. Habían quedado en la pizzería para celebrar el cumpleaños de un amigo. A pesar de comprender que no hay nadie en el cuarto de baño, su mano completa el movimiento y abre la puerta.

Bajo la sombra gris que refleja el espejo ve algo que la hace contener el aliento y retroceder un paso.

En el suelo, entre la bañera y la taza del váter, hay una criatura. Una niña que se está tapando los ojos con las manos. A su lado hay un charco oscuro de sangre, y en los bordes blancos de la bañera, en las paredes de linóleo y en la cortina de ducha hay salpicaduras de color rojo.

Flora tropieza con la manguera de la aspiradora, extiende bruscamente el brazo y tira al suelo el relieve de escayola de Copenhague pintado por Ewa, cae de espaldas y se golpea la cabeza contra el suelo del pasillo.

Flora siente el suelo frío como un campo helado pegado a la espalda. Levanta la cabeza y mira fijamente hacia el cuarto de baño.

Su corazón palpita nervioso.

Ya no puede ver a la niña.

No hay restos de sangre ni en la bañera ni en la cortina de ducha. Junto a la taza hay un par de vaqueros de HansGunnar.

Parpadea y piensa que sus ojos deben de haberle jugado una mala pasada.

Traga saliva y descansa la cabeza en el suelo a la espera de que se le calme el corazón. Percibe un sabor inconfundible de sangre en la boca.

Un poco más allá, en el pasillo, ve que la puerta de su cuartito está abierta. Siente un escalofrío y se le pone la piel de gallina en todo el cuerpo.

Está segura de haberla dejado cerrada antes de salir, siempre lo hace.

De pronto una ola de aire frío empieza a correr hacia su habitación. Flora ve las pequeñas motas de polvo en movimiento y las sigue con la mirada. Bailan con la corriente de aire por el suelo del pasillo hasta colarse entre dos pies descalzos.

Flora se oye a sí misma emitiendo un extraño y lastimero jadeo.

La niña que antes estaba tumbada al lado de la bañera está ahora de pie en el umbral de su habitación.

Flora intenta incorporarse, pero su cuerpo está paralizado por el miedo. Ahora sabe que está viendo un fantasma, por primera vez en su vida está viendo un fantasma de verdad.

La niña parecía llevar el pelo bien recogido, pero ahora lo tiene desgreñado y manchado de sangre.

La respiración de Flora se acelera y el pulso le retumba en los oídos.

La niña está ocultando algo detrás de la espalda y de repente empieza a caminar hacia Flora. Los pies descalzos se detienen tan sólo a un paso de su cara.

—¿Qué tengo detrás de la espalda? —pregunta la niña en voz tan baja que casi no se pueden distinguir las palabras.

—No existes —dice Flora.

—¿Quieres que te enseñe las manos?

—No.

—Pero si no tengo nada...

Una piedra pesada cae con un golpe sordo detrás de la niña. El suelo tiembla un instante y saltan trocitos de escayola del relieve destrozado.

La niña le enseña las manos con una sonrisa.

La piedra sigue detrás de sus pies, oscura y grande. Tiene algunos cantos afilados, como si hubiese salido de una mina.

La niña la pisa con un pie y la balancea. Luego la empuja a un lado.

—Muérete de una vez... —murmura la chica entre dientes—. Muérete de una vez.

La niña se pone de cuclillas, apoya sus manos grisáceas sobre la piedra y la mueve, intenta agarrarla firmemente, se le resbala, se seca las manos en el vestido, vuelve a empezar y pone la piedra de lado.

—¿Qué vas a hacer? —pregunta Flora.

—Cierra los ojos y me marcharé —responde la niña mientras coge la piedra afilada y la levanta sobre la cabeza de Flora.

Es una roca pesada, pero la sujeta con brazos temblorosos justo encima de la cara de Flora. El

lado inferior de la piedra parece mojado.

De repente vuelve la luz. Las lámparas se encienden en todo el piso. Flora rueda hacia un lado y se sienta. La niña ha desaparecido. Se oyen voces en el televisor y el susurro de la nevera.

Flora se levanta, enciende más luces, abre la puerta de su habitación, entra, enciende la lámpara del techo, abre los armarios y mira debajo de la cama. Después se sienta a la mesa de la cocina y trata de controlar el temblor de sus manos mientras marca el número de la policía.

La centralita automática le da una serie de opciones. Puede denunciar un delito, dejar una pista o escuchar las respuestas de las preguntas frecuentes. La última opción también ofrece hablar directamente con un telefonista.

—Policía —dice una voz amable al otro lado—. ¿En qué puedo ayudarle?

—Me gustaría hablar con alguien que esté trabajando en el caso de Sundsvall —dice Flora con voz entrecortada.

—Bien —responde el telefonista—. Entonces le propongo que hable con nuestra sección de pistas. Le paso con ellos.

Flora intenta protestar, pero ya la han cambiado de línea. Al cabo de unos segundos responde una voz de mujer:

—Sección de pistas de la policía, ¿en qué puedo ayudarle?

Flora no sabe si es la mujer que se enfadó con ella cuando contó la mentira del cuchillo ensangrentado.

—Me gustaría hablar con alguien que esté trabajando en los asesinatos de Sundsvall —solicita.

—Puede hablar primero conmigo —responde la voz.

—Era una piedra grande —dice Flora.

—No le oigo bien. Hable más alto, por favor.

—Lo que pasó en Sundsvall... Tienen que buscar una piedra grande. Tiene sangre en la parte de abajo y...

Flora se queda callada y siente las gotas de sudor corriéndole por los costados.

—¿Cómo es que tiene información sobre el homicidio de Sundsvall?

—Tengo... Una persona me lo explicó.

—Alguien le habló del homicidio de Sundsvall.

—Sí —susurra Flora.

Nota el pulso latiendo en las sienes y un fuerte zumbido los oídos.

—Continúe —dice la mujer.

—El asesino utilizó una piedra..., una piedra con bordes afilados, es lo único que sé.

—¿Cómo se llama?

—Eso no importa, sólo quería...

—Reconozco su voz —dice la mujer—. Usted llamó hablando de un cuchillo manchado de sangre. He formalizado una denuncia en su contra, Flora Hansen..., pero debería ponerse en contacto con un médico, por lo que parece necesita ayuda.

La policía corta la llamada y Flora se queda sentada con el teléfono entre las manos. De repente una bolsa de la compra se cae en el pasillo. Flora da un respingo en un acto reflejo y tumba sin querer el rollo de papel de cocina que está sobre la mesa.

Hace una hora Elin Frank ha vuelto a su piso tras una larga reunión con la junta directiva de la gran filial Kingston para hablar sobre dos compañías de holding en Gran Bretaña.

Cuando piensa en que mezcló Valium con alcohol y que se acostó con el fotógrafo de *Vogue* no puede evitar una sensación de angustia. Vuelve a decirse a sí misma que necesitaba distraer la mente, que no fue más que una pequeña aventura, que lo necesitaba, que llevaba mucho tiempo sin tener sexo. Pero aun así le entran sudores por lo embarazoso de la situación.

Ha cogido una botella de agua Perrier de la cocina y se pasea por las estancias en su chándal rojo descolorido y una camiseta de Abba con la imagen desgastada. En el salón se detiene frente al televisor cuando una mujer alta y delgada empieza a correr hacia una barra de salto de altura en un estadio olímpico. Elin deja la botella de agua sobre la mesa de cristal, coge la goma que lleva en la muñeca y se hace una coleta antes de seguir hasta el dormitorio.

Dentro de unas horas tiene programada una reunión telefónica con la subsección de Chicago mientras le hacen la manicura y un baño de parafina, y a las ocho tiene una cena de beneficencia. Le tocará sentarse a la mesa principal al lado del jefe del grupo Volvo. La princesa heredera entregará un premio del Fondo de Sucesiones y Roxette actuará en directo.

Se mete entre los altos armarios de su vestidor. El televisor sigue sonando de fondo pero no le presta atención, por lo que no se da cuenta de que están dando paso a las noticias. Abre algunos de los armarios y pasea la mirada por la ropa. Al final saca un vestido verde metálico diseñado por encargo por Alexander McQueen.

El nombre de Vicky Bennet suena de fondo.

Con un arrebato de angustia Elin deja caer el vestido al suelo y va corriendo hasta el televisor.

El aparato tiene un ancho marco de color blanco que hace que la imagen parezca estar proyectada directamente sobre la pared. Un comisario llamado Olle Gunnarsson está siendo entrevistado a las puertas de una comisaría de aspecto triste. El hombre intenta sonreír y mostrarse paciente, pero su mirada está llena de irritación. Se frota el bigote y asiente con la cabeza.

—Eso no puedo comentarlo por ahora —responde y carraspea brevemente.

—Pero han terminado la búsqueda con los buzos.

—Correcto.

—¿Significa eso que se han encontrado los cuerpos?

—No puedo responder a esa pregunta.

El resplandor del televisor se refleja en parpadeos sobre la sala y Elin fija la mirada en las imágenes de la grúa remolcando el coche naufragado. El brazo hidráulico lo levanta hasta que rompe la superficie del río y queda en volandas. El agua comienza a caer a raudales del vehículo mientras una voz explica que el coche que Vicky Bennet robó ha sido encontrado por la mañana en el río Indalsälven y que se teme por la vida tanto de la presunta homicida como del pequeño Dante Abrahamsson, de cuatro años.

«La policía no revela detalles sobre los hallazgos, pero por lo que este canal puede informar, las inmersiones han finalizado y ha sido desactivada la alarma nacional...»

Elin deja de escuchar las palabras del presentador cuando muestran en pantalla una foto de Vicky. La ve mayor y más delgada, pero no ha cambiado. Le parece que el corazón se le detiene en el pecho. Recuerda la sensación de llevar en brazos a la niña dormida.

—No —susurra Elin—. No...

Clava la mirada en la cara delgada y pálida de la chica, en su pelo, descuidado y enredado, siempre tan difícil de peinar.

Sigue siendo tan sólo una niña y ahora dicen que está muerta. Su mirada transmite rebeldía, la

obligan a mirar a la cámara.

Elin se aparta del televisor, se tambalea y busca apoyo en la pared sin darse cuenta de que un óleo de Erland Cullberg se suelta y cae al suelo.

—No, no, no —gimotea—. Así no, así no..., no, no...

Lo último que escuchó de Vicky fueron sus llantos apagados al bajar por la escalera y ahora está muerta.

—¡No quiero! —grita.

Con el corazón a mil se acerca a la vitrina iluminada con la fuente de cerámica que heredó de su padre y que ha pasado de generación en generación en su linaje. Agarra el borde superior de la vitrina y la tira con todas sus fuerzas. El mueble estalla estrepitosamente contra el suelo y las hojas de cristal revientan en mil pedazos que salen disparados en todas direcciones sobre el parquet, mezclados con los trozos resquebrajados de la fuente.

Como presa de un arrebato de dolor en el estómago, Elin se dobla sobre sí misma y se acurruca en el suelo. Respira con dificultad y piensa una y otra vez que tenía una hija a la que cuidar.

«Yo tenía una hija, yo tenía una hija, yo tenía una hija.»

Se incorpora, coge un gran trozo de cerámica de la fuente de su padre y hace correr el canto afilado por una de sus muñecas. La sangre caliente empieza a brotar de la herida y las espesas gotas le mojan el regazo. Después vuelve a cortarse en la misma muñeca, suspira por el dolor y al mismo tiempo oye el traqueteo de la cerradura en la entrada. Acto seguido alguien entra por la puerta.

Joona pasa dos buenos trozos de solomillo de buey a fuego fuerte en una sartén de hierro fundido. Ha atado la carne y la ha salpimentado con pimienta negra y verde. Cuando las superficies de ambas piezas se han cristalizado las mete en el horno, les echa una pizca de sal gruesa y las coloca encima de las patatas cortadas a lo largo. Mientras la carne termina de cocerse prepara una salsa al vino de Oporto, cilantro, caldo concentrado y trufa.

Luego sirve con movimientos parsimoniosos un tinto de Saint-Émilion en dos copas de cristal.

Un aroma terroso a merlot y cabernet-sauvignon tiene tiempo de inundar la cocina antes de que suene el timbre de la puerta.

Disa va envuelta en un impermeable blanco con topos rojos. Sus grandes ojos están muy abiertos y tiene la cara mojada por la lluvia.

—Joona, estaba pensando en comprobar si eres tan buen policía como dicen.

—¿Cómo se hace eso? —pregunta él.

—Con un test —responde ella—. ¿Me ves algo diferente?

—Estás más guapa —dice Joona.

—No —sonríe Disa.

—Te has cortado el pelo y te has puesto la pinza de París por primera vez en un año.

—¿Algo más?

Joona pasea la mirada por la cara delgada y cada vez más ruborizada de Disa, estudia su corte de pelo estilo paje y el resto de su esbelto cuerpo.

—Nuevas —dice señalando las botas de tacón.

—Marc Jacobs... un pelín caras para mí.

—Son chulas.

—¿No ves nada más?

—Aún no he terminado —dice él y le coge las manos, les da la vuelta y observa las uñas.

Disa no puede esconder la sonrisa cuando Joona murmura que lleva el mismo pintalabios que cuando fueron al teatro Söder. Le acaricia los pendientes y luego se encuentra con su mirada, la aguanta unos segundos y se aparta para que la luz de la lámpara de suelo le ilumine el rostro.

—Tus ojos —dice él—. Tu pupila izquierda no se encoge con la luz.

—Buen poli —dice ella—. Me han puesto gotas.

—¿Has ido a que te miren el ojo? —pregunta Joona.

—Me ha salido una burbuja en el humor vítreo, pero no es peligroso —dice Disa y se mete en la cocina.

—La comida está casi lista. La carne tiene que reposar un poco más.

—Qué bonito lo has preparado todo —dice Disa.

—Hacía tiempo que no nos veíamos —responde Joona—. Estoy muy contento de que hayas venido.

Brindan en silencio y, tal como ocurre siempre que Joona la mira, Disa siente un calor recorriéndole el cuerpo y le da la sensación que empieza a resplandecer. Aparta su mirada de los ojos de Joona, hace girar el vino en la copa, aspira el aroma del líquido y vuelve a catarlo.

—Buena temperatura —constata.

Joona presenta la carne y las patatas en una cama de rúcula, albahaca y tomillo.

Con delicadeza echa parte de la salsa sobre el plato mientras piensa que debería haber hablado con Disa hace tiempo.

—¿Cómo te va?

—¿Sin ti, quieres decir? Mejor que nunca —le suelta cortante.

Se quedan callados un momento y luego Disa pone suavemente la mano sobre la de Joona.

—Perdón —dice ella—. Pero es que a veces me enfado contigo. Cuando me sale el lado oscuro.

—¿En qué lado estás ahora?

—En el oscuro —responde.

Joona toma un sorbo de vino.

—Últimamente he pensado mucho en el pasado —empieza él.

Disa sonríe y levanta las cejas.

—¿Últimamente? Tú siempre piensas en el pasado.

—¿Ah, sí?

—Sí, piensas en él..., pero no hablas de él.

—No, yo...

Se queda callado y sus ojos grises se encogen. Disa siente que un escalofrío le recorre la espalda.

—Me invitaste a cenar porque teníamos que hablar —dice ella—. Yo había decidido no volver a hablar contigo, pero entonces vas y me llamas... después de no sé cuántos meses...

—Sí, porque...

—Te importo una mierda, Joona.

—Disa..., piensa lo que quieras de mí —dice serio—. Pero quiero que sepas que me importas..., me preocupo y pienso siempre en ti.

—Sí —dice ella despacio y se levanta sin mirarlo a los ojos.

—Es por cosas que no tienen nada que ver contigo, cosas terribles que...

Joona se queda donde está mientras Disa empieza a ponerse el impermeable a topos.

—Adiós —susurra.

—Disa, te necesito —se oye decir Joona a sí mismo—. Te quiero.

Ella lo mira fijamente. El flequillo castaño le llega hasta las cejas.

—¿Qué has dicho? —pregunta al cabo de un rato.

—Te quiero, Disa.

—No me digas eso —murmura ella y se sube la cremallera de las botas.

—Te necesito, siempre te he necesitado —continúa él—. Pero no he podido arriesgarme, no podía soportar la idea de que te pasara algo si nosotros...

—¿Qué me iba a pasar? —lo interrumpe.

—Podrías desaparecer —le explica y le rodea la cara con las dos manos.

—Eres tú el que desaparece —dice ella en voz baja.

—No me asusto fácilmente, te estoy hablando de cosas reales que...

Disa se pone de puntillas, le da un beso y se queda pegada a su cara, acariciada por el calor de su aliento. Joona le busca los labios, los besa varias veces con cuidado hasta que ella los separa.

Lentamente se funden en un beso y Joona le desabrocha el impermeable y lo deja caer al suelo.

—Disa —le dice al oído acariciándole los hombros y la espalda.

Se abraza a ella, aspira su olor sedoso, le besa el pómulo y el cuello, la cadena de oro se le mete en la boca, la besa en la barbilla y luego otra vez en sus tiernos y húmedos labios.

Sus manos tantean en busca de la piel de Disa por debajo de la blusa. Los botones a presión se abren con leves chasquidos. Sus pezones se han erguido y su vientre se contrae con las respiraciones aceleradas.

Disa lo mira fijamente a los ojos, se lo lleva al dormitorio con la blusa abierta. Sus pechos brillan como la porcelana pulida.

Se paran y se buscan la boca el uno al otro. Las manos de Joona bajan por la espalda de Disa, se deslizan por sus nalgas y se esconden por debajo del algodón de sus bragas.

Disa se aparta con sutileza, siente el calor palpitándole entre las piernas. Sus mejillas se

encienden acaloradas y le tiemblan las manos cuando empieza a desabrocharle los pantalones a Joona.

Después del desayuno Disa se queda sentada en la cama con una taza de café leyendo el *Sunday Times* en su iPad mientras Joona se mete en la ducha y se viste.

La noche anterior decidió saltarse su visita regular al Museo Nórdico para contemplar la corona de novia saami hecha de raíz trenzada.

En lugar de eso ha decidido quedarse con Disa. Lo que había ocurrido no estaba planeado. Pero a lo mejor se debía a que la demencia de Rosa Bergman finalmente había cortado todo vínculo con Summa y Lumi.

Han pasado más de doce años.

Joona debe comprender que no hay nada que temer.

Pero tendría que haber hablado antes con Disa, advertirla y explicarle lo que tanto le asusta, para que pudiera escoger por sí sola.

Joona la mira desde la puerta durante un largo rato sin que ella se dé cuenta y luego se va a la cocina y marca el número del profesor Holger Jalmert.

—Aquí Joona Linna.

—Me han dicho que Gunnarsson se ha puesto pesado —bromea Holger—. Le he tenido que prometer que no te iba a enviar ninguna copia del informe.

—Pero ¿puedes hablar conmigo? —pregunta Joona, coge la tostada y la taza de café y le hace un gesto a Disa, que sigue leyendo su iPad con la frente arrugada.

—Probablemente no —se ríe Holger, pero en seguida se pone serio otra vez.

—¿Has podido echarle un vistazo al bolso que encontramos en la represa? —pregunta Joona.

—Sí, ya he terminado. Estoy en el coche de camino a Umeå.

—¿Había alguna cosa escrita dentro del bolso?

—Nada, excepto el recibo de un quiosco.

—¿Teléfono móvil?

—No, lamentablemente —dice Holger.

—¿Qué tenemos entonces? —pregunta Joona y descansa la mirada en el cielo gris que se abre por detrás de los tejados.

Holger toma aire por la nariz y luego dice como si hablara de memoria:

—Puedo decir con casi total seguridad que hemos encontrado restos de sangre en el bolso. He recortado un trozo y lo he enviado directo al laboratorio estatal... Un poco de maquillaje, dos pintalabios diferentes, una punta de lápiz de ojos, un broche de plástico rosa para el pelo, horquillas, un monedero con una calavera, algo de dinero, una foto suya, una especie de herramienta para bicis, un tarro de pastillas sin etiqueta..., también lo he enviado al laboratorio..., una tabla de cápsulas de Stesolid, dos bolígrafos... y en el forro del bolso había escondido un cuchillo de comer que estaba más afilado que un cuchillo japonés.

—Pero nada escrito, ni nombres ni direcciones.

—No, eso era todo...

Joona oye los pies de Disa cruzando el parquet a sus espaldas, pero no se vuelve. Percibe el calor de su cuerpo, siente un escalofrío y al segundo siguiente nota el contacto de sus suaves labios sobre la piel de la nuca y sus brazos rodeándole el cuerpo.

Cuando Disa está en la ducha Joona se sienta a la mesa de la cocina y marca el número de Solveig Sundström, que está al cargo de las chicas del Centro Birgitta.

Quizá ella sepa qué medicina estaba tomando Vicky.

Suenan ocho tonos y luego se oye un chasquido y una voz que parece estar muy cerca:

—Caroline..., respondiendo en un teléfono feo que me he encontrado en un sillón.

—¿Tienes a Solveig por ahí?

—No, no sé dónde está. ¿Le dejo algún recado?

Caroline es la mayor de todas, le saca una cabeza a Tuula. Tenía cicatrices en la piel de los codos pero parecía sensata, inteligente y decidida a cambiar.

—¿Estáis todas bien? —pregunta Joona.

—Eres el comisario, ¿verdad?

—Sí.

Se hace el silencio. Después Caroline pregunta con cuidado:

—¿Es verdad que Vicky está muerta?

—Lamentablemente, eso creemos —responde Joona.

—Se me hace tan raro... —dice Caroline.

—¿Sabes qué medicina estaba tomando?

—¿Vicky?

—Sí.

—Estaba increíblemente delgada y guapa para tomar Zyprexa.

—Eso es un antidepresivo, ¿verdad?

—Yo también lo estuve tomando, pero ahora sólo tomo Imovane para poder dormir —dice la chica—. Es un alivio no tener que tomar Zyprexa.

—¿Tiene muchos efectos secundarios?

—Seguro que hay un montón y muy diferentes, pero para mí... creo que engordé por lo menos diez kilos.

—¿Provoca cansancio? —pregunta Joona viendo de nuevo las sábanas manchadas de sangre en las que Vicky durmió.

—Al principio es al revés..., a mí me bastaba con chupar una pastilla para que se pusiera en marcha toda la mierda..., sientes un cosquilleo en todo el cuerpo, cualquier cosa te irrita y te hace gritar... Una vez tiré el móvil contra la pared y arranqué las cortinas..., pero al cabo de un rato cambia y es como si te taparan con una manta caliente..., te quedas tranquila y lo único que quieres es echarte a dormir.

—¿Sabes si Vicky estaba tomando alguna otra medicación?

—Supongo que hace como la mayoría y acapara todo lo que puede... Stesolid, Lyrica, Ketogan...

Se oye una voz de fondo y Joona entiende que la enfermera acaba de entrar en la sala y ha descubierto a Caroline con el teléfono pegado a la oreja.

—Informaré de esto como un hurto —dice la mujer.

—Han llamado y lo he cogido —dice Caroline—. Es un comisario que quiere hablar contigo. Eres sospechosa del asesinato de Miranda Ericsdotter.

—No seas boba —suelta la mujer, coge el teléfono y carraspea antes de responder—: Solveig Sundström.

—Me llamo Joona Linna, soy comisario de la policía judicial y estoy investigando...

La mujer corta la llamada sin decir una palabra y Joona no se molesta en volver a llamar, porque ya tiene la respuesta que buscaba.

Un Opel blanco se detiene bajo el techo plano de la gasolinera Statoil y una mujer con jersey de lana azul celeste se baja del vehículo, se vuelve hacia el surtidor con tarjeta de crédito y empieza a hurgar en el bolso.

Ari Määtilainen deja de mirar a la mujer y pone dos salchichas gruesas sobre el puré de patata, echa un poco de salsa mexicana y por último lo adorna con cebolla frita. Mira al obeso motorista que está esperando la comida y le explica de forma mecánica que el café y la Coca-Cola se cogen en la máquina.

—Danke —dice el hombre y se dirige hacia allá.

Ari sube un poco el volumen de la radio y ve que la mujer del jersey azul se ha apartado unos metros mientras la gasolina va llenando el tanque del Opel.

Ari agudiza el oído cuando el presentador de noticias empieza a informar sobre el desarrollo del singular secuestro que tanta atención ha atraído en los últimos días:

—«La búsqueda de Vicky Bennet y Dante Abrahamsson ha sido interrumpida. La policía de la provincia de Västernorrland se muestra reservada sobre el asunto, pero varias fuentes afirman que se teme que los desaparecidos lleven muertos desde el sábado por la mañana. La policía ha sido fuertemente criticada por haber dado la alarma nacional. El programa radiofónico “El Eko” ha intentado llegar hasta el jefe de la policía judicial, Carlos Eliasson, para una entrevista...»

—Pero qué coño... —susurra Ari.

Mira el post-it que sigue al lado de la caja registradora, descuelga el teléfono y vuelve a marcar el número de la policía.

—Policía, Sonja Rask —responde una mujer.

—Hola —dice Ari—. Yo los vi..., vi a la chica y al niño.

—¿Con quién hablo?

—Ari Määtilainen... trabajo en la gasolinera Statoil de Dingersjö..., acabo de oír por la radio que se supone que llevan muertos desde el sábado por la mañana, pero no es así, yo los vi por la noche.

—¿Se refiere a Vicky Bennet y a Dante Abrahamsson? —pregunta Sonja un poco escéptica.

—Sí, los vi aquí por la noche, ya era domingo, así que no pueden haber muerto el sábado, tal como han dicho en la radio..., ¿no?

—Vio a Vicky Bennet y a Dante Abrahamsson en...

—Sí.

—Y entonces ¿por qué no llamó directamente?

—Ya lo hice, hablé con un policía.

Ari recuerda que estaba escuchando Radio Gold el sábado por la noche. Aún no habían dado la alarma a nivel nacional, pero la prensa local instaba a la población a tener los ojos abiertos por si aparecían la chica y el niño.

A las once de la noche un tráiler se detuvo en el aparcamiento que hay detrás de los surtidores de gasóleo.

El conductor durmió tres horas.

Cuando los vio ya era de madrugada, alrededor de las dos y cuarto.

Ari estaba echando un vistazo a la pantalla de las cámaras de vigilancia. En una imagen en blanco y negro se veía el tráiler desde otro ángulo. La gasolinera parecía desierta cuando el gran vehículo arrancó el motor para marcharse. Pero de repente Ari vio una sombra detrás del edificio, bastante cerca del carril de salida. Pegó la nariz a la pantalla. El tráiler dio un giro para meterse por el carril de incorporación a la carretera. Los faros iluminaron la gran vidriera, Ari abandonó su puesto detrás del mostrador y fue corriendo a la parte de atrás del edificio. Pero ya habían desaparecido. La chica y el

niño se habían esfumado.

Joona aparca en la gasolinera Statoil de Dingersjö, a trescientos sesenta kilómetros al norte de Estocolmo. Hace un día soleado y sopla una brisa fresca que hace traquetear los banderines publicitarios que están rotos. Joona y Disa estaban almorzando en Villa Källhagen cuando recibió una llamada nerviosa de la agente Sonja Rask de Sundsvall.

Joona entra en la tienda. Un hombre ojeroso con gorra de Statoil está colocando libros de bolsillo en un estante de metal. Joona echa un vistazo al menú luminoso y luego mira las salchichas que van girando en la parrilla eléctrica.

—¿Qué le pongo? —pregunta el hombre.

—*Makkarakeitto* —responde Joona.

—*Suomalainen makkarakeitto* —dice Ari Määtilainen sonriendo—. Mi abuela solía hacerme sopa de salchicha cuando era pequeño.

—¿Con pan de centeno?

—Sí, pero aquí sólo vendo comida sueca, lamentablemente —dice señalando las hamburguesas.

—En verdad no he venido a comer, soy policía.

—Me lo imaginaba... Hablé con un compañero suyo la misma noche que los vi —dice Ari haciendo un gesto hacia la pantalla.

—¿Qué había visto cuando llamó? —pregunta Joona.

—Una chica y un niño pequeño en la parte de atrás.

—¿Los vio en pantalla?

—Sí.

—¿Con claridad?

—No, pero... estoy acostumbrado a tener controlado todo lo que pasa.

—¿La policía vino por la noche?

—Vino por la mañana, se llamaba Gunnarsson, le pareció que no se veía una mierda y me dijo que ya podía borrar la cinta.

—Pero no lo hizo —dice Joona.

—¿Usted qué cree?

—Yo creo que ustedes almacenan las grabaciones en un disco duro externo.

Con una sonrisa en la boca, Ari Määtilainen le muestra a Joona el camino hasta la minúscula oficina al lado del almacén. Hay un sofá cama desplegado, algunas latas de Red Bull tiradas por el suelo y, junto a la ventana, un paquete de leche ácida. Encima de un pupitre escolar hay un ordenador portátil conectado a un disco duro externo. Ari Määtilainen se sienta en una silla de oficina oxidada y empieza a buscar rápidamente entre los archivos, ordenados por fecha y hora.

—Había oído por la radio que estaban buscando a una chica y a un niño pequeño y luego vi esto en plena noche —dice abriendo un archivo de vídeo.

Joona se inclina para ver más de cerca la pantalla sucia. En cuatro recuadros pequeños aparecen los interiores y exteriores de la gasolinera. Unos relojes digitales van contando el tiempo. Las imágenes grises permanecen sin cambios. Se ve a Ari detrás del mostrador. De vez en cuando hojea una revista y se mete unos aros de cebolla en la boca.

—Este tráiler lleva aquí tres horas —explica Ari señalando uno de los recuadros—. Pero está a punto de irse...

Una sombra oscura se mueve en la cabina.

—¿Puede ampliar la imagen?

—Un segundo...

De repente, cuando el camión arranca y enciende la batería de faros, un bosquecillo queda

iluminado con la luz blanca.

Ari apunta a otro recuadro, que muestra una grabación diferente del exterior, y cambia a pantalla completa.

—Aquí es donde se les ve —susurra.

Ahora el tráiler está en un ángulo completamente distinto. Entra en movimiento y poco a poco comienza a rodar. Ari señala en la parte inferior de la imagen, la parte trasera de la gasolinera donde se encuentran los contenedores de basura y de reciclaje. Está todo oscuro, pero de pronto se puede intuir un movimiento en el cristal negro de la entrada al tren de lavado y acto seguido aparece alguien allí. Una persona delgada pegada a la pared.

La imagen está pixelada y se muestra en escala de grises. Resulta imposible distinguir la cara ni otros detalles. Pero no cabe duda de que se trata de una persona y algo más.

—¿Se puede mejorar la imagen? —pregunta Joona.

—Espere —dice Ari en voz baja.

El camión traza una curva y baja por el carril de salida que lleva a la carretera. De pronto la luz de los faros ilumina por completo la puerta del garaje al lado de la figura. El cristal se vuelve blanco por unos segundos. La parte de atrás de la gasolinera queda bañada de luz por completo.

Joona tiene tiempo de ver que se trata de una chica delgada y un niño. Están mirando el tráiler mientras se aleja y luego todo queda a oscuras otra vez.

Ari señala la pantalla cuando las dos figuras aparecen junto a la pared y luego se funden con la oscuridad moteada hasta desaparecer de la imagen.

—¿Los ha visto? —pregunta Ari.

—Rebobine —dice Joona.

No tiene que decirle qué secuencia quiere ver. Unos segundos más tarde Ari vuelve a reproducir el fragmento iluminado a cámara lenta.

Apenas se ve que el tráiler está en movimiento, pero la luz de los faros avanza a trompicones por los árboles y la fachada de la gasolinera, llenando la pantalla de luz blanca. La cara del niño está ensombrecida y mirando al suelo. La chica delgada va descalza y parece que lleve una bolsa de plástico en cada mano. El haz de luz se vuelve más intenso y poco a poco la chica levanta la mano.

Joona ve que no se trata de bolsas de plástico sino vendas que se han desenrollado. Ve las tiras de tela empapada colgando bajo la fuerte luz y confirma que Vicky Bennet y Dante Abrahamsson no se ahogaron en el río.

El reloj digital marca las dos y catorce minutos de la madrugada del domingo.

De alguna forma lograron salir del coche y vencer la corriente hasta cruzar a la otra orilla y luego bajar ciento cincuenta kilómetros hacia el sur.

La chica tiene varios mechones de pelo enmarañado que le caen sobre la cara. Los ojos oscuros brillan con intensidad por un instante y luego la imagen se vuelve oscura otra vez.

«Siguen vivos —piensa Joona—. Siguen vivos los dos.»

El jefe de la policía judicial, Carlos Eliasson, se ha puesto a propósito de espaldas a la puerta a la espera de que Joona entre en su despacho.

—Siéntate —dice con evidente expectación en la voz.

—He conducido desde Sundsvall y...

—Espera —lo interrumpe Carlos.

Joona le mira la espalda sin comprender y se sienta en el sillón de cuero marrón. Pasea la mirada por la superficie inmaculada de la mesa, el barniz brillante de la madera y los reflejos que proyecta el acuario.

Carlos toma aire y luego se vuelve para mirarlo. Tiene un aspecto diferente, va sin afeitar. Un vello ralo y cano ha empezado a acumularse en su labio superior y en la barbilla.

—¿Qué me dices? —pregunta sonriendo de oreja a oreja.

—Te has dejado barba —dice Joona despacio.

—Barba completa —dice Carlos orgulloso—. O bueno..., creo que pronto me quedará más tupida. No pienso volver a afeitarme nunca más, he tirado la máquina a la basura.

—Te pega —dice Joona de forma escueta.

—Pero no estamos aquí para hablar de mi barba —dice Carlos para cambiar de tema—. Por lo que tengo entendido, el buzo no encontró ningún cuerpo.

—No —dice Joona y saca la impresión de la imagen de la cámara de seguridad de la gasolinera —. No encontramos los cuerpos...

—Aquí viene —murmura Carlos entre dientes.

—Porque no están en el río —termina Joona.

—Y estás convencido de ello.

—Vicky Bennet y Dante Abrahamsson siguen vivos.

—Gunnarsson llamó para contarme lo de la cámara de seguridad de la gasolinera y...

—Vuelve a dar la alarma nacional —lo corta Joona.

—¿Alarma nacional? No es tan fácil como darle a un botón y luego apagarlo y luego volver a apretar y...

—Sé que los de esta foto son Vicky Bennet y Dante Abrahamsson —dice Joona en tono severo mientras señala la impresión—. Está tomada muchas horas después del accidente. Están vivos y tenemos que volver a dar la alarma nacional.

Carlos estira una pierna.

—Ya puedes ponerme la gota malaya —dice—, que no pienso declararlos en busca y captura otra vez.

—Mira la imagen —dice Joona.

—La policía de Västernorrland ha ido hoy a la gasolinera —dice Carlos mientras dobla la foto hasta hacer un cuadrado pequeño y rígido—. Han enviado una copia del disco duro al Laboratorio Estatal de Criminología. Dos expertos han examinado la grabación y ambos consideran que es imposible identificar con seguridad a las dos personas de la gasolinera.

—Pero tú sabes que tengo razón —dice Joona.

—Vale —asiente Carlos—. Digamos que sí, puede que tengas razón, eso ya se verá..., pero no pienso quedar en ridículo empezando a buscar a una persona que la policía considera muerta.

—No me rendiré hasta que...

—Espera, espera —lo interrumpe Carlos y toma aire—. Joona, el fiscal tiene tu expediente encima de la mesa.

—Pero es...

—Soy tu jefe y me tomo muy en serio tu expediente, y me gustaría oír de tu boca que entiendes que no estás al mando del caso de Sundsvall.

—No estoy al mando del caso.

—¿Y qué hace un observador si el fiscal de Sundsvall decide cerrar el caso?

—Nada.

—Entonces estamos de acuerdo —sonríe Carlos.

—No —dice Joona y abandona el despacho.

Flora yace inmóvil en la cama con la mirada fija en el techo. El corazón aún le late nervioso. Ha soñado que estaba en una pequeña habitación junto a una niña que no quería mostrarle la cara. Se estaba escondiendo detrás de una escalera de madera. Había algo en ella que no iba bien, algo peligroso. Sólo llevaba unas braguitas blancas de algodón y Flora podía ver que aún no se le habían desarrollado los pechos. La niña esperó a que Flora se le acercara y luego se volvió para esconderse con una risita burlona y tapándose los ojos con las manos.

La noche anterior Flora había leído las noticias sobre los homicidios de Miranda Ericsdotter y Elisabet Grim en Sundsvall. No puede dejar de pensar en el fantasma que la visitó. Casi le parece un sueño, pero ella sabe que vio a la niña muerta en el pasillo. No tendría más de cinco años, pero en el sueño que acababa de tener tenía la edad de Miranda.

Flora sigue en la cama sin moverse y agudiza el oído. Cada vez que la madera de los muebles y el suelo dan un chasquido se le acelera el pulso.

Quien teme a la oscuridad no es amo de su propia casa, camina por ella de puntillas, vigilando sus propios movimientos.

Flora no sabe qué hacer. Son las ocho menos cuarto. Se levanta, se acerca a la puerta y asoma la oreja para escuchar el resto del piso.

Todavía no hay nadie despierto en la casa.

Se mete en la cocina sin hacer ruido para empezar a preparar el café de Hans-Gunnar. El sol de la mañana llena de luz la encimera.

Flora coge un filtro para la cafetera, dobla los bordes, lo coloca en el recipiente y, cuando oye unos pasos pegajosos a sus espaldas, le entra tanto miedo que no puede reprimir un jadeo.

Se vuelve y ve que Ewa está en el umbral de su dormitorio, en bragas y camiseta azul.

—¿Qué te pasa? —pregunta cuando le ve la cara—. ¿Estabas llorando?

—Ne... necesito saber... porque creo que he visto un fantasma —dice Flora—. ¿Tú no la has visto? Aquí en casa. Una niña pequeña...

—¿Qué problema tienes, Flora?

Se marcha hacia el salón, pero Flora la detiene poniéndole la mano sobre su fuerte brazo.

—Pero es de verdad, lo juro... alguien la había golpeado con una piedra aquí detrás, en...

—Lo juras —la interrumpe Ewa en tono severo.

—Yo sólo... ¿Acaso no pueden existir los fantasmas?

Ewa la coge de la oreja sujetándola con fuerza y se la acerca de un tirón.

—Aún no he conseguido entender por qué te gusta tanto decir mentiras —dice Ewa—. Siempre lo has hecho y siempre lo...

—Pero vi...

—¡Cállate! —replica Ewa y le retuerce la oreja.

—Ay...

—No aceptamos este comportamiento —le dice retorciendo un poco más.

—Por favor, basta... ¡Ay!

Ewa sigue un poco más y luego la suelta. Después se mete en el baño. Flora se queda de pie con lágrimas en los ojos y aliviándose la quemazón de la oreja con la mano. Al cabo de un rato pone en marcha la cafetera, se va a su cuarto, cierra la puerta, enciende la lámpara y se sienta en la cama a llorar.

Siempre ha dado por supuesto que los médiums fingen haber visto espíritus.

—No entiendo nada —masculla.

¿Y si con sus sesiones al final lo que ha conseguido es atraer fantasmas de verdad? Quizá no tenía

ninguna relevancia que ella no creyera en esas cosas. Cuando los llamaba y creaba un círculo con los participantes, quizá se abría la puerta al otro lado y los que estaban esperando fuera de pronto podían entrar sin ninguna dificultad.

«Porque he visto un fantasma real —piensa—. He visto a la chica muerta cuando era una niña. Miranda quería mostrarme algo.»

No es imposible, tiene que poder ser. Flora ha leído cosas acerca de que la energía de los muertos no desaparece del todo. Muchas personas han sostenido la existencia de fantasmas sin que se las haya tachado de enfermas mentales.

Flora intenta concentrarse y repasar lo ocurrido en los últimos días.

«La chica se me ha aparecido en el sueño —piensa—. He soñado con ella, lo sé, pero cuando la vi en el pasillo estaba despierta, aquello fue real. La vi de pie delante de mí, la oí hablar, sentí su presencia.»

Flora se estira en la cama, cierra los ojos y piensa en la posibilidad de haberse desmayado cuando se cayó y se golpeó la cabeza contra el suelo.

Había unos vaqueros entre la taza del váter y la bañera.

«Me entró miedo, di un paso atrás y me caí.»

Un alivio repentino la inunda cuando piensa que a lo mejor sí que lo ha soñado todo, incluso la primera aparición.

Debió de estar desmayada en el suelo y soñar con el fantasma.

Eso fue lo que pasó.

Cierra los ojos y sonríe para sí cuando de pronto percibe un olor extraño en la habitación, como de pelo quemado.

Se incorpora y al descubrir algo que asoma por debajo de la almohada se le eriza todo el vello de los brazos. Enfoca con la lamparita de noche y aparta el cojín. Sobre la sábana blanca se encuentra la piedra, grande y afilada, que le había enseñado el fantasma.

—¿Por qué no cierras los ojos? —pregunta una voz aguda.

La niña está en la sombra que rodea a la lamparita de noche, mirándola sin respirar. Lleva el pelo pegajoso y negro por la sangre reseca. La luz de la lamparita ciega a Flora, pero puede ver que los delgados brazos de la niña son de color gris y que las venas marrones parecen una red oxidada debajo de la piel muerta.

—No puedes mirarme —dice la niña con voz dura y luego apaga la luz.

Todo queda completamente a oscuras y Flora se cae de la cama. Unos puntitos azul claro se mueven ante sus ojos. La lámpara golpea el suelo, algo roza las sábanas y se oyen unos pasos acelerados de pies desnudos corriendo por el suelo, por las paredes y el techo. Flora se arrastra para alejarse, consigue ponerse de pie, abre la puerta a tientas y sale tropezando al pasillo. Hace un esfuerzo por ahogar un grito. Sólo gimotea conteniéndose y procura mantener la calma. Da unos pasos y se apoya en la pared para no desplomarse. Con la respiración acelerada coge el teléfono de la mesita del pasillo, pero se le cae al suelo. Se pone de rodillas y marca el número de la policía.

Robert entró y se encontró a Elin de rodillas en el suelo al lado de la vitrina destrozada.

—Elin, ¿qué está pasando aquí?

Ella se levantó sin dirigirle la mirada. La sangre le corría por el brazo izquierdo, bajaba por la palma de su mano y goteaba desde la punta de tres dedos.

—Estás sangrando...

Elin pasó por encima de los trozos de cristal para dirigirse a su dormitorio, pero él la detuvo y le dijo que iba a llamar al médico de la familia.

—No quiero, me da igual...

—¡Elin! —gritó Robert alarmado—. Estás sangrando.

Elin se miró el brazo y dijo que quizá estaría bien que le vendara la herida, tras lo cual se metió en el despacho dejando un rastro de sangre a su paso.

Se sentó frente al ordenador, buscó el número de la policía judicial, llamó a la centralita y pidió que le pasaran con quien estuviera al mando del caso de los asesinatos en el Centro Birgitta. Una mujer pasó la llamada y luego Elin repitió sus palabras, oyó una lenta respiración, alguien picó unas teclas, suspiró y luego tecleó algo más.

—El caso lo lleva la fiscalía de Sundsvall —le explicó un hombre con voz aguda.

—¿No hay ningún policía con el que pueda hablar?

—La fiscalía colabora con la policía de Västernorrland.

—Tuve una visita de un comisario de la policía judicial, un hombre alto con ojos grises y...

—Joona Linna.

—Sí.

Elin cogió un bolígrafo y anotó el número en la portada de una revista de moda, dio las gracias por la ayuda y colgó el teléfono.

Acto seguido marcó el número del comisario, pero le dijeron que el hombre estaba de viaje de servicio y que no volvería hasta el día siguiente.

Elin estaba a punto de llamar a la fiscalía de Sundsvall cuando su médico apareció por la puerta. El hombre no le hizo ninguna pregunta y Elin permaneció callada mientras le limpiaba las heridas. Miraba el número de teléfono que había apuntado sobre la *Vogue* inglesa del mes de agosto. Entre los pechos de Gwyneth Paltrow estaba el número de Joona Linna.

Cuando el médico terminó de vendarla y Elin volvió al salón, el servicio de limpieza ya había retirado todos los cristales y había fregado el suelo. Se habían llevado la vitrina y Robert se había encargado de que la fuente de cerámica fuera enviada a un restaurador del Museo Mediterráneo.

Elin Frank avanza a paso lento por el pasillo sin sonreírle a nadie. Se dirige al despacho del comisario Joona Linna. Se ha puesto gafas de sol negras para ocultar el rastro ajado que las lágrimas han dejado en sus ojos. Lleva el abrigo Burberry de color gris grafito desabrochado y se ha envuelto el pelo en un chal de seda plateado. Los profundos cortes de su muñeca laten incesantes bajo las vendas y le duelen.

Los tacones repican contra el suelo. Un póster con el título SI CREES QUE NO VALES NADA Y QUE LOS MORATONES FORMAN PARTE DEL DÍA A DÍA, TIENES QUE VENIR A VERNOS CUANTO ANTES ondea a su paso. Unos pocos hombres con jersey azul marino se meten en la zona de operaciones especiales. Una mujer fornida con jersey de angora de color rojo y falda negra ceñida sale de un despacho y se queda esperando a Elin con los brazos caídos.

—Me llamo Anja Larsson —dice la mujer.

Elin intenta decir que quiere hablar con Joona Linna, pero la voz no le da para tanto. La robusta mujer le sonríe y le dice que la acompañará hasta el comisario.

—Perdón —susurra Elin.

—No pasa nada —dice Anja y la lleva hasta la puerta de Joona, llama con los nudillos y abre.

—Gracias por el té —dice Joona y le ofrece una silla a Elin.

Mientras ella se sienta Anja y Joona intercambian una mirada fugaz.

—Traeré un poco de agua —dice Anja y los deja solos.

El despacho queda en silencio. Elin intenta guardar la suficiente calma como para empezar a hablar. Espera unos segundos y luego dice:

—Sé que es demasiado tarde para todo y sé que no le ayudé cuando vino a verme y... puedo imaginarme lo que piensa de mí...

Pierde el hilo de lo que iba a decir, las comisuras de sus labios se doblan hacia abajo y las lágrimas comienzan a brotar imparables, aparecen por debajo de las gafas de sol y ruedan por sus mejillas. Anja vuelve a entrar con un vaso de agua y un racimo de uvas enjuagadas en un platillo y se marcha de nuevo.

—Ahora sí me gustaría hablar sobre Vicky Bennet —dice Elin con más presencia de ánimo.

—Le escucho —dice él en tono afable.

—Tenía seis años cuando vino a mí y la tuve... la tuve durante nueve meses...

—Así lo tenía entendido —dice Joona.

—Pero lo que no sabe es que yo... la traicioné como no se debe traicionar a nadie.

—A veces es inevitable.

Elin se quita las gafas de sol con manos temblorosas. Observa meditativa al comisario que tiene delante, su pelo claro y revuelto, la expresión seria de su cara y sus ojos grises, extrañamente cambiantes.

—Ya no me puedo querer a mí misma —dice ella—. Pero quiero..., quiero proponerle una cosa... Estoy dispuesta a cubrir todos los costes... para que encuentren los cuerpos y para que el caso continúe sin escatimar gastos.

—¿Por qué querría hacer eso? —pregunta él.

—Aunque ya no se pueda arreglar nada, quizá... Quiero decir, ¿y si fuera inocente?

—No hay ningún indicio de ello.

—No, pero me cuesta creer que...

Elin se queda callada y sus ojos se vuelven a llenar de lágrimas.

—¿Porque de niña era bonita y entrañable?

—Lo cierto es que en general ni siquiera era eso —sonríe Elin.

—Casi me lo imaginaba.

—¿Continuarán con el caso si pongo los medios necesarios?

—No podemos aceptar su dinero por...

—Estoy segura de que a nivel legal se puede solucionar.

—Puede ser, pero eso no cambiaría nada —le explica Joona con delicadeza—. El fiscal está a punto de cerrar el caso...

—¿Qué puedo hacer? —susurra Elin desconcertada.

—No debería decirle esto, pero yo voy a continuar, porque estoy convencido de que Vicky sigue viva.

—Pero en las noticias han dicho... —murmura Elin, y se pone de pie tapándose la boca con una mano.

—El coche estaba a cuatro metros de profundidad y había sangre y pelos en el marco del parabrisas roto —dice él.

—Pero ¿usted cree que están vivos? —pregunta ella secándose rápidamente las mejillas.

—Sé que no se ahogaron en el río —dice Joona.

—Dios mío —susurra Elin.

Elin se vuelve a sentar en la silla y llora mirando hacia otro lado. Joona le da tiempo, se acerca a la ventana y mira al exterior. Está lloviznando y los árboles del parque se mecen con la brisa del mediodía.

—¿Tiene idea de dónde podría esconderse? —le pregunta él al cabo de un rato.

—Su madre suele dormir en diferentes garajes... Conocí a Susie una vez que se iba a quedar con Vicky un fin de semana... Le acababan de dar un piso en Hallonbergen, pero no funcionó, durmieron en el metro y a Vicky la encontraron sola en el túnel entre las paradas de Slussen y Mariatorget.

—Puede que nos cueste mucho encontrarla —dice Joona.

—Llevo ocho años sin ver a Vicky, pero el personal del Centro Birgitta... los que hayan hablado con ella tienen que saber algo —dice Elin.

—Sí —asiente Joona y se queda callado.

—¿Qué pasa?

Sus miradas se encuentran:

—La única persona con la que Vicky hablaba era la enfermera que fue asesinada... y su marido trabaja como asistente social. Él debería tener información... por poca que sea. Pero está psíquicamente muy mal y su médico no deja que la policía hable con él. No hay nada que hacer, el médico cree que un interrogatorio dificultaría su recuperación.

—Pero yo no soy policía —dice Elin—. Yo podría hablar con él.

Mira a Joona a los ojos y comprende que es justo lo que el comisario estaba deseando oír.

En el ascensor, Elin siente el agotamiento de haber estado llorando a lágrima viva. Piensa en la voz del comisario, su leve acento finlandés. Sus ojos grises eran hermosos a la vez que severos.

La mujer fornida que le hacía de ayudante había llamado al hospital de Sundsvall para oír que el asistente Daniel Grim había sido trasladado a la planta de psiquiatría, pero que el médico que llevaba su caso se había encargado de que la policía tuviera terminantemente prohibido tanto las visitas como cualquier tipo de contacto durante la rehabilitación.

Elin deja atrás el gran vestíbulo de cristal de la policía judicial, cruza la calle, se sienta en su BMW y marca el número del hospital de Sundsvall. La pasan con la sección 52 B y le dicen que la habitación de Daniel Grim tiene bloqueadas las llamadas entrantes, pero que el horario de visitas es hasta las seis.

Elin introduce la dirección en el navegador del coche y ve que el trayecto es de trescientos setenta y cinco kilómetros; si sale ahora llegará al hospital a las siete menos cuarto. Hace un cambio de sentido en mitad de la calle Polhemsgatan, se sube a la acera frente a la comisaría, baja a la calzada otra vez y sigue recto hasta la calle Fleminggatan.

En el primer semáforo la llama Robert Bianchi para recordarle que tiene una reunión con Kinnevik y Sven Warg dentro de veinte minutos en la Waterfront Expo.

—No me da tiempo —dice ella escueta.

—¿Les digo que pueden empezar sin ti?

—Robert, no sé cuándo volveré, pero no será hoy.

En la autopista E4 fija la velocidad a exactamente veintinueve kilómetros por hora por encima de la máxima permitida. Las multas no significan nada para ella, pero no le iría nada bien que le retiraran el permiso de conducir.

Joona siente y sabe que Vicky Bennet y el pequeño Dante están vivos. No puede abandonarlos ahora.

Una chica que ha matado a dos personas a golpes y que les ha destrozado la cara a otras dos con una botella rota, le ha robado ahora un niño a su madre y se ha escondido con él en algún lugar.

Todo el mundo los da por muertos.

Ya nadie los busca.

Joona piensa en qué punto de la investigación se encontraba cuando su compañera Sonja Rask de Sundsvall lo llamó para informarle de la grabación de la cámara de seguridad de la gasolinera. Joona había hablado con una de las alumnas del Centro Birgitta, que le había dicho que Vicky tomaba Zyprexa.

Joona se cercioró de los efectos secundarios del medicamento hablando con la esposa de Nålen, que era psiquiatra.

«Todavía faltan demasiados componentes —piensa—. Pero es posible que Vicky se pasara con la dosis del antidepresivo.»

Caroline dijo que cuando se tomaba una pastilla de Zyprexa le entraba un cosquilleo por todo el cuerpo y luego describió ataques repentinos de hiperactividad y rabia.

Joona cierra los ojos y se imagina a Vicky exigiendo que le dieran las llaves. Amenazó a Elisabet con el martillo, se enfadó y la golpeó una y otra vez. Después le quitó las llaves a la mujer muerta y abrió la puerta del cuarto de aislamiento. Miranda estaba sentada en la silla con el edredón sobre los hombros cuando Vicky entró y la golpeó en la cabeza con una piedra.

La tumbó en la cama y le puso las manos sobre la cara.

Entonces su rabia comenzó a disminuir.

Vicky quedó desconcertada, se llevó el edredón manchado de sangre y lo escondió debajo de su cama justo cuando empezó a sentir el efecto relajante de la medicina. Probablemente, le entró un sueño terrible, tiró las botas dentro del armario, escondió el martillo debajo de la almohada, se tumbó y se quedó dormida. Al cabo de unas horas se despertó, comprendió lo que había hecho, tuvo miedo, saltó por la ventana y huyó bosque a través.

La medicina podría explicar la rabia y por qué durmió en las sábanas ensangrentadas.

Pero ¿qué hizo con la piedra? ¿De verdad existía tal piedra?

De nuevo Joona siente una oleada de duda. Por segunda vez en la vida se pregunta si Nålen no se estará equivocando.

A las seis menos cinco minutos Elin cruza las puertas de la sección 52 B, para a una enfermera y le dice que está buscando la habitación de Daniel Grim.

—El horario de visitas ha terminado —responde la mujer y sigue caminando.

—Dentro de cinco minutos —replica Elin sonriendo.

—Solemos parar a las seis menos cuarto para poder organizarnos.

—He venido en coche desde Estocolmo —suplica.

La enfermera se detiene y la mira con los ojos llenos de sospecha.

—Si hiciéramos excepciones con todo el mundo esto sería un ir y venir de gente las veinticuatro horas del día —dice arisca.

—Por favor, déjame sólo...

—No da tiempo ni para un café.

—No importa —asegura Elin.

La enfermera sigue sin parecer del todo convencida, pero le hace un gesto con la cabeza para que la acompañe, gira a la derecha y llama a la puerta de una habitación.

—Gracias —dice Elin y espera a que la enfermera se haya marchado para entrar.

Junto a la ventana hay un hombre de mediana edad con la cara gris. Aquella mañana no se ha afeitado, quizá tampoco el día anterior. Lleva vaqueros y una camisa arrugada. Con ojos extrañados mira a Elin y se pasa la mano por el pelo.

—Me llamo Elin Frank —dice en tono suave—. Sé que te estoy molestando y te pido disculpas por ello.

—No, es... es...

Elin lo mira y tiene la sensación de que ha estado varios días llorando. En otro contexto el hombre le habría parecido muy guapo. Sus rasgos afables, la inteligencia madura.

—Necesito hablar contigo, pero lo entenderé si ahora no tienes ánimo.

—No te preocupes —dice con una voz que parece poder romperse en cualquier momento—. La prensa estuvo aquí los primeros días, pero entonces no podía ni hablar, no tenía fuerzas, no tenía nada que decir..., o sea, me gustaría mucho ayudar a la policía, pero la cosa no ha ido demasiado bien..., no consigo poner orden en mi cabeza.

Elin intenta encontrar una forma de empezar a hablar de Vicky. Comprende que para él la chica debe de ser un monstruo que le ha destrozado la vida y que no le será fácil conseguir que la ayude.

—¿Puedo entrar un momento?

—No sé, sinceramente —dice él y se frota la cara.

—Daniel, lamento mucho todo lo que te ha pasado.

Él susurra un «gracias» y se sienta, luego levanta la cabeza y se dice a sí mismo:

—Digo gracias, aunque en verdad no lo acabo de entender —pronuncia despacio—. Es tan irreal, porque yo estaba preocupado por el corazón de Elisabet... y...

Su cara se apaga, se vuelve gris y absorta otra vez.

—No puedo imaginarme por lo que estás pasando —dice ella en voz baja.

—Ahora tengo un psicólogo para mí —dice él con una sonrisa rota—. Nunca se me habría ocurrido, que yo necesitara un psicólogo... Me escucha, se queda sentado y espera mientras yo me sueno los mocos, siento que... ¿Sabes? No deja que la policía me interrogue... Seguramente yo habría tomado la misma decisión si estuviera en su lugar..., pero al mismo tiempo, me conozco, no corro ningún peligro... A lo mejor debería decirle que creo que puedo hablar...; no es que sepa que puedo ser de ayuda pero...

—Seguro que es bueno hacerle caso al psicólogo —dice Elin.

—¿Tanto desvarío? —pregunta él sonriendo.

—No, pero...

—A veces se me ocurre alguna cosa que debería decirle a la policía, pero luego se me olvida, porque es raro, pero no consigo concentrarme, es como estar muerto de cansancio.

—Ya verás como pronto mejoras.

Daniel se pasa la mano por debajo de la nariz y mira a Elin.

—¿Te he preguntado para quién escribes?

Ella niega con la cabeza y responde:

—Estoy aquí porque Vicky Bennet vivió conmigo cuando tenía seis años.

La habitación está en silencio. Se oyen pasos en el pasillo, al otro lado de la puerta. Daniel parpadea detrás de las gafas y aprieta los labios como reuniendo todas sus fuerzas para intentar comprender lo que Elin acaba de decir.

—Supe de ella por las noticias..., lo del coche y el niño —susurra Daniel al cabo de un rato.

—Lo sé —responde Elin con calma—. Pero... si todavía siguiera con vida, ¿dónde crees que podría esconderse?

—¿Por qué lo preguntas?

—No lo sé... Me gustaría saber en quién confiaba.

Daniel la mira unos segundos antes de preguntar:

—¿Tú crees que sigue viva?

—Sí —contesta ella en voz baja.

—Lo crees porque te gustaría que fuera así —dice Daniel—. Pero ¿es que acaso tienes alguna prueba de que no se ha ahogado en el río?

—No te asustes —dice Elin—. Pero estamos bastante seguros de que consiguió salir del agua.

—¿Estamos?

—Un comisario de la judicial y yo.

—Pero no entiendo... ¿Por qué dicen que se ha ahogado si no...?

—Es lo que creen, la mayoría todavía cree que se ha ahogado, la policía ha dejado de buscarlos, a ella y al niño...

—Pero tú no.

—A lo mejor en este momento soy la única que realmente se preocupa por Vicky —dice Elin.

No encuentra fuerzas para sonreír ni seguir con el tono de voz dulce y complaciente.

—Y ahora quieres mi ayuda para encontrarla.

—Podría hacerle daño al niño —alega Elin—. Podría hacerle daño a más gente.

—Sí, pero lo dudo —dice Daniel y la mira con expresión iluminada—. Desde el principio dije que dudaba que ella hubiera matado a Miranda, y sigo pensando lo mismo...

Daniel se queda callado y su boca se mueve lentamente, sin apenas emitir ruido.

—¿Qué dices? —intenta persuadirlo Elin con dulzura.

—¿Qué?

—Has susurrado algo —dice.

—No creo Vicky asesinara a Elisabet.

—No crees que...

—Llevo muchos años trabajando con chicas expuestas y... simplemente, no cuadra.

—Pero...

—Durante mis años como asistente social me he topado con algunas alumnas realmente oscuras que... que llevaban el homicidio dentro... como...

—Pero no Vicky.

—No.

A Elin se le dibuja una gran sonrisa y por un momento se le acumulan las lágrimas en los ojos hasta que consigue controlar sus sentimientos.

—Tienes que contárselo a la policía —dice.

—Ya lo he hecho, saben que Vicky no es violenta, a mi juicio. Pero también podría estar equivocado —dice Daniel y se frota los ojos.

—¿Puedes ayudarme?

—¿Has dicho que Vicky vivió contigo seis años?

—No, tenía seis cuando vivió conmigo —responde Elin.

—¿Qué quieres que haga?

—Tengo que encontrarla, Daniel... Tú has hablado muchas horas con ella, tienes que saber algo de sus amigas, novios... o lo que sea.

—Sí, puede... Hablamos bastante de las dinámicas de grupo y... no consigo pensar con claridad, lo siento.

—Inténtalo.

—La he visto casi cada día y he tenido... ahora no lo sé seguro, pero a lo mejor veinticinco charlas individuales con ella... Vicky es... El peligro con ella es que suele perderse bastante a menudo, o sea, en el pensamiento... Lo que a mí me preocuparía es que de pronto dejara al niño tirado en alguna parte, en mitad de una carretera...

—¿Dónde se esconde? ¿Tenía alguna familia preferida?

La puerta de la habitación se abre y la enfermera entra para darle la medicina a Daniel. Para de golpe, se pone rígida como si acabara de ver un monstruo y luego se dirige a Elin.

—¿Qué pasa aquí? —dice la enfermera—. Te podías quedar cinco minutos.

—Lo sé —responde Elin—. Pero es muy importante que pueda...

—Son casi las seis y media —la interrumpe.

—Perdón —dice Elin y se vuelve rápidamente hacia Daniel otra vez—. ¿Dónde debo empezar a buscar a...?

—Sal de aquí —ruge la mujer.

—Por favor —dice Elin con suavidad y juntando las manos para suplicarle—. Necesito hablar con...

—¿Acaso no oyes bien? —la vuelve a cortar la mujer—. Te he dicho que salgas.

La enfermera suelta un taco y se marcha de la habitación. Elin agarra a Daniel por el antebrazo.

—Vicky debe de haberte hablado de sitios, de amigas.

—Sí, claro, pero no puedo acordarme de nada, ahora me cuesta mucho...

—Inténtalo, por favor...

—Sé que soy un inútil, debería recordar alguna cosa, pero...

Daniel se araña la frente.

—Pero, las demás chicas... ¿Ellas podrían saber algo de Vicky?

—Sí, podría ser... Quizá Caroline...

Un hombre vestido de uniforme blanco entra en la habitación junto con la enfermera.

—Tengo que pedirte que me acompañes.

—Dame un minuto —responde Elin.

—No, me vas a acompañar ahora —dice él.

—Por favor —dice Elin mirándolo a los ojos—. Se trata de mi hija...

—Vamos —dice él un poco más amable.

Elin intenta contener las lágrimas y ya le han empezado a tiritar los labios cuando se pone de rodillas delante de la enfermera y el otro hombre.

—Dadme tan sólo unos minutos —les ruega.

—Te sacaremos a rastras si...

—Ya basta —dice Daniel alzando la voz. Luego ayuda a Elin a levantarse.

La enfermera protesta:

—No puede estar en esta sección a partir de las...

—Cierra el pico —le espeta Daniel marchándose con Elin de la habitación—. Hablaremos en el vestíbulo o en el aparcamiento.

Avanzan juntos por el pasillo, oyen pasos a sus espaldas pero siguen caminando.

—Voy a ir a hablar con las chicas del Centro Birgitta —dice Elin.

—No están allí, las han evacuado —responde Daniel.

—¿Adónde?

Daniel le aguanta una puerta de cristal y sale detrás de ella.

—A una antigua villa de pescadores, al norte de Hudiksvall.

Elin llama al ascensor.

—¿Me dejarán entrar si me presento allí? —pregunta.

—No, pero sí si yo voy contigo —dice Daniel justo cuando las puertas se abren.

Elin y Daniel van en el BMW sin decir nada. Cuando llegan a la autopista E4 Elin saca el teléfono y llama a Joona Linna.

—Perdona que te moleste —dice sin poder ocultar la inseguridad en la voz.

—Puedes llamarme todo lo que quieras —responde Joona en tono amable.

—Estoy aquí con Daniel y él no cree que haya sido Vicky la que cometió esos crímenes tan terribles —le explica Elin en pocas palabras.

—Todas las pruebas técnicas apuntan a ella y todo el...

—Pero hay algo aquí que no encaja, Daniel dice que no es violenta —lo interrumpe Elin alterada.

—Puede ponerse violenta —dice Joona.

—No la conoces —dice Elin casi gritando.

Reinan unos segundos de silencio y luego Joona dice tranquilamente:

—Pregúntale a Daniel por la medicina Zyprexa.

—¿Zyprexa?

Daniel la mira.

—Pregúntale por los efectos secundarios —dice Joona y corta la llamada.

Elin conduce un tramo junto a la costa y luego se adentran en los gigantescos bosques.

—¿Cuáles son los efectos secundarios? —pregunta en voz baja.

—Si te excedes con la dosis te puedes volver muy agresivo —responde Daniel con objetividad.

—¿Vicky tomaba esa medicina?

Daniel asiente con la cabeza y Elin guarda silencio.

—Es un buen medicamento —intenta argumentar Daniel, pero en seguida se queda callado.

La luz de los faros apenas alcanza a iluminar la primera línea de troncos que hay en el lindero del bosque, y detrás las sombras se superponen hasta sucumbir por completo a la oscuridad.

—¿Te has dado cuenta de que has dicho que Vicky era tu hija? —pregunta Daniel.

—Sí, lo sé —contesta—. En el hospital. Me ha salido así...

—Fue tu hija durante un tiempo.

—Sí, lo fue —dice Elin con la mirada fija en la carretera.

Pasan junto al gran lago de Armsjön, que brilla en la oscuridad como el hierro fundido. Daniel respira hondo.

—Estaba pensando en una cosa que Vicky dijo al principio... pero se me acaba de ir —dice y se queda pensativo—. Ah, sí... Habló acerca de unos amigos chilenos que tenían una casa...

Se queda callado, deja caer la mirada hacia la ventanilla y se seca las lágrimas de las mejillas.

—Elisabet y yo íbamos a ir a Chile justo cuando el terremoto...

Toma aire y después se queda quieto con las manos en el regazo.

—Me estabas hablando de Vicky —dice Elin.

—Es verdad... ¿Qué estaba diciendo?

—Que tenía unos amigos chilenos.

—Sí...

—Y que tenían una casa en algún sitio.

—¿Eso he dicho?

—Sí.

—Joder —masculla—. ¿Qué me está pasando? Esto es una locura, tendría que haberme quedado en el hospital.

Elin sonríe con disimulo.

—Me alegra que no lo hayas hecho.

El camino de grava serpentea por un bosque oscuro con graneros y granjas a ambos lados, hasta que el espacio se abre y descubre un claro con varias casas de madera de color rojo y el mar de fondo como una eternidad opalizada. El tronco engalanado del solsticio de verano sigue en pie, lleno de hojas secas y flores marchitas. A pocos metros hay una casa grande con un bonito porche que da al mar. En su día la casa había sido un colmado, pero desde hace unos años es propiedad del consorcio de salud Orre.

El coche se desliza con suavidad entre los postes de la verja y, cuando Elin se desabrocha el cinturón, Daniel dice muy serio:

—Tienes que contar con... con que estas alumnas siempre han tenido una vida muy difícil —dice mientras se sube las gafas—. Pondrán a prueba tus límites y te provocarán.

—Podré con ello —dice Elin—. Yo también he sido adolescente.

—Esto es muy diferente, te lo aseguro —responde Daniel—. No es tan sencillo... ni siquiera para mí, porque cuando quieren pueden ser muy crueles.

—¿Y qué se les contesta cuando empiezan a provocar? —le pregunta Elin encontrándose con su mirada.

—Lo mejor es ser sincero y claro...

—Lo tendré en cuenta —dice ella y abre la puerta del coche.

—Espera, tengo que... antes de entrar —dice Daniel—. Allí dentro hay un vigilante y creo que debería acompañarte en todo momento.

Elin sonríe por un instante:

—¿No te parece un poco exagerado?

—No sé, a lo mejor... No estoy diciendo que debas tener miedo, pero... Opino que no deberías estar a solas con dos de las chicas, ni siquiera un momento.

—¿Quiénes?

Daniel duda unos segundos y luego contesta:

—Almira, y también una chica más pequeña que se llama Tuula.

—¿Tan peligrosas son?

Daniel levanta la mano.

—Sólo quiero que el vigilante esté presente cuando hables con ellas.

—Vale.

—No te preocupes —sonríe él para tranquilizarla—. En realidad son todas muy majas.

Cuando se bajan del coche notan que el aire todavía está templado y lleva consigo el olor a mar.

—Alguna de las chicas tiene que saber qué amigos tiene Vicky —dice Elin.

—Pero no es seguro que quieran contarlo.

Un caminito de losas de pizarra rodea la fachada y lleva hasta la escalera del porche y la puerta de la casa. Las sandalias rojas de tacón de Elin se clavan en las ranuras de hierba húmeda que hay entre las losas. Ya ha anochecido, pero hay una chica fumando en la hamaca de cara a una gran lila. Su cara desnuda y sus brazos tatuados se ven blancos en la penumbra.

—Daniel —dice la chica sonriendo y tira el cigarrillo chasqueando los dedos.

—Hola, Almira. Ésta es Elin —dice Daniel.

—Hola —sonríe Elin.

Almira la observa, pero no le sonríe. Las cejas negras se le juntan en el entrecejo. Tiene la nariz fuerte y las mejillas llenas de pecas oscuras.

—Vicky se cargó a su mujer —dice de repente Almira mirando a Elin a los ojos—. Y cuando Elisabet estaba muerta se cargó a Miranda... No creo que se dé por satisfecha hasta que nos haya

matado a todas.

Almira sube los escalones y se mete en la casa.

Elin y Daniel siguen a Almira y entran en una vieja cocina con fogones de leña, ollas de cobre forjadas a mano, alfombras de retazos en el suelo y una despensa en la esquina. A una mesa de madera están sentadas Lu Chu e Indie comiendo helado a cucharadas directamente del bote y hojeando viejos cómics.

—Qué bien que hayas venido —dice Indie cuando ve a Daniel—. Tienes que hablar con Tuula. Está mal de la cabeza, creo que tendríais que volver a darle la medicina.

—¿Dónde está Solveig? —pregunta Daniel.

—Se ha ido a no sé dónde —responde Almira y coge una cuchara de un cajón.

—¿Cuándo? —pregunta Daniel con escepticismo.

—Justo después de comer —masculla Lu Chu sin levantar la mirada del tebeo.

—¿Sólo está el personal de vigilancia?

—Anders —dice Almira sentándose en el regazo de Lu Chu—. Sólo estuvo aquí las dos primeras noches.

—¿Qué? —pregunta Daniel consternado—. ¿Me estás diciendo que estáis aquí solas?

Almira se encoge de hombros y empieza a comer helado.

—Tengo que saberlo —continúa Daniel.

—Solveig iba a volver —dice Indie.

—Joder, pero si son las ocho —dice Daniel y saca su teléfono móvil.

Llama al consorcio de salud y allí le facilitan un número de guardia. Al ver que no se lo cogen y que salta el buzón de voz Daniel deja un irritado mensaje recordando que las alumnas siempre deben tener a alguien en el puesto, que hay cosas en las que no se puede ahorrar, que el consorcio tiene una responsabilidad.

Mientras Daniel habla por teléfono Elin observa a las chicas. Almira está comiendo helado en las rodillas de una de sus compañeras, una adolescente mona con rasgos asiáticos y acné en su cara redonda. Ésta va pasando hojas de un antiguo cómic *Mad* y le da besitos a Almira en la nuca.

—Almira —dice Elin—. ¿Dónde crees que se esconde Vicky?

—No sé —responde mientras chupetea la cuchara.

—Pero si Vicky está muerta —dice Indie—. ¿No os habéis enterado? Se mató ella sola y de paso a un niño pequeño.

—*Shit* —exclama Lu Chu señalando a Elin con una sonrisa en la cara—. Te conozco... ¿Tú no eres la más rica de Suecia o algo así?

—Déjalo ya —dice Daniel.

—Joder, lo juro —continúa Lu Chu repicando en la mesa hasta que grita a viva voz—: ¡Yo también quiero dinero!

—No tan alto.

—Sólo la he reconocido —dice Lu Chu en seguida—. A ver si no puedo decir que la he reconocido.

—Puedes decir lo que quieras —dice Daniel para tranquilizarla.

—Queremos saber si tenéis idea de dónde tenía pensado esconderse Vicky —dice Elin.

—Casi siempre estaba sola —dice Daniel—. Pero a veces hablabais con ella y no hace falta ser muy buenas amigas para conocerse un poco... quiero decir, yo sé cómo se llama tu ex novio, Indie.

—Volvemos a estar juntos —dice ella con una pequeña sonrisa.

—¿Desde cuándo? —pregunta él.

—Lo llamé ayer y estuvimos hablando —le cuenta Indie.

—Qué bien —sonríe Daniel—. Cómo me alegro.

—Las últimas semanas Vicky sólo iba con Miranda —dice Indie.

—Y con Caroline —añade Daniel.

—Porque iban juntas a ADL —responde Indie.

—¿Quién es Caroline? —pregunta Elin.

—Una de las mayores —contesta Daniel—. Ha hecho sesiones de vida cotidiana con Vicky.

—No entiendo a quién le importa Vicky —dice Almira alzando la voz—. Destrozó a Miranda como si fuera un cerdito.

—Eso no es seguro —intenta decir Elin.

—Que no es seguro —repite Almira con malicia—. Tendrías que haberla visto, estaba más muerta que muerta, te lo juro, estaba todo lleno de sangre por todas partes...

—No grites —dice Daniel.

—¿Qué pasa? ¿Qué coño quieres que digamos? ¿Que no ha pasado nada? —continúa Indie subiendo también el volumen—. ¿Quieres que digamos que Miranda está viva, que Elisabet está viva...?

—Lo único que digo...

—¡Si tú ni siquiera estabas allí! —grita Almira—. Vicky le reventó la cabeza a Elisabet con un puto martillo, pero tú te crees que sigue viva.

—Intentad hablar de una en una —dice Daniel conservando la calma.

Indie levanta la mano como una escolar.

—Elisabet era una yonqui de mierda —dice—. Odio a los yonquis y...

Almira se ríe burlona:

—Porque tu madre se metió un...

—De una en una, Almira —la interrumpe Daniel secándose rápidamente las lágrimas de las mejillas.

—Me la suda Elisabet, por mí ya se puede quemar en el infierno, no me importa —dice Indie.

—¿Cómo puedes decir eso? —pregunta Elin.

—La oímos por la noche —miente Lu Chu—. Estuvo gritando y pidiendo ayuda un montón de rato, pero nos quedamos en la cama escuchando.

—No paraba de gritar —sonríe Almira.

Daniel les ha dado la espalda y está de cara a la pared. La cocina se ha quedado en silencio. Daniel se queda así un momento, luego se seca los ojos con la manga y se vuelve tranquilamente.

—Como comprenderéis, es bastante feo por vuestra parte decir esas cosas —les dice a todas.

—Pero divertido —dice Almira.

—¿Te parece?

—Sí.

—¿Y tú, Lu Chu?

Ella se encoge de hombros.

—¿No sabes?

—No.

—Hemos hablado de situaciones como ésta —dice Daniel.

—Vale..., perdón, ha sido muy feo.

Daniel intenta sonreírle tranquilo, pero es obvio para todas que está destrozado.

—¿Dónde está Caroline? —pregunta Elin.

—En su habitación —responde Lu Chu.

—¿Nos enseñas dónde está?

Un pasillo helado va desde la cocina hasta el salón con estufa de leña y hacia el comedor con el porche acristalado frente al mar. En una de las paredes del pasillo se suceden las puertas de las habitaciones de las alumnas. Lu Chu camina delante de Elin enfundada en un chándal holgado y zapatillas de deporte con los talones desgastados. Señala su habitación y la de Tuula antes de detenerse delante de una puerta que tiene una colorida campanilla de porcelana atada a la manija.

—Aquí duerme Carol.

—Gracias —dice Elin.

—Se está haciendo tarde —le dice Daniel a Lu Chu—. Ve a lavarte los dientes y prepárate para irte a la cama.

La chica estira los segundos hasta que finalmente se mete en el cuarto de baño. Daniel llama a la puerta y la campanilla tintinea. Cuando abren, una joven mujer se queda mirando a Daniel con los ojos abiertos y luego le da un delicado abrazo.

—¿Podemos entrar? —pregunta él dulcemente.

—Claro —responde ella y alarga la mano—. Caroline.

Elin saluda a la chica y aguanta unos segundos la mano delgada de la joven. Su tez blanca está llena de pecas y va ligeramente maquillada. Se ha arreglado las cejas, de color arena, y lleva el pelo recogido en un grueso moño.

El empapelado es rico en colores, hay una cómoda torcida debajo de la ventana y un cuadro de un pescador con gorro de hule fumando en pipa en la pared.

—Hemos venido para hablar de Vicky —dice Daniel y se sienta en la cama hecha.

—Yo fui su madre de acogida hace varios años —dice Elin.

—¿Cuando era pequeña?

Elin asiente en silencio y Caroline se muerde el labio inferior mientras mira por la ventana, al jardín de atrás de la casa.

—Tú conoces un poco a Vicky —dice Elin al cabo de un rato.

—Creo que no se atrevía a confiar en otras personas —sonríe Caroline—. Pero me caía bien..., era tranquila y tenía un humor de lo más retorcido cuando estaba cansada.

Elin se aclara la garganta y le pregunta sin rodeos:

—¿Te hablaba de gente a la que conocía? ¿Sabes si tenía algún novio en algún sitio? ¿O amigas?

—Casi nunca hablamos de la mierda que arrastramos, porque entonces todo el mundo se deprime.

—Pues de cosas buenas... ¿con qué soñaba, qué quería hacer cuando saliera?

—A veces fantaseábamos con trabajar en el extranjero —dice Caroline—. Ya sabes, Cruz Roja, *Save the Children*... pero ¿quién nos iba a contratar a nosotras?

—¿Pensabais hacerlo juntas?

—Sólo eran fantasías —responde Caroline paciente.

—Estaba pensando una cosa —dice Daniel frotándose la frente—. Yo el viernes libraba, pero tengo entendido que Miranda estaba en el cuarto de aislamiento, ¿tienes idea de por qué?

—Había pegado a Tuula —dice Caroline.

—¿Por qué? —pregunta Elin.

La chica se encoge de hombros:

—Porque se merece una par de hostias, no para de robar cosas. Ayer me quitó unos pendientes, dijo que querían estar con ella en lugar de conmigo.

—¿Qué le quitó a Miranda?

—Cuando bajamos a bañarnos al lago se llevó el bolso de Vicky y por la noche le quitó un collar a Miranda.

—¿Le cogió el bolso a Vicky? —pregunta Elin con voz tensa.

—Se lo devolvió, pero se quedó con algo... La verdad es que no acabo de entender qué le cogió, pero era algo que Vicky tenía de su madre.

—¿Vicky se enfadó con Tuula? —pregunta Elin.

—No.

—Vicky y Caroline nunca se meten en peleas —dice Daniel y acaricia a Caroline en el brazo.

—Daniel, te necesitamos —dice Caroline mirándolo con expresión sincera—. Tienes que cuidar de nosotras.

—No tardaré mucho —contesta él—. Me muero de ganas, pero no... aún no estoy del todo en forma para...

Cuando Daniel retira la mano de su brazo Caroline intenta retenerlo...

—Pero volverás, ¿no? ¿Verdad que sí?

—Sí, lo haré.

Elin y Daniel salen del cuarto y dejan a Caroline de pie en el centro de la habitación. Parece sentirse completamente abandonada.

Daniel llama a la puerta de Tuula. Se quedan un momento esperando sin que nadie les abra y luego se dirigen al salón.

—Recuerda lo que te he dicho antes —dice Daniel muy serio.

La estufa de leña está apagada y ya se ha enfriado. Sobre la mesa hay algunos platos con restos de comida. Al otro lado de la vidriera del porche se puede vislumbrar el pequeño puerto en la oscuridad. Las casetas de pescadores plateadas y empalidecidas por el sol se ven reflejadas en el agua en una larga hilera. La vista es preciosa, pero la niña pelirroja ha puesto la silla de cara a la pared y está sentada con los ojos clavados en los tablones de madera.

—Hola, Tuula —dice Daniel.

La niña se vuelve y lo mira con ojos pálidos. Su cara pasa de una expresión exaltada a otra difícil de definir.

—Tengo fiebre —murmura la pequeña y se vuelve de nuevo hacia la pared.

—Qué vista más bonita.

—¿A que sí? —responde ella mirando la pared.

Elin tiene tiempo de ver una leve sonrisa en su rostro antes de que se ponga seria otra vez.

—Tengo que hablar contigo —dice Daniel.

—Pues hazlo.

—Quiero verte la cara cuando hablamos.

—¿Quieres que me la corte y te la dé?

—Es más fácil si le das la vuelta a la silla.

Tuula suspira, mueve la silla y vuelve a sentarse con cara desganada.

—El viernes le cogiste el bolso a Vicky —dice Elin.

—¿Qué? —pregunta Tuula—. ¿Qué has dicho? Dime, ¿qué coño has dicho?

Daniel intenta apaciguar las palabras de Elin:

—Se estaba preguntando si...

—¡Cierra la boca! —grita Tuula.

Se quedan todos en silencio y Tuula aprieta los labios y se arranca un pellejo de una uña.

—Le cogiste el bolso a Vicky —repite Elin.

—Qué mentirosa —dice Tuula entre dientes y deja caer la mirada.

Se queda quieta y triste, con todo el cuerpo temblando. Elin se inclina para acariciarle la mejilla.

—No estoy diciendo que...

Tuula le agarra el pelo a Elin, coge un tenedor que hay encima de la mesa y trata de clavárselo en la cara, pero Daniel consigue pararle la mano a tiempo. Sujeta a Tuula mientras la niña patalea y grita:

—¡Zorra asquerosa, voy a reventar a todos los putos...!

Tuula llora afónica y Daniel la contiene. Se la sienta en su regazo y al cabo de un rato nota que la niña relaja el cuerpo. Elin se ha apartado y trata de apaciguar el escozor del cuero cabelludo.

—Sólo tomaste su bolso prestado, lo sé —dice Daniel.

—De todos modos no había más que basura —responde Tuula—. Tendría que haberle prendido fuego a todo.

—O sea ¿que no había nada en el bolso que quisiera quedarse contigo? —pregunta Daniel.

—Sólo el llavero con la flor.

—Suena bonito, ¿me lo dejas ver?

—Lo está vigilando un tigre.

—Vaya.

—Puedes clavarme en la pared —masculla Tuula.

—¿Había algo más que quisiera quedarse contigo?

—Tendría que haber quemado a Vicky cuando estábamos en el bosque...

Mientras Tuula habla con Daniel, Elin sale del porche acristalado, cruza el salón y sale al frío pasillo. Está vacío y a oscuras. Continúa hasta la habitación de Tuula, echa un vistazo hacia la puerta del salón para asegurarse de que Daniel sigue hablando con la niña y luego se mete en el pequeño cuarto.

Elin está en un cuartito que tiene una sola ventana justo debajo del alero. El techo está cubierto de tejas curvadas. En el suelo hay una lamparita volcada que ilumina desde abajo el resto de la habitación.

En la pared blanca hay un tapiz bordado en el que pone LO MEJOR ES TENERNOS LOS UNOS A LOS OTROS.

Elin piensa en Tuula, en su gesto de pasarse la lengua por los labios secos y en el temblor de su cuerpo antes de intentar clavarle un tenedor en la cara. Se le acelera el corazón.

En el aire inmóvil de la habitación flota un extraño olor dulce y enmohecido.

Cruza los dedos para que Daniel haya entendido que ha ido al cuarto y espera que el asistente haga todo lo posible por evitar que Tuula vuelva a su habitación.

En la estrecha cama sin edredón ni colchón, directamente sobre los listones del somier, hay una maletita roja. Con cuidado, Elin se acerca y la abre. Cuando se inclina, su sombra se refleja en el techo. En la maleta hay un álbum de fotos, unas pocas prendas de ropa arrugadas, varias botellas de perfume con princesas de Disney y un envoltorio de caramelo.

Elin la vuelve a cerrar, pasea la mirada por la habitación y descubre una cómoda inclinada que está separada medio metro de la pared. Detrás del mueble hay ropa de cama, almohadas y una colcha. Tuula ha dormido allí en lugar de en la cama.

Elin camina con sigilo, se detiene al oír el crujido de un tablón del suelo, se queda quieta agudizando un momento el oído antes de continuar y luego abre los cajones de la cómoda, pero lo único que encuentra son sábanas planchadas y pequeñas bolsas de tela con hojas secas de lavanda. Mira debajo de las sábanas, pero no encuentra nada. Cierra con cuidado el último cajón y, justo cuando se incorpora, empiezan a oírse pasos en el pasillo. Se queda inmóvil, intenta respirar sin hacer ruido, oye el tintineo de la campanilla de la puerta de Caroline y luego vuelve a reinar el silencio.

Elin se toma unos segundos para rehacerse y rodea la cómoda para mirar de nuevo la ropa de cama y la almohada sin funda. Vuelve a percibir el extraño olor, aparta la colcha y luego una manta gris. Cuando levanta el colchón le llega una bocanada de podredumbre. En el suelo, encima de un periódico, hay restos de comida: pan enmohecido, algunos huesos de pollo, manzanas podridas, salchichitas y patatas asadas.

Tuula balbucea que está cansada, se libera del regazo de Daniel, se acerca a una ventana y le da un lametón al cristal.

—¿Has oído algo que Vicky haya contado? —pregunta Daniel.

—¿Tipo qué?

—Si tiene escondites o sitios que...

—No —responde y se vuelve para mirarlo.

—Pero normalmente escuchas a las mayores.

—Y tú —contesta Tuula.

—Lo sé, pero ahora me cuesta mucho recordar las cosas, lo llaman arousal —le explica.

—¿Es peligroso?

Daniel niega con la cabeza, pero no consigue sonreír.

—Estoy yendo al psicólogo y tomando medicina.

—No estés triste —le dice Tuula ladeando la cabeza—. En realidad va bien que hayan matado a Miranda y a Elisabet... porque hay demasiadas personas en el mundo.

—Pero yo quería a Elisabet, la necesitaba y...

Tuula se golpea el cogote contra la ventana haciendo restallar los cristales y los parteluces. En uno de los vidrios se abre una grieta.

—Creo que lo mejor será que me vaya a mi cuarto y me esconda detrás de la cómoda —murmura.

—Espera —dice Daniel.

Elin está de rodillas en la habitación de Tuula delante de un baúl pintado a mano que está a los pies de la cama. En la tapa pone FRITZ GUSTAVSSON 1861 HARMÅNGER en letras ornamentales. A principios del siglo XX más de una cuarta parte de la población de Suecia había emigrado a Estados Unidos, pero a lo mejor Fritz nunca llegó a marcharse. Elin intenta abrir la tapa, se le escapa y se rompe una uña. Vuelve a intentarlo, pero el cofre está cerrado.

Le parece oír un cristal que se rompe en el porche y al cabo de un momento oye a Tuula gritando como loca hasta que se le rompe la voz.

A Elin se le pone la piel de gallina. Se acerca a la ventana y ve que hay siete tarros pequeños en el alféizar, algunos de aluminio, otros de cerámica. Elin abre dos al azar. Uno está vacío y en el otro hay viejas cintas de regalo.

Por la ventanita se ve la fachada de color rojo oscuro de la otra ala del edificio. En la penumbra no se puede distinguir el césped que queda detrás. El suelo parece un fondo negro. Pero hay una habitación que arroja luz por la ventana e ilumina la letrina y las ortigas.

Elin abre uno de los tarros de cerámica, ve algunas monedas de cobre antiguas, lo vuelve a poner en su sitio y coge un tarro metálico que tiene un dibujo de un arlequín de colores vivos. Quita la tapa, se vierte el contenido en la mano y apenas le da tiempo de ver que no hay más que unos clavos y un abejorro muerto cuando con el rabillo del ojo percibe un movimiento al otro lado de la ventana. Vuelve a mirar al jardín mientras nota cómo se le acelera el pulso en las sienes. Allí fuera está todo tranquilo. El tenue resplandor del cuarto contiguo sigue bañando las ortigas. Lo único que se oye es su propia respiración. De repente un cuerpo atraviesa el resplandor y Elin se echa atrás dejando caer el tarro al suelo.

La ventanita se oscurece y Elin sabe que en ese instante podría haber alguien mirándola fijamente desde fuera.

Está a punto de salir de la habitación de Tuula cuando descubre una pequeña pegatina en mitad de la puerta de un armario. Se acerca y ve que es el tigre de Winnie the Pooh.

Tuula había dicho que había un tigre vigilando el llavero de la flor.

En el armario hay un viejo aspirador y en la pared puede ver un impermeable de hule colgando de un gancho. Con manos temblorosas Elin saca el aspirador. Debajo hay un par de zapatillas de deporte chafadas y un almohadón sucio. Lo coge por una esquina, lo estira y de inmediato nota el peso.

Vuelca el brillante contenido sobre el suelo con un leve estruendo. Monedas, botones, pinzas para el pelo, canicas, una tarjeta SIM dorada, un bolígrafo reluciente, chapas de botella, pendientes y un llavero cogido a una chapita de metal con el dibujo de una flor azul celeste. Elin mira el llavero, le da la vuelta y ve el nombre Dennis grabado en la chapita.

Debe de ser el objeto del que hablaba Caroline, el que la madre de Vicky le había regalado.

Elin se guarda el llavero en el bolsillo y echa un vistazo rápido a los demás objetos mientras los mete de nuevo en el almohadón. Lo vuelve a colocar todo en el armario lo más de prisa que puede, empuja la aspiradora y coloca bien el impermeable antes de cerrar. Corre hacia la puerta, pega la oreja un momento y sale.

Fuera está Tuula.

La niña pelirroja la está esperando en la oscuridad del pasillo a tan sólo unos pasos, observándola sin decir nada.

Tuula da un paso al frente y le muestra a Elin la mano llena de sangre. Está completamente pálida. Su mirada es penetrante, llena de expectación. No se le distinguen las cejas blancas. El pelo le cae por las mejillas en mechones rojos.

—Vuelve a meterte en el cuarto —dice Tuula.

—Tengo que hablar con Daniel.

—Podemos ir juntas a escondernos —dice la niña tajante.

—¿Qué ha pasado?

—Métete en la habitación —repite, y se pasa la lengua por los labios.

—¿Quieres enseñarme algo?

—Sí —responde en seguida.

—¿El qué?

—Es un juego... Vicky y Miranda lo jugaron la semana pasada —dice Tuula y se tapa la cara con las manos.

—Tengo que irme —dice Elin.

—Ven y te enseñaré cómo se hace —susurra Tuula.

Se oyen pasos en el pasillo y Elin ve a Daniel con un botiquín en la mano. Lu Chu y Almira salen de la cocina. Tuula se palpa el cogote y sus dedos quedan impregnados de sangre fresca.

—Tuula, tenías que quedarte sentada en la silla —dice Daniel y se la lleva a la cocina—. Tengo que limpiarte la herida y ver si necesitas puntos...

Elin se queda donde está y deja que el corazón se le vaya calmando mientras toquetea el llavero que Vicky recibió de su madre.

Al cabo de un rato la puerta de la cocina vuelve a abrirse. Tuula camina despacio arrastrando la mano por el revestimiento de madera de la pared. Daniel va a su lado y le dice algo en tono serio y relajado. La niña asiente con la cabeza y luego se mete en su cuarto. Elin espera a que Daniel se le acerque para preguntarle qué ha pasado.

—No corre peligro..., ha empezado a darse cabezazos contra la ventana hasta que se ha roto el cristal.

—¿Ha mencionado Vicky alguna vez a alguien llamado Dennis? —dice Elin en voz baja y luego le enseña el llavero.

Daniel lo mira, le da la vuelta y repite el nombre para sí.

—A ver, me suena haberlo oído —dice—. Pero yo... Elin, me da vergüenza, me siento tan inútil de no...

—Lo estás intentando...

—Sí, pero no es seguro que Vicky me haya contado nada que pueda ayudar a la policía... Si es que apenas hablaba y...

Daniel se queda callado cuando oye unos pasos pesados subiendo por la escalera y luego los dos ven abrirse la puerta del edificio. Una mujer fuerte de unos cincuenta años entra en el recibidor y está a punto de cerrar con llave cuando los descubre en el pasillo.

—No podéis estar aquí —dice acercándoseles.

—Me llamo Daniel Grim, soy...

—Imagino que entendéis que las alumnas no pueden recibir visitas a estas horas —lo interrumpe la mujer.

—Ya nos íbamos —dice—. Sólo vamos a preguntarle a Caroline si...

—No, no le vais a preguntar nada.

Mientras sube en el ascensor a su despacho en la comisaría, Joona examina el llavero. Está metido en una bolsita de plástico y tiene la forma de una moneda, un dólar de plata, pero con el nombre DENNIS escrito en relieve en una cara y una flor azul celeste de siete pétalos en la otra. En un agujerito en el borde hay un aro para poner llaves.

Elin Frank había llamado a Joona muy tarde la noche anterior. Iba sentada en el coche de camino a casa de Daniel para dejarlo allí y luego buscar un hotel en Sundsvall.

Elin le explicó que Tuula había robado el llavero del bolso de Vicky el viernes al mediodía.

—Está claro que para Vicky era importante. Se lo había dado su madre —le dijo Elin, y después se comprometió a enviárselo por mensajero en cuanto llegara al hotel.

Joona gira la bolsita varias veces bajo la luz antes de metérsela en el bolsillo de la americana y bajarse en la quinta planta.

Al mismo tiempo elabora distintos motivos por los que la niña podía haber recibido un llavero con el nombre de Dennis de manos de su madre.

El padre de Vicky Bennet era un desconocido, su madre dio a luz fuera de la sanidad pública y la cría no apareció en el registro civil hasta que tenía seis años. Quizá la madre siempre supo quién era el padre. Quizá esto era una manera de explicárselo a Vicky.

Joona va a ver a Anja para preguntarle si ha encontrado alguna cosa, pero apenas le da tiempo de abrir la boca antes de que Anja diga:

—No hay ningún Dennis en la vida de Vicky Bennet. Ni en el Centro Birgitta, ni en Ljungbacken ni en ninguna de las familias que la han acogido.

—Qué curioso —dice Joona.

—Hasta he llamado a Saga Bauer —le cuenta Anja con una sonrisa—. Ya sabes, la policía secreta tiene sus propios registros.

—Pero habrá alguien que sepa quién es Dennis —dice Joona sentándose en el borde de la mesa.

—No —suspira ella repicando resignada en la madera con sus uñas largas y rojas.

Joona mira por la ventana. El cielo está perdiendo la batalla ante unos enormes nubarrones.

—Me he encallado, así de claro. No puedo pedir los informes del laboratorio estatal, no me dejan hacer interrogatorios, no tengo nada a lo que agarrarme.

—A lo mejor deberías reconocer que ni siquiera es tu caso —dice Anja en voz baja.

—No puedo —susurra Joona.

Anja sonríe satisfecha y se sonroja.

—A falta de todo lo demás, me gustaría que escucharas una cosa —dice—. Y esta vez no se trata de tango finlandés.

—Ya me lo imaginaba.

—Seguro que sí —dice Anja entre dientes y empieza a abrir carpetas en el ordenador—. Es una conversación telefónica que he mantenido hoy.

—¿Grabas las llamadas?

—Sí —responde en tono neutral.

Una voz aguda de mujer sale de los altavoces del ordenador y llena el despacho:

—«Siento estar llamando todo el rato» —dice la mujer casi sin aliento—. «He hablado con un policía de Sundsvall y me ha dicho que un comisario, Joona Linna, podría estar interesado en...»

—«Habla conmigo» —dice la voz de Anja.

—«Pero sólo si me escuchas, porque... tengo que contar una cosa importante sobre el asesinato en el Centro Birgitta.»

—«La policía tiene un teléfono específico para las pistas» —se oye que le explica Anja.

—«Lo sé» —responde en seguida la mujer.

En el escritorio de Anja hay un gato japonés moviendo eternamente el brazo. Joona oye el tictac de la mecánica al mismo tiempo que escucha la voz de la mujer.

—«Vi a la chica, no quería enseñar la cara» —dice—. «Y había una piedra grande y llena de sangre, tenéis que buscarla...»

—«¿Dices que viste el asesinato?» —pregunta Anja.

Se oye la respiración acelerada de la mujer antes de responder:

—«No sé por qué lo he visto» —dice—. «Tengo miedo y estoy muy cansada, pero no estoy loca.»

—«¿Quieres decir que viste el homicidio?»

—«¿O a lo mejor sí que estoy loca» —continúa la mujer con voz temblorosa sin escuchar lo que Anja le pregunta.

La llamada se corta.

Anja levanta la mirada del ordenador y le explica a Joona:

—Esta mujer se llama Flora Hansen y le acaban de poner una denuncia.

—¿Por?

Anja se encoge de hombros:

—Brittis, de la centralita, se acabó cansando... Por lo visto la tal Flora Hansen ha estado llamando para dejar pistas falsas a cambio de dinero.

—¿Lo hace de forma regular?

—No, sólo lo ha hecho con esto del Centro Birgitta... Pensé que sería mejor que lo oyeras antes de que te llame, porque seguro que lo hará. Parece ser que no se rinde, sigue llamando a pesar de que le hayan puesto una denuncia y, como puedes ver, ha terminado consiguiendo mi teléfono.

—¿Qué sabes de ella? —pregunta Joona pensativo.

—Brittis dijo que Flora tiene una coartada infalible para la noche de los asesinatos, puesto que mantuvo una sesión con nueve personas en el número 40 de la calle Upplandsgatan, aquí en Estocolmo —le cuenta Anja entretenida—. Flora se considera médium espiritista y asegura que puede formularles preguntas a los muertos a cambio de dinero.

—Iré a verla —decide Joona dirigiéndose hacia la puerta.

—Joona, sólo quería demostrarte que la gente sabe cosas sobre el caso —dice Anja con una sonrisa insegura—. Y tarde o temprano nos llegará una pista... Si Vicky Bennet está viva estoy segura de que alguien acabará dando con ella.

—Sí —responde él mientras se cierra la americana.

Anja está a punto de ponerse a reír, pero mira los ojos grises de Joona y de pronto entiende de qué se trata.

—La piedra —dice en voz baja—. ¿Es por lo de la piedra?

—Sí —contesta Joona encontrándose con su mirada—. Los forenses y yo somos los únicos que sabemos que el homicida utilizó una piedra para matar a Miranda.

En Suecia es poco habitual pero, aun así, en algunas ocasiones la policía ha contado con la ayuda de médiums espirituales y videntes. Joona recuerda el asesinato de Engla Höglund. Aquella vez la policía recurrió a un médium que elaboró una descripción detallada de dos homicidas. Más tarde se comprobó que las descripciones estaban completamente equivocadas.

El autor real del crimen acabó siendo detenido gracias a que una persona que estaba probando una cámara fotográfica que se acababa de comprar le sacó casualmente una foto a la chica y al coche del asesino.

Hace cierto tiempo, Joona leyó que en Estados Unidos se había hecho un estudio independiente sobre la médium que más veces había colaborado con la policía en el mundo. En el estudio se constató que la mujer no había aportado información relevante en ninguno de los ciento quince casos en los que había participado.

El suave sol de la tarde se ha sumido en la sombra del anochecer. Joona tirita de frío al bajarse del coche y luego se acerca a una finca gris de pisos en alquiler con antenas parabólicas en los balcones. El cerrojo del portal está reventado y alguien ha llenado el vestíbulo de pintadas con spray rosa. Joona sube por la escalera hasta la segunda planta y llama al timbre de la puerta que tiene una placa con el apellido Hansen junto a la ranura del buzón.

Una mujer pálida con ropa gris y raída abre la puerta y se lo queda mirando con ojos medrosos.

—Me llamo Joona Linna —dice Joona enseñando su placa—. Ha llamado a la policía varias veces...

—Lo siento... —susurra la mujer mirando al suelo.

—No hay que llamar si no se tiene nada que contar.

—Pero... yo llamé porque vi a la chica muerta —dice encontrándose con su mirada.

—¿Puedo entrar un momento?

Ella asiente con la cabeza y lo guía por un pasillo oscuro con suelo de linóleo desgastado hasta una cocina pequeña y limpia. Flora se sienta en una de las cuatro sillas que hay alrededor de la mesa y se abraza a sí misma. Joona se acerca a la ventana y mira al exterior. La fachada del edificio de enfrente está cubierta con una lona protectora. El termómetro que hay atornillado en el marco de la ventana se mueve un poco con el viento.

—Creo que Miranda viene a mí porque fui yo quien la dejó entrar desde el otro lado durante una sesión —empieza Flora—. Pero no... no sé muy bien lo que quiere.

—¿Cuándo fue esa sesión? —pregunta Joona.

—Hay una cada semana... Me gano la vida hablando con los muertos —dice y se le empieza a mover un músculo del ojo derecho.

—En cierto modo, yo también —contesta Joona tranquilamente.

Se sienta frente a la mujer.

—Se ha terminado el café —murmura ella.

—No pasa nada —dice Joonna—. Cuando llamó dijo algo acerca de una piedra...

—No supe qué hacer, pero Miranda no para de enseñarme una piedra manchada de sangre...

Le enseña el tamaño de la piedra con las manos.

—O sea que hizo una sesión —dice Joona en tono suave— y entonces apareció una chica y le contó...

—No, no fue así —lo interrumpe—. Fue después de la sesión, cuando ya estaba en casa.

—¿Y qué le dijo la chica?

Flora lo mira directamente a los ojos y Joona ve que el recuerdo le oscurece la mirada.

—Me enseñó la piedra y me dijo que cerrara los ojos.

Joona la observa con su inescrutable mirada gris.
—Si Miranda viene más veces quiero que le pregunte dónde se esconde el asesino.

Joona saca la bolsita con el llavero de Vicky del bolsillo, la abre y la vacía sobre la mesa delante de Flora.

—Esto pertenece al presunto homicida —dice.

Flora observa el objeto.

—¿Dennis? —pregunta.

—No sabemos quién es, pero me estaba preguntando... A lo mejor usted podría conseguir algún dato —dice Joona.

—A lo mejor, pero yo... esto es mi trabajo.

Sonríe y se sonroja, se tapa la boca con la mano y trata de decir algo para disculparse, pero Joona no la entiende.

—Por supuesto —dice Joona—. ¿Cuánto cuesta?

Flora le explica con la mirada caída el precio por treinta minutos de sesiones individuales. Joona saca el monedero y le paga una hora. Flora le da las gracias, va a buscar el bolso y apaga la luz del techo. Fuera aún es de día, pero la cocina queda casi a oscuras.

Flora saca una vela y un mantelito de terciopelo negro con un bordado dorado. Enciende la vela, la coloca delante de Joona y después tapa el llavero con el mantelito. Cierra los ojos y pasa la mano con cuidado por encima de la tela.

Joona la observa imparcial.

Flora mete la mano izquierda debajo de la tela, se queda quieta unos segundos, empieza a temblarle todo el cuerpo y luego toma una repentina bocanada de aire.

—Dennis, Dennis —murmura.

Toquetea la chapita de metal debajo de la tela negra. A través de las paredes se oye la tele del vecino y de pronto empieza a sonar una alarma de coche en la calle.

—Me llegan imágenes extrañas... todavía no veo nada claro.

—Continúe —dice Joona sin quitarle ojo.

Flora tiene mechones ondulados que le caen por las mejillas. Su tez jaspeada se ruboriza y los párpados se agitan con el movimiento que hacen los ojos por debajo.

—Hay una carga tremenda en este objeto. Ira y soledad. Estoy a punto de quemarme —susurra y saca el llavero, lo sostiene en la palma de la mano y se lo queda mirando—. Miranda dice que... está pendiente de un hilo de la muerte... Porque las dos estaban enamoradas de Dennis..., sí, siento la envidia quemando en el metal...

Flora se queda callada, aguanta un rato el llavero en la mano, murmura que ha perdido el contacto, niega con la cabeza y se lo devuelve a Joona.

Joona se levanta. Le han podido las prisas y siente que ha perdido el tiempo yendo hasta allí. Por algún motivo que no se atrevía a explicar había creído que la mujer realmente sabría algo. Pero es evidente que Flora Hansen no hace más que inventarse lo que supone que el otro quiere oír. Dennis es mucho anterior al Centro Birgitta, porque la madre de Vicky le dio el llavero varios años antes de que ingresara allí.

—Lamento mucho que sólo diga mentiras —dice Joona y coge el llavero de la mesa.

—¿Puedo quedarme con el dinero? —pregunta ella en voz baja—. No consigo arreglármelas, recojo latas en el metro y busco en las papeleras...

Joona se mete el llavero en el bolsillo y empieza a cruzar el pasillo. Flora saca un papel y le sigue.

—Creo que vi un fantasma de verdad —dice—. Hice un dibujo...

Le enseña un dibujo infantil de una niña y un corazón y se lo pone delante de la cara, quiere que

Joona lo mire, pero el comisario le aparta la mano. El dibujo se le escurre de los dedos a Flora y cae planeando hasta el suelo. Joona pasa por encima, abre la puerta y abandona el piso.

Joona todavía siente la irritación en el cuerpo cuando se baja del coche y se mete en el portal de Disa, en la calle Lützengatan, junto al parque de Karlaplan.

Vicky Bennet y Dante Abrahamsson siguen vivos, están escondidos en algún sitio y él ha perdido casi una hora en ir a hablar con una mujer trastornada que cobra por mentir.

Disa está sentada en la cama con el ordenador sobre las piernas. Lleva una bata blanca y, para que el pelo no le vaya a la cara, se ha puesto una diadema ancha también de color blanco.

Joona se da una ducha de agua muy caliente y después se tumba a su lado. Cuando pega la cara a la piel de Disa aspira el olor de su perfume.

—¿Has vuelto a ir a Sundsvall? —pregunta ella ausente mientras él desliza la mano por su brazo hasta la delgada muñeca.

—Hoy no —responde Joona en voz baja y piensa en la cara pálida y flaca de Flora Hansen.

—Yo estuve por allí el año pasado —le explica Disa—. En la excavación de la casa de las mujeres en Högom.

—¿La casa de las mujeres? —pregunta él.

—En Selånger.

Disa aparta los ojos de la pantalla y sonríe mirando a Joona.

—Si entre un asesinato y otro tienes algo de tiempo, pásate a verlo —le dice.

Joona sonríe y le acaricia la cadera, sigue bajando por el cuádriceps hasta la rodilla. No quiere que Disa deje de hablar, así que le pregunta:

—¿Por qué lo llaman la casa de las mujeres a ese sitio?

—Es un túmulo funerario, pero está levantado sobre una casa calcinada. No se sabe qué pasó.

—¿Había personas dentro?

—Dos mujeres —responde Disa y aparta el ordenador—. Yo estuve cepillando tierra de sus peines y joyas.

Joona apoya la cabeza en su regazo y pregunta:

—¿Dónde empezó el incendio?

—No lo sé, pero se ha encontrado por lo menos una punta de flecha clavada en la pared.

—O sea que el atacante vino de fuera —murmura él.

—A lo mejor estaba todo el pueblo fuera dejando que la casa ardiera en llamas —dice ella y pasa los dedos por el pelo húmedo y grueso de Joona.

—Cuéntame más cosas sobre el túmulo —le pide él con los ojos cerrados.

—No se sabe gran cosa —dice Disa mientras se enreda un dedo en el pelo—. Pero las que vivían en la casa estaban dentro tejiendo, los contrapesos estaban por todas partes. ¿No te parece curioso que siempre sean las cosas más pequeñas, como los peines y las agujas, las que sobreviven durante milenios?

La cabeza de Joona se pasea por la corona de novia de Summa hecha de raíz de abedul trenzada y luego por el viejo cementerio judío del parque de Kronobergspark, donde su amigo Samuel Mendel descansa completamente solo en su tumba familiar.

Joona se despierta con el contacto de un beso húmedo en los labios. Disa ya está vestida. Le ha dejado una taza de café sobre la mesita de noche.

—Me quedé dormido —dice.

—Cien años, por lo menos —sonríe ella y se va al recibidor.

Joona oye la puerta cerrarse. Se pone los pantalones y se queda junto a la cama pensando en Flora Hansen, la médium espiritista. Se había visto seducido por la pista de la piedra. En psicología se le llama sesgo de confirmación. Inconscientemente, todas las personas tienden a tener mucho más en cuenta los resultados que confirman su teoría preconcebida que los que la refutan. Flora llamó varias veces a la policía hablando de distintas armas homicidas, pero cuando mencionó la piedra empezaron a hacerle caso.

La única pista que tenía para seguir era la que lo llevó hasta Flora.

Joona se acerca a los grandes ventanales y aparta la cortinilla. La luz gris de la mañana todavía arrastra consigo parte de la carga lúgubre de la noche. La fuente de Karlaplan bombea y genera espuma con grave melancolía. Las palomas se mueven lentas a las puertas del centro comercial.

Hay personas solitarias de camino a sus respectivos trabajos.

La mirada y la voz de Flora Hansen estaban cargadas de una extraña desesperación cuando dijo que recogía latas en el metro.

Joona cierra los ojos un rato, vuelve al dormitorio y coge la camisa de la silla.

Casi sin pensar en lo que hace, se la pone y se la abrocha con la mirada perdida.

Acababa de rozar una conexión lógica, pero al instante siguiente se le ha escapado. Intenta concentrarse para recuperarla, pero siente que se le escurre.

Tenía que ver con Vicky, con el llavero y con su madre.

Se pone la americana y vuelve a mirar por la ventana.

¿Era algo que había visto?

Pasea la mirada por Karlaplan otra vez, un autobús gira en la glorieta, se detiene y deja subir a los pasajeros. Un poco más lejos hay un hombre mayor con andador que mira sonriente a un perro que olfatea una papelera.

Una mujer con mofletes rojos y un abrigo de piel desabrochado corre hacia la boca del metro. Espanta una bandada de palomas que salen volando por la plaza. Vuelan juntas trazando un semicírculo y aterrizan otra vez.

El metro.

«Es el metro», piensa Joona y coge el teléfono.

Está casi convencido de que tiene razón, sólo tiene que comprobar unos detalles.

Busca un número a toda prisa en la agenda y, mientras suenan los tonos, sale al recibidor y se pone los zapatos.

—Sí, Holger...

—Aquí Joona Linna —dice Joona saliendo del piso.

—Buenos días, buenos días, he...

—Tengo que preguntarte una cosa ahora mismo —lo interrumpe Joona mientras echa el cerrojo —. Revisaste el bolso que encontramos en la represa.

Baja corriendo por la escalera.

—Le saqué fotos e hice una lista del contenido antes de que el fiscal llamara y me dijera que el caso ya no tenía ninguna prioridad.

—No me dejan leer tus informes —dice Joona.

—De todos modos no había nada relevante —dice Holger moviendo papeles—. Ya te mencioné

el cuchillo que...

—Dijiste algo de una herramienta de bici, ¿lo has comprobado?

Joona corre por la calle Valhallavägen camino al coche.

—Sí —contesta Holger—. Pero ya sabes que los del norte somos un poco lentos... No era una herramienta sino una llave para las cabinas de los vagones de metro.

—¿Iba colgada de algún llavero?

—¿Y cómo coño quieres que lo...?

Holger se queda callado y mira una fotografía en el informe.

—Tienes razón, está desgastado por la cara interior del ojo —dice Holger.

Joona le da las gracias por la información y llama a Anja. Corre el último trecho y recuerda que Elin Frank había dicho que Tuula les robaba cosas bonitas a todas las personas de su alrededor. Pendientes, bolígrafos brillantes, monedas, chapas y pintalabios. Tuula quitó el llavero de la flor azul y dejó la llave en el bolso porque le pareció fea.

—Cazafantasmas —responde Anja con voz aguda y alegre.

—Anja, ¿puedes ayudarme y hablar con algún responsable de la red de metro de Estocolmo? —dice Joona y empieza a conducir.

—Se lo puedo preguntar a los espíritus...

—Me corre prisa —la corta Joona.

—¿Te has levantado con el pie izquierdo? —murmura ella ofendida.

Joona conduce en dirección al estadio.

—¿Sabías que todos los vagones tienen nombre de persona? —dice Joona.

—Hoy he ido en Rebecka, es muy bonita y...

—Porque no creo que Dennis sea el nombre de una persona sino de un vagón de metro, y tengo que saber dónde está ese vagón.

Todos los vagones de la red de metro tienen un número, por supuesto, como en cualquier otra parte del mundo, pero desde hace muchos años los vagones de Estocolmo tienen también un nombre de persona. Se dice que la tradición empezó en 1887 con los nombres de los caballos que tiraban de los tranvías alrededor de la ciudad.

Joona está bastante seguro de que la llave que Vicky obtuvo de su madre, Susie, encaja en la cerradura universal de todos los trenes de metro, pero que el llavero indica un vagón en concreto. A lo mejor la madre guardaba objetos personales en alguna de las cabinas del tren, quizá a veces incluso dormía allí.

La madre, que había vivido sin techo durante toda su vida adulta, pasaba alguna temporada en el metro, en los bancos de ciertas estaciones, en trenes y en espacios abandonados en distintos puntos de las vías, dentro de los túneles.

«De alguna forma la madre consiguió esa llave —piensa Joona mientras conduce—. Tiene que haber sido un objeto muy valorado en su mundo.»

Aun así se la entregó a su hija.

Y se hizo con un llavero en el que ponía Dennis para que la niña no se olvidara de cuál era el vagón más importante.

A lo mejor sabía que Vicky se iba a escapar.

Se ha fugado muchas veces y en dos ocasiones consiguió permanecer oculta durante bastante tiempo. La primera vez sólo tenía ocho años y entonces estuvo siete meses desaparecida. La encontraron al borde de la lipotimia junto a su madre en un garaje a mediados de diciembre. La segunda vez tenía trece. En aquella ocasión Vicky estuvo desaparecida durante once meses y la policía la detuvo por un delito grave de robo en una tienda cerca del estadio Globen.

Es posible acceder a las cabinas con otras herramientas. Una llave tubular normal y corriente del tamaño adecuado podría servir perfectamente.

Pero aunque sea probable que sin su llave Vicky no se encuentre en el vagón, puede que allí haya pistas sobre sus períodos de fugitiva, alguna cosa que apunte a su escondite actual.

Joona casi ha llegado a comisaría cuando Anja lo llama y le dice que ha hablado con la oficina de transporte público de Estocolmo:

—Hay un vagón llamado Dennis, pero no está en circulación... por graves problemas técnicos, me han dicho.

—Pero ¿dónde está?

—No estaban seguros —responde Anja—. Tal vez en un depósito en Rissne... pero seguramente esté en Johanneshov, en la planta de TBT, la empresa que se encarga del mantenimiento de los trenes.

—Ponme en contacto con ellos —dice Joona y da media vuelta con el coche.

Los neumáticos chocan contra un badén, Joona se salta un semáforo en rojo y gira por la calle Fleminggatan.

Joona se acerca al barrio de Johanneshov, en el sur de Estocolmo, cuando por fin un hombre le coge el teléfono. Suena como si tuviera la boca llena:

—TBT, aquí Kjelle.

—Joona Linna, policía judicial. ¿Podrías verificar que tenéis un vagón llamado Dennis en Johanneshov?

—Dennis —farfulla el hombre—. ¿Tienes el número de vagón?

—No, lo siento.

—Espera, voy a mirar en el ordenador.

Joona oye al hombre hablando solo y luego carraspea antes de coger el teléfono otra vez:

—Hay un Denniz terminado en z en honor a...

—Con eso me vale.

—De acuerdo —dice Kjelle y traga con fuerza el bocado que tenía en la boca—. No lo veo en el registro... Es un vagón bastante viejo, no sé..., pero según los datos que me aparecen lleva varios años sin circular.

—¿Dónde está?

—Debe de estar aquí, pero... Haremos una cosa, te paso con Dick. Él sabe todo lo que no saben los ordenadores...

La voz de Kjelle desaparece y es sustituida por un zumbido electrónico. Después responde un hombre mayor con eco de fondo, como si estuviera en una catedral o una sala metálica:

—Aquí Dick el marchoso.

—Acabo de hablar con Kjelle —le dice Joona—. Y según él deberías tener un vagón por ahí que se llama Dennis.

—Si Kjelle dice que el vagón está aquí, lo más seguro es que así sea, pero si se trata de una cuestión de vida o muerte o sobre la madre patria puedo ir a echar un vistazo ahora mismo.

—Has acertado —dice Joona conteniéndose.

—¿Estás conduciendo? —pregunta Dick.

—Sí.

—¿No estarás viniendo hacia aquí?

Joona oye a Dick bajando por una escalera de metal. Luego suena el chirrido de un portón pesado y, cuando el hombre se vuelve a poner al teléfono, parece que le falta el aliento.

—Ya estoy abajo, en el túnel, ¿sigues ahí?

—Sí.

—Aquí tenemos a Mikaela y a María. Denniz no debería estar lejos.

Joona oye el eco de los pasos del hombre mientras conduce lo más rápido que puede por el puente Centralbron. Piensa en los períodos en los que Vicky ha estado desaparecida. En algún sitio ha tenido que dormir, en algún lugar ha tenido que sentirse a salvo.

—¿Ves el vagón? —pregunta.

—No, éste era Ellinor... y allí está Silvia... ni siquiera la luz funciona bien.

Joona oye cómo el hombre arrastra los pies mientras avanza por el túnel por debajo del polígono industrial.

—Hace mucho tiempo que no me meto aquí —dice el hombre, jadeando—. Voy a encender la linterna... Al fondo de todo, cómo no... Denniz, oxidado y jodido como un...

—¿Estás seguro?

—Puedo acercarme y sacarle una foto, si quieres... Pero ¿qué cojones...? Aquí hay gente, hay gente dentro del...

—No hables —dice Joona rápidamente.

—Hay alguien dentro del vagón —susurra el hombre.

—Apártate —dice Joona.

—Han puesto una bombona de gas en la puerta.

Suena el teléfono con un ruido exageradamente alto y luego Joona oye que el hombre se aparta con grandes pasos y la respiración acelerada.

—Había... he visto gente dentro del vagón —susurra el hombre otra vez.

Joona se imagina que no debe de ser Vicky, puesto que no tiene la llave ni el llavero.

De repente Joona oye gritos de fondo, alejados pero evidentes.

—Hay una mujer gritando ahí dentro —susurra el mecánico—. Está como loca.

—Sal de ahí —dice Joona.

Se oyen los pasos del hombre y su respiración agitada. Vuelven a oírse los gritos, ahora más débiles.

—¿Qué has visto? —pregunta Joona.

—Una bombona grande de soplete estaba bloqueando la puerta.

—¿Has visto a alguien?

—Hay pintadas en las ventanas, pero había una persona adulta y una más pequeña, a lo mejor eran más, no lo sé.

—¿Estás seguro? —pregunta Joona Linna.

—Tenemos los túneles cerrados, pero con un poco de empeño está claro que cualquiera... cualquiera podría entrar —jadea el hombre.

—Escúchame bien. Soy comisario de la policía judicial y lo único que quiero es que salgas de ahí y esperes fuera hasta que llegue la policía.

Una furgoneta negra cruza a toda velocidad la verja del recinto de TBT en Johanneshov, escupiendo grava y levantando una nube de polvo que se expande hacia la valla. El vehículo hace un giro y se detiene junto a un portón verde de metal.

Tras la conversación con Dick, Joona llamó al jefe de la policía provincial y le explicó que no podía descartar que se diera una situación con rehenes.

La Fuerza Nacional de Asalto es una unidad especializada que pertenece a la policía judicial. Su tarea principal es combatir acciones terroristas, pero también se puede recurrir a ellos en casos especialmente difíciles.

Los cinco policías bajan de la furgoneta con una combinación de nerviosismo y excitación candente en el cuerpo. Van fuertemente armados y llevan botas, mono azul marino, chaleco antibalas con placas de cerámica, casco, gafas protectoras y guantes.

Joona va a su encuentro y entiende que les han dado permiso para utilizar armas pesadas: tres de ellos llevan subfusiles automáticos de color jade con miras láser de Heckler & Koch.

No son armas especiales, pero son ligeras y pueden vaciar un cargador en menos de tres segundos.

Los otros dos llevan rifle de francotirador.

Joona le estrecha la mano al mando del grupo, el médico y tres hombres más antes de explicarles que valora la situación como muy urgente:

—Quiero que entremos directamente, lo más rápido que podamos, pero como no sé de cuánto os han informado quiero subrayar que no hemos podido identificar positivamente ni a Vicky Bennet ni a Dante Abrahamsson.

Antes de que la Fuerza Nacional de Asalto apareciera en el lugar, Joona había interrogado a Dick Jansson y le había hecho señalar la ubicación de los distintos vagones en un mapa detallado del sector.

Un hombre joven con un rifle Arctic Warfare en una maleta junto a los pies levanta la mano.

—¿Contamos con que va armada? —pregunta el francotirador.

—Lo más probable es que no lleve armas de fuego —responde Joona.

—O sea que nos vamos a encontrar con dos niños desarmados —dice el joven y menea la cabeza con una sonrisa burlona.

—No sabemos lo que nos vamos a encontrar, eso nunca se sabe —dice Joona y les muestra un plano de un vagón del mismo modelo que Denniz.

—¿Por dónde entramos? —pregunta el mando.

—La puerta delantera está abierta pero bloqueada con una o más bombonas de gas —explica Joona.

—¿Lo habéis oído? —pregunta el mando dirigiéndose a los demás.

Joona pone el mapa encima del plano y señala los distintos raíles y la ubicación de los vagones.

—Creo que podemos llegar hasta aquí sin que se nos vea. Es un poco difícil de calcular, pero creo que por lo menos hasta aquí.

—Sí, eso parece.

—La distancia es corta, pero aun así quiero que haya un francotirador en el techo del vagón que queda más cerca.

—Seré yo —dice uno de los hombres.

—Y yo puedo tumbarme aquí —dice el francotirador más joven.

Con grandes zancadas acompañan a Joona hasta el portón de hierro. Uno de los policías revisa la recámara una última vez y Joona se pone un chaleco antibalas.

—Nuestro objetivo principal es sacar al niño del vagón y nuestro objetivo secundario es detener a

la sospechosa —aclara Joona antes de abrir la puerta—. Si abrís fuego contra la chica, apuntad en primer lugar a las piernas y en segundo lugar a hombros y brazos.

Una escalera larga y gris baja hasta las vías subterráneas que quedan debajo del depósito de Johanneshov, adonde llegan los trenes que requieren reparaciones de importancia.

Detrás de Joona, lo único que se oye es el ruido apagado de las botas y de los chalecos con placas de cerámica.

Cuando el grupo llega al túnel los hombres empiezan a moverse con más cuidado. El sonido de los pasos sobre la grava y los raíles oxidados rebota como un murmullo en las paredes de la cueva, revestidas con planchas de metal.

Se acercan a un tren abollado con un extraño olor a su alrededor. Los vagones parecen vestigios oscuros de una civilización abandonada. Los haces de luz de las linternas se pasean por las ásperas paredes de los vehículos.

Los hombres se desplazan en fila, ágiles, sin apenas hacer ruido. Las vías se bifurcan en un cambio manual. Una luz roja con el cristal partido brilla débilmente. En la grava negra hay un viejo guante de trabajo.

Joona le indica al grupo que apaguen las linternas antes de meterse por la estrecha abertura que queda entre dos vagones apartados y sin ventanas.

Junto a uno de ellos hay una caja llena de pernos grasientos, entre cables que cuelgan, tomas de corriente y restos polvorientos del sistema eléctrico.

Están muy cerca del objetivo y los hombres se mueven con especial cautela. Joona señala un vagón para el primer francotirador. El resto del grupo monta las linternas en las armas y se dispersa mientras el francotirador se sube en completo silencio al techo del vagón, monta el trípode y empieza a ajustar la mira Hensoldt.

Los demás siguen acercándose al último vagón del túnel. Se puede percibir el estrés contenido en su forma de respirar. Uno de los hombres se toca de forma compulsiva la sujeción del casco una y otra vez. El mando intercambia miradas con el francotirador más joven y le indica una línea de fuego.

Alguien del grupo resbala en la grava y una piedra suelta tintinea contra la vía. Una rata gris corre junto a la pared y se mete por un agujero.

Joona avanza solo siguiendo los raíles y ve que el vagón Denniz está en una vía secundaria, al lado de la pared. Hay cables o cuerdas colgando del techo. Se mueve un poco de lado y ve una tenue luz parpadeando al otro lado de los cristales, cubiertos de suciedad. La luz se mueve como una mariposa amarilla y hace que las sombras crezcan y se encojan continuamente.

El mando del grupo se quita una granada de aturdimiento del cinturón.

Joona se queda quieto y agudiza el oído antes de seguir avanzando con una inquietante sensación de estar en la línea de fuego, de que los rifles de los francotiradores están apuntando a su espalda en este preciso momento y de que lo están observando a través de las miras telescópicas.

En la puerta abierta hay una gran bombona de gas de color verde barrando el paso.

Joona se acerca con cuidado, llega hasta el vagón y se agacha en la oscuridad. Pone la oreja contra la chapa y al instante oye a alguien arrastrándose por el suelo.

El mando les hace señales a dos de sus hombres, que se deslizan por la oscuridad como dos demonios incorpóreos. Los dos son corpulentos, pero se desplazan casi en silencio total. Lo único que se oye es el eco acuoso y sordo de los cinturones, los chalecos y los overoles botando con los pasos hasta que llegan junto a Joona.

El comisario ni siquiera ha desenfundado la pistola, pero ve que los hombres de las fuerzas de asalto ya han puesto el dedo sobre los gatillos de sus subfusiles.

Es difícil distinguir nada a través de los cristales del vagón. En el suelo hay una pequeña lámpara cuya luz baña cartones, botellas vacías y bolsas de plástico.

Entre dos asientos hay un gran bulto atado con una cuerda.

El resplandor de la lamparita empieza a tiritar. Todo el vagón tiembla levemente. A lo mejor están utilizando las vías un poco más lejos.

Las paredes y el techo retumban.

Se oye un débil gimoteo.

Joona saca su pistola con cuidado.

Hay una sombra moviéndose por el pasillo del vagón. Un hombre grande con vaqueros y zapatillas de deporte sucias trata de alejarse.

Joona carga la primera bala en la recámara, luego se vuelve hacia el mando, le indica la posición del hombre dentro del vagón y da la orden de asalto.

La puerta del medio se abre de golpe con un gran estruendo, cae a la grava y acto seguido el grupo de operaciones asalta el vagón de metro.

Las ventanas estallan y los cristales caen a chorro encima de los asientos rajados y el suelo.

El hombre grita con voz ronca.

La bombona de gas se vuelca con un tañido de campana y el argón empieza a escaparse mientras el recipiente rueda por el vagón. Las puertas son forzadas sin cuidado alguno.

Joona entra pasando por encima de mantas mohosas, cartones de huevos y periódicos pisoteados. El penetrante olor a gas inunda el vagón.

—¡No te muevas! —grita alguien.

Dos linternas inspeccionan el vagón por secciones, entre los asientos y a través de las lunas de plexiglás.

—¡No me pegues! —grita el hombre.

—¡Quieto!

El mando del equipo precinta la bombona rota.

Joona se dirige a toda prisa hacia la cabina.

No ve ni a Vicky Bennet ni al pequeño Dante.

El vagón apesta a sudor y a comida podrida. Las ventanas y las paredes están rayadas y llenas de grafitis y pintadas.

Alguien ha comido pollo asado en el suelo sobre un papel grasiento, entre los asientos hay latas de cerveza y bolsas vacías de golosinas.

El papel de periódico se rompe al paso de Joona por la fricción de sus zapatos.

El resplandor de fuera queda moteado al atravesar las ventanas rotas.

Joona continúa hacia la cabina a la que ha llegado gracias a la llave y el nombre de Dennis.

Dos miembros de las fuerzas de asalto fuerzan la puerta y Joona entra. El pequeño habitáculo está vacío. Las paredes están cubiertas de pintadas y marcas. Sobre el panel de mandos hay una jeringuilla sin aguja, trozos de papel de aluminio tiznados y cápsulas de plástico vacías. En el estrecho estante delante de los dos pedales hay un paquete de paracetamol y un tubo de pasta de dientes.

Ahí es donde la madre de Vicky se escondía de vez en cuando, ésa es la cabina a la que conduce la llave que le dio a su hija años atrás.

Joona sigue buscando y encuentra un cuchillo oxidado metido en una de las ranuras del muelle del asiento, envoltorios de caramelos y una lata vacía de comida para niños que en algún momento contuvo puré de ciruelas pasas.

Por el retrovisor ve a sus compañeros sacando a rastras al hombre de los vaqueros. Tiene la cara arrugada. Se le ve el miedo en los ojos. Tose sangre y se mancha la barba. Grita sin parar. Lleva los brazos atados a la espalda con bridas de plástico. Lo inmovilizan boca abajo sobre la grava y le apuntan en el cogote con un subfusil.

Joona pasea la mirada por la cabina. Sus ojos saltan entre los botones, el micrófono y la palanca con mango de madera, pero ya no sabe qué buscar. Piensa en volver al vagón e inspeccionar los asientos, pero aun así se obliga a quedarse allí un poco más, a seguir paseando la mirada por el puesto de mando y el asiento del conductor.

¿Por qué Vicky y su madre tenían la llave de ese lugar?

Ahí no hay nada.

Joona se levanta y empieza a examinar los tornillos que sujetan la reja delante del conducto de ventilación cuando de pronto sus ojos miran a un lado y se detienen en una de las palabras pintadas en la pared: MAMÁ.

Da un paso atrás y ve de inmediato que casi todo lo que está escrito y grabado en las paredes son conversaciones entre Vicky y su madre. Eso debe de haber sido un sitio donde podían estar juntas sin que nadie las molestara, y cuando no coincidían se dejaban mensajes.

«Mamá, eran malos, no podía quedarme.»

«Tengo frío y necesito comida. Tengo que irme, pero vuelvo el lunes.»

«¡No estés triste, Vicky!, me metieron en un centro de acogida, por eso no te pude encontrar.»

«Gracias por los caramelos.»

«¡¡Pequeña!!, duermo aquí unos días. ¡¡Uffe es un cerdo!! Si puedes dejar un poco de dinero me iría bien.»

«Feliz Navidad, mamá.»

«A ver si entiendes que no te puedo devolver las llamadas.»

«Mamá, ¿estás enfadada conmigo por algo?»

Cuando Joona sale del vagón sus compañeros de las fuerzas de asalto le han dado la vuelta al hombre de la barba. Está llorando, sentado con la espalda apoyada en la pared. Parece muy desconcertado.

—Estoy buscando a una chica que va con un niño pequeño —dice Joona, se quita el chaleco antibalas y se pone de cuclillas delante del hombre.

—No me pegues —murmura él.

—Nadie te va a pegar, pero necesito saber si has visto a una chica por aquí, en este vagón.

—No la he tocado, sólo la seguí.

—¿Dónde está ahora?

—Sólo la seguí —responde y se lame la sangre de los labios.

—¿Estaba sola?

—No sé, se encerró en la cabina.

—¿Iba con un niño?

—¿Un niño? Sí, a lo mejor... a lo mejor...

—Responde como es debido —infiere el mando del equipo de asalto.

—La seguiste hasta aquí —continúa Joona—. Pero ¿qué hizo después?

—Se volvió a marchar —responde el hombre con mirada temerosa.

—¿Adónde? ¿Lo sabes?

—Por allí —contesta el hombre haciendo un gesto indefenso hacia el túnel.

—¿Está en el túnel? ¿Es eso lo que quieres decir?

—A lo mejor no... a lo mejor...

—¡Contesta! —grita el mando.

—Es que no lo sé —solloza el hombre.

—¿Puedes decir cuándo estuvo aquí? —pregunta Joona con calma—. ¿Ha sido hoy?

—Ahora mismo —dice—. Se puso a gritar y...

Joona empieza a correr por la vía secundaria y oye que a sus espaldas el mando sigue con el interrogatorio. Con voz afónica y brusca le pregunta al hombre qué ha hecho con la chica, si le ha puesto la mano encima. Joona corre a grandes zancadas a lo largo de unos raíles oxidados. Delante de él la oscuridad se mueve en formas humeantes.

Sube por una escalera que desemboca en un pasillo donde las tuberías corren al descubierto por el techo.

Al fondo ve una puerta. Entra luz que se refleja en el suelo húmedo de hormigón. La parte inferior de la puerta está destrozada y Joona consigue pasar por debajo. De repente está en el aire libre, sobre el balasto que sirve de cama para más de una docena de vías oxidadas que terminan juntándose en una cola de caballo ligeramente curvada.

A lo lejos ve la figura de una persona caminando. Es una mujer con un perro. Joona empieza a correr hacia ella. El metro le pasa por al lado a toda velocidad. El suelo tiembla. Joona no pierde de vista a la mujer, aunque sólo la ve de forma intermitente entre vagón y vagón, mientras sigue corriendo por la hierba del terraplén. El suelo está lleno de cristales rotos, basura y preservativos usados. Se oye un zumbido eléctrico y un nuevo convoy se acerca desde el barrio de Skärmarbrink. Joona casi ha alcanzado a la delgada mujer, cruza de un salto la vía, la agarra del brazo y le da la vuelta. La mujer se ve sorprendida y trata de golpearlo, pero él aparta la cara, el brazo se le escapa, consigue sujetarla por la chaqueta, la mujer le vuelve a dar un golpe, tira y se revuelve hasta liberarse de la chaqueta, el bolso termina en el suelo y la mujer cae de espaldas sobre la hierba.

Joona inmoviliza a la mujer contra el suelo, entre cardos y perifollo, le coge la mano en un acto reflejo, la retuerce hasta que suelta la piedra y trata de tranquilizarla.

—Sólo quiero hablar, sólo quiero...

—¡Déjeme en paz! —grita ella intentando escabullirse.

Patalea con furia, pero Joona le para las piernas y la contiene. La mujer respira asustada como un conejo. Sus pequeños pechos se elevan con los jadeos. Es una mujer muy delgada, tiene la cara curtida y los labios cortados. Tendrá unos cuarenta, o quizá sólo treinta. Cuando ve que no conseguirá liberarse empieza a susurrar perdón y a decir frases tímidas sobre la posibilidad de complacerlo.

—Tranquilícese —repite Joona y la suelta.

La mujer se levanta mirándolo con ojos medrosos y recoge el bolso del suelo. Sus brazos delgaduchos están llenos de cicatrices de inyecciones y en la cara interna de uno de sus antebrazos tiene marcas de haberse intentado borrar un tatuaje. Lleva una camiseta muy sucia en la que pone «Kafka tampoco se lo pasaba tan bien». La mujer se frota las comisuras de la boca, echa un vistazo a la vía y da unos pasos de lado para tantear a Joona.

—No se asuste, pero tengo que hablar con usted.

—No tengo tiempo —responde ella en seguida.

—¿Ha visto a alguien en el vagón en el que estaba, en el depósito?

—No sé de qué me habla.

—Estaba en un vagón de metro.

La mujer no responde, junta los labios y se rasca el cuello. Joona recoge su chaqueta del suelo, le pone bien las mangas y se la da. Ella la coge sin darle las gracias.

—Estoy buscando a una chica que...

—Déjeme en paz, yo no he hecho nada.

—Tampoco le estoy acusando —responde Joona en tono afable.

—Entonces ¿qué coño quiere?

—Estoy buscando a una niña que se llama Vicky.

—¿Qué tiene que ver conmigo?

Joona saca una foto de Vicky.

—No sé quién es —dice ella automáticamente.

—Mírela otra vez.

—¿Tiene dinero?

—No.

—¿No podría ayudarme con un poco de dinero?

Un tren de metro pasa por el puente provocando destellos y pequeños chirridos.

—Sé que suele meterse en la cabina del conductor —dice Joona.

—Fue Susie la que empezó a hacerlo —dice excusándose.

Joona le vuelve a enseñar la foto de Vicky.

—Es la hija de Susie —le explica él.

—No sabía que tuviera una hija —dice la mujer y se pasa la mano por la nariz.

El cable de alto voltaje empieza a silbar en el suelo.

—¿Cómo conoció a Susie?

—Estuvimos juntas en las parcelas de cultivo por un tiempo... Al principio yo estaba muy mal. Tenía hepatitis y no conseguía quitarme a Vadim de encima..., me dio todas las palizas que quiso, pero Susie me ayudó... Era dura de roer, la muy zorra, pero sin ella no habría podido aguantar el invierno, ni de coña... Pero cuando Susie murió cogí su cacharro para...

La mujer murmura algo y empieza a hurgar en el bolso hasta que saca una llave igual que la de Vicky.

—¿Por qué lo cogió?

—Todo el mundo lo habría hecho, joder, así es como funciona. En realidad se lo quité antes de que muriera —confiesa la mujer.

—¿Qué había en el vagón?

La mujer se pasa la mano por una comisura, suelta un taco entre dientes y da un paso al lado.

Dos trenes se están acercando por distintas vías. Uno llega de Blåsut y el otro de la estación de Skärmarbrinks.

—Necesito saberlo —dice Joona.

—Vale, qué cojones —responde ella con la mirada descontrolada—. Había algo de droga y un teléfono.

—¿Todavía tiene el teléfono?

El estruendo metálico aumenta de volumen.

—No puede demostrar que no es mío.

El primer metro pasa a gran velocidad haciendo temblar el suelo bajo sus pies. Algunas piedras sueltas saltan en el terraplén y la hierba se mueve con la corriente. Un vaso vacío de McDonald's rueda por la otra vía.

—Sólo quiero echarle un vistazo.

—Sí —se ríe ella.

La ropa les ondea con el aire. El perro ladra nervioso. La mujer da un paso atrás, hacia los trenes que se acercan, dice algo y luego empieza a correr hacia el depósito. Todo sucede tan de prisa que Joona no tiene tiempo de reaccionar. Es evidente que la mujer no ha visto el tren que llega en el otro sentido. El ruido que hace ya es ensordecedor. El tren ha conseguido coger velocidad y, para asombro de Joona, no se oye nada cuando el primer vagón arrolla a la mujer.

Simplemente desaparece debajo de los vagones.

En un instante que se le hace eterno, envuelto en el chirrido de los frenos, Joona tiene tiempo de ver las gotas de sangre recogidas en las hojas cóncavas de los pies de león que crecen junto a la vía. El tren se desgañita con el frenazo. Los vagones resuellan mientras reducen a trompicones la velocidad hasta que se detienen. Todo queda en silencio y pronto se vuelve a oír el zumbido de los insectos. El conductor se ha quedado helado en su puesto de mando. Una mancha de sangre corre por las traviesas entre los raíles hasta un revoltijo de carne y tela de color rojo. La peste de los frenos inunda toda la zona. El perro se mueve de un lado a otro y gime junto a la vía con el rabo entre las piernas sin saber dónde detenerse.

Joona se acerca despacio y recoge el bolso de la mujer. Cuando vierte el contenido sobre la hierba el perro se acerca a husmear. El viento se lleva varios envoltorios de caramelos y algunos billetes. Joona sólo coge el teléfono negro y va a sentarse en un zócalo de hormigón.

El viento del oeste arrastra olor a ciudad y a desechos.

Joona busca el número del buzón de voz, llama y oye que hay dos mensajes nuevos:

—«Hola, mamá» —dice una voz de niña y Joona entiende inmediatamente que se trata de Vicky —. «¿Por qué ya no me contestas? Si te vas a desintoxicar quiero saberlo primero. En el sitio nuevo estoy a gusto. A lo mejor ya te lo dije la otra vez...»

—«Registrado el día 1 de agosto a las veintitrés horas, diez minutos» —dice la voz automática.

—«Hola, mamá» —dice Vicky tensa y jadeando—. «Han pasado algunas cosas y necesito encontrarte, no puedo hablar demasiado, me han dejado un teléfono... Mamá, no sé qué hacer... no tengo adónde ir, a lo mejor tengo que pedirle ayuda a Tobias.»

—«Registrado ayer a las catorce horas, cinco minutos.»

De repente el sol se abre paso en el cielo gris. Las sombras se perfilan y la cara superior de los raíles brilla reluciente a lo largo de toda la vía.

Elin Frank se despierta en la cama de matrimonio del hotel. El resplandor verde del reloj del televisor inunda la suite presidencial. Las coloridas cortinas de decoración ocultan las cortinas negras que sirven para oscurecer el dormitorio.

Lleva muchas horas durmiendo.

El dulce olor de las flores del salón le provoca náuseas y el aire acondicionado reparte un frío irregular, pero Elin está demasiado cansada como para intentar apagarlo o llamar a recepción.

Piensa en las chicas en la casa junto al mar. Alguien tiene que saber algo más de lo que cuenta. Alguna tiene que haber sido testigo de lo que pasó.

La pequeña Tuula hablaba y se movía como si hirviera por dentro. A lo mejor ha visto algo que no se atreve a contar.

Elin recuerda cómo la niña la agarró por el pelo e intentó clavarle un tenedor en la cara.

Debería sentir más miedo del que está sintiendo.

Desliza la mano debajo de la almohada, siente el escozor de la herida en la muñeca y piensa en cómo hicieron piña las chicas para provocar a Daniel en cuanto encontraron un punto débil por donde cogerlo.

Elin rueda debajo de las sábanas y recuerda la cara de Daniel, su sugerente boca y sus ojos sensibles. Por ridículo que pueda parecer, se ha mantenido fiel a Jack hasta el desliz que cometió con el fotógrafo francés. Pero no lo ha hecho expresamente, por supuesto. Sabe que están separados y que él nunca volverá.

Después de la ducha Elin se unta con la crema hidratante del hotel, se cambia la venda de la muñeca y, por primera vez en la vida, se pone la ropa del día anterior.

Apenas logra comprender lo sucedido ayer. Todo empezó con el bondadoso comisario de la policía judicial confesándole que estaba convencido de que Vicky seguía con vida.

Sin dudarlo ni un segundo, Elin se metió en el coche y condujo sin parar hasta el hospital de Sundsvall, donde insistió hasta conseguir que la dejaran hacerle una visita al asistente social Daniel Grim.

Elin saca su neceser del bolso y empieza a maquillarse con movimientos pausados. La expresión de su cara está cargada de sentimientos.

Daniel la acompañó hasta Hårte y Elin encontró el llavero de Vicky.

En el camino de vuelta, Daniel intentó recordar si Vicky había mencionado algo sobre un tal Dennis. Se sentía frustrado y avergonzado por no poder dominar su propia memoria.

Siente un cosquilleo en el estómago cuando piensa en él. Como si estuviera cayendo al vacío. Y le gusta.

Era muy tarde cuando detuvo el coche delante de la casa del asistente, en Sundsvall. Un caminito de grava cruzaba un viejo jardín. Las ramas oscuras de los árboles se balanceaban con el viento delante de una casita roja con porche blanco.

Si Daniel le hubiera preguntado si quería entrar, seguramente Elin habría aceptado, y lo más probable es que se hubiera acabado acostando con él. Pero no se lo propuso, era un hombre delicado y amable y, cuando ella le dio las gracias por la ayuda, él se limitó a responder que aquel trayecto en coche le había ido mejor que cualquier terapia.

Elin se sintió terriblemente sola cuando lo vio cruzar la verja y subir hacia la casa. Se quedó un rato en el coche y luego volvió a Sundsvall y reservó una habitación en el First Hotel.

Su teléfono vibra en el bolso al lado de la fuente de fruta del salón y Elin corre a cogerlo. Es Joona Linna.

—¿Sigues en Sundsvall? —pregunta el comisario.

—Ahora mismo iba a dejar el hotel —dice Elin percibiendo una débil ola de miedo recorriéndole el cuerpo—. ¿Qué ha pasado?

—Nada, no te preocupes —dice él en seguida—. Sólo necesito ayuda con una cosa, si tienes tiempo.

—¿De qué se trata?

—Si no es demasiada molestia, te estaría muy agradecido si le preguntas una cosa a Daniel Grim.

—No hay problema —responde Elin en tono relajado pero al mismo tiempo incapaz de reprimir una sonrisa.

—Pregúntale si Vicky habló alguna vez de un tal Tobias.

—Dennis y Tobias —dice ella pensativa.

—Sólo Tobias... ahora mismo es la única pista que tenemos de Vicky.

Son las nueve menos cuarto de la mañana cuando Elin Frank avanza con el coche entre las casas unifamiliares de la calle Bruksgatan, donde el sol lo inunda todo. Aparca delante de un frondoso seto, se baja del vehículo y entra a través de la verja.

La casa está bien cuidada, el tejado negro a dos aguas parece nuevo y la ebanistería del porche reluce blanca. Ahí vivían juntos Daniel y Elisabet Grim hasta el viernes por la noche. Elin siente un escalofrío cuando llama al timbre. Espera un buen rato y oye el viento acariciando las hojas del abedul. Una cortadora de césped apaga el motor en alguno de los jardines vecinos. Elin llama por segunda vez, espera un momento y luego da la vuelta a la casa.

Un grupito de pájaros alza el vuelo en el césped. Junto a unas lilas altas hay un sillón columpio azul marino en el que está Daniel durmiendo. Tiene la cara pálida y está acurrucado como si soñara que está pasando frío.

Elin se acerca y él se despierta de sopetón. Se incorpora y la mira con ojos desconcertados.

—Hace demasiado frío para dormir aquí fuera —dice Elin en tono dulce y se sienta a su lado.

—No podía estar dentro de la casa —constata él y se aparta un poco para dejarle sitio.

—La policía me ha llamado esta mañana —dice ella.

—¿Qué querían?

—¿Vicky te habló alguna vez de un tal Tobias?

Daniel frunce el entrecejo y Elin está a punto de pedirle disculpas por presionarlo tanto cuando él levanta la mano para que no diga nada.

—Espera —dice rápidamente—, ése era el que tenía el ático en Estocolmo, estuvo viviendo con él durante un tiempo...

De repente en la cara cansada de Daniel aparece una amplia y cálida sonrisa:

—Calle Wollmar Yxkullsgatan, 9.

Elin tartamudea sorprendida y saca el teléfono del bolso. Daniel niega con la cabeza.

—¿Cómo demonios puedo acordarme de eso? —pregunta al aire—. Si se me ha olvidado todo. Ni siquiera recuerdo si mis padres tenían más de un nombre.

Elin se levanta del sillón columpio, da unos pasos por el césped bajo el sol, llama a Joona y le explica lo que acaba de descubrir. Puede oír cómo el comisario comienza a correr mientras hablan y, antes de cortar la llamada, oye la puerta de un coche que se cierra de golpe.

Elin se sienta al lado Daniel en el columpio del jardín y el corazón se le acelera. Sus piernas se tocan cálidamente. El asistente ha encontrado un viejo corcho de vino entre los cojines y lo está leyendo de cerca.

—Hicimos un curso de cata y empezamos a coleccionar vinos..., nada del otro mundo, pero hay algunos que son bastante buenos, me los regalaron en Navidad... de Burdeos... dos botellas de Château Haut-Brion 1970. Los queríamos beber cuando nos jubiláramos, Elisabet y yo... siempre se hacen tantos planes... Incluso hemos guardado un poco de marihuana. Por pura diversión. Solíamos hacer broma diciendo que cuando fuéramos viejos nos volveríamos jóvenes. La mejor época para poner la música a todo volumen y dormir toda la mañana.

—Tendría que volver a Estocolmo —dice ella.

—Sí.

Se mecen juntos un rato y los muelles chirrían por el óxido.

—Qué casa más bonita —dice Elin en voz baja.

Pone su mano sobre la de Daniel, él la gira y entrelazan los dedos. Se quedan en silencio mientras el columpio sigue balanceándose con su particular sonido.

Un mechón del pelo brillante de Elin le cae por la cara, ella lo aparta y se encuentra con la mirada de Daniel.

—Daniel —murmura.

—Sí —responde él con un susurro.

Elin lo mira y piensa que jamás ha necesitado el calor de una persona como lo necesita ahora. Hay algo en la mirada de Daniel, en su frente arrugada, que la conmueve profundamente. Le da un beso suave en la boca, sonríe y lo vuelve a besar, le envuelve la cara con las manos y lo besa de nuevo.

—Por Dios —dice él.

Elin le da otro beso, se rasca los labios con la barba del asistente, se desabrocha el escote del vestido y pone una mano de Daniel sobre sus pechos. Él la acaricia con suma delicadeza y roza uno de sus pezones.

La vulnerabilidad de Daniel es evidente en su rostro cuando Elin lo besa otra vez. Ella tantea con la mano hasta deslizarla por debajo de su camisa y el vientre de Daniel tiembla cuando la toca.

Una ola de deseo azota de repente a Elin en el bajo vientre, siente que le flaquean las piernas, le gustaría tumbarse sobre el césped junto a él o sentarse a horcajadas sobre sus caderas.

Cierra los ojos, se abraza a Daniel y él dice algo que no puede oír. La sangre le corre a toda prisa por las venas. Nota las manos calientes de Daniel sobre su cuerpo, pero de repente él las retira y se aparta.

—Elin, no puedo...

—Perdón, no quería... —dice ella e intenta relajar la respiración.

—Sólo necesito un poco de tiempo —le explica él con lágrimas en los ojos—. Ahora mismo todo esto es demasiado para mí, pero no quiero que salgas corriendo...

—No lo haré —responde ella tratando de sonreír.

Elin sale del jardín, se arregla el vestido y se sube al coche.

Se marcha de Sundsvall con las mejillas rojas y sintiendo un cosquilleo en las piernas. A los cinco minutos de trayecto se mete por un camino del bosque y detiene el vehículo, siente calor entre los muslos y tiene el corazón a mil. Se mira por el retrovisor. Le brillan los ojos y tiene los labios ligeramente hinchados.

Lleva las bragas empapadas, espumosas. La sangre le bombea en las sienes. Elin no recuerda la última vez que sintió semejante energía sexual.

Daniel parece extrañamente inconsciente del aspecto de Elin, como si la mirara directamente al corazón.

Elin intenta respirar con calma, espera un rato, pero luego mira a su alrededor en el camino, se sube el vestido, levanta el culo y se baja las braguitas hasta las rodillas. Se acaricia a sí misma de prisa y con las dos manos. El orgasmo es corto y violento. Elin Frank se queda jadeando y sudando con dos dedos dentro de su cuerpo y se deja llevar por el embrujo de los cautivadores rayos del sol abriéndose paso entre las ramas de los abetos.

Ya ha empezado a oscurecer cuando Flora se dirige a la pequeña planta de reciclaje que hay detrás del supermercado para buscar botellas y latas. No se quita los asesinatos de Sundsvall de la cabeza y ha empezado a imaginarse la vida de Miranda en el Centro Birgitta.

Se la imagina con ropa insinuante, fumando y soltando tacos a pleno pulmón. Al pasar por delante de las puertas correderas del súper vuelve al presente, se detiene más adelante y mira en los cartones que hay debajo del muelle de carga antes de continuar.

Entonces empieza a imaginarse a Miranda jugando al escondite con algunas amigas delante de una iglesia.

Ve a Miranda tapándose la cara para contar hasta cien y siente que se le acelera el pulso. Una niña de cinco años se marcha corriendo entre las lápidas y se ríe a carcajada limpia, aunque con un poco de miedo en el cuerpo.

Flora para delante de los contenedores de periódicos y cartones. Deja su bolsa, en la que ya tiene algunas latas y botellas de plástico PET, se acerca al contenedor de vidrio transparente y alumbra con la linterna. Una luz casi cegadora recorre los trozos de cristal y las botellas enteras. Al fondo de todo, casi en la esquina, Flora descubre una botella por la que podría sacar unas coronas. Estira el brazo por la abertura y tantea a ciegas con cuidado. La planta de reciclaje está desierta. Flora se estira aún más y de pronto nota que está tocando algo. Es como una sutil caricia en el anverso de la mano y al instante siguiente se corta los dedos con un cristal roto, saca el brazo de un tirón y se aparta.

Un perro empieza a ladrar a lo lejos y después Flora oye un crujido lento entre los cristales del gran contenedor.

Se aleja corriendo de la planta de reciclaje, camina un tramo con el corazón a galope y respira nerviosa. Los cortes en los dedos le escuecen. Mira a su alrededor y piensa que el fantasma se escondía entre los trozos de vidrio.

«Veo a la chica muerta cuando era pequeña —piensa—. Miranda me persigue porque me quiere mostrar algo, no me deja en paz porque yo la he atraído a este mundo a través de las sesiones.»

Flora se chupa la sangre de las yemas de los dedos y se imagina a la chica intentando agarrarla de la mano.

—Alguien estuvo allí y lo vio todo —se imagina que susurraría la niña—. No tenía que haber testigos, pero los hubo...

Flora acelera el paso otra vez, se mira por encima del hombro y pega un grito al chocar con un hombre que sonríe y suelta un «¡ups!» antes de verla marchar a toda prisa.

Joona se mete a paso ligero en el portal del número 9 de la calle Wollmar Yxkullsgatan. Sube corriendo por la escalera hasta el ático y llama al timbre de la única puerta que hay. Su pulso se tranquiliza mientras espera. En la placa de latón de la puerta está grabado el nombre de HORÁČKOVÁ en el metal, y en un trozo de cinta adhesiva transparente pegado justo encima pone Lundhagen. Joona llama a la puerta con golpes fuertes, pero dentro no se oye nada. Se agacha y mira por la boca del buzón. El piso está a oscuras, pero puede ver que el suelo del recibidor está lleno de correo y propaganda. Vuelve a llamar al timbre, espera un momento y luego marca el número de Anja.

—¿Puedes comprobar a Tobias HORÁČKOVÁ?

—No sale —responde su secretaria al cabo de unos segundos.

—Horáčková en la calle Wollmar Yxkullsgatan, 9.

—Sí, Viktoriya Horáčková —dice ella sin dejar de teclear en el ordenador.

—¿Aparece algún Tobias Lundhagen? —pregunta Joona.

—Sólo te diré que Viktoriya Horáčková es hija de un diplomático checo.

—¿Hay algún Tobias Lundhagen?

—Sí, vive allí, como realquilado o quizá compartiendo el piso.

—Gracias.

—Joona, espera —se apresura a decir Anja.

—Sí.

—Tres pequeños detalles... No puedes entrar en un piso que es propiedad de un diplomático sin una orden de un tribunal...

—Es un detalle, sí —dice él.

—Los de Asuntos Internos te esperan dentro de veinticinco minutos.

—No tengo tiempo.

—Y a las cuatro y media tienes reunión con Carlos.

Joona está sentado con la espalda erguida en una butaca en la sede oficial del Ministerio Público para Asuntos Policiales. El jefe de Asuntos Internos está leyendo con voz monótona el informe de la primera declaración de Joona y luego le pasa el documento para que le dé el visto bueno y lo firme.

Mikael Båge se sorbe los mocos, le entrega los papeles a Helena Fiorine, la secretaria ejecutiva, y luego sigue leyendo toda la declaración testimonial de Göran Stone de la policía secreta.

Tres horas más tarde, Joona cruza a pie el puente Kungsbron y camina el último trecho hasta llegar a comisaría. Coge el ascensor hasta la octava planta, llama a la puerta del despacho de Carlos Eliasson y se sienta a la mesa en la que ya lo están esperando sus compañeros Petter Näslund, Benny Rubin y Magdalena Ronander.

—Joona, soy una persona bastante razonable, pero ya está bien de todo esto —dice Carlos mientras les da de comer a sus peces del paraíso.

—La Fuerza Nacional de Asalto —dice Petter con sonrisa maliciosa.

Magdalena está callada con la mirada fija en la mesa.

—Pide perdón —ordena Carlos.

—¿Por intentar salvar la vida a un niño? —dice Joona.

—No, porque sabes que has cometido un error.

—Perdón —dice Joona.

Petter suelta una risita y se seca el sudor de la frente.

—Quedas suspendido —continúa Carlos—. De toda actividad, hasta que Asuntos Internos termine su investigación.

—¿Quién me sustituye? —pregunta Joona.

—El caso de los homicidios en el Centro Birgitta ha quedado relegado a un segundo plano y lo más probable es...

—Vicky Bennet está viva —lo interrumpe Joona.

—Y lo más probable —continúa su jefe— es que mañana mismo la fiscal dé la orden de cerrar el caso.

—Está viva.

—Corta ya, por Dios —dice Benny—. Yo mismo he mirado la grabación y...

Carlos le hace callar con un gesto y luego dice:

—No hay nada que confirme que lo que registró la cámara de la gasolinera fueran Vicky y el niño.

—Anteayer dejó un mensaje en el buzón de voz de su madre —dice Joona.

—Vicky no tiene teléfono y su madre está muerta —dice Magdalena con gravedad.

—Joona, te has vuelto descuidado —agrega Petter compadeciéndose.

Carlos se aclara la garganta, duda un instante pero en seguida toma aire:

—Esto no me resulta divertido —admite despacio.

Petter lo mira con expectación, Magdalena se sonroja y vuelve a clavar los ojos en la mesa y Benny hace garabatos en una hoja.

—Me tomo un mes de excedencia —dice Joona.

—Bien —suspira Carlos al instante—. Eso resuelve...

—Si primero me dejas entrar en un piso —termina Joona.

—¿Un piso?

La expresión de Carlos se vuelve sombría y luego se desploma sobre la silla como si le fallaran las fuerzas.

—Lo compró el embajador de la República Checa en Suecia hace diecisiete años... Después se lo cedió a su hija de veinte.

—Olvídalo —suspira Carlos.

—Pero ella no lo ha usado en doce años.

—Eso no importa. Mientras sea propiedad de una persona con inmunidad diplomática el párrafo 21 no tiene ninguna relevancia.

Anja Larsson entra sin llamar a la puerta. Lleva la melena rubia recogida en un moño pedantemente arreglado y los labios bañados en un pintalabios con purpurina. Se acerca a Carlos, lo mira y le señala las mejillas.

—Llevas la cara sucia —dice.

—¿Barba? —dice Carlos en voz baja.

—¿Qué?

—A lo mejor he olvidado afeitarme —dice Carlos.

—No te queda nada bien.

—No —responde él con mirada alicaída.

—Tengo que hablar con Joona —dice Anja—. ¿Habéis terminado?

—No —contesta Carlos con voz insegura—. Vamos...

Anja se inclina un poco por encima del escritorio. El collar de perlas rojas artificiales se balancea en el angosto espacio que se abre entre sus pechos. A Carlos se le van los ojos directamente al escote de Anja y tiene que ahogar el impulso de decir que está casado.

—Parece que te vaya a dar algo —dice Anja con interés.

—Sí —dice él entre dientes.

Los compañeros se limitan a observar en silencio mientras Joona se levanta de la silla y sale al pasillo con Anja.

Van hasta el ascensor y aprietan el botón.

—¿Qué querías, Anja? —le pregunta.

—Ya vuelves a estar estresado —dice ella y saca un caramelo envuelto en un papel a rayas—. Sólo quería decirte que Flora Hansen me ha llamado y...

—Necesito una orden de registro domiciliario.

Anja niega con la cabeza, desenvuelve el caramelo y se lo pone a Joona entre los labios.

—Flora quería devolverte el dinero...

—Me mintió —la interrumpe Joona.

—Ahora sólo quería que la escucháramos —explica Anja—. Flora me decía que hay un testigo... La verdad es que parecía realmente asustada y no paraba de repetir que tenías que creerla, que no quiere dinero, que sólo quiere que la escuchemos.

—Tengo que entrar en el piso de la calle Wollmar Yxkullsgatan.

—Joona —suspira Anja rendida.

Le quita el papel a otro caramelo, lo pone delante de la boca de Joona y hace morritos con los labios. Él se lo come, Anja ríe encantada y saca otro para desenvolverlo. Se apresura a ponérselo delante de la boca, pero es demasiado tarde; Joona ya se ha metido en el ascensor.

Al final de la calle Wollmar Yxkullsgatan hay ahora varios globos colgando en una de las puertas. En el patio se oyen voces de niños cantando una canción. Joona entra en el zaguán y echa un vistazo: un pequeño jardín con césped y un manzano. Bajo los últimos rayos del sol hay una mesa con platitos de colores y vasos de plástico, globos y serpentinas. Una mujer embarazada está sentada en una silla blanca de jardín. Va maquillada de gata y les grita algo a los niños, que corretean por el patio. Joona siente una punzada de añoranza. De repente una de las niñas abandona el juego y se le acerca corriendo.

—Hola —dice, pasa por su lado y va hasta la puerta con los globos.

Sus pies descalzos dejan huellas en el suelo de mármol del portal. La niña abre la puerta y Joona la oye gritar que tiene que orinar. Uno de los globos se desprende y cae hasta chocar con su sombra rosa en el suelo. Joona ve que toda la escalera está repleta de huellas de pies descalzos: van y vuelven de la puerta de la calle, escaleras arriba y abajo, por delante de la trampilla de la basura y hasta la puerta de los trasteros.

Joona sube por segunda vez al ático y llama al timbre. Mira de nuevo la placa de latón con el apellido Horáčková y el papel en el que pone Lundhagen.

Todavía puede oír las voces de los críos, aunque más apagadas. Vuelve a llamar al timbre y justo cuando saca el estuche con las ganzúas la puerta se abre. Al otro lado hay un hombre de unos treinta años con el pelo alborotado. La cadena del cerrojo se balancea contra el marco. El suelo del estrecho recibidor está lleno de correo y propaganda. Una escalera de ladrillo pintada de blanco sube en mitad del piso.

—¿Tobias?

—¿Quién quiere saberlo? —pregunta el hombre.

Lleva camisa de manga corta y vaqueros negros. Tiene el pelo tieso y embadurnado de gomina y la tez un poco amarillenta.

—Policía judicial —dice Joona.

—*No shit* —sonríe el hombre sorprendido.

—¿Puedo entrar?

—La verdad es que ahora no puedo, estaba a punto de irme, pero si...

—Conoce a Vicky Bennet —lo interrumpe Joona.

—Será mejor que entre un momento —dice Tobias, serio.

Cuando suben por la corta escalera Joona toma de pronto conciencia de lo que pesa su nueva arma en la funda. Llegan a una especie de desván abuhardillado con techos inclinados. En una mesita de centro hay un cuenco de cerámica con golosinas y en una de las paredes cuelga un grabado que representa una especie de mujer gótica con alas de ángel y pechos grandes.

Tobias se sienta en el sofá e intenta cerrar una maleta sucia que tiene al lado, pero se da por vencido y se reclina sobre los cojines.

—Quiere hablar de Vicky —dice Tobias, estira el brazo y coge un puñado de golosinas del cuenco.

—¿Cuándo supo de ella por última vez? —pregunta Joona echando un vistazo a un montón de sobres cerrados que hay encima de un aparador.

—Pues... —suspira Tobias— no lo sé. Debe de haber pasado por lo menos un año, me llamó desde... joder —dice al caérsele una chuchería.

—¿Qué iba a decir?

—Sólo que me llamó desde... Uddevalla, me parece, estuvo hablando un buen rato, pero la verdad es que no sé qué quería.

—¿Ninguna llamada en el último mes?

—No.

Joona abre la puertecilla de madera del vestidor. Dentro hay cuatro equipos de hockey sobre hielo en sus respectivas cajas y en un estante hay un ordenador rayado.

—Tendría que irme ya —le dice Tobias.

—¿Cuándo estuvo viviendo aquí?

Tobias intenta cerrar la maleta otra vez. Una ventana que da al patio ha quedado entreabierta y se puede oír cómo le cantan al cumpleañero.

—Hace casi tres años.

—¿Cuánto tiempo?

—No estaba siempre aquí, pero en total fueron siete meses —responde Tobias.

—¿Adónde iba cuando no estaba aquí?

—Quién sabe...

—¿Usted no lo sabe?

—La eché de casa algunas veces... o sea... creo que no lo entiende, no era más que una cría, pero esa niña puede ser un auténtico coñazo si la tienes en una habitación con muebles.

—¿En qué sentido?

—Lo de siempre..., drogas, robos e intentos de suicidio —dice Tobias rascándose la cabeza—. Pero nunca me imaginé que podría matar a alguien. Me he comprado el *Expressen* cada día para enterarme... Vaya una que se ha montado.

Tobias echa un vistazo al reloj y luego se encuentra con la mirada gris y tranquila del comisario.

—¿Por qué? —pregunta Joona al cabo de unos segundos.

—¿Cómo? —dice Tobias ruborizado.

—¿Por qué la dejó vivir aquí?

—De pequeño yo también las pasé putas —responde con una sonrisa, y por tercera vez trata de cerrar la cremallera de la maleta en el suelo.

Está llena de libros electrónicos en sus cajas originales.

—¿Le ayudo?

Joona junta las dos cremalleras mientras Tobias corre la hebilla a la izquierda hasta cerrar la maleta.

—Disculpe por esto —dice dándole unas palmadas al bulto—. Pero le aseguro que no es mío, se los estaba guardando a un amigo.

—Pues nada —dice Joona.

Tobias suelta una risotada y un trozo de golosina sale disparado y cae sobre la alfombra. Se levanta y arrastra la maleta escaleras abajo hasta el recibidor. Joona le sigue los pasos hasta la puerta.

—¿Cómo piensa Vicky? ¿Dónde se esconde? —pregunta.

—No lo sé, en cualquier sitio.

—¿En quién confía? —pregunta Joona.

—En nadie —responde él, abre la puerta y sale al rellano.

—¿Confía en usted?

—Lo dudo.

—O sea que no hay riesgo de que venga aquí.

Joona se queda en el recibidor y abre discretamente el armario de llaves de la pared.

—No, pero a lo mejor acude a casa de... no, olvídelo —dice Tobias mientras llama al ascensor.

—¿Qué iba a decir? —pregunta Joona mientras hurga entre las llaves.

—Empiezo a tener mucha prisa.

Con mucho cuidado, Joona quita del gancho las llaves de repuesto del piso y se las mete en el

bolsillo antes de salir, cierra la puerta y se mete en el ascensor al lado de Tobias.

Bajan del ascensor y en el zaguán oyen los gritos alegres provenientes del patio comunitario. Los globos de la puerta rebotan suavemente entre sí con la corriente de aire. Los dos hombres salen al sol de la calle. Tobias se detiene y mira a Joona, se rasca una ceja y luego desliza la mirada por la calle.

—Iba a decir algo de un sitio al que a lo mejor acudiría —dice Joona.

—Ni siquiera me acuerdo de cómo se llama —le explica Tobias haciéndose sombra con una mano sobre los ojos—. Pero le hace de padre a Mickan, una chica que conozco... y sé que antes de que Vicky viniera a mi casa dormía en un sillón-cama en la suya, en la plaza de Mosebacke torg..., perdone, pero no sé por qué le estoy contando esto.

—¿Qué dirección?

Tobias niega con la cabeza y coloca bien la pesada maleta.

—Era la casita blanca, justo enfrente del teatro.

Joona lo ve doblar la esquina con el material robado en la maleta y piensa en coger el coche y subir a Mosebacke torg, pero al mismo tiempo hay algo que le impide despegar los pies para marcharse y que le está causando una extraña sensación de alerta. De pronto tiene frío. Ya ha caído la tarde y lleva muchas horas sin dormir ni comer. El dolor de cabeza le dificulta la concentración todavía más. Joona empieza a caminar hacia el coche, pero se detiene tan pronto cae en la cuenta de lo que no encaja.

No puede evitar sonreír para sí.

Es increíble que lo haya pasado por alto. Debe de estar realmente cansado si no lo ha visto hasta ahora.

A lo mejor era un poco demasiado evidente, como la pista que falta en un típico juego de detectives.

Tobias ha dicho que ha seguido el caso a diario leyendo el periódico *Expressen*, pero hablaba todo el rato como si supiera que Vicky estaba viva.

En principio, Joona es el único que cree que la niña está viva.

Los periodistas de todo el país escribieron que Vicky y Dante se habían ahogado en el río Indalsälven el miércoles pasado. No se han cansado de machacar a la policía por el daño que su lentitud le ha causado a la madre de Dante e incluso han instado a la mujer a que denuncie a las autoridades.

Pero Tobias sabe que Vicky está viva.

De pronto la clarividencia arrastra consigo otra observación.

Joona sabe lo que han visto sus ojos y en lugar de intentar alcanzar a Tobias da media vuelta y vuelve a toda prisa al número 9 de la calle Wollmar Yxkullsgatan.

De pronto su cerebro ha recuperado la imagen del globo rosa que se ha descolgado de la puerta. Ha rodado casi ingrávido sobre las baldosas de mármol del portal.

El suelo estaba lleno de huellas de niño. Habían estado jugando a perseguirse por la escalera y por el patio.

Joona se repite a sí mismo que puede que Vicky todavía vaya descalza después de haber perdido las zapatillas en el río. Abre el portal, entra corriendo al zaguán y comprueba que no le ha fallado la memoria.

Algunas de las huellas más grandes van directamente a la puerta de los trasteros. Pero no hacen el camino de vuelta.

Joona sigue las pisadas hasta una puerta de metal, saca las llaves que ha cogido en el piso de Tobias y abre la cerradura. Con una mano tantea hasta encontrar el interruptor de la luz. La pesada puerta se cierra con un golpe a sus espaldas. Todo queda a oscuras y luego un fluorescente parpadea hasta encenderse. Las paredes irradian frío y Joona percibe un olor a podrido que llega desde el cuarto de la basura a través de un conducto de ventilación. Se queda un rato completamente quieto y agudizando el oído antes de bajar por la empinada escalera.

Baja a un cuarto para bicicletas abarrotado, se abre paso entre trineos, bicis y carritos de niño y continúa por un pasillo de techo bajo, por el que corren tuberías aisladas. Las separaciones que conforman los distintos trasteros son de tela metálica.

Joona enciende la luz y da unos pasos por el pasillo. A su lado suena un rugido, se vuelve y ve que se ha puesto en marcha el motor del ascensor.

Hay un fuerte olor a orina en el ambiente.

De repente oye movimiento al fondo del trastero.

Joona recuerda la foto de Vicky que habían utilizado para la búsqueda. Se le hace difícil imaginarse esa cara tímida y retraída transformándose en algo completamente diferente, llenándose de una rabia incontrolable. La única manera de que pudiera blandir el pesado martillo era cogiéndolo con las dos manos. Intenta imaginársela dando martillazos mientras la sangre le salpica la cara, sigue asestando golpes, se limpia la sangre de un ojo con el hombro y luego vuelve a golpear.

Joona intenta respirar en silencio mientras con la mano izquierda se abre la americana y desenfunda el arma. Todavía no se ha acostumbrado del todo al peso y al punto de equilibrio de la pistola nueva.

En un trastero hay un caballo de palo con el hocico aplastado contra la reja. Detrás hay esquís con cantos de hierro, bastones y un palo de cortina de latón.

Parece como si hubiera alguien arrastrando los pies por el hormigón, pero Joona no logra ver nada.

Siente un escalofrío al pensar que Vicky puede haberse escondido debajo del montón de trineos que acaba de dejar atrás y se le esté acercando por la espalda.

Se oye un ruido y Joona se vuelve para mirar.

El pasillo está vacío.

Las tuberías del desagüe traquetean en el techo.

Justo cuando se vuelve otra vez se apagan las luces de forma automática y todo queda a oscuras. Joona no ve nada, tantea con la mano y nota la reja de un trastero. Unos metros más adelante ve una lucecita que brilla dentro de la cubierta de plástico del interruptor.

Una luz amarilla y temblorosa para indicar dónde está el botón.

Joona espera un momento a que sus ojos se acostumbren a la oscuridad antes de empezar a caminar.

De repente la lucecita del interruptor se apaga.

Joona se queda quieto y agudiza el oído.

Tarda un segundo en comprender que la luz está tapada, alguien se ha puesto justo delante.

Se agacha con cuidado para no convertirse en la diana de un ataque a ciegas.

El motor del ascensor empieza a rugir otra vez detrás de una puerta y de repente la lucecita vuelve a aparecer.

Joona retrocede y al mismo tiempo oye que hay alguien más moviéndose.

En uno de los trasteros que Joona tiene delante hay una persona.

—Vicky —dice en la oscuridad.

De repente la puerta del sótano se abre, se oyen voces en el zaguán de arriba y unos pasos que bajan por la escalera hasta el cuarto de las bicicletas mientras los fluorescentes se encienden y se apagan.

Joona aprovecha la oportunidad, da unos pasos rápidos al frente, ve un movimiento dentro de uno de los trasteros y apunta con la pistola a un cuerpo agachado.

Los torpes parpadeos de los fluorescentes azotan la oscuridad hasta que la iluminan por completo. La puerta del cuarto de las bicis se cierra y las voces se alejan.

Joona enfunda la pistola, rompe el candadito de una patada y se mete en el trastero. La figura con la que se encuentra es mucho más pequeña de lo que le había parecido en un primer momento. La espalda encorvada se agita nerviosa con la respiración.

Sin lugar a dudas, la niña que tiene delante es Vicky Bennet.

Le han tapado la boca con precinto y tiene los delgados brazos doblados en alto por detrás de la espalda, atados a la reja.

Joona se acerca a toda prisa para desatar las cuerdas mientras Vicky sigue respirando nerviosa con la cabeza gacha. Está muy sucia y el pelo le cae en mechones enmarañados por la cara.

—Vicky, te voy a sol...

Justo cuando se agacha, la niña lo sorprende con una patada directa en la frente. Es tan fuerte que Joona se tambalea hacia atrás. Vicky se cuelga de sus brazos retorcidos y le da otra patada en el pecho. Sus hombros están a punto de dislocarse por el peso. Lanza otra patada, pero ahora Joona la bloquea con la mano. Vicky grita por detrás del precinto, patalea y se abalanza contra el comisario con tanto impulso que la reja acaba cediendo. Vicky tira con los dos brazos y trata de alcanzar una barra de hierro, pero Joona recurre a la superioridad de sus fuerzas para tirarla al suelo. Luego la inmoviliza con la rodilla y le pone las esposas antes de quitarle las cuerdas y el precinto.

—¡Te voy a matar! —grita Vicky.

—Soy comisario de la...

—Pues viólame, hazlo, me da igual, te buscaré y te mataré, a ti, a todos...

—Vicky —repite Joona alzando la voz—. Soy comisario de la policía judicial y necesito saber dónde está Dante.

Vicky Bennet jadea frenéticamente con la boca entreabierta y mira a Joona con sus ojos oscuros. Tiene líneas de sangre y suciedad en la cara y parece extenuada.

—Si eres policía tienes que detener a Tobias —dice afónica.

—Acabo de hablar con él —le dice Joona—. Se iba a vender unos libros electrónicos que ha...

—Cabrón —dice ella jadeando.

—Vicky, sabes que tengo que llevarte a comisaría.

—Qué coño, pues hazlo, me importa una mierda...

—Pero primero... primero me tienes que decir dónde está el chico.

—Tobias se lo llevó, le creí —dice Vicky y aparta la cara.

Le empieza a temblar todo el cuerpo.

—Le volví a creer, le...

—¿Qué intentas decir?

—De todos modos no me vas a escuchar —dice ella y mira a Joona con ojos llorosos.

—Te escucho.

—Tobias me prometió que iba a devolver a Dante a su madre.

—No lo ha hecho —dice Joona.

—Ya lo sé, me lo creí todo... Soy tan imbécil, he...

Se le quiebra la voz y el pánico se desvela en sus ojos:

—¿Es que no lo ves? Va a vender al chico, ¡lo va a vender!

—¿Qué quieres decir...?

—¿Es que no me entiendes o qué? ¡Lo has dejado escapar! —grita.

—¿A qué te refieres con vender?

—¡No hay tiempo! Tobias es... va a vender a Dante a gente que lo volverá a vender, y después de eso será imposible encontrarlo.

Cruzan a toda prisa el cuarto de las bicis y suben corriendo la escalera. Joona lleva a Vicky del antebrazo y con la otra mano llama a la centralita de la policía provincial.

—Necesito una patrulla en el número 9 de la calle Wollmar Yxkullsgatan para recoger a una sospechosa de homicidio —dice rápidamente—. Y necesito ayuda para rastrear a un sospechoso de secuestro...

Cruzan el zaguán y salen a la luz de la tarde. Joona señala la dirección en la que tiene el coche y explica en actitud alerta:

—Se llama Tobias Lundhagen y... Espera —dice Joona y mira a Vicky—. ¿Qué coche tiene?

—Uno grande de color negro —dice ella marcando la altura con la mano—. Lo reconozco si lo veo.

—¿Qué marca es?

—Ni idea.

—¿Cómo es? ¿Es un todoterreno urbano, un monovolumen, una furgoneta?

—No lo sé.

—¿No sabes si es...?

—¡Coño, lo siento! —grita Vicky.

Joona corta la llamada, coge a Vicky por los hombros y la mira a los ojos.

—¿A quién le va a vender a Dante? —pregunta.

—No lo sé, por Dios, no sé...

—Pero ¿cómo sabes que lo va a vender? ¿Te lo ha dicho? ¿Le has oído decirlo? —pregunta Joona sin soltar la angustiada mirada de la niña.

—Lo conozco... Yo...

—¿Qué pasa?

Vicky responde con un hilo de voz que se rompe por el estrés:

—Al matadero, vamos a la zona del matadero.

—Súbete al coche —responde Joona.

El último tramo lo hacen corriendo. Joona le grita que se dé prisa, Vicky se sienta con los brazos esposados a la espalda, Joona da la vuelta al coche, arranca y pisa el acelerador. Los neumáticos escupen gravilla. Giran bruscamente por la calle Timmermansgatan y Vicky cae a un lado.

Con un movimiento ágil se pasa las manos por debajo del culo para tener los brazos delante.

—Ponte el cinturón.

Alcanzan los noventa kilómetros por hora, frenan, avanzan unos metros con las ruedas rebotando sobre el asfalto y se meten por la calle Hornsgatan.

Una mujer se detiene en medio de la calle para mirar algo en el móvil.

—¡Idiota! —grita Vicky.

Joona pasa a la mujer por el lado equivocado del refugio y se encuentra con un autobús de cara, pero tiene tiempo de volver a su carril, bordea la plaza Mariatorget y vuelve a aumentar la velocidad. Cerca de la iglesia hay un vagabundo buscando latas en una papelera y luego baja a la calle con el saco a la espalda.

Vicky contiene la respiración y se acurruca en el asiento. Joona se ve obligado a dar un volantazo e invadir el carril bici. Un coche que llega en sentido contrario le pita enervado. Joona acelera otra vez, hace caso omiso de los semáforos, gira a la derecha y pisa a fondo para meterse en el túnel de Söder.

El resplandor de las farolas en las paredes parpadea monótono en el interior del coche. Vicky mira al frente con expresión fija, casi petrificada. Tiene los labios cortados y la piel cubierta con una película de barro.

—¿Por qué el matadero? —pregunta Joona.

—Allí es donde Tobias me vendió a mí —responde ella.

La zona del matadero se construyó al sur de Estocolmo como consecuencia de la ley de inspección sanitaria en mataderos de 1897 y sigue siendo la mayor instalación de despiece y tratamiento de carne del norte de Europa.

En el túnel de Söder hay poco tráfico y Joona aprovecha para seguir acelerando. Junto a los enormes ventiladores hay papeles de periódico volando en el aire.

A su lado está Vicky Bennet y con el rabillo del ojo ve que se está mordiendo las uñas.

La unidad de radio del coche carraspea mientras Joona solicita refuerzos y una ambulancia, dice que probablemente se trate de la zona del matadero de Johanneshov, pero explica que por el momento no tiene una dirección exacta.

—Volveré a llamar —dice justo cuando el coche pasa por encima de los restos de un neumático.

El largo y curvado túnel parece absorberlos a una velocidad de vértigo mientras avanzan bajo la luz titilante de las farolas y junto a las marcas viales de la pared.

—Más de prisa —dice Vicky apoyando las manos sobre la guantera para protegerse en caso de colisión.

La luz parpadea estroboscópica en su cara sucia y pálida.

—Le dije que le daría el doble si me prestaba algo de dinero y me conseguía un pasaporte... Él me prometió que Dante volvería con su madre... y yo le creí, ¿te parece normal?, después de todo lo que ha hecho conmigo...

Se golpea la cabeza con los puños.

—¿Cómo coño puedo ser tan imbécil? —dice entre dientes—. Él sólo quería a Dante... me dio una paliza con un tubo y me encerró. Soy gilipollas, estaría mejor muerta...

Cruzadas las aguas del canal de Hammarbyleden pasan por debajo del viaducto de Nynäsvägen y continúan bordeando el Globen. El gran estadio descansa como un gigantesco cuerpo celeste al lado el campo de fútbol.

Poco después de las calles comerciales los edificios pierden altura y se vuelven funcionales. Se meten con el coche en una área vallada llena de almacenes industriales y remolques aparcados. A lo lejos se ve el cartel de neón que cuelga sobre los carriles de la avenida. Sobre fondo rojo brillan unas letras blancas como el hielo: ÁREA DEL MATADERO.

Las barreras están levantadas y Joona las cruza haciendo botar los neumáticos.

—¿Adónde vamos ahora? —pregunta mientras avanza junto a un almacén de color gris.

Vicky se muerde los labios y busca desorientada con la mirada.

—No lo sé.

El cielo está oscuro, pero hay farolas y carteles luminosos encendidos alrededor del polígono laberíntico. Ha cesado prácticamente toda la actividad del día, pero al final de una calle perpendicular hay una grúa que está subiendo un contenedor azul a la plataforma de carga con un chirrido penetrante.

Joona pasa por delante de una casa sucia con un panel abollado que anuncia chuletones y después se acerca a unos edificios verdes de aluminio con vallas cerradas delante de una glorieta.

Pasan junto a un edificio de ladrillo amarillo con muelle de carga y contenedores oxidados y doblan la esquina del edificio principal del matadero.

No se ve ni una alma.

Continúan por una calle más oscura con grandes conductos de ventilación, cubos de basura y jaulas de transporte.

En la zona de aparcamiento, debajo de un cartel en el que pone SALCHICHAS SUCULENTAS PARA TI, hay una furgoneta con un dibujo pornográfico en el lateral.

El coche pasa con un fuerte chasquido por encima de una alcantarilla deformada. Joona gira a la izquierda donde termina una barandilla. Un grupo de gaviotas alza el vuelo desde una pila de palets.

—¡Allí! ¡Allí está el coche! —grita Vicky—. Es el suyo... Reconozco el sitio, es allí dentro.

Frente a un edificio de color hígado, con ventanas sucias y persianas de aluminio, puede verse una furgoneta negra con la bandera confederada de Estados Unidos en la ventana de atrás.

Al otro lado de la calle hay cuatro turismos aparcados en paralelo junto a la acera. Joona conduce con cautela por delante de la casa, gira a la izquierda y se detiene delante de un edificio de ladrillo. Tres banderolas con logos de empresa ondean al viento. Sin decir nada, Joona saca la llavecita, suelta una mano de Vicky y se la esposa al volante antes de bajarse del coche. Ella lo mira con ojos oscuros, pero no protesta.

Por la ventanilla ve al comisario corriendo bajo la luz de una farola. El viento sopla fuerte y levanta porquería del suelo.

Entre los edificios hay un callejón con muelles de carga, escaleras de hierro y contenedores para restos de carne.

Joona llega a la puerta que le ha señalado Vicky, mira hacia atrás y echa un vistazo al polígono desierto. Muy lejos hay una carretilla de carga dando vueltas dentro de un edificio parecido a un hangar.

Sube por una escalera de hierro, abre la puerta y aparece en un pasillo con una alfombra de plástico. Pasa sin hacer ruido por delante de tres despachos de paredes delgadas. En una maceta blanca llena de bolas de arlita hay un limonero de plástico cubierto de polvo. Entre las ramas hay restos de las guirnaldas de Navidad. En la pared, una licencia de matadero de 1943 enmarcada, emitida por el Comité de Crisis de Estocolmo.

En la puerta de hierro del final del pasillo hay un cartel plastificado con normas de higiene y reciclaje. Alguien ha escrito «manipulación de pollas» atravesado sobre la normativa. Joona abre la puerta un par de centímetros, pega la oreja y oye voces lejanas.

Con mucho cuidado echa un vistazo a una gran sala de máquinas para despiece en línea, con medición automatizada de medios cerdos. El suelo de gres amarillo y las mesas de acero inoxidable brillan débilmente. Por debajo de la tapa de un cubo de basura asoma un delantal de plástico con restos de sangre.

Joona desenfunda la pistola sin hacer ruido y siente un ligero cosquilleo en el corazón cuando aspira el aroma de la grasa del arma.

Joona entra en la sala agazapado, con el arma en la mano y pegado a las máquinas. Siente el olor dulzón que emanan los desagües enjuagados y las alfombras sintéticas al mismo tiempo que cae en la cuenta de que al final no le ha confirmado ninguna dirección a la centralita de la policía provincial. Probablemente ya hayan llegado a la zona del matadero, pero pueden tardar un rato en encontrar a Vicky.

El recuerdo le viene a la mente igual de repentino que despiadado. Los segundos en los que nuestra vida queda expuesta están en constante movimiento. Los tiempos se funden. Joona tenía once años y el rector fue a buscarlo a la clase, lo sacó al pasillo y le explicó lo que había pasado sin poder reprimir las lágrimas.

Su padre era agente de policía y había muerto asesinado en acto de servicio. Iba a entrar en un piso y le dispararon por la espalda. A pesar de que iba en contra del reglamento, su padre había entrado solo en la vivienda.

Ahora Joona no tiene tiempo para esperar a que lleguen refuerzos.

En el techo hay travesaños y grúas correderas con garfios neumáticos de carga tapados con fundas sucias.

Joona avanza sigilosamente y las voces se van aclarando.

—No, primero tiene que despertarse —dice un hombre en tono tajante y con voz ronca.

—Dale un poco de tiempo.

Joona reconoce la voz de Tobias por su timbre inocente e infantil.

—¿En qué cojones estabas pensando? —pregunta otro.

—En mantenerlo tranquilo —responde Tobias pacífico.

—Está casi muerto —dice el hombre de la voz ronca—. No puedo pagar hasta saber que está bien.

—Esperaremos dos minutos más —declara un tercero en tono serio.

Joona sigue avanzando y, cuando llega al final de una hilera de máquinas, descubre al niño. Está tumbado sobre una manta gris en el suelo. Lleva puesto un jersey azul arrugado, pantalones azul marino y zapatillas de deporte. Tiene la cara limpia, pero las manos y el pelo sucios.

Al lado del niño hay un hombre corpulento con chaleco de cuero y un vientre prominente. El sudor le cae a chorros por la cara, camina de un lado a otro, se rasca la barba blanca de la mejilla y resopla irritado.

A Joona le caen unas gotas de algo. Hay una manguera con una abrazadera floja. El agua cae a gotas y se escurre por las baldosas de gres hasta un desagüe en el suelo.

El hombre gordo se mueve nervioso por la sala, mira el reloj, una gota de sudor se desprende de la punta de su nariz. Se sienta de rodillas junto al niño jadeando por el esfuerzo.

—Le haremos unas fotos —dice otro hombre que no había hablado hasta ahora.

Joona no sabe qué hacer, ha calculado que hay cuatro hombres, pero no puede decir si van armados o no.

Necesitaría un grupo de asalto.

Al gordo se le ilumina la cara cuando le quita las zapatillas a Dante.

Los calcetines a rayas son arrastrados por el calzado y acaban en el suelo. Los taloncitos redondos del niño se desploman sobre la manta.

Cuando las grandes manos del hombre empiezan a desabrocharle los vaqueros Joona ya no lo aguanta más y se levanta de su escondite.

Sin ocultar su presencia empieza a caminar junto a las mesas de despiece, donde hay toda una colección de cuchillos recién afilados de diferentes medidas, grados de rigidez y dibujos en el filo.

El comisario camina con el arma apuntando al suelo.

Su corazón late angustiado.

Joona es consciente de que se está saltando el reglamento, pero ya no puede esperar más, sigue andando con paso firme.

—Qué coño... —dice el gordo levantando la cabeza.

Suelta al niño, pero se queda sentado de rodillas.

—Sois sospechosos de ser cómplices de un secuestro —dice Joona dándole una patada en el pecho.

El hombre sale expelido hacia atrás y las gotas de sudor saltan en todas direcciones. Cae derribado entre los cubos de desechos, rueda sobre las rejas del desagüe, se lleva por delante una caja con protectores de oído y acaba empotrado en la máquina para despellejar.

Joona oye el chasquido de un seguro de arma y siente casi de inmediato el golpe del cañón en la espalda, justo entre la columna y el omoplato, rápido y preciso. Se queda quieto, porque sabe que si en este momento la pistola escupiera una bala le atravesaría el corazón.

Por el flanco se acerca un hombre de unos cincuenta años con coleta rubia y americana de piel de color castaño claro. Se mueve con la habilidad de un guardaespaldas y apunta a Joona con una escopeta recortada.

—¡Dispárale! —grita alguien.

El gordo está tumbado boca arriba y respira con dificultad. Rueda sobre sí mismo, intenta levantarse pero resbala, se apoya con la mano, consigue ponerse en pie con piernas inestables y desaparece del campo de visión de Joona.

—No podemos quedarnos aquí —dice Tobias.

Joona intenta ver algo en el reflejo metálico de la mesa de despiece y en la brillante cubierta de aluminio que tapa la cinta de los garfios colgantes, pero le resulta imposible decir con certeza cuántos hombres tiene detrás.

—Suelta el arma —dice una voz tranquila.

Joona deja que Tobias le quite la pistola y piensa que los refuerzos no deberían tardar mucho en llegar. No es el momento de correr riesgos.

Vicky Bennet está sentada en el asiento del acompañante del coche de Joona. Se muerde los labios secos y mira fijamente el edificio rojizo.

Está sujetando el volante con la mano para que las esposas no le hieran la muñeca.

Siempre que se ha enfadado o que ha tenido miedo, después le ha costado recordar lo sucedido. Es como perseguir el reflejo del sol con la mirada. El brillo va saltando de un lado a otro y a veces se detiene tiritando sobre un detalle antes de desaparecer.

Vicky niega con la cabeza, cierra los ojos con fuerza unos segundos y luego vuelve a mirar el edificio del matadero.

No sabe cuánto tiempo ha pasado desde que vio desaparecer al comisario de la voz agradable con la americana ondeando al viento.

Quizá Dante ya esté perdido, quizá ya haya desaparecido por el agujero negro que engulle a niños y a niñas pequeños como él.

Intenta mantener la calma, pero siente que no se puede quedar en el coche.

Una rata se desliza despacio por el suelo de hormigón y luego se cuela por una alcantarilla.

El hombre que hace un momento estaba llevando una carretilla elevadora al final de la calle ha dejado de trabajar. Ha cerrado con llave las grandes puertas del hangar y luego se ha marchado.

Vicky se mira la mano, el brillante metal que la mantiene atrapada, los tintineantes eslabones de la cadena.

Tobias le había prometido que devolvería a Dante a su madre.

Vicky se siente culpable.

¿Cómo pudo confiar en Tobias otra vez? Si Dante desaparece será culpa suya.

Intenta ver algo por la luna trasera. Las puertas están cerradas y no se ve una alma. El viento hace ondear la tela amarilla de un toldo roto.

Tira con las dos manos del volante, intenta escapar, pero es imposible.

—Mierda...

Respira nerviosa y golpea la nuca contra el reposacabezas.

Alguien ha dibujado una cara triste en el polvo de un cartel que anuncia carne fresca y productos suecos.

El comisario de la judicial ya debería haber vuelto.

De repente se oye un estallido, fuerte como una explosión.

Un eco retumbante se desvanece en la lejanía y luego todo queda de nuevo en silencio. Vicky intenta ver algo, mira hacia todos los lados, pero el polígono está desierto.

«¿Qué están haciendo?»

Su corazón empieza a latir con fuerza.

Puede suceder cualquier cosa.

Su respiración se acelera y Vicky piensa en un niño abandonado que llora de miedo en mitad de una sala llena de hombres desconocidos.

La imagen ha aparecido en su mente y no tiene la menor idea de qué se trata.

Vicky se estira y trata de ver algo por las ventanas, siente un pánico creciente en el cuerpo y de nuevo intenta escurrir la mano de las esposas. Es imposible. Tira con más fuerza y gime de dolor. El metal se le sube un poco por el reverso de la mano y se queda encallado. Vicky respira por la nariz, se reclina en el asiento, apoya un pie en el volante y el otro en el aro de aluminio y empuja con todas sus fuerzas.

Vicky Bennet rompe el silencio de la noche con un grito desgañitado cuando el metal le araña la piel y le parte el pulgar para que la mano se pueda liberar de su aprisionamiento.

La presión de la pistola que estaba apuntando a la espalda de Joona desaparece, se oyen unos pasos rápidos que se apartan y el comisario se vuelve lentamente.

Un hombre bajito con gafas y traje gris retrocede un poco. Está apuntando a Joona con una Glock de color negro mientras su mano izquierda cuelga pálida junto a la cadera. Joona se pregunta primero si la tendrá herida, pero luego se da cuenta de que es una prótesis.

Tobias está detrás de un banco de trabajo sucio sujetando la Smith & Wesson de Joona sin saber muy bien qué hacer con ella.

A la derecha está el hombre rubio con la escopeta recortada apuntando también a Joona.

—Roger —le dice el bajito al de la recortada—. Tú y Micke os encargáis del poli en cuanto me haya ido.

Tobias lo mira desde la pared con ojos oscurecidos por el estrés.

Un hombre joven con el pelo rapado y pantalones de camuflaje se acerca por detrás apuntando a Joona con un subfusil. Es una metralleta pequeña construida a partir de piezas de otras armas. Joona no lleva chaleco antibalas, pero si tiene que elegir prefiere llevarse algún balazo de ésa antes que de la escopeta. A veces una metralleta tiene la misma potencia de disparo que una arma semiautomática normal, pero normalmente las caseras son de poca calidad.

Un puntito rojo se mueve nervioso en el pecho de Joona.

En la metralleta hay una mira láser de las que algunos agentes utilizaban años atrás.

—Túmbate con las manos en la nuca —dice Joona.

El hombre rapado sonríe impetuoso. El puntito rojo resbala hasta el plexo solar de Joona y luego sube a la clavícula.

—Micke, dispárale —dice Roger sin dejar de apuntar a Joona con la escopeta recortada.

—No podemos tener testigos —señala Tobias y se pasa la mano nervioso por la boca.

—Meted al crío en el coche —le dice tranquilo el hombre de la prótesis a Tobias y luego se marcha de la sala.

Tobias se acerca a Dante sin apartar los ojos de Joona y se lo lleva a rastras por el suelo cogiéndolo de la capucha, de prisa y sin ningún cuidado.

—¡En seguida voy! —le grita Joona.

Unos seis metros lo separan del joven hombre de la metralleta que se hace llamar Micke.

Joona se le acerca un poco, sólo un pasito cauteloso.

—¡Estate quieto! —grita el joven.

—Micke —dice Joona en tono afable—. Si te tumbas en el suelo con las manos en la nuca todo irá bien.

—¡Dispara al poli! —grita el hombre al que llaman Roger.

—Hazlo tú —susurra Micke.

—¿Qué? —pregunta Roger bajando la escopeta—. ¿Qué has dicho?

El hombre joven de la metralleta respira acelerado. El puntito rojo de la mira láser tirita en el pecho de Joona, desaparece medio segundo y luego reaparece otra vez.

—Puedo ver que tienes miedo —dice Joona acercándosele.

—Cierra la puta boca, ¿me oyes? ¡Cállate! —dice Micke mientras retrocede.

La mira láser está temblando.

—¡Dispara de una vez! —ruge Roger.

—Deja el arma en el suelo —continúa Joona.

—¡Dispara!

—No se atreve a disparar —le contesta Joona.

—Pero yo sí —dice Roger alzando la escopeta—. Yo sí me atrevo a disparar.

—No lo creo —dice Joona sonriendo.

—¿Quieres que lo haga? ¡Lo haré! —grita acercándose—. ¿Quieres que lo haga? ¿Eh?

Roger se acerca a Joona a grandes pasos. Alrededor del cuello lleva una cadena con el martillo de Tor. Roger levanta la escopeta, pone el dedo sobre el gatillo y apunta a Joona.

—Te volaré la cabeza —dice amenazante.

Joona baja la mirada y espera a que el hombre esté aún más cerca antes de lanzar la mano, agarra el cañón, tira de él, le da la vuelta y golpea a Roger en la mejilla con la culata. Se oye un chasquido y la cabeza del hombre gira de golpe hacia un lado. Roger tropieza delante de la línea de tiro de la metralleta. Joona está detrás de él, asoma la escopeta entre sus piernas y aprieta el gatillo. El disparo es ensordecedor, el arma da una sacudida y los perdigones pasan entre las piernas del hombre y le dan a Micke en el tobillo izquierdo con una fuerza tremenda. La carga de 258 bolitas de plomo le atraviesa la espinilla y el músculo del gemelo y le arranca el pie de cuajo. La parte desgarrada sale rodando por debajo de una de las cintas de trabajo.

El suelo queda salpicado de sangre y Micke dispara la metralleta. Seis balas penetran en el tórax y el hombro de Roger. Micke se desploma entre gritos. El resto de las balas desaparecen silbando hacia el techo y rebotan en las tuberías y los travesaños.

Los chasquidos metálicos se suceden unos segundos hasta que se vacía el cargador y después sólo se oyen los gritos de Micke agonizando de dolor.

El hombre bajito de la prótesis entra corriendo justo a tiempo para ver a Roger cayendo de rodillas. El hombre se apoya en el suelo con los brazos estirados mientras un chorro firme de color rojo le baja por el pecho y se cuela por la reja del desagüe, donde sigue su camino hasta el canal que recoge los fluidos de los cerdos.

Joona no se demora ni un segundo en esconderse detrás de unas máquinas que insuflan aire en los animales y así facilitar el despiece. Oye que el hombre de la Glock lo sigue nervioso, aparta un carro de una patada y respira estresado por la nariz.

Joona se mueve de espaldas, abre la escopeta y ve que sólo estaba cargada con un cartucho.

El hombre joven grita pidiendo ayuda, jadea de dolor y solloza desesperado.

A menos de diez pasos Joona ve una puerta que da a una sala frigorífica. Por detrás de las láminas de plástico amarillentas puede intuir los cuerpos de cerdos destripados que cuelgan apretujados en varias hileras.

Piensa que en el fondo de la sala debería haber una puerta que dé a la calle con un muelle de carga.

En la fachada lateral del edificio rojizo hay una puerta negra de hierro atrancada con un periódico enrollado para que no se cierre.

Un cartel blanco especifica: Tocinería Larsson.

Vicky se acerca, tropieza con la rejilla metálica que hay en el suelo delante de la puerta y luego se mete en el edificio. La herida de la mano deja un rastro de gotas de sangre.

Tiene que encontrar a Dante. Es su único plan.

Sin disimular sus pasos entra en un vestuario con bancos de madera y filas de taquillas abolladas de color rojo. En una pared hay un póster de un sonriente Zlatan Ibrahimovič. En el nicho de la ventana hay vasitos de plástico colocados en unos soportes con publicidad del Sindicato de la Industria Alimentaria.

Un grito atraviesa las paredes. Es un hombre que pide ayuda.

Vicky pasea la mirada por el vestuario, abre una taquilla, hurga entre unas bolsas de plástico con arena, abre la siguiente, sigue caminando, mira en la papelera y ve que entre bolsitas monodosis de tabaco prensado y envoltorios de caramelo hay una botella de cristal con unas gotas de refresco.

El hombre vuelve a gritar, ahora parece más cansado.

—Mierda —susurra Vicky, coge la botella y la abraza fuerte con la mano derecha mientras sale por la otra puerta y entra en un almacén templado con palets de madera y máquinas de envasado.

Corre tratando de no hacer ruido en dirección a una gran puerta de garaje. Cuando pasa junto a unos palets con cartones plegados intuye un movimiento con el rabillo del ojo y se detiene.

Busca con la mirada y ve una sombra que se desplaza por detrás de una carretilla elevadora amarilla. Respira en silencio y se acerca a hurtadillas, se apoya en la carretilla, la rodea y ve a un hombre que está de rodillas en el suelo e inclinado encima de un bulto envuelto en una manta.

—Me encuentro mal —dice una voz de niño.

—¿Puedes ponerte de pie, pequeño? —pregunta el hombre.

Vicky da un paso adelante. El hombre se vuelve y Vicky ve que es Tobias.

—¿Vicky? ¿Qué haces tú aquí? —pregunta con una sonrisa estupefacta.

Vicky se acerca curiosa.

—¿Dante? —pregunta con cuidado.

El chico la mira como si no pudiera distinguir su cara en una sala oscura.

—Vicky, llévatelo a la furgoneta —dice Tobias—. Yo voy en un segundo.

—Pero estoy...

—Haz lo que te digo y todo saldrá bien —la interrumpe.

—Vale —responde ella indiferente.

—Date prisa, llévate al crío al coche.

El chico tiene la cara gris, se vuelve a tumbar sobre la manta. Le pesan los párpados, no consigue mantenerlos abiertos.

—Tendrás que llevarlo en brazos —suspira Tobias.

—Sí —responde Vicky acercándose y acto seguido le revienta la botella en la cabeza.

Primero Tobias sólo parece extrañado, se tambalea y cae sobre una rodilla. Se toca confuso la cabeza, mira los cristales en el suelo y su mano manchada de sangre.

—¿Qué coño has...?

Vicky lo apuñala en el cuello con los restos afilados de la botella resquebrajada, la retuerce y nota la sangre caliente de Tobias corriéndole por los dedos. La ira que nota por dentro es tan poderosa que se siente embriagada. La furia le arde como una locura incontrolable. Lo vuelve a apuñalar y ahora el cristal le atraviesa la mejilla derecha.

—No le tendrías que haber puesto la mano encima —dice colérica.

Apunta al ojo de su víctima y lanza otro golpe afilado. Tobias tantea con las manos y consigue agarrar a Vicky por la chaqueta, se la acerca de un tirón y le da un puñetazo directo en la cara. Ella cae de espaldas, su visión se contrae hasta que se todo se vuelve negro.

Mientras está cayendo tiene tiempo de recordar a los hombres a los que Tobias pagó. Recuerda haberse despertado con un dolor terrible entre las piernas y en los ovarios.

Su espalda choca contra el suelo y Vicky jadea, pero consigue mantener erguida la cabeza. Parpadea, recupera la visión, se pone de pie tambaleándose pero en seguida recupera el equilibrio. Le sangra la boca. Tobias ha encontrado un tablón con clavos en el suelo y trata de levantarse.

Vicky siente un dolor ardiente en la mano izquierda por culpa del pulgar roto, pero en la derecha todavía tiene los restos de la botella rota.

Se acerca a Tobias, él estira un brazo para detenerla, pero ella lo esquiva, su propia sangre le salpica en los ojos, apuñala al azar y le acierta en el pecho y en la frente, los restos de la botella se parten y Vicky se hace un corte en la mano, pero sigue apuñalando a Tobias hasta que el hombre cae de bruces y se queda tendido en el suelo.

Vicky no tiene fuerzas para seguir corriendo, pero continúa caminando con Dante en los brazos. Tiene la sensación de estar a punto de vomitar, ha perdido la sensibilidad en los dos brazos y sufre por si el chico se le cae al suelo. Se detiene un momento y trata de cambiarlo de posición, pero pierde el equilibrio y cae de rodillas. Vicky suspira y deja a Dante con cuidado en el suelo. El pequeño se ha vuelto a dormir. Está completamente pálido y apenas se oye su respiración.

Tienen que salir de allí o esconderse en algún sitio.

Vicky intenta concentrarse, reúne todas las fuerzas que le quedan, agarra al chico por el jersey y lo arrastra hasta un contenedor de basura. A lo mejor se pueden acurrucar detrás. Dante gimotea y de pronto empieza a respirar intranquilo. Ella lo acaricia y ve que abre los ojos un momento, pero en seguida los vuelve a cerrar.

No deben de estar a más de diez metros de una puerta de cristal al lado de otra puerta alta de garaje, pero Vicky ya no puede cargar más con el chico. Todavía le tiemblan las piernas por el esfuerzo que acaba de hacer. Le gustaría tumbarse detrás de Dante y ponerse a dormir, pero sabe que ahora no puede.

Tiene las manos llenas de sangre, pero no siente dolor, no tiene ninguna sensibilidad en los brazos.

Al otro lado de la puerta de cristal se ve una calle vacía.

Vicky se sienta en el suelo, respira con dificultad, intenta concentrarse, se mira las manos y luego al chico, le aparta el pelo de la cara y se inclina para hablarle.

—Despierta —le dice.

Él parpadea, observa la cara ensangrentada de Vicky y se asusta.

—No tengas miedo —dice ella—. No me duele. ¿Alguna vez te ha salido sangre de la nariz?

Él asiente con la cabeza y se humedece la boca.

—Dante, no puedo llevarte en brazos, tienes que caminar el último trozo —dice Vicky y siente un llanto exhausto intentando abrirse paso por su garganta.

—No sé qué me pasa —dice él y bosteza.

—Vas a volver a casa, todo ha terminado...

—¿Qué?

—Vas a volver con tu mamá —dice ella y sonríe con la cara desfigurada por el cansancio—. Sólo tienes que caminar este último trozo.

Dante asiente con la cabeza, se pasa la mano por el pelo y se sienta.

Al fondo del gran almacén se oye un estruendo de algo que ha caído al suelo. Parecen tubos de metal rodando hasta detenerse.

—Intenta ponerte de pie —susurra Vicky.

Los dos se levantan y empiezan a caminar hacia la puerta de vidrio. Cada paso es insoportable y Vicky se da cuenta de que no lo conseguirá. De repente ve la luz azul del primer coche patrulla. Luego aparecen más vehículos y Vicky piensa que están salvados.

—¡¿Hola?! —grita un hombre con voz ronca—. ¿Hola?

Su voz rebota en las paredes y el techo. Vicky se marea y tiene que parar, pero Dante sigue adelante.

Ella apoya el hombro en el metal frío del contenedor.

—Sal por la puerta —dice con voz apagada.

Dante la mira y está a punto de retroceder para ayudarla.

—No, sal —le pide—. Yo iré en seguida.

Ve a tres agentes uniformados corriendo en la dirección equivocada, hacia un edificio de la acera

de enfrente. Dante continúa hasta la puerta. Baja la manija y tira, pero no pasa nada.

—¡¿Hola?! —grita el hombre, ahora más cerca.

Vicky escupe una mezcla de saliva y sangre al suelo, aprieta los dientes, intenta respirar más tranquila y echa a andar de nuevo.

—Está cerrada —dice Dante tirando de la manija.

Las piernas de Vicky flaquean y le da la sensación de que en cualquier momento le fallarán las rodillas, pero se obliga a dar los últimos pasos. Cuando acciona la manija y tira de ella siente un escozor terrible en la mano. La puerta no se mueve lo más mínimo. La empuja, pero está cerrada con llave. Intenta golpear el mudo cristal, pero apenas se oye nada. Fuera se ven cuatro coches patrulla. La luz azul baña las fachadas y se refleja en varias ventanas. Vicky hace gestos con la mano, pero ninguno de los policías se percata de su presencia.

A sus espaldas se oyen unos pasos pesados que avanzan por el cemento del almacén. Se acercan de prisa. Vicky se da la vuelta y ve a un hombre gordo con chaleco de piel que se les aproxima con una amplia sonrisa de satisfacción.

Junto al techo hay una hilera de ganchos correderos de los que cuelgan infinidad de cerdos. El olor dulce de la carne queda disimulado por la baja temperatura de la sala frigorífica.

Joona se desplaza agachado entre los cuerpos colgados y se adentra en la sala mientras trata de hacerse con una arma. En la sala de máquinas se oyen unos gritos ahogados y luego una retahíla de ruidos sordos. Joona intenta ver al hombre que lo persigue a través del plástico industrial de la puerta. Le parece intuir una figura borrosa junto a los bancos de despiece.

Se está acercando a toda prisa.

Lleva una pistola en la mano derecha.

Joona retrocede, se agacha más y echa un vistazo por debajo de los cerdos. Un poco más lejos, al lado de la pared, hay un cubo blanco y junto a él un tubo y unos trapos sucios.

Un tubo le podría servir.

Con mucho cuidado intenta desplazarse en esa dirección, pero tiene que detenerse y volver atrás porque el hombre bajito ha apartado el plástico con la prótesis.

Joona se queda quieto observando al hombre con ayuda de los estrechos reflejos que se ven en los listones de acero cromado. Ve que el hombre entra en la sala frigorífica y mantiene el arma en ristre mientras busca con la mirada.

Sin hacer ruido, Joona se acerca a la pared, se oculta detrás de un cerdo y pierde de vista a su perseguidor, pero sigue oyendo sus pasos y su respiración.

A quince metros de distancia hay una puerta que probablemente lleve a un muelle de carga al aire libre. Joona podría correr por el pasillo que se abre entre los cerdos colgados, pero hay un punto, justo antes de la puerta, en el que el hombre lo tendría a tiro durante varios segundos.

«Es demasiado», piensa Joona.

Se oyen unos zapatos que se arrastran por el suelo y luego un golpe sordo. Uno de los cerdos se balancea y el gancho empieza a restallar donde se junta con el mecanismo de la cinta corredera.

Joona da los últimos pasos hasta la pared y se pone de cuclillas junto a un radiador de refrigeración. La sombra del hombre se desliza por el suelo de cemento a unos diez metros de distancia.

El tiempo está a punto de agotarse.

Pronto el hombre de la prótesis encontrará a Joona. El comisario se desplaza de lado y ve que el tubo que había en el suelo es de plástico. No sirve como arma. Joona está a punto de marcharse de allí cuando descubre unas cuantas herramientas dentro del cubo. Tres destornilladores, unas tenazas y un cuchillo de hoja corta y sólida.

Joona saca con cuidado el cuchillo del cubo, el filo roza el mango de las tenazas, metal contra metal.

Intenta leer los movimientos del hombre a partir del sonido de sus pasos y comprende que tiene que moverse.

Suena un disparo y la bala penetra con un chasquido en el cuerpo de un cerdo a tan sólo medio metro de la cabeza de Joona.

Los pasos del hombre de la prótesis se acercan rápidamente, ahora corre. Joona se tumba en el suelo y rueda hasta el siguiente pasillo de carne.

«El policía está desarmado y asustado», piensa el hombre mientras se aparta el flequillo con la prótesis.

Se detiene, apunta con la pistola e intenta ver algo entre los cuerpos colgados.

«Tiene que estar asustado», se repite por dentro.

Ahora mismo está escondido, pero el hombre sabe que pronto el policía intentará huir por la puerta que da a la calle.

Siente su propia respiración acelerada. El aire que entra en sus pulmones es frío y seco. Tose suavemente, se da la vuelta, echa un vistazo a la pistola y vuelve a alzar la mirada. Tiene que parpadear varias veces. Le ha parecido ver algo junto a la pared, detrás del radiador de refrigeración. Empieza a correr junto a la hilera de cerdos.

Todo acabará pronto. Lo único que tiene que hacer es alcanzar al policía y dispararle a bocajarro. Primero en el estómago y luego en la sien.

Se detiene y ve que junto a la pared no hay nadie, sólo unos trapos en el suelo y un cubo.

Da media vuelta y empieza a retroceder, pero se vuelve a detener y agudiza el oído.

Lo único que oye es su propia respiración entrando y saliendo por la nariz.

Empuja a un cerdo con la mano izquierda, pero es más pesado de lo que le había parecido. Tiene que darle con fuerza para conseguir balancearlo. Siente una leve punzada de dolor en el brazo cuando el muñón se aplasta contra el fondo de la prótesis.

El gancho emite un fuerte ruido en la cinta corredera.

El cerdo se balancea hacia la derecha y el hombre puede ver el siguiente pasillo.

«No hay dónde meterse», piensa. Lo tiene atrapado en una jaula. Lo único que tiene que hacer es mantener un ángulo de tiro abierto hacia la puerta de la calle, por si el policía intenta escaparse por ella. Pero al mismo tiempo debe vigilar la puerta de la cortina de láminas para impedir una posible retirada.

Se le ha cansado el hombro y baja la pistola un momento. Sabe que se arriesga a perder unos segundos muy valiosos, pero si se queda sin fuerzas en el brazo el arma comenzará a temblar.

Avanza muy despacio, le parece intuir una espalda, levanta rápidamente la pistola y aprieta el gatillo. Nota la sacudida del retroceso y la quemazón en los nudillos con la salpicadura del mecanismo de ignición. La adrenalina se esparce por todo su cuerpo a través de la sangre y le enfría la cara.

Se mueve a un lado, nota los fuertes latidos del corazón, pero entiende que sus ojos le han engañado, sólo era un cerdo mal colgado.

«Esto se está yendo al carajo», piensa. Tiene que detener al policía, no puede dejarlo escapar, ahora no.

«Pero ¿dónde coño está? ¿Dónde se ha metido?»

El techo cruje y el hombre mira hacia arriba, a las vigas y los travesaños de acero. No se ve nada. Da unos pasos hacia atrás y se tuerce un tobillo, se tambalea y se apoya en un cerdo con el hombro. Nota cómo la fría humedad de la carne le atraviesa la camisa. La piel del animal brilla por las gotitas de condensación. Se siente mareado. Hay algo que no encaja. El estrés empieza a apoderarse de él, no puede quedarse allí mucho más tiempo.

El hombre sigue caminando de espaldas, ve una sombra fugaz en la pared y levanta el arma.

De repente los cerdos empiezan a temblar, todos los que cuelgan en la sala. Se mueven y se vuelven borrosos. El techo emite un zumbido eléctrico, el mecanismo de la cinta transportadora empieza a chirriar y los pesados cuerpos abiertos y sin tripas se ponen en movimiento. Se desplazan en fila bajo la cinta levantando un gélido airecillo.

El hombre de la pistola se da la vuelta, mira a su alrededor, intenta vigilar todos los ángulos al

mismo tiempo y piensa que todo ese asunto no ha merecido la pena.

Se suponía que iba a ser tarea fácil comprar a un niño sueco al que la policía daba por muerto. En Alemania o en Holanda, sin ir más lejos, se lo habrían quedado por un precio considerable.

Ahora ya no vale la pena.

Los cerdos paran de golpe y se mecen con parsimonia. En la pared hay una luz roja encendida. El policía ha apretado el paro de emergencia.

Vuelve a reinar el silencio y un creciente malestar se expande como la sangre en el agua.

«¿Qué coño hago aquí?», se pregunta el hombre.

Intenta relajar la respiración, se acerca lentamente a la luz roja, se agacha para ver algo entre los cuerpos y da dos pasos al frente.

La puerta de la calle sigue cerrada.

Se vuelve para comprobar la otra salida y se encuentra con el policía justo delante.

El hombre siente un escalofrío que le sube por la espalda.

Joona ve el intento del hombre bajito de apuntarle con la pistola. Sigue sus movimientos, da un paso al frente y aparta el arma hacia arriba. Agarra al hombre por la muñeca, la golpea contra un cerdo para que suelte la pistola y le atraviesa la palma de la mano con el cuchillo. El resto de la hoja penetra entera entre las costillas del cerdo y el hombre grita de dolor.

Joona suelta el cuchillo y se aparta.

El hombre gime nervioso, intenta coger el mango del cuchillo con los dedos inertes de su mano ortopédica, pero al cabo de unos pocos segundos se rinde. Está atrapado y sabe que tiene que permanecer inmóvil para poder gestionar el sufrimiento. Tiene la mano clavada al cerdo muy por encima de su cabeza. La sangre le cae por la muñeca y se cuela por debajo de la manga de la camisa.

Sin dedicarle ni una sola mirada, Joona recoge la pistola y abandona la sala frigorífica.

En cuanto entra en la gran sala de máquinas el aire le resulta cálido. Corre junto a la pared en dirección a la puerta por la que se ha ido Tobias con Dante. Comprueba rápidamente el arma, ve que por lo menos hay una bala en la recámara y, probablemente, alguna más en el cargador. Abre la puerta verde de metal y de repente se encuentra en un almacén enorme con palets cargados de productos y carretillas elevadoras.

Justo debajo del techo hay ventanas sucias que dejan pasar algo de luz.

Se oye un jadeo ronco en alguna parte.

Joona intenta ubicar el origen y corre hasta un gran contenedor de basura. En el suelo se refleja una oscilante luz azul que entra por una ventana. El comisario levanta el arma y rodea el contenedor. El hombre gordo del chaleco de piel está de rodillas dándole la espalda. Jadea cada vez que golpea la cabeza de Vicky contra el suelo. A unos metros está Dante. Se ha acurrucado y llora a solas.

Joona lo alcanza antes de que el gordo haya tenido tiempo de ponerse de pie. Con una mano agarra al hombre por la garganta, lo levanta y lo aleja de Vicky, lo empuja, le parte la clavícula con la culata de la pistola, le suelta la garganta y le da una patada en el pecho. El gordo sale despedido y atraviesa la puerta de cristal.

El hombre cae de espaldas en la calle rodeado de una cascada de cristales y se queda tumbado bajo la luz azul de los coches patrulla.

Tres agentes uniformados se acercan corriendo apuntando al hombre, que se masajea el pecho con la mano al mismo tiempo que intenta incorporarse.

—¿Joona Linna? —pregunta uno de los policías.

Se quedan mirando al comisario, que se ha plantado en el umbral de la puerta destrozada mientras siguen cayendo algunos cristalitos sueltos del marco superior.

—Sólo soy un observador —responde Joona.

Deja la Glock sobre el asfalto y se pone de rodillas junto a Vicky. La chica está tumbada de espaldas y respira con dificultad. Tiene el brazo doblado en una posición extraña. Dante ha dejado de llorar y mira consternado a Joona mientras éste consuela a Vicky. Le acaricia la mejilla y le susurra que ya ha pasado todo. Un hilo de sangre brota de la nariz de la adolescente. Joona se pone de cuclillas y le aguanta la cabeza con delicadeza. Ella no abre los ojos ni reacciona cuando le habla, pero de vez en cuando sus pies dan un respingo.

El hombre que había salido disparado por la ventana se quedó un rato tumbado boca arriba, luego se incorporó y trató de marcharse arrastrándose por el suelo, pero en seguida se le echaron encima dos agentes que lo esposaron con las manos a la espalda.

El personal de urgencias de la primera ambulancia se encargó de inmovilizarle el cuello a Vicky con un collarín antes de subirla a la camilla.

Joona informó de la situación al mando operativo mientras dos patrullas de agentes se metían en el edificio por distintas puertas.

En la sala frigorífica encontraron a un hombre callado y pálido cuya mano derecha estaba clavada con un cuchillo al cuerpo de un cerdo colgado. El agente que lo descubrió llamó al personal sanitario y después tuvo que pedirle ayuda a un compañero para poder retirar el arma. La hoja raspó las costillas del animal y luego se desprendió de la carne con una leve succión. El hombre dejó caer la mano, la apretó contra su estómago con la prótesis, se tambaleó y se sentó en el suelo.

El hombre que había recibido seis balazos de la metralleta casera estaba muerto, pero el joven que apretó el gatillo cuando Joona le arrancó el pie de cuajo de un disparo seguía con vida. Se había salvado a sí mismo de morir desangrado haciéndose un torniquete con el cinturón justo por debajo de la rodilla. Cuando los agentes de policía aparecieron con las armas en alto el hombre se limitó a señalar débilmente su pie amputado, que estaba debajo de una mesa de despiece rodeado de un charco de sangre.

Al último que encontraron fue a Tobias Lundhagen, que se había escondido entre la basura en la oscuridad el almacén. Tenía la cara gravemente desfigurada y sangraba en abundancia, pero las heridas no ponían en peligro su vida. Intentó meterse aún más entre los escombros y, cuando los agentes lo sacaron tirándole de las piernas, temblaba de miedo.

El jefe de la policía judicial, Carlos Eliasson, ya ha sido informado de los sucesos en la zona del matadero cuando Joona lo llama desde la ambulancia.

—Un muerto, dos heridos graves y tres heridos leves —cita Carlos de memoria.

—Pero los chicos están vivos, se han salvado...

—Joona —suspira Carlos.

—Todo el mundo decía que se habían ahogado, pero yo sabía...

—Lo sé. Tenías razón —lo interrumpe su jefe—. Pero tienes un expediente abierto y tenías otras órdenes.

—¿Y se supone que lo tenía que dejar pasar, sin más? —pregunta Joona.

—Sí.

—Imposible.

Las sirenas se apagan, la ambulancia hace un giro cerrado y desaparece camino del hospital Södersjukhuset.

—La fiscal y su gente se encargarán de los interrogatorios, y a partir de ahora estás de baja por enfermedad y quedas desvinculado absolutamente de todo.

Joona da por hecho que la investigación de Asuntos Internos se pondrá peor y que incluso puede que le dicten un auto de procesamiento, pero todo lo que siente en este momento es un alivio increíble de saber que el pequeño Dante ha sido liberado de las fauces del lobo.

Cuando llegan al hospital baja por su propio pie de la ambulancia, pero en seguida le piden que se acueste en una camilla. El personal de urgencias levanta las protecciones laterales y lo llevan de inmediato a una consulta.

Mientras lo exploran y le curan las heridas intenta enterarse de cuál es el estado de Vicky Bennet y, en lugar de esperar su turno para las radiografías, sale en busca de la persona que está a cargo de la

chica.

La doctora Lindgren es una mujer de baja estatura que está examinando la máquina del café con la frente fruncida.

Joona le explica que necesita saber si puede interrogar a Vicky hoy mismo.

La mujer lo escucha sin mirarlo. Aprieta el botón en el que pone «moca», espera a que se llene el vasito de plástico y luego le responde que ha pedido una tomografía de urgencia del cerebro de Vicky para diagnosticar posibles hemorragias intracraneales. Ha sufrido una grave conmoción cerebral, pero afortunadamente las venas comunicantes están intactas.

—Vicky tiene que quedarse en observación aquí en el hospital, pero en realidad no hay ningún impedimento para que la interrogues mañana por la mañana, si es que se trata de un asunto importante —explica la mujer y luego se marcha con el vasito de café.

La fiscal de Sundsvall, Susanne Öst, conduce dirección a Estocolmo. Ha decidido retener a la chica capturada. A las ocho de la mañana piensa hacerle el primer interrogatorio a Vicky Bennet, la adolescente de quince años sospechosa de dos asesinatos y un secuestro.

Joona Linna recorre el pasillo, se identifica y saluda al joven agente que está de guardia delante de la puerta 703 del hospital Södersjukhuset de Estocolmo.

Al otro lado, Vicky está sentada en la cama con las cortinas corridas. La chica tiene la cara manchada de heridas y moratones. Le han vendado la cabeza y escayolado la mano del pulgar roto. En la ventana está Susanne Öst, la fiscal de Sundsvall, con otra mujer. Joona va directo hasta Vicky sin saludarlas y se sienta en la silla que hay delante de la cama.

—¿Cómo te encuentras? —le pregunta.

Vicky le dirige una mirada turbia y pregunta:

—¿Dante ha vuelto con su madre?

—Todavía está en el hospital, pero su madre está con él, no se separa de su lado.

—¿Está herido?

—No.

Vicky asiente en silencio y mira al vacío.

—¿Tú cómo estás? —repite Joona.

Ella se vuelve hacia él, pero la fiscal se aclara la garganta antes de que le dé tiempo a contestar.

—Tengo que pedirle a Joona Linna que abandone la habitación ahora —dice.

—Pues ya lo has hecho —responde él sin dejar de mirar a Vicky.

—No tienes ni voz ni voto en este caso —replica Susanne alzando la voz.

—Te van a hacer un montón de preguntas —le dice Joona a Vicky.

—Quiero que te quedes —pide ella en voz baja.

—No puedo —responde Joona con sinceridad.

Vicky susurra algo entre dientes y luego mira a Susanne Öst otra vez.

—No hablaré con nadie si Joona no está delante —exige tozuda.

—Se puede quedar si mantiene la boca cerrada.

Joona mira a Vicky y trata de entender cómo se puede llegar al interior de aquella chica.

Dos asesinatos son una carga tremenda para llevar a cuestas.

Cualquier otra persona de su edad ya se habría visto superada por la situación, habría llorado a más no poder y lo habría confesado todo. Pero esta chica no se quita la coraza ante nadie. Crea alianzas rápidas, pero permanece oculta y mantiene el control de la situación.

—Vicky Bennet —empieza la fiscal sonriendo—. Me llamo Susanne y soy yo quien va a hablar contigo, pero antes de empezar quiero decirte que grabaremos toda la conversación para que luego no nos olvidemos de nada... y porque no quiero tener que escribirlo a mano, lo cual no se me da muy bien puesto que soy bastante perezosa...

Vicky no la mira ni reacciona a ninguna de sus palabras. Susanne espera unos segundos sin dejar de sonreír y luego da fe de la hora, fecha y personas presentes en la sala.

—Siempre se hace esto antes de empezar —explica.

—¿Has entendido quiénes somos? —pregunta la otra mujer—. Yo soy Signe Ridelman, tu representante legal.

—Signe está aquí para ayudarte —aclara la fiscal.

—¿Sabes qué es un representante legal? —pregunta Signe.

Vicky asiente sin apenas mover la cabeza.

—Necesito una respuesta —pide Signe paciente.

—Lo entiendo —dice Vicky en voz baja y luego sonríe de oreja a oreja.

—¿Qué es lo que te hace tanta gracia? —pregunta la fiscal.

—Esto —dice Vicky tirando lentamente del catéter que le han puesto en el pliegue del codo y

luego contempla impasible cómo la sangre corre por la piel blanca de su brazo.

Un pajarito se posa en el alféizar y rompe el silencio de la habitación. El fluorescente del techo emite un leve ronroneo.

—Te voy a pedir que me hables de ciertas situaciones —solicita Susanne Öst—. Y quiero que digas la verdad.

—Y nada más que la verdad —susurra Vicky cabizbaja.

—Hace nueve días... abandonaste tu habitación en el Centro Birgitta en plena noche —empieza la fiscal—. ¿Lo recuerdas?

—No he contado los días —responde la chica indiferente.

—Pero ¿recuerdas haber abandonado el Centro Birgitta en plena noche?

—Sí.

—¿Por qué? —pregunta Susanne Öst—. ¿Por qué te fuiste del Centro Birgitta en mitad de la noche?

Vicky estira lentamente de un hilito del vendaje de la mano.

—¿Lo habías hecho antes? —pregunta Susanne Öst.

—¿El qué?

—Irte del Centro Birgitta en plena noche.

—No —responde Vicky con voz de aburrida.

—¿Por qué lo hiciste en esa ocasión?

Al ver que Vicky no responde, la fiscal sonríe paciente y luego pregunta en tono más afable:

—¿Por qué estabas despierta tan tarde?

—No me acuerdo.

—Si retrocedemos algunas horas más, ¿recuerdas qué pasó? Todo el mundo se fue a dormir, pero tú estabas despierta. ¿Qué hacías?

—Nada.

—No estabas haciendo nada hasta que de pronto te fuiste del centro en plena madrugada, ¿no te parece un poco raro?

—No.

Vicky mira por la ventana. El viento sopla en los tejados y desplaza unas cuantas nubes que tapan el sol.

—Ahora quiero me expliques por qué te escapaste del Centro Birgitta —exige Susanne en un tono más severo—. Porque no me quedaré satisfecha hasta que me cuentes lo que pasó. ¿Te queda claro?

—No sé qué quieres que diga —responde Vicky en voz baja.

—Puede que te resulte difícil, pero lo vas a contar de todos modos.

La chica levanta la cabeza para mirar al techo y su boca se mueve levemente, como si estuviera buscando las palabras antes de decir en tono inseguro:

—Maté...

Se queda callada y toquetea el catéter con cuidado.

—Continúa —dice Susanne tensa.

Vicky se moja los labios y niega con la cabeza.

—Es mejor que lo expliques —dice Susanne—. Has dicho que mataste...

—Ah, sí... había una mosca cojonera en el cuarto, así que la maté y...

—¿Cómo coño...? Perdón, lo siento... pero se me hace muy raro que te puedas acordar de que mataste una mosca y no te acuerdes de por qué te escapaste del Centro Birgitta en plena noche.

La fiscal y Signe Ridelman han decidido hacer una breve pausa y salen un momento de la habitación. La luz gris de la mañana entra por el cristal estriado de la ventana y el cielo blanco se refleja en el gotero y en el metal cromado de los pies de la cama. Vicky Bennet está incorporada y jura entre dientes.

—¿A que sí? —replica Joona mientras se sienta en una silla al lado de la cama.

Vicky lo mira y sonríe un segundo.

—Pienso en Dante todo el rato —dice con voz débil.

—Se pondrá bien.

Vicky está a punto de decir algo, pero se lo guarda en cuanto oye que la fiscal y la representante legal vuelven a entrar.

—Has reconocido que te escapaste del Centro Birgitta en plena noche —dice la fiscal llena de energía—. En plena noche. En mitad del bosque. Eso no se hace sólo porque sí. Tenías una razón para irte, ¿verdad?

Vicky baja la mirada, se moja los labios, pero no dice nada.

—Responde —dice la fiscal alzando la voz—. Es lo mejor que puedes hacer.

—Sí...

—¿Por qué te escapaste?

La chica se encoge de hombros.

—Hiciste algo de lo que te cuesta mucho hablar, ¿no es así?

Vicky se frota la cara con fuerza.

—Tengo que hacerte estas preguntas —dice Susanne—. A ti te parecen pesadas, pero sé que te sentirás mucho mejor en cuanto confieses.

—¿De verdad?

—Sí.

Vicky se encoge de hombros, levanta la cabeza, se encuentra con los ojos de Susanne Öst y pregunta:

—¿Qué tengo que confesar?

—Lo que hiciste aquella noche.

—Maté una mosca.

La fiscal se levanta de golpe y sale de la habitación sin decir nada.

Son las ocho y cuarto de la mañana cuando Saga Bauer abre la puerta del despacho del fiscal jefe en la sede oficial del Ministerio Público para Asuntos Policiales. Mikael Båge, responsable del departamento de Asuntos Internos, se levanta cordial de una de las butacas.

Saga todavía tiene el pelo húmedo de la ducha y sus rizos, largos y rubios, mezclados con algunas trenzas de colores, le caen suavemente por la espalda y los hombros delgados. Lleva una tirita sobre el hueso de la nariz, pero es sorprendentemente hermosa.

Saga ha corrido diez kilómetros por la mañana y, como de costumbre, lleva un abrigo con capucha del Club de Boxeo Narva, vaqueros gastados y zapatillas de deporte.

—¿Saga Bauer? —pregunta Mikael Båge con una sonrisa abierta y extraña.

—Sí —responde ella.

Él se le acerca, se alisa la americana con las manos y la saluda.

—Discúlpame —dice—. Pero yo... no importa, ya lo habrás oído antes... pero si tuviera veinte años menos...

Mikael Båge tiene las mejillas rojas, toma asiento y se afloja un poco la corbata antes de volver a mirar a Saga.

La puerta se abre y aparece Sven Wiklund. El hombre los saluda, se detiene delante de Saga, duda de si decir algo o no y finalmente se limita a asentir con la cabeza. Deja una jarra de agua y tres vasos sobre la mesa y luego se sienta.

—Saga Bauer, comisaria de la policía secreta —empieza Mikael Båge y sonríe descontrolado—. Será mejor dejarlo dicho de una vez por todas —dice el fiscal jefe mirándola—: pareces una auténtica princesa de John Bauer.

Espera unos segundos y luego sirve agua en los tres vasos.

—Te hemos llamado para tomarte declaración —continúa el fiscal y repiquetea los dedos sobre una carpeta—. Dado que estabas presente en la operación que nos concierne.

—¿Qué queréis saber? —pregunta ella en tono serio.

—La denuncia contra Joona Linna por... haber avisado a...

—Göran Stone es un imbécil —lo interrumpe Saga.

—No hace falta que nos enfademos —intenta tranquilizarla Mikael Båge.

Saga recuerda muy bien el día en que ella y Joona entraron en los locales de aquel grupo secreto de militantes de extrema izquierda. Daniel Marklund, el experto de la Brigada en incursiones informáticas y escuchas telefónicas, les había dado información que les resultó decisiva para salvarle la vida a Penélope Fernández.

—O sea que no consideras que la incursión de la policía secreta fuera un fracaso.

—Sí, pero fui yo quien avisó a la Brigada.

—La denuncia recae sobre...

—Joona es el mejor policía del país.

—Tu lealtad me resulta conmovedora, pero vamos a dictar un auto de procesamiento contra...

—Os podéis ir a la mierda —dice Saga.

Se levanta volcando la mesa. La jarra y los vasos salen volando y el suelo queda lleno de agua y cristales rotos. Saga le arrebata la carpeta de las manos a Mikael Båge, vuelca todo el contenido, pisa los documentos, sale del despacho y cierra la puerta con tanta fuerza que la ventana se abre de golpe.

Saga Bauer parece una verdadera princesa sacada de un cuento de hadas, pero se siente como la comisaria de la policía secreta que es en realidad. Una de las mejores tiradoras del cuerpo fuera de las fuerzas especiales y boxeadora de élite.

Saga todavía jura entre dientes cuando sale al puente de Kungsbron. Hace un esfuerzo por caminar más despacio mientras lucha contra su organismo para tranquilizarse. Su teléfono empieza a sonar en el abrigo. Se detiene, mira la pantalla y contesta en cuanto ve que se trata de su jefe de la policía secreta.

—Hemos recibido una solicitud de la policía judicial —dice Verner con su voz grave—. He tanteado el terreno con Jimmy y Jan Pettersson, pero ninguno puede cogerlo... No sé si Göran Stone es la persona más adecuada, pero...

—¿De qué se trata? —pregunta Saga.

—Un interrogatorio a una menor de edad... es psíquicamente inestable y la fiscal que lleva el caso necesita a alguien formado en técnicas de interrogatorio y que tenga experiencia...

—Entiendo que le hayas preguntado a Jimmy —dice Saga y nota cómo su voz se vuelve ácida por la irritación—. Pero ¿por qué a Jan Pettersson? ¿Por qué le preguntas a Jan Pettersson antes que a mí? Y Göran... ¿cómo puedes pensar que él...?

Saga se obliga a callarse. Nota los sudores que le han brotado con el enfado que acaba de tener en el despacho de Asuntos Internos.

—¿Te vas a poner a discutir? —suspira Verner.

—Como que fui yo la que se fue a Pullach y la que hizo la formación del BND y...

—Por favor...

—No he terminado —lo interrumpe—. Seguro que te acuerdas de que yo estaba presente en el contrainterrogatorio de Muhammad al-Abdaly.

—Pero tú no llevabas el caso.

—No, pero fui yo quien le hizo el..., joder, da igual.

Corta la llamada y apenas ha terminado de pensar que mañana mismo renunciará al puesto cuando el teléfono vuelve a sonar.

—Vale, Saga —dice Verner despacio—. Puedes hacer un intento.

—¡Cállate! —grita y apaga el teléfono.

Anja abre la puerta de golpe y Carlos vierte un poco de comida para peces sobre la mesa. Empieza a recoger los copitos secos con las manos y el teléfono fijo comienza a sonar.

—Por favor, dale al altavoz —le pide.

—Es Verner —dice Anja y aprieta el botón.

—Buenas —dice Carlos alegre sacudiéndose las manos encima del acuario.

—Verner de nuevo... perdona que haya tardado tanto.

—No pasa nada.

—Oye, Carlos, he vaciado todos los bolsillos, pero lo siento, ahora mismo mis mejores chicos están con Alex Allan en *The Joint Intelligence Committee* —dice el jefe de la policía secreta y carraspea—. Pero hay una mujer... de hecho, ya la conoces, Saga Bauer... ella sí que podría pasarse...

Anja se inclina sobre el teléfono y suelta:

—Que podría pasarse y hacer de florero, ¿no?

—¿Hola? —pregunta Verner—. ¿Con quién estoy...?

—¡Silencio! —espeta Anja—. Conozco a Saga Bauer y te puedo decir que en la secreta no os merecéis a una agente tan buena...

—Anja —dice Carlos limpiándose rápidamente las manos en el pantalón y tratando de interponerse entre ella y el aparato.

—Siéntate —ruge Anja.

Carlos se sienta al mismo tiempo que Verner explica con voz débil:

—Ya estoy sentado...
—Llama a Saga y pídele perdón —le dice Anja tajante al auricular.

El policía de guardia mira la placa de Saga Bauer y se sonroja. Le dice que la paciente volverá en seguida y le aguanta la puerta 703 para que pueda pasar.

Saga entra y se para delante de las dos personas que están esperando a la paciente. Se han llevado la cama, pero el gotero sigue en su sitio.

—Disculpa —dice la mujer de la chaqueta gris.

—¿Sí? —responde Saga.

—¿Eres amiga de Vicky?

Antes de que Saga pueda contestar se abre la puerta y Joona Linna se mete en la habitación.

—Joona —dice Saga sorprendida y le da la mano con una sonrisa en los labios—. Creía que te habían apartado del caso.

—Así es —afirma él.

—Me alegro —dice ella.

—Asuntos Internos está haciendo un buen trabajo —añade Joona sonriendo de oreja a oreja.

La fiscal Susanne Öst se acerca estupefacta a Saga.

—¿Policía secreta? —pregunta—. Me esperaba... quiero decir, había pedido...

—¿Dónde está Vicky Bennet? —pregunta Saga.

—La doctora quería hacerle otra tomografía —explica Joona mirando por la ventana y dándole la espalda a la habitación.

—Esta mañana he decidido poner a Vicky Bennet bajo arresto —les dice la fiscal—. Pero estaría bien tener una confesión antes de la prisión provisional.

—¿Estás pensando en dictar un auto de procesamiento? —pregunta Saga desconcertada.

—Oye —dice Susanne conteniéndose—. Yo estuve allí, vi los cuerpos. Vicky Bennet ha cumplido los quince, pero está jugando en una liga que queda muy por encima del internamiento de menores.

Saga sonríe escéptica.

—Pero la prisión provisional...

—No te lo tomes a mal —la interrumpe la fiscal—, pero la verdad es que me esperaba un interrogador con más experiencia.

—Lo entiendo —dice Saga.

—Pero puedes intentarlo, sí. Faltaría más.

—Gracias —responde Saga dominándose.

—Ya llevo medio día aquí y te puedo asegurar que no se trata de un interrogatorio normal —aclara Susanne Öst respirando hondo.

—¿En qué sentido?

—Vicky Bennet no tiene miedo, parece que le guste la lucha de poderes.

—¿Y a ti? —pregunta Saga—. ¿También te gusta la lucha de poderes?

—No tengo tiempo para sus jueguecitos, ni tampoco para los tuyos —replica la fiscal con sobriedad—. Mañana presentaré una petición de prisión provisional ante el tribunal de instrucción.

—Después de haber escuchado el primer interrogatorio no me da la sensación de que Vicky Bennet esté jugando —responde Saga.

—Pues no es más que un juego —insiste la fiscal.

—No lo creo, pero los asesinatos pueden ser traumáticos incluso para el homicida y en esos casos los recuerdos pueden convertirse en islotes sin límites definidos.

—¿Y qué os enseñan en la secreta?

—El interrogador debe dar por hecho que todo el mundo quiere confesar y ser comprendido —

responde Saga sin dejarse provocar por el tono de Susanne Öst.

—¿Eso es todo? —pregunta la fiscal.

—Yo suelo pensar que la confesión está ligada al sentimiento de poder, ya que quien confiesa tiene el poder sobre la verdad —continúa Saga en tono afable—. Por eso las amenazas no funcionan, mientras que la amabilidad, el respeto y...

—Como quieras, pero no te olvides de que es sospechosa de dos asesinatos de lo más sangrientos.

Por el pasillo se oyen pasos y el sonido de las ruedas de una cama que se acerca.

Dos enfermeras meten a Vicky Bennet en la habitación. Tiene la cara bastante hinchada y las mejillas y la frente llenas de heridas ennegrecidas. Lleva los brazos vendados y el pulgar inmovilizado con yeso. Las enfermeras ponen la cama en su sitio y cuelgan la bolsa del suero en el gotero. Vicky está tumbada boca arriba con los ojos abiertos y hace caso omiso a los cautelosos intentos de las enfermeras de iniciar una conversación. La expresión de su cara sigue igual de seria que antes con las comisuras de los labios hacia abajo.

Los bordes de la cama están subidos, pero las sujeciones están sueltas.

Antes de que las enfermeras cierren la puerta al marcharse, Saga tiene tiempo de ver que ahora hay dos policías haciendo guardia en el pasillo.

Saga espera a que la chica le busque la mirada para acercarse a la cama.

—Me llamo Saga Bauer y estoy aquí para ayudarte a recordar lo que ha pasado en estos últimos días.

—¿Eres asistenta social?

—Comisaria.

—¿Policía?

—Sí, de la secreta —responde Saga.

—Eres la persona más bonita que he visto en toda mi vida.

—Muy amable por tu parte.

—He desfigurado más de una cara bonita —dice Vicky sonriendo.

—Lo sé —responde Saga tranquila.

Saca su teléfono y pone en marcha la aplicación de la grabadora. En pocos segundos repasa la fecha, la hora y el lugar del interrogatorio. Nombra a los presentes en la sala y luego se vuelve hacia Vicky y se la queda mirando un momento antes de hablar:

—Te han pasado cosas terribles —dice con total sinceridad.

—He leído los periódicos —responde Vicky y traga saliva un par de veces—. He visto mi cara y la de Dante... y he leído las cosas que decían sobre mí.

—¿Reconoces eso que han escrito?

—No.

—Cuéntame cómo lo has vivido tú con tus propias palabras.

—He corrido, he caminado, he pasado frío...

Vicky mira extrañada a Saga, se moja los labios y luego parece ensimismarse en busca de recuerdos que confirmen lo que acaba de decir o mentiras que lo contradigan.

—No tengo ni idea de por qué corrías, pero te escucharé si decides explicarlo —aclara Saga con calma.

—No quiero —murmura Vicky.

—Pero si empezamos primero con el día antes —continúa Saga—. Sé algunas cosas, como que tuvisteis clase por la mañana, pero por lo demás...

Vicky cierra los ojos y al cabo de un rato contesta:

—Fue como siempre, rutina y ejercicios aburridos.

—¿No soléis hacer alguna actividad por las tardes?

—Elisabet nos llevó a todas al lago... Lu Chu y Almira se bañaron desnudas, está prohibido, pero ellas son así —explica Vicky, sonriendo de repente—. Elisabet se enfadó con ellas y entonces las demás empezaron a desnudarse.

—Pero tú no.

—No... y Miranda y Tuula tampoco —responde.

—¿Qué hicisteis?
—Me mojé los pies y miré a las demás mientras jugaban.
—¿Qué hacía Elisabet?
—También se quitó la ropa y se bañó —sonríe Vicky.
—¿Qué hacían Tuula y Miranda?
—Estaban sentadas tirándose piñas.
—Y Elisabet se bañaba con las chicas.
—Nadaba como una vieja.
—¿Y tú? ¿Qué hacías?
—Volví al centro —responde Vicky.
—¿Cómo te encontrabas aquella noche?
—Bien.
—¿Bien? Entonces ¿por qué te hiciste daño a ti misma? Te cortaste en los brazos y en el vientre.

La fiscal se ha sentado en una silla y sigue concentrada en el interrogatorio. Saga observa la cara de Vicky y ve que por un instante se oscurece y se pone tensa. Observa que baja las comisuras de la boca de forma casi imperceptible y que su mirada se vuelve fría.

—Hay una anotación que dice que te cortaste en los brazos —explica Saga.

—Sí, pero no fue nada... Estábamos viendo la tele y sentí un poco de lástima de mí misma y me corté con un trozo de plato roto... Tuve que ir a la enfermería a que me curaran. Me gusta. Porque Elisabet es tranquila y sabe que necesito vendas blandas en las manos, quiero decir en las muñecas... Porque después siempre me da asco, cuando pienso en las venas abiertas...

—¿Por qué sentiste lástima de ti misma?

—Me tocaba hablar con Elisabet, pero me dijo que no tenía tiempo.

—¿De qué querías hablar?

—No sé, de nada, pero me tocaba a mí tener una charla y mi tiempo desapareció porque Miranda y Tuula se pelearon.

—Parece injusto —dice Saga.

—Así que sentí lástima de mí misma, me corté y me curaron.

—Pero así por lo menos pudiste estar un ratito con Elisabet.

—Sí —sonríe Vicky.

—¿Eres la preferida de Elisabet?

—No.

—¿Quién es su preferida? —pregunta Saga.

Vicky suelta un golpe rápido y por sorpresa con el reverso de la mano, pero Saga lo esquiva como si nada girando la cabeza, sin mover el cuerpo. Vicky ni siquiera entiende qué ha pasado, cómo ha podido fallar el manotazo y, más aún, cómo es posible que la policía haya tenido tiempo de ponerle la mano en la mejilla con total tranquilidad.

—¿Estás cansada? —pregunta Saga sin quitarle la mano de la cara para consolarla.

La chica la mira y deja que la toque un momento hasta que de repente se vuelve para apartarse.

—Sueles tomar diez miligramos de Zyprexa antes de acostarte —continúa Saga al cabo de un rato.

—Sí.

La voz de Vicky se ha vuelto monótona y huidiza.

—¿Sobre qué hora?

—Las diez.

—¿Te pudiste dormir?

—No.

—No pudiste dormir en toda la noche, según tengo entendido.

—No quiero seguir hablando —dice Vicky, deja caer la cabeza sobre la almohada y cierra los ojos.

—Ya está bien por hoy —dice la representante legal levantándose de la silla.

—Todavía nos quedan veinte minutos —replica la fiscal.

—Mi cliente necesita descansar —dice Signe Ridelman y se acerca a Vicky—. Estás cansada, ¿verdad? ¿Quieres que te pida algo de comer?

La representante legal habla con su cliente y la fiscal se queda junto a la ventana escuchando los mensajes de su buzón de voz con expresión descontenta.

Saga va a apagar la grabadora del móvil, pero se frena al toparse con la mirada de Joona.

Sus ojos están extrañamente grises, como la nieve cuando se derrite en primavera, y de pronto

sale de la habitación. Saga le pide a la representante legal que espere un momento y luego sale detrás de Joona, pasa junto a los policías de guardia y continúa por el pasillo. Él la está esperando delante de una puerta de hierro que da a la escalera de emergencia.

—¿Me he perdido algo? —pregunta Saga.

—Vicky durmió en la cama con la ropa llena de sangre —le explica Joona en voz baja.

—¿Qué dices?

—No se menciona en el informe del escenario del crimen.

—¿Tú lo viste?

—Sí.

—O sea que durmió después de los asesinatos —dice Saga.

—No he podido acceder a las respuestas del laboratorio, pero una idea que me ronda por la cabeza es que Vicky aumentó la dosis de la medicina porque se encontraba mal. Se podría pensar que eso ayuda, pero no. Lo único que consigues es estar más nervioso, hasta que al final te pones hecho una furia. Todavía no sabemos nada, pero a lo mejor Vicky quería vengarse de Miranda por haberle robado el tiempo de la charla, a lo mejor estaba rabiosa con Elisabet por habérselo permitido a Miranda, o a lo mejor se trata de cualquier otra cosa...

—Pero piensas que un posible escenario puede ser que matara a Elisabet, cogiera la llave del cuarto de aislamiento, matara a Miranda y luego se quedara dormida.

—Sí, porque las huellas en el cuarto de aislamiento muestran dos caras, una agresividad descontrolada y una prudencia exquisita.

Joona mira fijamente a Saga, pero la expresión de sus ojos es pesada y pensativa.

—Cuando Miranda muere se disipa la rabia —dice él—. Vicky intenta ocuparse del cuerpo de Miranda, la tumba en la cama y le tapa los ojos con las manos. Después vuelve a su habitación justo cuando empieza a subir el efecto relajante de la medicina. Es un medicamento fuerte... y de repente le entra un sueño tremendo.

Cuando Saga vuelve a la habitación, la fiscal intenta explicarle que los quince minutos que faltan no son tiempo suficiente para sonsacarle a la chica ningún dato de relevancia. Saga se limita a asentir con la cabeza como si estuviera de acuerdo y luego se pone a los pies de la cama. La representante legal la mira extrañada. Saga espera con las manos apoyadas en la barra de la cama a que Vicky vuelva su cara arañada y la mire a los ojos.

—Creía que habías estado despierta toda la noche —dice Saga muy despacio—. Pero Joona dice que dormiste en tu cama antes de irte del Centro Birgitta.

Vicky niega con la cabeza y su representante intenta intervenir:

—El interrogatorio de hoy termina aquí y...

Vicky susurra algo y se rasca una costra de la mejilla. Saga piensa que tiene que conseguir que la chica le cuente cómo transcurrió la noche. No necesita gran cosa, le basta con unas pocas palabras sinceras sobre la huida por el bosque y el secuestro del chico.

Sabe que cuanto más consiga el interrogador que el interrogado hable de los sucesos que rodean al crimen, más probable es que termine contándolo todo.

—Joona no suele equivocarse —dice Saga sonriendo.

—Estaba oscuro y yo me quedé en la cama mientras todas gritaban y golpeaban las puertas —susurra Vicky.

—Estás tumbada en la cama y todo el mundo grita —repite Saga y asiente con la cabeza—. ¿Qué piensas en ese momento, qué haces?

—Tengo miedo, eso es lo primero que siento, el corazón me va a mil por hora y me quedo quieta debajo del edredón —dice Vicky sin mirar a nadie—. Está todo a oscuras... pero entonces noto que estoy mojada... pienso que me he meado encima o que me ha venido la regla o algo... *Buster* ladra sin parar y Nina grita algo sobre Miranda y yo enciendo la luz, y entonces veo que estoy llena de sangre.

Saga hace un esfuerzo para no preguntarle nada acerca de la sangre ni intentar forzar una confesión. Deja que las palabras de la chica fluyan por sí solas.

—¿Tú también gritas? —pregunta en tono neutral.

—Creo que no, no lo sé, no podía pensar —continúa Vicky—. Lo único que quería era alejarme de todo aquello, desaparecer... Duermo con la ropa puesta... siempre lo he hecho... así que sólo cojo el bolso, me pongo los zapatos, salto por la ventana y me meto en el bosque... estoy asustada y voy lo más rápido que puedo y el cielo empieza a clarear y al cabo de un rato me resulta más fácil ver entre los árboles. Sigo caminando y de repente veo un coche... es casi nuevo, parece abandonado, la puerta está abierta y tiene las llaves puestas... Sé conducir, me pasé un verano entero detrás de un volante... así que me subo al coche sin pensármelo y arranco... Y entonces me doy cuenta de lo cansada que estoy, me tiemblan las piernas... Pienso que voy a ir hasta Estocolmo para conseguir algo de dinero y así poder volar a Chile, a casa de una amiga... De repente oigo un golpe, el coche da media vuelta y choca de lado contra algo... ¡bum!, y luego todo queda en silencio... Me despierto, me sale sangre del oído, levanto la cabeza, hay cristales por todas partes, me he comido un puto semáforo, no entiendo cómo ha podido pasar, todas las ventanas están rotas, está lloviendo dentro del coche... el motor todavía está en marcha y sigo viva... mi mano se mueve en el cambio de marchas, pongo la marcha atrás y sigo conduciendo... la lluvia me salpica en la cara y entonces oigo que alguien está llorando, vuelvo la cabeza y veo que hay un crío en una sillita en el asiento de atrás... un niño pequeño. No tiene ningún sentido, no sé de dónde ha salido... Le grito que cierre la boca. Empieza a llover más fuerte. Casi no puedo ver nada, pero justo cuando giro para cruzar el puente veo unas luces azules al otro lado del río... Me entra el pánico y doy un volantazo y nos salimos de la carretera. Voy demasiado rápido, cruzamos una playa, aprieto el freno pero el coche sigue corriendo hasta el agua y me golpeo la cara

en el volante. El agua pasa por encima del capó y empieza a inundar el coche y de pronto estamos dentro del río... Todo se vuelve oscuro, empezamos a hundirnos, pero encuentro un poco de aire justo debajo del techo y me paso al asiento de atrás, le quito el cinturón al niño y saco la sillita entera por la ventana, ya estamos a varios metros de profundidad, pero la sillita flota y nos sube a la superficie, nos dejamos llevar un trozo por el río y luego conseguimos subir a la otra orilla... estamos empapados, he perdido el bolso y los zapatos, pero empezamos a caminar...

Vicky calla un momento para tomar aire. Saga intuye un movimiento de la fiscal, pero no aparta los ojos de la chica.

—Le dije a Dante que íbamos a encontrar a su madre —continúa Vicky con voz temblorosa—. Lo llevaba de la mano todo el rato y caminamos y caminamos cantando una canción de su guardería que habla de un hombre que lleva unos zapatos gastados. Fuimos por una carretera con postes a los lados... un coche paró y nos dejó subir atrás... el hombre del coche nos miraba por el retrovisor y puso la calefacción, nos preguntó si queríamos ir a su casa y dijo que nos daría ropa nueva y comida... y seguro que nos habríamos ido con él si no nos hubiese mirado tanto por el retrovisor y nos hubiese dicho que también nos daría un poco de dinero... Cuando paró para poner gasolina nos escapamos y seguimos a pie... No sabía hasta dónde habíamos llegado, pero en una área de descanso al lado de un lago había un tráiler de Ikea aparcado, y en una de las mesas de madera encontramos un termo y una bolsa muy grande llena de sándwiches, pero antes de que pudiéramos coger la bolsa aparece un chico de detrás de un coche y nos pregunta si tenemos hambre... Es de Polonia y nos lleva hasta Uppsala... Me presta su teléfono y llamo a mi madre... Pienso varias veces que si toca al niño lo mato, pero nos deja descansar y dormir tranquilos... No quiere nada. Cuando llegamos nos bajamos del coche y cogemos el tren hasta Estocolmo, nos escondemos entre las maletas... ya no tengo la llave del metro y ya no conozco a nadie, ha pasado tanto tiempo... Una vez pasé varias semanas en casa de una pareja que vivía en Midsommarkransen, aunque no recuerdo cómo se llamaban, pero sí me acuerdo de Tobias, por supuesto que me acuerdo de él, recuerdo que vivía en la calle Wollmar Yxkullsgatan, que yo solía ir hasta la plaza Mariatorget y... soy tan imbécil, tendría que estar muerta.

Se queda callada, hunde la cara en la almohada y sigue respirando sin moverse.

Saga se queda de pie junto a la cama y desliza el dedo por la barandilla de metal mientras Vicky yace inmóvil boca abajo.

—Estoy pensando en el hombre del coche —dice Saga—. El que quería que lo acompañarais a casa... Estoy casi segura de que tu sentido del peligro no se equivocaba.

Vicky se incorpora y mira directamente a los ojos azules de Saga.

—¿Crees que podrías ayudarme a rastrearlo cuando hayamos terminado con esto? —pregunta la comisaria.

Vicky asiente en silencio y traga saliva, luego baja la mirada y se queda quieta abrazándose a sí misma con sus brazos maltratados. No es tarea fácil imaginarse a esa chica frágil y delgada destrozando los cráneos de dos personas.

—Antes de seguir me gustaría decir que normalmente contar la verdad sienta muy bien —dice Saga.

De pronto nota algo especial corriendo por sus venas, igual que cuando está subida al ring de boxeo. Sabe que está a punto de escuchar una confesión completa y verídica. Percibe el cambio en el ambiente, en las voces, en la temperatura, en la humedad de los ojos. Saga hace ver que escribe algo en su libreta de colegio y espera un poco más antes de mirar a la chica como si ya hubiera confesado los crímenes.

—Dormiste en las sábanas llenas de sangre —dice Saga con suavidad.

—Maté a Miranda —susurra Vicky—, ¿verdad?

—Cuéntamelo.

Los labios de Vicky empiezan a temblar y su cara se oscurece cuando se sonroja.

—A veces puedo enfadarme mucho —murmura y luego se tapa la cara.

—¿Te enfadaste con Miranda?

—Sí.

—¿Qué hiciste?

—No quiero hablar de ello.

La representante legal no puede evitar acercarse hasta Vicky.

—Recuerda que no tienes obligación de contarlo —le dice.

—No tengo por qué contarlo —repite Vicky mirando a Saga.

—El interrogatorio ha terminado —dice Susanne Öst resuelta.

—Gracias —susurra Vicky.

—Necesita tiempo para recordar —añade Saga.

—Pero ya tenemos una confesión —dice Susanne.

—No lo sé —balbucea Vicky.

—Has reconocido que mataste a Miranda Ericsdotter —dice Susanne alzando la voz.

—No me eches la bronca —dice Vicky.

—¿Le pegaste? —presiona Susanne—. Le pegaste, ¿verdad?

—No quiero seguir hablando.

—El interrogatorio ha terminado —dice tajante la representante legal.

—¿Cómo pegaste a Miranda? —pregunta igual de severa la fiscal.

—Da igual —dice Vicky con el llanto abriéndose paso por su garganta.

—Tus huellas dactilares están en un martillo manchado de sangre que...

—¡Que no tengo ganas de hablar más, coño! ¡¿Es que no te enteras?!

—No tienes por qué hacerlo —dice Saga—. Tienes derecho a quedarte callada.

—¿Por qué te enfadaste con Miranda? —pregunta la fiscal levantando la voz todavía más—.

Tanto que...

—Voy a informar de esto —dice la representante.

—¿Cómo entraste en el cuarto de Miranda? —pregunta la fiscal.

—Abrí con llave —responde Vicky e intenta levantarse de la cama—. Pero ya no tengo ganas de hablar de...

—¿De dónde sacaste las llaves? —la interrumpe Susanne Öst.

—No sé, yo...

—¿Las tenía Elisabet?

—Las tomé prestadas —responde Vicky poniéndose de pie.

—¿Ella quería dejártelas?

—¡Le aplasté la cabeza! —grita Vicky tirándole la bandeja del desayuno a la fiscal.

El plato de plástico con restos de yogur y cereales rebota estrepitosamente contra el suelo, la pared queda salpicada de zumo de naranja.

—¡Vete a la mierda! —grita y le da un empujón a su representante legal, que cae de espaldas sobre las sillas.

Antes de que Saga y Joona puedan reaccionar Vicky coge el gotero y golpea con todas sus fuerzas a la fiscal en el hombro. La bolsa de suero se suelta de la percha, sale volando por la habitación y revienta contra la pared.

Joona y Saga se interpusieron entre Vicky y las dos mujeres y trataron de tranquilizarla. El suero caía como una mancha de pintura por la pared. Vicky respiraba nerviosa y los miraba a todos con ojos asustados. Se había hecho daño con algo y le salía sangre de una ceja. Los policías de guardia y el personal de planta entraron corriendo y la forzaron a tumbarse en el suelo. Eran cuatro contra una y a Vicky le entró el pánico, empezó a moverse de forma agresiva para liberarse, gritando y soltando coces con las que terminó volcando la mesita portable.

La pusieron boca abajo, después la colocaron en posición de seguridad y le pusieron una inyección en la nalga. En cuestión de segundos Vicky pasó de gritar afónica a quedarse tranquila y quieta.

Un par de minutos más tarde la subieron a la cama. Lloraba e intentaba decir algo, pero lo único que le salía era un balbuceo incomprensible. Una de las enfermeras le puso las sujeciones de seguridad. Primero le ató las muñecas y los tobillos a los bordes de la cama, después los muslos y por último le pasó unas cintas más gruesas en forma de cruz por encima del pecho. La sangre de Vicky había manchado las sábanas y la ropa blanca del personal sanitario. La habitación entera era un caos de agua y comida tirada por el suelo.

Media hora más tarde Vicky yacía inmóvil con lágrimas corriéndole por las sienes. Tenía la cara entumecida y los labios cortados. Le habían detenido la hemorragia de la ceja y le habían puesto un nuevo catéter en el brazo. Un policía se quedó esperando dentro mientras la mujer de la limpieza fregaba el suelo una última vez.

Joona sabe que la fiscal lo está vigilando, que no puede entrometerse, pero no le gusta cómo se está desarrollando la situación. Ante lo sucedido ya no habrá más interrogatorios hasta después del proceso de encarcelamiento. Habría sido mejor esperar a concluir todos los interrogatorios y a tener los resultados del Laboratorio Estatal de Criminología antes de llevar a cabo el proceso judicial. Pero Susanne Öst ha decidido arrestar a la chica y está empecinada en presentar una petición de prisión provisional mañana mismo.

Si Saga Bauer hubiese tenido un poco más de tiempo, Vicky Bennet le habría contado toda la verdad. Ahora lo que tienen es una confesión que se puede considerar más que provocada.

«Pero mientras las pruebas técnicas sean inequívocas quizá tampoco tenga la menor relevancia», piensa Joona y sale de la habitación donde Vicky está durmiendo.

Cruza el pasillo y percibe el fuerte olor de alcohol desinfectante que sale de una puerta abierta.

Hay algo en este caso que lo tiene preocupado. Si se olvida por un momento de la piedra, en realidad no tiene ningún problema en imaginarse claramente la secuencia de los hechos. Encajan entre sí, pero están lejos de conformar una trama sólida. Siguen flotando en un latente mundo de sombras. Los acontecimientos siguen siendo transparentes y cambiantes.

Necesitaría todo el material, los informes de las autopsias, los de los técnicos y los exhaustivos resultados del laboratorio.

¿Por qué Miranda estaba tumbada tapándose la cara con las manos?

Recuerda el aspecto de la habitación ensangrentada, pero para profundizar en la secuencia de los hechos tendría que estudiar los informes sobre la escena del crimen.

Susanne Öst se acerca a los ascensores y se pone al lado de Joona. Se saludan con la cabeza y la fiscal parece satisfecha.

—Ahora todo el mundo me odia porque he sido un poco dura —dice mientras entra en el ascensor y aprieta el botón—. Pero una confesión tiene mucho peso, aunque desate algunas protestas.

—¿Qué te parecen las pruebas técnicas? —pregunta Joona.

—Tan evidentes que escojo el segundo grado más alto de sospecha.

El ascensor se abre en la planta baja y salen juntos.

—¿Quieres que le eche un vistazo al informe? —preguntó Joona parando de golpe.

Susanne lo mira extrañada y al cabo de unos segundos de duda responde:

—En realidad no hace falta.

—Genial —dice Joona y empieza a alejarse.

—¿Crees que podría haber fisuras? —pregunta la fiscal acelerando el paso para seguir al comisario.

—No —respondió Joona.

—Debería tener el informe de la escena del crimen por aquí —dice Susanne Öst abriendo su macuto.

Joona cruza las puertas de cristal y a sus espaldas oye a la fiscal hurgando entre papeles y después sus zapatos correteando por el suelo. El comisario ya ha llegado a su coche cuando Susanne lo alcanza.

—Te estaría eternamente agradecida si le pudieras echar un vistazo hoy mismo —le pide la fiscal recuperando el aliento y entregándole un archivador de piel—. Te pongo también algunos resultados preliminares del laboratorio y las causas de la muerte extraídas de los informes forenses.

Joona se encuentra con su mirada, asiente con la cabeza y deja caer el archivador sobre el asiento del copiloto antes de arrancar el coche.

Joona está solo en un rincón de Il Caffè leyendo las copias que le ha entregado Susanne Öst. Su forma de provocar a Vicky en el interrogatorio ha sido un grave error.

Le cuesta creer que la chica se llevara a Dante adrede, no se corresponde con la imagen que tiene de ella, pero por alguna razón mató a Miranda y a Elisabet.

¿Por qué?

Joona abre la carpeta y piensa que entre aquellas hojas podría hallar la respuesta.

¿Por qué Vicky se vuelve tan agresiva y exageradamente violenta?

No puede tratarse sólo de la medicina.

No la había probado hasta que llegó al Centro Birgitta.

Joona sigue hojeando los documentos.

Las escenas del crimen y los sitios en los que hay pistas son espejos que reflejan al homicida. Las salpicaduras de sangre en las paredes y el suelo esconden fragmentos del móvil, igual que los muebles volcados, las huellas de botas y las posiciones de los cadáveres. Seguramente Nathan Pollock diría que tener buen oído para escuchar la escena del crimen puede ser mucho más importante que conseguir buenas huellas. Porque el homicida siempre les otorga unas funciones específicas tanto a la víctima como al lugar. La víctima juega un papel concreto en el drama interior del asesino y el lugar puede interpretarse como un plató con escenografía y atrezo. Muchas cosas pueden ser meras casualidades, pero siempre hay elementos que pertenecen al drama interior y que se pueden vincular al móvil.

Joona Linna lee por primera vez el informe sobre las escenas de los dos homicidios. Se entretiene un buen rato en la documentación, las huellas y el análisis científico.

La policía ha hecho un trabajo ejemplar, mucho más detallado de lo que cabría exigir.

Un camarero con gorro de lana se acerca por el pasillo con una gran taza de café en una bandeja, pero Joona está tan sumido en sus pensamientos que no se da cuenta. En la mesa de al lado hay una chica con un *piercing* en el labio que le dice sonriendo al chico que ella confirma que ha visto a Joona pedir el café.

A pesar de que las respuestas del Laboratorio Estatal de Criminología no aparecen en el informe, Joona entiende que los resultados son inequívocos: las huellas dactilares pertenecen a Vicky Bennet. En el dictamen pericial se ha considerado el nivel más alto de fiabilidad de las pruebas: grado + 4.

No hay nada en el análisis científico que contradiga lo que él mismo observó en el lugar del crimen, a pesar de que muchas de sus observaciones no aparezcan en el documento, como por ejemplo que la sangre cada vez más coagulada había sido esparcida por las sábanas durante más de una hora. El informe tampoco habla de cómo las salpicaduras en la pared del fondo cambiaban de ángulo después del tercer golpe.

Joona alarga la mano, coge la taza, da un sorbo y vuelve a estudiar las fotografías. Pasa sin prisa una imagen tras otra y las observa concentrado. Después escoge dos fotos de la habitación de Vicky Bennet, dos del cuarto de aislamiento donde habían hallado a Miranda Ericsdotter y dos de la antigua destilería donde habían encontrado a Elisabet Grim. Aparta la taza y todo lo demás en la mesa y expone las seis fotos sobre la superficie vacía. Se levanta e intenta mirarlas todas a la vez para descubrir pautas nuevas e inesperadas.

Al cabo de un rato les da la vuelta a todas las imágenes excepto a una. Observa detenidamente la última fotografía y trata de volver a la habitación. Se deja llevar por las sensaciones y los olores. En la foto se ve el cuerpo delgado de Miranda Ericsdotter. Está tumbada en la cama con sus braguitas blancas de algodón y con las manos sobre la cara. El flash de la cámara resalta el blanco de la piel y las sábanas. La sangre de su cabeza destrozada ha dejado una mancha oscura en la sábana.

De repente Joona ve algo inesperado.

Da un paso atrás y la taza vacía cae directamente al suelo.

La chica del *piercing* sonríe sin levantar la cabeza.

Joona se inclina sobre la foto de Miranda. Está pensando en la visita que le hizo a Flora Hansen. Se había enfadado consigo mismo por haber perdido el tiempo yendo a verla. Cuando se marchaba, ella lo había perseguido por el pasillo insistiendo en que había visto a Miranda y que había hecho un dibujo del fantasma. Había intentado enseñárselo, pero se le había caído cuando él le apartó la mano. La hoja planeó en silencio hasta el suelo. Los ojos de Joona habían mirado un instante el infantil dibujo antes de salir por la puerta.

Ahora que vuelve a ver la fotografía del cuerpo cuidadosamente colocado de Miranda intenta recordar lo que Flora Hansen había dibujado. Estaba hecho en dos fases. Primero había trazado un simple muñeco de palo y luego le había ensanchado las extremidades y las había rellenado. La chica del dibujo tenía el perfil muy grueso en algunas partes, mientras otras zonas del cuerpo habían quedado muy finas. La cabeza era desproporcionadamente grande. La boca recta sólo se podía intuir, dado que la niña se estaba tapando la cara con sus manos esqueléticas. El dibujo coincidía bastante con lo que habían descrito los medios de comunicación.

Lo que la prensa no sabía era que Miranda había sido golpeada en la cabeza y que una vez tumbada la sangre había dejado una mancha en la cama. No se había publicado ninguna imagen de la escena del crimen. La prensa había hablado de las manos sobre la cara, habían especulado al respecto, pero no sabían nada acerca de las heridas en la cabeza. El caso estuvo envuelto en un halo de secretismo hasta que la fiscal había presentado la petición de prisión provisional.

—Te acabas de dar cuenta de algo importante, ¿verdad? —pregunta la chica de la otra mesa.

Joona se topa con sus ojos brillantes y asiente en silencio antes de volver a mirar la fotografía de la mesa.

De lo que se ha dado cuenta mientras contempla de nuevo la foto de Miranda es que Flora había dibujado un corazón al lado de la cabeza de la chica, justo donde se había formado la mancha de sangre en la realidad.

Del mismo tamaño, en el mismo sitio.

Era como si Flora realmente hubiese visto a Miranda en la cama.

Podría tratarse de una simple coincidencia, por supuesto, pero si recuerda bien el dibujo de Flora el parecido era sorprendente.

Las campanas de la iglesia de Gustav Vasa doblan con energía cuando Joona se encuentra con Flora Hansen, delante de la tienda de Antigüedades Carlén en la calle Upplandsgatan. Tiene un aspecto miserable, parece agotada y enferma. Un moratón grande y pálido le cubre la mejilla. Tiene los ojos cansados y oscurecidos. Al lado de la tienda hay una puerta más pequeña con un cartel que anuncia una sesión de espiritismo.

—¿Has traído el dibujo? —pregunta Joona.

—Sí —responde ella girando la llave en la puerta.

Bajan por la escalera hasta el sótano. Flora enciende las lámparas del techo con total familiaridad y entra en el cuarto de la derecha que tiene una ventanita junto al techo.

—Siento mucho haberte mentido —dice Flora buscando en su bolso—. No noté nada con el llavero, pero...

—¿Me dejas ver el dibujo?

—Vi a Miranda —dice ella entregándole la hoja—. No creo en los fantasmas, pero... ella estaba allí.

Joona desdobla el papel y mira por segunda vez el infantil dibujo. Parece una chica tumbada de espaldas. Se está tapando la cara con las manos y tiene el pelo despuntando en todas direcciones. No hay ni cama ni muebles. Joona no se equivocaba. Junto a la cabeza de la chica hay un corazón oscuro, en el mismo sitio donde la sangre de Miranda había sido absorbida por la sábana bajera y el colchón.

—¿Por qué dibujaste este corazón?

Mira a Flora, que baja la mirada y se pone roja.

—No lo sé, ni siquiera recuerdo haberlo hecho... Estaba asustada y temblando.

—¿Has vuelto a ver al fantasma?

Ella asiente con la cabeza y se ruboriza aún más.

Joona intenta comprender la situación. ¿Ha podido Flora llegar hasta allí por pura suerte? Si lo de la piedra no era más que otra de sus cartas tenía que haberse dado cuenta de que había dado en el blanco.

No era difícil saber interpretar las reacciones.

Y si acertaba con la piedra, en realidad era bastante lógico dar por hecho que Miranda había sido golpeada en la cabeza y que había sangre en la cama.

«Pero Flora no ha dibujado sangre, sino un corazón —pensó Joona—. Y eso no encaja si está mintiendo otra vez. No encaja. Tiene que haber visto alguna cosa. Es como si hubiera visto una imagen muy borrosa o muy breve de Miranda en la cama y luego hubiera dibujado lo que recordaba sin pensarlo demasiado.»

La imagen de Miranda con la mancha de sangre le había llamado la atención.

Se sentó y se puso a dibujar lo que había visto. Recordaba el cuerpo tumbado con las manos en la cara y que tenía algo oscuro junto a la cabeza.

Una mancha.

Cuando hizo el dibujo interpretó esa mancha como un corazón. Nunca se planteó la relación ni la lógica.

Joona sabe que Flora se hallaba muy lejos del Centro Birgitta cuando se cometieron los crímenes y que no hay nada que la vincule ni con lo sucedido ni con las víctimas.

Vuelve a mirar el dibujo y piensa en una nueva posibilidad: a lo mejor Flora se ha enterado de algo hablando con alguien que sí estuvo allí.

Quizá un testigo de los asesinatos le haya contado lo que tenía que dibujar.

Un testigo infantil que interpretó la sangre como un corazón.

En ese caso, las habladurías de Flora de que había visto un fantasma sólo serían una forma de proteger la identidad del testigo.

—Me gustaría que intentaras ponerte en contacto con el fantasma —dice Joona.

—No, no puedo...

—¿Cómo sueles hacerlo?

—Lo siento, pero no puedo hacerlo —dice Flora serena.

—Tienes que preguntarle al fantasma si vio lo que pasó.

—No quiero —susurra—. Ya no puedo más.

—Te pagaré —dice Joona.

—No quiero el dinero, sólo quiero que creas en lo que he visto.

—Lo hago —dice él.

—Sinceramente, ya no estoy segura de nada, pero creo que no estoy loca.

—Yo tampoco creo que estés loca —responde él en tono serio.

Flora lo mira y se seca las lágrimas de las mejillas. Después mira al vacío y traga saliva.

—Podemos probar —dice en voz baja—. Pero la verdad es que no creo en...

—Inténtalo.

—Puedes esperar ahí dentro —dice ella señalando el cuartito contiguo—. Por lo que parece, Miranda sólo viene cuando estoy sola.

—Entiendo —dice Joona, se levanta y se aleja.

Flora observa inmóvil al comisario mientras cierra la puerta. Cuando el hombre se sienta en la silla que hay fuera, en la cocina, suena un crujido de madera vieja y luego todo queda en silencio. No se oye nada, ni siquiera un coche o un perro ladrando, tampoco en la pequeña estancia en la que está esperando el comisario.

Hasta ahora Flora no se había dado cuenta de lo cansada que se sentía.

No sabe qué hacer. ¿Debería poner velas y prender incienso? Se queda donde está, cierra los ojos un rato y después mira el dibujo.

Recuerda cómo le temblaba la mano cuando dibujó lo que había visto y lo mucho que le costaba concentrarse. No paraba de mirar por toda la habitación para ver si el fantasma había vuelto.

Miró su dibujo una vez más. Es mala con el lápiz, pero se ve claramente que la chica está tumbada en el suelo. Ve las crucecitas y recuerda que tenían que representar los flecos de la alfombrilla del baño.

Por culpa de los temblores, un muslo le había salido delgaducho como una canilla.

Los dedos que tapan la cara no son más que rayas. Por debajo asoma una mera línea horizontal que representa la boca.

La silla vuelve a crujir al otro lado de la puerta.

Flora parpadea varias veces y mira fijamente el dibujo.

Tiene la sensación de que los dedos de la chica se han abierto mínimamente, porque ahora hay un ojo que la observa.

La chica la está mirando.

Flora da un respingo con el ruido de las tuberías. Mira a su alrededor en la salita. El diván está sepultado por las sombras, la mesa descansa en un rincón oscuro.

Cuando Flora vuelve a mirar el papel ya no se ve el ojo. Una arruga en el papel corre justo por encima de la cara del dibujo.

Flora intenta alisarla con manos nerviosas. Los finos dedos de la chica le tapan los ojos otra vez. Sólo se ve parte de la boca en el papel cuadriculado.

De pronto el suelo cruje a sus espaldas y Flora se vuelve rápidamente.

No hay nadie.

Vuelve a mirar el dibujo hasta que le brotan las lágrimas. El perfil del corazón que la chica tiene junto a la cabeza parece haberse diluido. Flora observa el pelo enmarañado y luego vuelve a poner los ojos en los dedos que tapan la cara. Aparta las manos de golpe del dibujo porque ha visto que la boca ha dejado de ser una línea recta.

Ahora está gritando.

Flora se ha levantado de la silla, respira alterada, observa la hoja, la boca circular que asoma entre los dedos, y justo cuando va a llamar al comisario descubre a la niña en la salita.

Está escondida dentro del armario que hay junto a la pared. Parece que intente ocultarse del todo, pero la puerta del mueble no se puede cerrar con ella dentro. La niña está inmóvil y se está tapando la cara con las manos. Entonces separa un poco los dedos y mira a Flora con un ojo.

Flora también la mira.

La niña farfulla algo detrás de las manos, pero no se pueden distinguir las palabras.

Flora se acerca un poco.

—No te oigo —le dice.

—Estoy embarazada —dice la niña y baja las manos. Empieza a palparse el cogote como desconcertada, se mira la mano y se tambalea. La sangre le brota de la cabeza en un chorro uniforme y le corre por la espalda hasta el suelo.

Abre la boca, pero antes de que diga nada niega con la cabeza y le ceden las rodillas.

Joona oye un ruido contundente en la salita y entra corriendo. Flora está en el suelo delante de un armario medio abierto. La mujer se incorpora y mira a Joona sin comprender.

—La he visto... está embarazada...

Joona la ayuda a levantarse.

—¿Le has preguntado qué pasó?

Flora niega con la cabeza y mira el armario vacío.

—Nadie puede ver nada —susurra.

—¿Qué dices?

—Miranda ha dicho que estaba embarazada —llora Flora dando unos pasos hacia atrás.

Se seca las lágrimas, mira el armario una vez más y luego abandona la sala. Joona le coge el abrigo de la silla y la sigue. Flora ya está subiendo la escalera que da a la calle.

Flora está sentada en los escalones del portal de Antigüedades Carlén abrochándose el abrigo. Ha recuperado el color en las mejillas, pero no dice nada. Joona está de pie en la acera con el teléfono pegado a la oreja. Está llamando al forense Nils Åhlén del hospital Karolinska.

—Espera —oye a Nålen al otro lado—. Ahora tengo un *smartphone*.

La línea carraspea.

—¿Sí?

—Tengo una pregunta rápida —dice Joona.

—Frippe está enamorado —responde Nålen con su voz nasal y resuelta.

—Qué bien —dice Joona indiferente.

—Me da miedo que se ponga triste si se acaba —continúa Nålen—. ¿Sabes a qué me refiero?

—Sí, pero...

—¿Qué querías preguntar?

—¿Miranda Ericsdotter estaba embarazada?

—En absoluto.

—Digo la chica que...

—Me acuerdo de todos —responde Nålen tajante.

—¿En serio? Nunca me lo habías dicho.

—Nunca me lo habías preguntado.

Flora se ha puesto de pie y sonríe angustiada.

—¿Estás seguro de que...?

—Completamente seguro —lo interrumpe Nålen—. Ni siquiera podía tener hijos.

—¿Que no podía?

—Miranda tenía un quiste enorme en el ovario.

—De acuerdo, muchas gracias... Recuerdos a Frippe.

—De tu parte.

Joona corta la llamada y mira a Flora. Su sonrisa se desvanece poco a poco.

—¿Por qué haces esto? —pregunta Joona muy serio—. Has dicho que la chica asesinada estaba embarazada, pero ni siquiera podía tener hijos.

Flora hace un gesto discreto hacia la puerta.

—Recuerdo que ella...

—Pero si no era verdad —la interrumpe Joona—. No estaba embarazada.

—Lo que quería decir —susurra Flora—. Lo que quería decir es que ella ha dicho que estaba embarazada. Pero no era verdad, no lo estaba. Es lo que ella pensaba, ella creía que estaba embarazada.

—*Jumala* —suspira Joona y empieza a subir por la calle Upplandsgatan en dirección a su coche.

La comida es un poco cara y Daniel se ruboriza cuando mira la carta de vinos. Le pregunta a Elin si quiere escoger uno, pero ella niega sonriendo. Daniel se aclara la garganta, le pregunta al camarero por el vino de la casa, cambia de idea antes de que le conteste y le pide que le recomiende un tinto para la comida. El joven mira la carta y le propone tres vinos de diferentes precios. Daniel elige el más barato y dice que un Pinot Noir sudafricano irá perfecto.

El camarero se retira con las cartas. Al fondo del restaurante hay una familia que ha empezado a comer.

—No hacía falta que me llevaras a un restaurante —dice Elin.

—Me apetecía —sonríe él.

—Es muy amable por tu parte —responde y toma un sorbo de agua.

Una camarera les cambia el cubierto y pone copas de vino, pero Elin continúa la conversación como si la chica no existiera.

—La representante legal de Vicky ha renunciado al caso —dice en voz baja—. Pero el abogado de mi familia, Johannes Grünewald... se está poniendo al día de todo.

—Seguro que irá muy bien —dice Daniel para tranquilizarla.

—No habrá más interrogatorios, dicen que Vicky ha confesado —continúa Elin y se aclara la garganta—. Yo misma veo que Vicky cumple el perfil. Casas de acogida, fugas, instituciones, violencia..., todo apunta a ella. Pero sigo pensando que es inocente.

—Lo sé —dice Daniel.

Elin baja la cara para disimular las lágrimas. Daniel se levanta y rodea la mesa para abrazarla.

—Perdona que hable tanto de Vicky —dice Elin negando con la cabeza—. Pero es que eres el único que piensa que no ha sido ella. Quiero decir, si no yo no hubiera..., pero siento que nosotros dos somos los únicos que pensamos que no ha sido Vicky...

—Elin —dice él con gravedad—. En realidad yo no creo nada. Quiero decir, la Vicky que yo conocía nunca habría hecho algo así.

—¿Te puedo preguntar algo...? Tuula parece haber visto a Vicky y a Miranda juntas —explica Elin.

—¿Aquella noche?

—No, antes...

Elin se queda callada y Daniel la coge de los hombros e intenta mirarla a los ojos.

—¿Qué pasa?

—Vicky y Miranda tenían algún tipo de juego... y se tapaban la cara con las manos —dice Elin—. No se lo he contado a la policía, porque sólo sospecharían aún más de ella.

—Pero Elin...

—No tiene por qué significar nada —se apresura a decir—. Se lo preguntaré a Vicky en cuanto tenga la oportunidad... seguro que ella puede explicar a qué jugaban.

—Pero ¿y si no puede?

Daniel se queda callado cuando ve que el camarero se acerca con la botella de vino. Elin se seca la línea de los ojos y Daniel se sienta en su sitio, se pone la servilleta en el regazo y luego cata el vino con mano temblorosa.

—Perfecto —dice un poco demasiado pronto.

Los dos comensales guardan silencio mientras el camarero les sirve, le dan las gracias en voz baja y se miran con cuidado el uno al otro en cuanto se vuelven a quedar solos.

—Quiero acoger a Vicky otra vez —dice Elin.

—¿Lo tienes claro? —pregunta Daniel.

—¿Crees que sería demasiado para mí? —sonríe ella.

—Elin, no se trata de eso —responde él—. Vicky tiene tendencia suicida... Ha mejorado, pero sigue autolesionándose de forma preocupante.

—¿Se corta a sí misma? ¿Eso es lo que hace?

—Ahora está mejor, pero se corta y toma pastillas..., y en mi opinión necesita tener a alguien cerca las veinticuatro horas del día.

—Entonces ¿no me recomendarías a mí para acogerla?

—Necesita ayuda profesional —le explica Daniel en tono cauteloso—. Quiero decir, desde mi punto de vista creo que ni siquiera tenía suficiente ayuda en el Centro Birgitta, no había dinero, pero...

—¿Qué necesita?

—Personal sanitario día y noche —responde él.

—¿Y terapia?

—Yo sólo he tenido una hora a la semana con las alumnas, con algunas dos, pero en realidad no es suficiente si lo que se pretende es...

El teléfono de Elin empieza a sonar, ella se disculpa, mira la pantalla, ve que es Johannes Grünewald y responde de inmediato.

—¿Qué pasa? —pregunta.

—Lo he estado mirando y es cierto que la fiscal está decidida a presentar una petición de prisión provisional sin hacer más interrogatorios —responde el abogado—. Voy a negociar la hora con el tribunal de instrucción, pero necesitamos un tiempo de margen.

—¿Vicky acepta nuestra ayuda?

—He hablado con ella y ha dicho que me aceptaba como representante.

—¿Me has nombrado a mí?

—Sí.

—¿Ha dicho algo?

—Está..., la han medicado y...

—¿Qué ha dicho cuando me has nombrado? —insiste Elin.

—Nada —contesta Johannes.

Daniel puede ver una punzada de dolor en la cara hermosa y suave de Elin Frank.

—Nos vemos en el hospital —dice ella al teléfono—. Lo mejor será que hablemos directamente con ella antes de seguir adelante.

—Sí.

—Johannes, ¿cuándo podrías estar en el hospital de Södersjukhuset?

—Pues unos veinte minutos deberían ser...

—Vale, ahora nos vemos —dice Elin, cuelga y se encuentra con la mirada desconcertada de Daniel.

—Vale... Vicky ha aceptado a Johannes como representante. Tengo que ir a verla.

—¿Ahora? ¿No te da tiempo de comer?

—Tiene muy buena pinta —dice ella levantándose—. Pero podemos comer después.

—Por supuesto —responde él en voz baja.

—¿Me podrías acompañar al Södersjukhuset? —pregunta Elin.

—No sé si tengo fuerzas —dice Daniel.

—No digo que entres a verla —se apresura a aclarar ella—. Sólo estaba pensando en mí misma, estaría más tranquila si supiera que me estás esperando fuera.

—Elin, lo que pasa es que... Aún no estoy en el punto de pensar en Vicky... Necesito más tiempo. Elisabet está muerta... y aunque no pueda creer que Vicky haya podido...

—Lo entiendo —dice Elin—. A lo mejor no es muy buena idea que la veas.

—O quizá sí —dice Daniel al cabo de unos segundos—. A lo mejor eso me haría empezar a recordar... La verdad es que no tengo ni idea de cuál sería mi reacción.

Vicky vuelve la cara cuando Saga entra en la habitación. La chica tiene correas de sujeción en los tobillos, las muñecas y sobre el esternón.

—Quítale las cintas —dice Saga.

—No puedo hacerlo —responde la enfermera.

—Hacen bien en tenerme miedo —susurra Vicky.

—¿Llevas toda la noche así? —pregunta Saga y se sienta en la silla.

—Sí...

Vicky yace inmóvil mirando a un lado y con el cuerpo prácticamente flácido.

—Voy a conocer a tu nuevo representante —dice Saga—. Por lo que parece, esta tarde se va a negociar la petición de prisión provisional y tu abogado necesita el informe del interrogatorio.

—A veces me enfado sin poder evitarlo.

—No habrá más interrogatorios, Vicky.

—¿No puedo hablar? —le pregunta a Saga mirándola a los ojos.

—Sería mejor que le pidieras consejo a tu abogado antes de...

—Pero... ¿si quiero hacerlo? —la interrumpe Vicky.

—Claro que puedes hablar, pero no grabaremos la conversación —responde Saga tranquilamente.

—Es como cuando el viento sopla muy fuerte —explica Vicky—. Todo se... Te retumban los oídos y sigues el viento para no caerte.

Saga mira las uñas mordidas de la chica y luego repite en tono calmado y casi indiferente.

—Como cuando sopla el viento.

—No sé cómo explicarlo... Es como una vez que hicieron daño a Simon, un niño pequeño que... Estábamos de acogida en la misma familia —dice Vicky con labios temblorosos—. El hijo mayor de la familia, que era hijo de verdad, era muy malo con Simon y siempre lo estaba maltratando. Todo el mundo lo sabía, yo se lo había contado a la asistenta social, pero a nadie le importaba...

—¿Qué pasó? —pregunta Saga.

—Entré en la cocina... el hijo mayor había obligado a Simon a meter las manos en agua hirviendo y la madre estaba allí mirándolos asustada. Yo lo vi todo y me puse muy rara y de repente empecé a pegarles y a cortarles la cara con una botella de vidrio...

De pronto Vicky empieza a tirar con fuerza de las correas, tensa el cuerpo y cuando oye que alguien está llamando a la puerta comienza a tranquilizarse.

Un hombre con pelo cano y traje oscuro entra en la habitación.

—Soy Johannes Grünewald —dice dándole la mano a Saga.

—Aquí está el último informe —dice Saga.

—Gracias —dice Johannes sin mirar los documentos—. No hay prisa para leerlos, porque acabo de llegar a un acuerdo con el tribunal de instrucción para pasar la reunión a mañana por la mañana.

—No quiero esperar —dice Vicky.

—Lo entiendo, pero todavía me queda un poco de trabajo —sonríe él—. Y hay alguien a quien me gustaría que vieras antes de empezar con las preguntas.

Vicky mira con ojos grandes a la mujer que se le acerca sin siquiera saludar a la policía. Elin Frank tiene la mirada nerviosa y brillante. Le tiemblan los labios cuando ve las correas que mantienen prisionera a la chica.

—Hola —dice.

Vicky vuelve la cara lentamente y se queda así mientras Elin empieza a desabrocharle las cintas. Con movimientos delicados libera a la chica tras veinte largas horas de contención.

—¿Me puedo sentar? —pregunta luego con una voz cargada de sentimiento.

Vicky endurece la mirada, pero sigue sin responder.

—¿Te acuerdas de mí? —susurra Elin.

Le duele la garganta por las palabras que no consigue pronunciar y por el llanto que se intenta abrir paso. Las venas del cuello se hinchan y la sangre le calienta la piel.

Un campanario empieza a doblar en algún punto de la ciudad.

Vicky toquetea un momento la muñeca de Elin y luego retira la mano.

—Llevamos la misma venda —sonríe Elin y al instante se le llenan los ojos de lágrimas.

Vicky sigue sin decir nada, tiene la boca cerrada y vuelve a apartar la cara.

—No sé si te acuerdas de mí —continúa Elin—. Pero viviste conmigo cuando eras pequeña. No fui más que un recurso temporal, pero siempre pienso en ti...

Toma aire y luego se le vuelve a quebrar la voz:

—Y sé que te decepcioné, Vicky... Te fallé y...

Elin Frank mira a la niña que está tumbada en la cama, su pelo revuelto, la frente preocupada, los aros oscuros alrededor de sus ojos, las heridas de la cara.

—Para ti no soy nada —continúa con voz débil—. Una más de tantos que pasamos por tu vida, que te fallamos...

Elin se queda callada y traga saliva antes de continuar:

—La fiscal quiere meterte en la cárcel, pero yo no creo que eso sea bueno para ti, no creo que sea bueno para nadie estar encerrado.

Vicky niega de forma casi imperceptible con la cabeza. Elin lo ve y la voz se le llena de energía cuando dice:

—Entonces es importante que escuches lo que Johannes y yo queremos decirte.

El juzgado de Estocolmo dispone de un espacio en la planta baja de la comisaría de la policía judicial. Es una sala de reuniones sencilla con sillas y una mesa de madera barnizada. Ya hay una veintena de periodistas en el vestíbulo de cristal y varias furgonetas de televisión aparcadas delante del edificio, a lo largo de la calle Polhemsgatan.

La fuerte lluvia de la noche ha dejado estrías en las triples ventanas del edificio y hay hojas empapadas en los alféizares.

La fiscal Susanne Öst está pálida, parece tensa en su traje nuevo de Marella y sus zapatos de tacón negros. Hay un agente de policía corpulento y uniformado pegado a la pared junto a la puerta. Detrás de la mesa principal se encuentra el juez, un hombre de avanzada edad con cejas prominentes.

Vicky está inclinada hacia adelante en una silla como si tuviera dolor de barriga entre Elin Frank y su abogado Johannes Grünewald. Parece tremendamente pequeña y extenuada.

—¿Dónde está Joona? —susurra.

—No es seguro que pueda venir —responde Johannes tranquilamente.

La fiscal se dirige únicamente al juez cuando explica con máxima seriedad:

—He venido a exigir prisión provisional para Vicky Bennet por considerarla sospechosa de los asesinatos de Elisabet Grim y Miranda Ericsdotter, además de ser sospechosa del... del secuestro de Dante Abrahamsson.

El juez apunta algo y la fiscal saca una pila considerable de papeles encuadernados con espiral y luego empieza a hacer un repaso de lo que hasta el momento ha podido sacar en claro del caso.

—Todas las pruebas técnicas apuntan directamente a Vicky Bennet y a nadie más que a ella.

Susanne Öst hace una breve pausa y luego continúa revisando los detalles del examen de la escena del crimen. Con energía contenida menciona uno por uno y sin prisa todas las pistas biológicas y las huellas dactilares:

—Las botas que se hallaron en el armario de Vicky Bennet coinciden con las huellas de los dos homicidios, se ha encontrado sangre de las dos víctimas en la habitación de la sospechosa y en su ropa, las huellas dactilares de Vicky Bennet estaban en el marco de la puerta.

—¿Por qué tiene que decirlo todo? —susurra Vicky.

—No lo sé —responde Elin.

—Abre los anexos con los informes que han escrito los expertos del Laboratorio Estatal de Criminología —le dice Susanne Öst al juez—. En la imagen 9 se ve el arma homicida... Se han encontrado las huellas dactilares de Vicky Bennet en el mango, imágenes 113 y 114. El análisis comparativo asegura que Vicky Bennet utilizó el arma.

La fiscal se aclara la garganta a la espera de que el juez observe el material y después continúa reproduciendo las conclusiones del informe de la autopsia total:

—Miranda Ericsdotter falleció a causa de violentas contusiones en la parte posterior del cráneo, no cabe la menor duda... fracturas por contusión en el hueso temporal y...

—Susanne —la interrumpe amablemente el juez—. Estamos en la instrucción de cargos, no en la vista oral.

—Lo sé —asiente ella—, pero teniendo en cuenta la corta edad de la detenida me parece justificado hacer una exposición un tanto más detallada.

—Siempre y cuando sea dentro de unos límites razonables —dice el juez.

—Gracias —sonríe la fiscal y luego continúa describiendo las heridas de ambas víctimas, y las posiciones de los cuerpos a juzgar por las manchas de los cadáveres y las graves heridas que Elisabet Grim se había hecho para defenderse.

—¿Dónde está Joona? —pregunta otra vez Vicky.

Johannes le pone la mano en el brazo para tranquilizarla y le susurra que si no ha aparecido antes de la pausa intentará llamarlo por teléfono.

Tras la pausa se vuelven a reunir en la sala para retomar el proceso, pero Joona aún no ha llegado. Vicky mira a Johannes y éste le responde negando con la cabeza. La chica está muy pálida y vuelve a acurrucarse en silencio sobre sí misma.

Apoyándose en la reconstrucción de los hechos elaborada por la policía provincial de Västernorrland, la fiscal explica que Vicky Bennet persiguió a Elisabet Grim hasta la antigua destilería y describe cómo le arrebató la vida para quitarle las llaves del cuarto de aislamiento.

Vicky ha bajado la cara y las lágrimas le caen sobre las rodillas.

La fiscal describe el segundo homicidio, la fuga por el bosque, el robo del coche, el impulsivo secuestro y luego la detención en Estocolmo, la violencia durante los interrogatorios y las correas de contención.

La pena por secuestro es entre cuatro años y cadena perpetua, y por homicidio la pena mínima son diez años.

Susanne Öst está de pie mientras describe a Vicky Bennet como una persona propensa a emplear la violencia y muy peligrosa, pero no como un monstruo. Para anticiparse a la defensa procura repetir varias veces las cosas buenas de la sospechosa. La fiscal hace una exposición muy estratégica y termina citando directamente la transcripción de los interrogatorios.

—Durante el tercer interrogatorio la detenida confesó los dos homicidios —dice la fiscal sin ninguna prisa mientras pasa las hojas de la transcripción—. Cito: «Maté a Miranda», y más tarde, a mi pregunta de si... de si Elisabet Grim quería dejarle las llaves, la detenida contestó «Le aplasté la cabeza».

El juez mira con ojos cansados a Vicky Bennet y a Johannes Grünewald y les pregunta formalmente si quieren objetar algo a la exposición de la fiscal. Vicky lo mira estremecida. Ella niega con la cabeza, pero Johannes se borra la sonrisa de la cara y dice que le gustaría repasarlo todo una última vez para estar seguros de que el tribunal tiene todos los datos que debe conocer.

—Ya me imaginaba que contigo en la sala no acabaríamos tan rápido —responde tranquilamente el juez.

En sus objeciones, Johannes escoge no mencionar las pruebas técnicas ni cuestionar la culpabilidad de Vicky Bennet. Por el contrario, lo que hace es repetir las valoraciones positivas que Susanne Öst ha explicado y hacer hincapié en la corta edad de Vicky.

—Aunque Vicky Bennet y su anterior representante legal aprobaron el interrogatorio, la fiscal no debería haberlo hecho —dice Johannes.

—¿La fiscal?

Johannes le da tiempo al juez a que se le despierte la curiosidad antes de acercársele y señalarle una respuesta de Vicky Bennet en la transcripción de los interrogatorios. La fiscal ha subrayado las palabras «Maté a Miranda» en amarillo.

—Lea la respuesta —pide Johannes.

—«Maté a Miranda» —lee el juez.

—No sólo lo que está subrayado.

El juez se pone las gafas y lee en voz alta:

—«Maté a Miranda, ¿verdad?»

—¿Consideras eso como una confesión? —pregunta Johannes.

—No —responde el juez.

Susanne Öst se levanta.

—Pero la siguiente respuesta... —intenta decir—. La siguiente confesión...

—Silencio —la interrumpe el juez.

—Dejemos que sea la fiscal quien la lea —propone Johannes.

El juez asiente en silencio y unas gotas brillantes de sudor resbalan por las mejillas de Susanne Öst cuando empieza a leer con voz insegura:

—«Le aplasté la cabeza.»

—Eso sí suena como una confesión —dice el juez señalando el documento.

—Mira un poco más arriba —dice Johannes señalando otra línea de la transcripción.

—«El interrogatorio ha terminado» —lee el juez.

—¿Quién dice que el interrogatorio ha terminado? —pregunta Johannes.

El juez acaricia el papel con la mano y observa a la fiscal.

—Yo —responde en voz baja la fiscal.

—¿Y qué implica eso? —pregunta el juez.

—Que el interrogatorio ha terminado —responde Susanne—. Pero sólo quería...

—Vergonzoso —la corta tajante el juez.

—Utilizar esto en un tribunal de instrucción va en contra de la ley sueca, del artículo 40 de la Convención sobre los Derechos del Niño y del acuerdo del Consejo de Europa —dice Johannes.

Susanne Öst se deja caer en la silla, se sirve un vaso de agua, vierte un poco sobre la mesa, lo seca con la manga y luego bebe con el pulso agitado. En cuanto oye a Johannes llamar a testificar a Daniel Grim entiende que se verá obligada a reducir el grado de sospecha, si es que Vicky realmente acaba siendo condenada a prisión provisional.

Elin intenta mirar a Vicky a los ojos, pero la chica mantiene la cara mirando hacia abajo.

Johannes presenta con voz cálida a Daniel Grim y menciona sus largos años de asistente social en el Centro Birgitta y otras instituciones. Por primera vez Vicky levanta la cabeza, busca la mirada de Daniel, pero él sólo mira al vacío con los labios apretados.

—Daniel —dice Johannes—. Me gustaría preguntarte sobre cuánto crees que conoces a Vicky Bennet.

—Conocerla —dice Daniel ensimismado—. No, es...

Se queda callado y Vicky empieza a rascarse una costra del brazo.

—¿Hay algún psicólogo o asistente que la conozca mejor que tú?

—No —murmura Daniel.

—¿No?

—No, o sea... eso es difícil de medir, pero creo que yo he hablado con ella más veces que nadie.

—¿Hace mucho de vuestra última conversación?

—No.

—Tenías una hora semanal de terapia cognitiva con ella hasta el día que se fugó, ¿no es así? —dice Johannes.

—Sí... y también he participado en su programa de *All Day Lifestyle*.

—Que es un primer paso para volver a una vida normal en sociedad —aclara Johannes dirigiéndose al juez.

—Un gran paso —corrobora Daniel.

Johannes se queda pensativo, mira unos segundos a Daniel y luego dice seriamente:

—Te voy a formular una pregunta difícil.

—Vale.

—Se dice que gran parte del material técnico apunta a que Vicky Bennet estuvo involucrada en el asesinato de tu esposa.

Daniel asiente de forma casi imperceptible y el ambiente se carga en la sala de reuniones.

Elin intenta interpretar la mirada de Daniel, pero él no levanta la cabeza. Vicky tiene los ojos inyectados en sangre, como si estuviera haciendo un esfuerzo por no echarse a llorar.

Johannes está quieto y tiene una expresión calmada. No aparta los ojos de Daniel.

—Tú eres el asistente de Vicky Bennet —dice—. ¿Crees que fue ella quien mató a tu esposa?

Daniel Grim levanta la barbilla, tiene la boca pálida, la mano le tiembla tanto que las gafas se le tuercen cuando intenta secarse las lágrimas.

—No lo he hablado con ningún compañero. No he tenido fuerzas para ello —dice en voz baja—. Pero a mi juicio... me cuesta mucho creer que Vicky Bennet cometiera aquellas atrocidades.

—¿Cómo elaboras ese juicio?

—Vicky ha respondido bien tanto a la terapia como a la medicina —continúa Daniel—. Pero, sobre todo, con el tiempo conoces a gente que... Ella no tiene fantasías violentas ni es violenta, no de esa forma.

—Gracias —dice Johannes sosegado.

Todo el mundo retoma su asiento en la sala tras la pausa para comer. Johannes es el último en entrar. Lleva el teléfono móvil en la mano. El juez espera a que se haga silencio y después hace un resumen de la primera parte:

—La fiscal ha reducido la sospecha al grado más bajo por los dos homicidios, pero sigue exigiendo prisión provisional para la detenida por diversas razones que justificarían el auto de procesamiento.

—Sí, no se puede obviar que Vicky Bennet secuestró a Dante Abrahamsson y que privó al niño de su libertad alrededor de una semana —dice Susanne Öst contenida.

—Sólo una cosa —dice Johannes Grünewald.

—¿Sí? —pregunta el juez.

La puerta de la sala se abre y aparece Joona Linna. Tiene una expresión seria y lleva el pelo tieso. Detrás de él van una mujer y un chiquillo con gafas que se quedan junto a la puerta.

—Joona Linna —lo presenta Johannes.

—Hasta ahí llego —dice el juez y se inclina interesado hacia adelante.

—Aquí están los viejos esos de los que te hablé —le dice Joona al niño, que se ha escondido detrás de las piernas de la mujer.

—No parecen trolls —susurra el chico sonriendo.

—¿Ah, no? Mira a ese de allí —dice Joona señalando al juez.

El niño niega entre risas con la cabeza.

—Decidle hola a Dante y a su madre —dice Joona.

Todo el mundo los saluda y, cuando Dante ve a Vicky, la saluda discretamente con la mano. Ella hace lo mismo y dibuja una sonrisa desgarrada. La fiscal cierra los ojos y trata de relajar la respiración.

—Le has dicho hola a Vicky, entonces ¿no es mala? —pregunta Joona.

—¿Mala?

—Yo pensaba que era malísima —dice Joona.

—Me llevó a caballito y me regaló todos sus chicles Hubba Bubba.

—Pero ¿no querías volver con tu madre?

—No podíamos —responde él en voz baja.

—¿Por qué no podíais?

El chico se encoge de hombros.

—Dile lo que me dijiste en casa —le dice Pia a su hijo.

—¿El qué? —susurra él.

—Que llamó por teléfono —le recuerda ella.

—Llamó por teléfono —dice Dante.

—Díselo a Joona —le indica Pia.

—Vicky llamó por teléfono, pero le dijeron que no podía volver —dice Dante mirando a Joona.

—¿Desde dónde llamó? —pregunta el comisario.

—Desde el camión.

—¿Le prestaron un teléfono en el camión?

—No sé —dice Dante encogiéndose de hombros.

—¿Qué dijo cuando llamó? —pregunta Joona.

—Que quería volver.

La madre coge a Dante en brazos, le susurra algo en la mejilla y cuando ve que se inquieta lo vuelve a poner en el suelo.

—¿Qué es todo esto? —pregunta el juez.

—Vicky Bennet tomó prestado un teléfono de un camionero de Ikea llamado Radek Skor ˙za —explica Johannes Grünewald—. Joona Linna ha rastreado la llamada. La llamada iba dirigida al Centro Birgitta y fue automáticamente desviada a la centralita del consorcio de salud Orre. Vicky habló con una mujer que se llama Eva Morander. Vicky le pidió ayuda y le dijo varias veces que quería volver a su centro de acogida. Eva Morander recuerda la llamada y nos dijo que le había explicado a la chica, sin saber con quién estaba hablando, que no podían tramitar casos particulares desde la oficina.

—¿Recuerdas eso, Vicky? —pregunta el juez.

—Sí —dice Vicky con voz desnuda—. Sólo quería volver, quería que llevaran a Dante con su madre, pero me dijeron que ya no era bienvenida.

Joona se acerca y se queda de pie al lado de Johannes.

—Puede parecer un poco raro que un comisario de la policía judicial se ponga del lado de la defensa —dice—. Pero soy de la opinión de que Vicky Bennet dijo la verdad acerca de cómo transcurrió la fuga, durante el interrogatorio de Saga Bauer. No creo que se trate de un secuestro... sino de una casualidad terrible. Por eso fui a hablar con Dante y su madre y por eso estoy aquí...

Deja que sus ojos grises y afilados se deslicen por las heridas y los morados que Vicky tiene en la cara.

—Con los homicidios es otra historia, Vicky —dice luego en tono muy serio—. A lo mejor crees que puedes seguir callada, pero no me rendiré hasta que tenga las respuestas que busco.

La instrucción de cargos termina en tan sólo veinte minutos. Con la cara enrojecida, la fiscal Susanne Öst se ve obligada a retirar su petición de prisión provisional por secuestro.

El juez de instrucción se reclina en la silla y explica que Vicky Bennet no será retenida como sospechosa de los asesinatos de Elisabet Grim y Miranda Ericsdotter, y en consecuencia queda libre a la espera de que la fiscal presente un auto de procesamiento.

Elin escucha con la espalda erguida y expresión neutra. Vicky tiene la mirada fija en la mesa y niega ligeramente con la cabeza.

Vicky Bennet habría vuelto a ser responsabilidad del consorcio de salud Orre hasta la vista oral si la Administración de Centros de Acogida y Cuidados no hubiese aprobado a Elin Frank como familia de acogida.

Cuando el juez se dirige a Vicky para decirle que es libre para marcharse, Elin no puede reprimir una gran sonrisa de alegría y agradecimiento, pero entonces Johannes se la lleva a un lado y la advierte:

—Aunque no hayan condenado a Vicky a prisión provisional sigue siendo sospechosa de dos asesinatos y...

—Sé que...

—Y si la fiscal presenta un auto de procesamiento probablemente ganemos en el tribunal de instrucción, eso sólo implica que no la procesarán ahora pero Vicky puede seguir siendo culpable de los homicidios.

—Pero yo sé que ella es inocente —responde Elin y siente un escalofrío que le sube por la espalda cuando entiende lo ingenua que debe de estar pareciendo a los oídos del abogado.

—Es mi trabajo advertirte —dice Johannes discretamente.

—Pero aunque Vicky estuviera implicada creo... creo que es demasiado joven para estar en la cárcel —intenta razonar Elin—. Johannes, yo puedo darle los mejores cuidados del mundo, ya he contratado a personal sanitario, y además le he pedido a Daniel que me ayude, porque ella se siente segura con él...

—Muy bien —responde amablemente.

—Tendremos que hacer un análisis exhaustivo de lo que es mejor para ella. Es lo único que me importa —dice Elin y le toma las manos—. Puede que Daniel siga con su terapia cognitiva o puede que busquemos a otra persona, no lo sé. Pero no pienso volver a decepcionarla. No puedo hacerlo.

Mientras Johannes Grünewald habla con los periodistas en la sala de prensa de la policía judicial, Elin y Vicky salen de Estocolmo en un todoterreno urbano.

El aroma del exclusivo cuero italiano de los asientos llena todo el habitáculo. La mano izquierda de Elin descansa sobre el volante y la luz ámbar del cuadro de mandos le ilumina las manos.

Por los altavoces suena la primera suite para chelo de Bach como un cuento otoñal.

Los ocho carriles de la autopista avanzan por Hagaparken. A un lado ven el castillo donde vive la princesa heredera, y al otro está el enorme cementerio donde descansa el socialista August Palm.

Elin contempla un momento la expresión serena de Vicky y sonríe para sí.

Para esquivar el acoso de la prensa han decidido que se instalarán en la casa de montaña de Elin hasta que llegue la fecha de la deliberación final. Es una casa de casi cuatrocientos metros cuadrados construida en la ladera de la montaña Tegelfjället, cerca de la localidad de Duved.

Elin se ha encargado de que Vicky tenga atención las veinticuatro horas del día. Bella ya está en la casa, Daniel irá en su propio coche y la enfermera llegará mañana por la mañana.

Vicky se ha duchado en el hospital y el pelo le huele a champú barato. Elin le ha comprado varios conjuntos de tejano y jersey, ropa interior, calcetines, zapatillas de deporte y un abrigo. Vicky se ha puesto unos vaqueros de Armani negros y un jersey holgado de color gris de la marca Gant. El resto de la ropa está guardada en bolsas en el asiento de atrás.

—¿En qué piensas? —pregunta Elin.

Vicky no contesta. Mira fijamente la carretera por el parabrisas. Elin baja un poco el volumen de la música.

—Quedarás completamente libre de cargos —dice Elin—. Lo sé, estoy segura.

Las urbanizaciones de las afueras de la capital van quedando poco a poco atrás y el campo abierto y los bosques los sustituyen en el paisaje.

Elin le ofrece chocolate a Vicky, pero la única respuesta que obtiene es una breve negativa con la cabeza.

Hoy Vicky tiene mejor aspecto. Más color en la cara, le han quitado las tiritas y los esparadrapos y sólo le queda el vendaje del pulgar roto.

—Estoy tan contenta de que Daniel haya accedido a acompañarnos —dice Elin.

—Es bueno —susurra Vicky.

Daniel va en su coche un poco más adelante. Elin ha visto su monovolumen dorado hace rato, cuando pasaban por Norrtull al salir de Estocolmo, pero después se ha quedado atrás.

—¿Es mejor que los terapeutas que has tenido antes? —pregunta.

—Sí.

Elin baja aún más el volumen de la música.

—Entonces ¿te gustaría continuar con él?

—Si tengo que hacerlo.

—Yo creo que te iría bien seguir un tiempo con la terapia.

—Entonces quiero a Daniel.

El otoño parece ir avanzando a medida que se dirigen más hacia el norte. Es como si las estaciones del año cambiaran a toda velocidad. Las hojas verdes se tornan amarillas y rojas. Caen formando lagos resplandecientes alrededor de los troncos y se arremolinan en los bordes de la calzada.

—Necesito mis cosas —dice de pronto Vicky.

—¿Qué cosas?

—Mis cosas, todo...

—Creo que todo lo que la policía no necesitaba lo llevaron a esa casa en la que viven las demás

alumnas —le explica Elin—. Puedo encargarme de que alguien vaya a recogerlo...

Mira de reojo a la chica y piensa que a lo mejor es importante para ella.

—O pasamos ahora, si te sientes mejor...

Vicky asiente con la cabeza.

—¿Sí? ¿Quieres? Vale, pues voy a hablar con Daniel —dice Elin—. De todos modos, nos queda de camino.

La oscuridad ya ha empezado a cernirse sobre el bosque cuando Elin gira a la derecha hacia Jättendal y se detiene detrás del coche de Daniel, quien ha sacado una neverita portátil de color rosa y las saluda con la mano. Elin y Vicky se bajan a estirar las piernas, cogen un sándwich de queso cada una, abren sendas botellas de refresco Trocadero y pasean la vista por la vía del tren y los campos.

—He llamado a la sustituta que está con las chicas —le dice Daniel a Vicky—. No le parece buena idea que vayas.

—¿Qué problema hay? —pregunta Elin.

—A mí tampoco me apetece verlas —murmura Vicky—. Sólo quiero mis cosas.

Vuelven a subirse a los coches. El camino serpentea entre lagos y establos rojos y avanza por bosques hasta llegar a la costa.

Toman un camino y aparcan delante de la casa donde ahora viven las alumnas del Centro Birgitta. Hay una mina submarina negra al lado de una vieja bomba de gasolina y en los postes de teléfono se han posado unas cuantas gaviotas.

Vicky se desabrocha el cinturón pero se queda en el coche. Ve a Elin y a Daniel cruzar el caminito de grava en dirección a una gran casa roja y después desaparecen detrás de las lilas que ya se han vuelto negras.

En el punto en el que el camino se parte en dos está el poste del solsticio de verano con los adornos marchitos. Vicky contempla la superficie lisa del mar y luego saca la caja del móvil nuevo que Elin le ha regalado. Arranca el sello, abre la tapa, coge el teléfono y, con cuidado, quita el plastiquito de protección de la pantalla.

Las alumnas están pegadas a la ventana cuando Daniel y Elin suben los escalones del gran porche. La sustituta Solveig Sundström, del Centro Sävsta, los está esperando en la puerta. Es evidente que no le gusta la visita. Les deja bien claro desde el primer momento que, lamentablemente, no se pueden quedar a cenar.

—¿Podemos entrar a saludar? —pregunta Daniel.

—Preferiría que no —responde Solveig—. Es mejor si decís lo que habéis venido a buscar y yo iré a recogerlo.

—Son muchas cosas —intenta razonar Elin.

—No puedo prometeros nada...

—Pregúntale a Caroline —dice Daniel—. Seguro que ella lo tiene controlado.

Mientras Daniel se pone al día de cómo están las alumnas y de si alguna ha cambiado de medicación, Elin mira a las chicas por la ventana. Se están dando empujones y sus voces se filtran por el cristal. Suenan encerradas, como si estuvieran debajo del agua. Lu Chu se abre paso y saluda a Elin. Después aparecen Indie y Nina una al lado de la otra. Las chicas se apretujan y se van alternando para mirar por la ventana y saludar. La única que no aparece en ningún momento es Tuula, la pequeña pelirroja.

Vicky mete la tarjeta SIM en el teléfono y luego levanta la cabeza. Un escalofrío le recorre la espalda. Cree haber visto algo que se movía con el rabillo del ojo, fuera del coche. A lo mejor no era más que el viento agitando las hojas de las lilas.

Ha oscurecido.

Vicky mira el coche de Daniel, el poste del solsticio, el cercado de abetos, la valla de madera y el césped frente a la casa roja.

Una lámpara solitaria brilla en la punta de un mástil al final del muelle y se refleja en el agua negra.

En un campo cerca del muelle hay viejas instalaciones para limpiar redes de pesca. Parecen una

hilera de porterías de fútbol conectadas con cientos de ganchos de hierro saliendo de los postes y los traveseros.

De repente Vicky ve un globo rojo rodando por el césped delante del edificio donde viven las chicas.

Vuelve a meter el teléfono en la caja y abre la puerta del vehículo. El aire es templado y lleva consigo el olor del mar. Una gaviota solitaria grazna a lo lejos.

El globo se aleja por el césped.

Vicky empieza a subir con cuidado hacia la casa, se detiene y escucha. La luz que sale de una de las ventanas ilumina las hojas amarillas de un abedul.

Se oye un leve murmullo de fondo. Vicky se pregunta si habrá alguien más allí fuera, en la oscuridad. Sigue caminando en silencio junto al camino de grava. Frente a la fachada hay girasoles marchitos.

El globo sigue rodando por debajo de una red de voleibol hasta que se encalla en el cercado de abetos.

—¿Vicky? —susurra una voz.

Se da la vuelta rápidamente, pero no ve nada.

El pulso se le acelera, la adrenalina le inunda la sangre y de pronto todos sus sentidos se agudizan.

Las cuerdas de la hamaca crujen y la tela se mece lentamente. La vieja veleta gira en el tejado.

—¡Vicky! —dice una voz cortante, muy cerca de donde se encuentra.

Se vuelve a la derecha y mira fijamente a la oscuridad con el corazón a galope. Tarda unos segundos en ver la delgada cara. Es Tuula. Está entre las lilas y parece casi invisible. En la mano derecha tiene un bate de béisbol. Es pesado y tan largo que la punta descansa en el suelo. Tuula se humedece los labios y clava los ojos en Vicky.

Elin se apoya en la barandilla del porche e intenta ver si Vicky sigue en el coche, pero está demasiado oscuro. Solveig ha vuelto tras pedirle ayuda a Caroline. Daniel está hablando con ella. Elin lo oye explicarle que Almira necesita terapia y suele reaccionar de forma negativa a los antidepresivos más fuertes. Le pide una vez más que lo deje entrar, pero Solveig dice que las alumnas son responsabilidad suya. La puerta de la casa se abre y Caroline sale al porche. Le da un abrazo a Daniel y saluda a Elin.

—Ya he recogido las cosas de Vicky —dice.

—¿Está Tuula ahí dentro? —pregunta Elin con voz tensa.

—Sí, creo que sí —responde Caroline un poco sorprendida—. ¿La voy a buscar?

—Por favor —le pide Elin intentando parecer tranquila.

Caroline entra en la casa y llama a Tuula. Solveig mira descontenta a Elin y a Daniel.

—Si tenéis hambre le puedo pedir a alguna de las chicas que os vaya a buscar unas manzanas —dice.

Elin no responde. Baja los escalones y se planta en medio del jardín. A su espalda oye a Caroline llamando a Tuula.

Cuando no se ve el mar todo se vuelve más oscuro. Los árboles y los setos hacen de barrera para los últimos resquicios de luz.

La hamaca se balancea con el aire.

Elin intenta respirar tranquila, pero cuando corre para girar la esquina sus tacones suenan contra las baldosas del jardín.

Las hojas de la gran lila hacen ruido de repente, como si una liebre acabara de salir corriendo. Las ramas se mueven y de pronto Elin está cara a cara con Vicky.

—Dios —dice Elin asustada.

Se miran la una a la otra. La chica está muy pálida. El pulso de Elin es tan fuerte que le retumba en los oídos.

—Vamos al coche —dice y se aleja de la casa junto a Vicky.

Mira por encima del hombro y mantiene cierta distancia con los árboles oscuros, oye unos pasos rápidos a sus espaldas pero sigue avanzando por el jardín al lado de Vicky. Hasta que llegan al caminito de grava Elin no se vuelve para mirar. Es Caroline, que se les acerca a paso ligero con una bolsa de papel en la mano.

—No he encontrado a Tuula —dice.

—Gracias de todas formas —dice Elin.

Vicky coge la bolsa y mira dentro.

—Creo que está casi todo, aunque Lu Chu y Almira querían jugarse tus pendientes al póquer —dice Caroline.

Cuando Elin y Vicky se alejan en el gran coche negro, Caroline se las queda mirando con ojos tristes.

Elin ve todo el rato los faros de Daniel por el retrovisor mientras suben por la E-14. Apenas hay tráfico, sólo algún tráiler, pero aun así tardan tres horas en llegar a las primeras estaciones de esquí. En la oscuridad de las laderas de las montañas se ven telesillas dormidos y los altos postes del teleférico de Åre. Seis kilómetros antes de llegar a Duved se meten por un camino que sube directo a la montaña. Hojas y polvo se arremolinan ante los faros del coche. El camino de tierra asciende por la ladera de Tegefjället.

Aminoran la marcha, salen del camino que lleva a Tegefors, pasan entre dos postes de metal y continúan un último tramo hasta llegar a una casa grande de estilo funcionalista. Es de cemento, tiene varias terrazas grandes y enormes ventanales ocultos por persianas venecianas de metal.

Entran en un garaje con espacio para cinco vehículos. Cuando llegan se encuentran con un Mazda pequeño de color azul. Daniel ayuda a Elin a subir las maletas. En la casa hay varias luces encendidas y Elin va directa a apretar un botón. Empieza a sonar un leve zumbido y las persianas que cubren todas las ventanas comienzan a crujir a medida que las láminas se van separando entre sí. De pronto la luz del garaje se filtra por cientos de espacios diminutos y poco a poco las persianas comienzan a subir.

—Es como una caja fuerte —dice Elin.

Al cabo de un rato vuelve a reinar el silencio y un universo montañoso puede intuirse al otro lado de los ventanales. Pequeños destellos de luz de otras casas parecen estar flotando en la oscuridad.

—¡Uau! —exclama Vicky entre dientes cuando mira fuera.

—¿Te acuerdas de Jack, el hombre con el que estaba casada? —le pregunta Elin poniéndose a su lado—. Fue él quien construyó esta casa. Bueno, tanto como construir... No la hizo él, pero... dijo que quería un búnker con vistas.

Una mujer mayor con bata verde baja del piso de arriba.

—Hola, Bella, siento que se nos haya hecho tan tarde —dice Elin y le da un abrazo.

—Más vale tarde que nunca —sonríe la señora y le dice que ya ha preparado todas las habitaciones.

—Gracias.

—No sabía si ibais a pasar por algún supermercado, así que he comprado algunas cosas. Al menos podréis sobrevivir unos días.

Bella enciende un fuego en el hogar y después Elin la acompaña al garaje y le da las buenas noches. En cuanto se cierran las puertas del cochecito azul vuelve a meterse en la casa. Daniel ha empezado a cocinar y Vicky está llorando en el sofá. Elin se acerca y se pone de rodillas delante de ella.

—Vicky, ¿qué pasa? ¿Por qué estás triste?

La chica se levanta sin decir nada y se encierra en uno de los baños. Elin corre a hablar con Daniel.

—Vicky se ha encerrado en el lavabo —dice.

—¿Quieres que hable con ella?

—¡Date prisa!

Daniel la acompaña hasta la puerta del baño, llama y le dice a Vicky que abra.

—Ninguna puerta con cerrojo —dice—. Supongo que te acuerdas.

En pocos segundos Vicky sale del lavabo con ojos llorosos y se vuelve a sentar en el sofá. Daniel intercambia unas miradas con Elin y luego va a sentarse al lado de la chica.

—Cuando llegaste al Centro Birgitta también estabas triste —dice Daniel al cabo de un rato.

—Lo sé... pero en realidad tendría que haber estado contenta —contesta ella sin mirarlo.

—Llegar a un sitio... es también el primer paso para dejarlo atrás —dice él.

Vicky traga saliva, las lágrimas le vuelven a brotar y baja la voz para que Elin no la pueda oír:

—Soy una asesina.

—No quiero que digas eso a menos que estés completamente segura —dice él tranquilizador—. Y oigo en tu voz que no lo estás.

Flora echa agua caliente en el cubo de la fregona y, a pesar de que detesta el olor a goma de los guantes de látex, se los pone. El detergente destruye la claridad del agua y se disuelve en una nube verde. El olor a limpieza se esparce por el pequeño piso. Por las ventanas abiertas entra aire fresco, el sol brilla y los pájaros cantan.

Después de que el comisario se marchara dejándola sola delante de la tienda de antigüedades, Flora se había quedado un rato sin hacer nada. Tendría que haberse preparado para la sesión, pero no se había atrevido a bajar sola y había decidido esperar a los primeros participantes. Dina y Asker Sibelius llegaron un cuarto de hora antes de la cita, como de costumbre. Flora hizo como que se había retrasado un poco y la pareja la acompañó abajo para ayudarle a colocar las sillas. A las siete y cinco había ya diecinueve participantes.

Flora alargó la sesión más de lo habitual, empleó todo el tiempo necesario, hizo ver que veía fantasmas buenos, niños alegres y padres que perdonaban.

Con gran destreza había conseguido sacarles a Dina y a Asker el motivo por el cual volvían a las sesiones.

Uno de sus hijos había caído en coma tras un grave accidente de coche y se habían visto forzados a aceptar el consejo del médico de apagar las máquinas que lo mantenían con vida y firmar el consentimiento para la donación de órganos.

—¿Y si no está con Dios? —susurró Dina.

Pero Flora habló con el hijo y les aseguró que se encontraba en la luz y que había sido su mayor deseo dejar que corazón, pulmones, córneas y el resto de órganos siguieran viviendo por su cuenta.

Después Dina le besó las manos, lloró y repitió que la había hecho la persona más feliz sobre la faz de la tierra.

Flora friega el suelo de linóleo con movimientos enérgicos y empieza a sudar por el esfuerzo.

Ewa se encuentra en su reunión de costura con algunas vecinas y Hans-Gunnar está mirando un partido de la liga italiana de fútbol a todo volumen.

Flora enjuaga el mocho, lo escurre y estira su espalda dolorida antes de continuar.

Sabe que el lunes por la mañana Ewa abrirá el sobre de su secreter para pagar las facturas del mes.

—Pásala, Zlatan, cojones —grita Hans-Gunnar en el salón.

Le duelen los hombros cuando lleva el pesado cubo al dormitorio de Ewa. Cierra la puerta, pone el cubo delante, va hacia la foto de bodas, coge la llave de latón, se apresura en acercarse al secreter y lo abre.

Un ruido sordo la hace dar un respingo.

Es el palo del mocho, que se ha caído al suelo, sobre la alfombra.

Flora escucha unos segundos y luego baja la robusta hoja de madera del secreter. Con manos temblorosas intenta abrir el cajoncito, pero está atascado. Busca entre los lápices y los clips y encuentra un abrecartas. Con mucho cuidado lo mete en la ranura superior y hace un poco de palanca.

El cajoncito se abre algún que otro centímetro.

Un rasgueo suena muy cerca. Es una paloma que está arañando el alféizar con las garras.

Flora mete los dedos en el cajoncito y tira. La postal de Copenhague se ha arrugado. Saca el sobre de los recibos, lo abre y devuelve hasta la última corona.

Sus manos vuelven a dejarlo todo en orden, intentan alisar un poco la postal, empuja el cajoncito de madera, coloca bien el lapicero y el abrecartas, cierra la hoja del secreter y cierra con llave.

Rápidamente vuelve a la mesita de noche y, justo cuando coge la foto de bodas, la puerta del dormitorio se abre de un bandazo. El cubo sale disparado y el agua caliente se derrama por todo el

suelo. Flora siente que se le mojan los pies.

—¡Ladrona de mierda! —grita Hans-Gunnar acercándosele a grandes zancadas con el torso descubierto.

Flora se vuelve hacia él. Los ojos de su padrastro están muy abiertos y el hombre está tan enfadado que golpea sin ton ni son. El primer puñetazo le da a Flora en el hombro y no nota nada. Pero luego la coge por el pelo y la golpea con la otra mano, un fuerte manotazo en el cuello y la barbilla. El siguiente golpe le va directo a la mejilla. Flora cae de bruces y siente que le arranca varios pelos del cuero cabelludo. La foto de bodas cae al suelo y el cristal se rompe. Flora está tumbada de costado y poco a poco su ropa se va impregnando de agua con detergente. Apenas puede respirar por el ardiente dolor que siente en el ojo y en la mejilla.

Flora está mareada, se tumba boca abajo, pero intenta evitar el vómito. Ve destellos de colores. La fotografía se ha salido del marco y Flora ve el reverso de la imagen. Pone: Ewa y Hans-Gunnar, iglesia de Delsbo.

De repente Flora recuerda lo que le había susurrado el fantasma. No la última vez que lo vio sino antes, allí en casa. ¿O quizá lo soñó? No puede decirlo a ciencia cierta. Pero recuerda que Miranda le había susurrado algo acerca de una torre que sonaba como la campana de una iglesia. La niña le había mostrado la foto de bodas y, señalando el campanario que se veía al fondo, le había dicho: «Se esconde allí, ella lo vio todo, está escondida en la torre.»

Hans-Gunnar está de pie junto al cuerpo de Flora resollando. Ewa aparece en el dormitorio con ropa de calle.

—¿Qué está pasando aquí? —pregunta asustada.

—Nos estaba robando el dinero —dice—. ¡Lo sabía!

Escupe a Flora, recoge la llavecita de latón y se dirige al secreter.

Joona está sentado en su despacho con todo el material presentado ante el tribunal de instrucción.

Lo más probable es que las pruebas sean suficientes para dictaminar una sentencia condenatoria.

El teléfono empieza a sonar. Joona no lo habría cogido si hubiera mirado el nombre que aparece en la pantalla.

—Sé que crees que soy una mentirosa —dice Flora sin aliento—. Por favor, no cuelgues. Tienes que escucharme, te lo suplico, haré cualquier cosa con tal de que escuches lo que...

—Cálmate y cuéntamelo.

—Hay una testigo del asesinato —dice—. Una testigo de verdad, no un fantasma. Te hablo de una testigo real que se esconde en...

Joona oye que su voz está al borde de la histeria y trata de tranquilizarla:

—Está bien —dice en tono relajado—. Pero el caso...

—Tienes que ir —lo interrumpe ella.

Joona no sabe qué hace escuchando a esa persona. Quizá lo haga por lo desesperada que parece.

—¿Dónde se encuentra exactamente la testigo? —le pregunta.

—Es una torre, un campanario apartado de la iglesia de Delsbo.

—¿Quién te ha contado...?

—Por favor, está allí, tiene miedo y está escondida allí.

—Flora, tienes que dejar a la fiscal hacer su...

—Nadie me escucha.

Joona oye una voz de fondo que le ordena que suelte el teléfono y luego se oye un ruido.

—Se acabó la charla —dice un hombre antes de colgar.

Joona suspira y deja el móvil a un lado sobre la mesa. No logra entender por qué Flora sigue mintiendo.

Tras la decisión de presentar una petición de prisión provisional para Vicky el caso ha perdido prioridad y lo único que falta es que la fiscal reúna todas las pruebas de cara al juicio.

«Este caso se me ha quedado grande», piensa Joona y acto seguido le invade una extraña sensación de desamparo.

Ya se había acabado antes de que pudiera echar mano a todos los informes y los dictámenes periciales.

Joona sabe que en ningún momento llegó a estar al mando del caso, que en realidad nunca le dejaron participar del todo.

Una sobredosis de antidepresivos podría ser la causa de la agresividad de Vicky y también de su repentino cansancio.

Pero Joona no logra quitarse la piedra de la cabeza.

Nålen menciona en su informe que el arma homicida es una piedra, pero nadie ha intentado seguir la pista, porque no encaja con todo lo demás.

Joona recuerda que se despidió de Nålen y de Frippe en Sundsvall cuando iba a empezar la autopsia interna.

Al final decide que por el momento no dejará de lado el caso. Una tozudez enervante lo empuja a hojear los análisis de las pruebas que ha redactado el Laboratorio Estatal de Criminología y luego empieza a leer el informe forense.

Se detiene en el examen exterior del cuerpo de Elisabet Grim y lee las anotaciones sobre las heridas que tenía en las manos antes de pasar hoja.

La luz avanza lentamente por el tablón de corcho, en el que está el aviso del expediente de Asuntos Internos y la última postal de Disa: la imagen de un chimpancé con los labios pintados y

gafas de sol en forma de corazones.

Mientras Joona lee los documentos, la sombra se desplaza poco a poco desde la maceta de la ventana hacia la librería.

El estómago de Miranda no contenía ninguna sustancia extraña y las paredes eran brillantes y lisas. Lo mismo con las pleuras. Paredes brillantes y lisas. También el pericardio.

84. El corazón presenta una estructura normal y pesa 198 gramos. La funda es brillante y lisa. Las válvulas y los orificios son normales. En las paredes arteriales no se observa acumulación de ningún tipo. La musculatura cardíaca tiene un tono rojo grisáceo uniforme.

Joona fija un dedo sobre el informe forense mientras salta a la hoja con los análisis del laboratorio, donde lee que el grupo sanguíneo de Miranda era A y que había restos de venlafaxina en la sangre, un componente presente en muchos fármacos antidepresivos, pero por lo demás todo parece normal.

Joona vuelve al informe forense y lee que el tejido de la glándula tiroides estaba de color rojo grisáceo, que su nivel de coloide era normal y que las suprarrenales presentaban un tamaño normal y un color amarillo.

104. La uretra tiene un aspecto normal.

105. En la vejiga urinaria hay unos 100 ml de orina amarillo claro y transparente. La membrana mucosa está pálida.

Joona vuelve a saltar a los análisis del laboratorio y busca la prueba de orina. Había restos del somnífero nitrazepam en la orina de Miranda y los niveles de hCG eran especialmente elevados.

Joona se levanta de golpe, coge el teléfono de la mesa y llama a Nålen.

—Estoy repasando los informes del laboratorio estatal y pone que Miranda tenía disparados los niveles de hCG en la orina —dice.

—Sí, claro —responde Nålen—. El quiste en el ovario era tan...

—Pero espera un momento —lo interrumpe Joona—. ¿Los niveles de hCG no suelen ser altos en las embarazadas?

—Sí, pero te he dicho que...

—Pero si Miranda hubiese hecho un test de embarazo, ¿le habría dado positivo?

—Sí —dice Nålen—. Sin duda, le saldría positivo.

—Entonces puede que Miranda pensara que estaba embarazada.

Joona sale de su despacho, cruza el pasillo a paso ligero, marca el número de casa de Flora, Anja le grita algo, pero él insiste y empieza a bajar la escalera. Joona repite para sí que Flora se había corregido y había dicho que la niña que la había visitado sólo creía estar embarazada.

—Lo que quería decir es que ella ha dicho que estaba embarazada —explica Flora—. Pero no era verdad, no lo estaba, ella pensaba que estaba embarazada.

Joona vuelve a marcar el número, deja que los tonos suenen mientras cruza corriendo el vestíbulo, pasa al lado de los sofás y, justo cuando va a salir por las puertas giratorias, oye una voz que contesta resoplando:

—Hans-Gunnar Hansen.

—Me llamo Joona Linna, trabajo en la policía judicial y...

—¿Habéis encontrado el coche?

—Necesito hablar con Flora.

—Pero a ver, coño, si Flora estuviera aquí, ¿por qué cojones te iba a preguntar por mi coche? Ella me lo ha robado, y si la policía no hace su...

Joona corta la llamada y corre los últimos metros que lo separan de su Volvo negro.

Elin ha dormido en la habitación contigua a la de Vicky con las puertas abiertas. Se ha despertado al menor ruido y ha ido a asomar la cabeza en el cuarto de la chica. Por la mañana se queda un rato en el umbral de su puerta contemplando a Vicky en su profundo sueño antes de ir a la cocina.

Daniel está a los fogones preparando huevos revueltos. Huele a café y pan recién hecho. Por el ventanal panorámico la vista casi asusta por su vastedad. Montañas con picos redondeados, lagunas como espejos y valles con árboles amarillos y rojos centelleantes.

—Casi no se puede mirar fuera —dice él sonriendo—. Se me encoge el corazón cuando lo hago.

Se abrazan y Daniel le da varios besos discretos en la cabeza. Elin se deja, aspira su olor y siente un calor expandiéndosele en el abdomen de repentina felicidad.

Un reloj de cocina empieza a sonar en la encimera y Daniel se aparta para sacar el pan del horno.

Se sientan a la gran mesa del comedor, desayunan y de vez en cuando se acarician las manos.

La fabulosa vista los deja sin palabras. Toman el café en silencio y miran por las ventanas.

—Estoy tan preocupada por Vicky —dice Elin en voz baja.

—Todo irá bien.

Elin deja la taza.

—¿Me lo prometes?

—Sólo tengo que conseguir que hable de lo ocurrido —dice él—. Porque me da un poco de miedo que su sentimiento de culpabilidad la vuelva más y más autodestructiva... Tenemos que estar muy atentos.

—La enfermera llega con el autobús de Åre dentro de una hora, así que bajaré a recogerla —dice Elin—. Le preguntaré a Vicky si quiere venir conmigo... o ¿qué opinas?

—No sé, creo que es mejor que se quede en casa —dice Daniel.

—Sí, si acabamos de llegar —asiente Elin—. Pero es que estoy intranquila... No la dejes sola ni un momento.

—Vicky sabe que ni siquiera puede echar el pestillo cuando va al baño —dice él serio.

En ese momento Elin ve a la chica por la ventana. Está paseando sola por el césped y va pateando las hojas. El pelo le cuelga enredado por la espalda y su delgado cuerpo parece estar pasando frío. Elin coge la rebeca del respaldo de la silla y sale a dársela a Vicky.

—Gracias —susurra la chica.

—Jamás volveré a fallarte —afirma Elin.

Sin decir nada, Vicky le coge la mano y se la aprieta. El corazón de Elin se dispara de felicidad y en la garganta se le hace un nudo que le impide abrir la boca.

Una oscuridad poco habitual cubre el cielo cuando Joona se desvía de la autopista E-4 para meterse por la carretera 84 en dirección a Delsbo. Da por hecho que Flora ha cogido el coche para ir también a la iglesia, en la comarca de Hälsingland.

Todavía oye con claridad la desesperación de su voz al explicarle que había una testigo escondida en el campanario.

Joona no acaba de entender a esa mujer. Es como si mezclara fantasía con realidad sin ser consciente de ello.

Sin embargo, a pesar de las múltiples mentiras, Joona no ha conseguido desprenderse en ningún momento de la sensación de que Flora sabe más que nadie acerca de los asesinatos en el Centro Birgitta.

Quizá esta testigo sea otro de sus engaños, pero si fuera verdad sería tan importante que Joona no puede arriesgarse a pasarlo por alto.

Las nubes bajas de lluvia cubren como un manto gris los campos de cultivo y tiñen de azul las copas de los árboles. Joona se mete por un camino de tierra. Las hojas caídas se levantan en remolinos por la pista y le cuesta mantener la velocidad del vehículo. El camino está lleno de hoyos y curvas.

Al cabo de un rato se mete por un camino recto que lleva hasta la iglesia de Delsbo. Entre los árboles puede ver un extenso campo. A lo lejos hay una cosechadora que avanza lentamente. Las cuchillas cortan la espiga como una guadaña a ras de suelo. La paja y la granza levantan una nube de polvo. Los pájaros suben y bajan en el agitado aire.

Cuando está a punto de llegar a la iglesia ve un coche que se ha empotrado contra uno de los árboles del paseo. El capó está abollado, hay una visera tirada en la hierba y una de las ventanas se ha reventado.

El motor sigue en marcha, la puerta del conductor está abierta y las luces traseras se reflejan en la hierba de la cuneta.

Joona reduce la marcha, pero cuando ve que el vehículo está vacío continúa sin detenerse. «Flora debe de haber salido corriendo», piensa y sigue hasta la iglesia.

Baja del coche y a paso ligero sube por el caminito de grava rastrillada. El campanario alquitranado es una construcción anexa levantada en una colina cerca de la iglesia.

El cielo está oscuro y parece que en cualquier momento se pondrá a llover.

Debajo de la cúpula de bulbo negra cuelga la enorme campana mate. Detrás del campanario se ven las aguas rápidas del río, espumosas y negras.

La puerta del edificio está entreabierta.

Joona recorre los últimos metros y cuando llega a la torre puede percibir claramente el olor a alquitrán.

La ancha base está revestida con paneles de madera como los de las casas de la montaña. Dentro, una escalera empinada sube hasta la campana.

—¡¿Flora?! —grita Joona.

Flora se acerca y se queda en el umbral oscuro de la puerta que comunica la escalera con la campana. Tiene la cara triste, los ojos cansados y llorosos.

—No hay nadie —dice y se muerde el labio.

—¿Estás segura?

La mujer empieza a sollozar y la voz se le rompe:

—Lo siento, pero es que creía... estaba segura de que...

Cruza la puerta y susurra «perdón» sin mirar a Joona a la cara, se tapa la boca con la mano y empieza a caminar para volver al coche.

—¿Cómo has llegado hasta aquí? —pregunta Joona siguiéndole los pasos—. ¿Por qué creías que ibas a encontrar aquí a la testigo?

—La foto de bodas de mis padres adoptivos... se ve el campanario de fondo.

—Pero ¿qué tiene eso que ver con Miranda?

—El fantasma me dijo...

Flora se queda callada y se detiene.

—¿Qué ocurre? —pregunta Joona.

De nuevo le vuelve a la cabeza la imagen del dibujo de Flora, en el que Miranda aparecía tapándose la cara con las manos y con una mancha de sangre junto a la cabeza. Pero no pintó la sangre como una estafadora sino como alguien que realmente ha visto algo pero que ya no recuerda las circunstancias.

En la puerta de Antigüedades Carlén Flora había hablado del fantasma como un recuerdo. Intentó explicarle a Joona lo que recordaba que le había dicho el fantasma.

Finísimos rayos de luz se abren paso entre las capas de nubarrones.

«Como un recuerdo», repite para sí y mira la pálida cara de Flora.

Hojas amarillas vuelan empujadas por el viento y de repente Joona comprende que al fin todo encaja, igual que cuando se corre una cortina y la luz inunda un gran salón. Sabe que ha encontrado la clave para resolver todo el enigma.

—Eres tú —susurra y siente un escalofrío al oír sus propias palabras.

Ahora entiende que Flora es la testigo que tenía que estar en el campanario.

Ella es la testigo, pero no es Miranda a quien ha visto morir asesinada.

Es otra niña.

Alguien que ha muerto de la misma manera.

Otra niña, pero el mismo asesino.

Está completamente seguro de lo que siente y a la certeza le sigue un repentino ataque de migraña. Durante un instante le da la sensación de que un disparo le atraviesa la cabeza. Busca apoyo y oye la voz preocupada de Flora al otro lado de la oscuridad antes de que el dolor se desvanezca.

—Tú lo viste todo —dice Joona.

—Estás sangrando —dice ella.

Un hilillo de sangre le sale de la nariz y Joona hurga en su bolsillo hasta encontrar un pañuelo.

—Flora —dice—. Tú eres la testigo que tenía que estar en la torre...

—Pero yo no he visto nada.

Joona se pone el pañuelo debajo de la nariz.

—Lo has olvidado.

—Pero si yo no estaba allí, tú lo sabes, yo nunca he estado en el Centro Birgitta.

—Viste otra cosa...

—No —responde Flora negando con la cabeza.

—¿Cuántos años tiene el fantasma? —pregunta Joona.

—Miranda tiene unos quince, cuando sueño... Pero cuando la veo de verdad, cuando se me aparece en la habitación, es más pequeña.

—¿Cuántos años?

—Cinco.

—¿Cuántos años tienes tú ahora, Flora?

La mujer se asusta cuando se topa con los ojos grises del comisario.

—Cuarenta —responde en voz baja.

Joona piensa que Flora ha descrito un asesinato del que fue testigo cuando era pequeña, pero siempre ha creído que estaba hablando de los homicidios del Centro Birgitta.

Joona sabe que no se equivoca y coge el teléfono para llamar a Anja. De pronto Flora había atravesado un túnel de más de treinta años que la había llevado a recordar lo que su mente había borrado de la memoria. Ése era el motivo por el cual sus recuerdos habían sido todo el rato tan confusos a la vez que firmes.

—Anja —dice Joona cortando el saludo de su secretaria—. ¿Estás delante del ordenador?

—¿Tú estás en algún sitio mejor? —pregunta ella alegre.

—¿Puedes mirar si pasó algo en Delsbo hace unos treinta y cinco años?

—¿Algo en concreto?

—Una niña de cinco años.

Mientras Anja teclea en el ordenador, Joona ve que Flora se acerca a la iglesia, acaricia la fachada y dobla la esquina en dirección al porche de entrada. Joona empieza a caminar hacia allí para no perderla de vista. Un erizo corretea torpe entre las lápidas.

Detrás del paseo todavía puede verse la cosechadora avanzando lentamente rodeada de una nube de polvo.

—Sí —dice Anja y toma aire por la nariz—. Hubo un caso de muerte... Hace treinta y seis años encontraron a una niña junto a la iglesia de Delsbo. No pone nada más. La policía concluyó que se trató de un accidente.

Joona ve que Flora se da la vuelta y lo mira con ojos pesados, desconcertados.

—¿Cómo se llamaba el policía que llevaba el caso?

—Torkel Ekholm —responde Anja.

—¿Podrías buscar alguna dirección?

Veinte minutos más tarde Joona aparca el coche en un estrecho camino de piedra. Él y Flora abren una verja grande y cruzan un frondoso jardín hasta una casa de madera roja con esquinas y planchas de eternita blanca. La vegetación otoñal está llena de insectos. El cielo está revuelto y amarillento por la lluvia y la tormenta contenidas. Joona llama al timbre y un ruido ensordecedor resuena por el jardín.

Dentro se oyen pasos que se arrastran y al cabo de unos segundos la puerta se abre. Al otro lado hay un anciano con chaleco de punto, tirantes y pantuflas.

—¿Torkel Ekholm? —pregunta Joona.

El hombre se apoya en un andador y los mira con ojos vidriosos. Un audífono le asoma por detrás de la oreja derecha, grande y arrugada.

—¿Quién quiere saberlo? —dice con voz apenas audible.

—Joona Linna, comisario de la policía judicial.

El hombre entorna los ojos para mirar su identificación sin poder esconder una sonrisita.

—Policía judicial —susurra el hombre y les hace un gesto invitándolos a pasar—. Entrad. Haré un poco de café.

Se sientan a la mesa de la cocina mientras Torkel se acerca a los fogones, después de decirle a Flora que siente no poder ofrecerles nada para picar. Habla muy bajito y parece estar casi completamente sordo.

En la pared hay un reloj ruidoso y detrás del sofá cuelga una escopeta de caza oscura y brillante, una Remington bien cuidada. Un tapiz con la frase LA AUTÉNTICA FELICIDAD ES CONTENTARSE CON POCO se ha soltado de la chincheta y cuelga con las esquinas dobladas, como una postal ajada de una Suecia de antaño.

El hombre se rasca la barbilla y mira a Joona en la oscuridad de la cocina.

Cuando el agua rompe a hervir, Torkel Ekholm saca tres tazas y una lata de café instantáneo.

—Al final la comodidad es lo que prima —dice encogiéndose de hombros mientras le pasa una cucharilla a Flora.

—He venido para preguntarle sobre un caso de hace mucho tiempo —dice Joona—. Hace treinta y seis años encontraron a una niña muerta junto a la iglesia de Delsbo.

—Sí —responde el anciano sin mirar a Joona.

—¿Un accidente? —pregunta Joona.

—Sí —responde Torkel conteniéndose.

—Yo creo que no —dice Joona.

—Mejor que no sea eso —dice el viejo.

La boca le empieza a temblar y le acerca a Joona el cuenco con terrones de azúcar.

—¿Recuerda el caso? —pregunta Joona.

La cucharilla tintinea cuando el viejo policía se echa el café en la taza y lo remueve. Cuando vuelve a levantar la cabeza y se encuentra con la mirada del comisario tiene los ojos inyectados en sangre.

—Me gustaría poder olvidarlo, pero algunas veces...

Torkel Ekholm se levanta, va hasta una cómoda oscura que hay junto a la pared y abre el primer cajón. Con voz temblorosa les cuenta que después de todos estos años sigue guardando sus apuntes sobre el caso.

—Sabía que tarde o temprano vendrían a verme —dice tan bajito que apenas se le entiende.

Una mosca vuela por la ventana de la cocina. Torkel señala con la barbilla los papeles que hay encima de la mesa:

—La niña muerta se llamaba Ylva, era hija del mayoral en Rånne... Cuando llegué al lugar ya la habían cubierto con una sábana... Me dijeron que se había caído del campanario...

El viejo policía se reclina en la silla haciendo crujir la madera.

—Había sangre en el friso de la torre... Me lo señalaron y lo estuve mirando, pero vi que algo no encajaba.

—¿Por qué cerró el caso?

—No había testigos, no tenía nada en que basarme. Pregunté hasta la saciedad, pero no llegué a ninguna parte. Al final me prohibieron que siguiera molestando a los señores en Rånne. Le dieron vacaciones al mayoral y... fue... Tengo una foto que sacó Janne, un chico que colaboraba en el *Diario del Trabajador* al que encargamos que tomara fotos de la escena del crimen.

El viejo policía les muestra una fotografía en blanco y negro de una niña tumbada en una sábana blanca sobre la hierba. Tiene el pelo estirado y a un lado de la cabeza hay una mancha negra de sangre, igual que en la cama de Miranda, en el mismo sitio.

La mancha se parece un poco a un corazón.

La niña tiene una expresión tierna en la cara, sus mejillas son infantilmente redondas y tiene la boca entreabierta como si estuviera dormida.

Flora observa la imagen, se palpa el pelo con la mano y se pone blanca.

—Yo no vi nada —jadea y acto seguido las lágrimas comienzan a caer de sus ojos de forma descontrolada.

Joona aparta la fotografía y trata de tranquilizar a Flora, pero ella se levanta y le quita la foto a Torkel. Se seca las mejillas, clava los ojos en la imagen y se apoya en la encimera sin darse cuenta de que tira una botella vacía de cerveza al fregadero.

—Jugábamos a no mirar —dice en voz baja.

—¿A no mirar?

—Teníamos que cerrar los ojos y taparnos la cara.

—Pero tú miraste, Flora —dice Joona—. Tú viste quién golpeó a la niña con una piedra.

—No, yo cerré los ojos... Yo...

—¿Quién lo hizo?

—¿Qué viste? —pregunta Torkel.

—La pequeña Ylva... estaba muy contenta, se tapó los ojos con las manos y entonces él la golpeó...

—¿Quién? —pregunta Joona.

—Mi hermano —susurra ella.

—No tienes ningún hermano —dice Joona.

A Torkel le entra un temblor en las manos y vuelca la tacita de café en el platillo.

—El chico —murmura—. ¿No sería el chico?

—¿Qué chico? —pregunta Joona.

Flora está completamente pálida y las lágrimas ruedan por sus mejillas. El viejo policía arranca un trozo de papel de cocina y se levanta con dificultad de la silla. Joona ve que Flora niega con la cabeza, pero sus labios se mueven levemente.

—¿Qué viste? —pregunta Joona—. ¿Flora?

Torkel se le acerca y le ofrece el papel.

—¿Tú eres la pequeña Flora? ¿La hermanita tímida? —pregunta con delicadeza.

El antiguo recuerdo le llega a Flora estando allí de pie, en la cocina del viejo policía, con la mano apoyada en la encimera. Cuando le viene la imagen de lo que vio, siente que le flaquean las piernas.

El sol bañaba la hierba que rodeaba la iglesia. Flora se estaba tapando la cara con las manos. La luz se filtraba por entre sus dedos y pintaba de amarillo los perfiles de las dos personas que tenía delante.

—Dios mío —jadea mientras se desploma en el suelo—. Dios...

Con una ola de claridad recupera la imagen de su hermano golpeando a la niña con una piedra.

El recuerdo es tan evidente que le da la sensación de que los niños están presentes en carne y hueso en la cocina.

Oye el golpe y ve a Ylva sacudiendo la cabeza.

Flora recuerda a la niña cayendo sobre la hierba. La pequeña abría y cerraba la boca, le temblaban los párpados, dijo unas palabras confusas y luego él la volvió a golpear.

La apaleaba con todas sus fuerzas mientras les gritaba que no podían mirar. Ylva se quedó inmóvil y él le puso las manos sobre la cara y le volvió a decir que no mirara.

—Pero yo sí miré...

—¿Tú eres Flora? —pregunta el anciano por segunda vez.

Entre los dedos Flora vio a su hermano ponerse de pie con la piedra en la mano. Como si nada hubiera pasado le dijo a Flora que cerrara los ojos, que estaban jugando a no mirar. Se le acercó por un lado y levantó la piedra manchada de sangre. Ella se echó atrás justo cuando él soltó el golpe. La piedra le hizo un arañazo en la mejilla y le impactó con fuerza en el hombro, Flora cayó de rodillas, pero se levantó y se puso a correr.

—¿Eres la pequeña Flora que vivía en Rånne?

—Casi no me acuerdo de nada —responde ella.

—¿Quién es su hermano? —pregunta Joona.

—La gente los llamaba los niños del orfanato aunque hubiesen sido adoptados por los señores —le explica el viejo policía.

—¿Se llaman Rånne?

—Barón Rånne..., pero nosotros sólo decíamos los señores —responde Torkel—. El día que adoptaron a los dos niños incluso salió publicado en el periódico. Una obra noble y misericordiosa, dijeron... Pero después del accidente la niña tuvo que marcharse... Sólo se quedó el niño.

—Daniel —responde Flora—. Se llama Daniel.

La silla rasca contra el suelo cuando Joona se levanta de la mesa y sale de la casa sin decir nada. Con el teléfono pegado a la oreja cruza corriendo el jardín, donde la fruta caída asoma entre un manto de hojas amarillas alrededor de los troncos. Cruza la verja y alcanza el coche.

—Anja, escúchame, tienes que ayudarme, es urgente —dice Joona mientras se sienta en el asiento del conductor—. Mira si Daniel Grim tiene alguna relación con una familia de Delsbo que se apellida Rånne.

Joona apenas tiene tiempo de encender el dispositivo Rakel para avisar a la centralita de la judicial antes de que Anja le conteste.

—Sí, son sus padres.

—Reúne toda la información que puedas sobre él —dice Joona.

—¿De qué va todo esto?

—Niñas —responde Joona.

Corta la llamada y antes de avisar a la policía marca el número de Elin Frank.

Elin desciende con cuidado por el empinado camino de tierra que lleva a Åre para recoger a la enfermera de Vicky. Ha bajado una ventanilla y el aire fresco inunda el coche. El alargado lago reluce lúgubremente. Las montañas descansan una al lado de la otra como enormes tumbas vikingas, suavemente abovedadas y cubiertas de vegetación.

Piensa en la forma en que Vicky le ha apretado la mano. Todo parece estar dando un giro para volver a la calma.

El camino sigue por debajo de un saliente rocoso y, mientras Elin lo atraviesa, le empieza a sonar el móvil en el bolso. Avanza un poco más, despacio, se mete en una pequeña área de descanso y detiene el vehículo. Con una sensación desagradable en el cuerpo saca el teléfono, que sigue sonándole en la mano. Es Joona Linna. En realidad Elin no quiere oír lo que tenga que decirle, pero aun así abre el aparato con dedos temblorosos.

—¿Hola? —contesta Elin.

—¿Dónde está Vicky? —pregunta el comisario.

—Está aquí, conmigo —dice Elin—. Tengo una casa en Duved que...

—Lo sé, pero ¿la estás viendo en este momento?

—No, he...

—Quiero que vayas ahora mismo a recoger a Vicky, que os subáis juntas al coche y vayáis a Estocolmo. Tú y Vicky solas. Hazlo ahora, no cojas nada, meteos en el coche y...

—¡Ya estoy en el coche! —grita Elin y siente el pánico creciéndole en el pecho—. Vicky está con Daniel en la casa.

—Eso no nos ayuda —dice Joona y Elin percibe el tono de su voz, un tono que le provoca náuseas de angustia.

—¿Qué ha pasado?

—Escúchame... fue Daniel quien mató a Miranda y a Elisabet.

—No, no puede ser —susurra ella—. Daniel se iba a quedar con Vicky mientras yo bajaba a la estación de autobús.

—Entonces lo más probable es que ya no siga con vida —dice Joona—. Tú procura salir de ahí, es mi consejo como policía.

Elin mira al cielo por el parabrisas. Ya no está blanco. Las nubes vuelan bajo a lo largo de las crestas montañosas. Son negras, cargadas de lluvia y otoño.

—No puedo abandonarla —se oye decir a sí misma.

—La policía va en camino, pero pueden tardar un rato.

—Voy a regresar —dice ella.

—Lo entiendo —responde Joona—. Pero ve con cuidado... porque Daniel Grim es muy, muy peligroso y estarás completamente sola con él hasta que llegue la policía...

Pero Elin ya no puede pensar en nada, da media vuelta con el coche y empieza a retroceder, subiendo por la cuesta y escupiendo grava con los neumáticos.

Vicky está sentada en la cama descargándose aplicaciones para el móvil cuando Daniel entra y se sienta en un sillón de cuero blanco que hay al lado.

Fuera el paisaje de montañas redondas se extiende dulcemente y el valle Ullådalen y los picos de Åreskutan se alzan grises y ancestrales hacia el cielo.

—¿Te enfadaste? —pregunta Daniel—. Quiero decir... que tuvieras que esperar en el coche cuando fuimos a recoger tus cosas.

—No..., entiendo que nadie quiera verme —responde Vicky sin dejar de jugar con el teléfono.

—Cuando entré en la casa vi a Almira y a Lu Chu jugando a taparse los ojos —miente Daniel—. Sé que Miranda te enseñó ese juego...

—Sí —responde ella.

—¿Sabes dónde lo aprendió Miranda? —pregunta Daniel.

Vicky asiente con la cabeza y saca el cargador del móvil.

—A veces utilizo el juego de no mirar en la terapia —le explica—. Es un ejercicio para aprender a confiar en el otro.

—Miranda me daba chocolate —sonríe Vicky—. Y me dibujó un corazón en la barriga y...

Vicky se calla de repente y recuerda lo que Tuula le dijo en Hårte, cuando se bajó del coche y se acercó a las lilas en la oscuridad.

—¿Le has contado el juego a alguien? —pregunta Daniel y la mira.

—No. ¿Por? —contesta.

—Sólo preguntaba...

Vicky baja la mirada y piensa en Tuula allí de pie en medio de la oscuridad, con el bate de béisbol en la mano y diciendo que el asesino sólo mata a las zorras. «Sólo las zorras tienen que tener miedo de que les revienten la cabeza», le susurró. Era típico de Tuula decir barbaridades y cosas retorcidas. Vicky se había limitado a forzar una sonrisa, pero Tuula le había contado que había encontrado un test de embarazo en el bolso de Miranda cuando le cogió el collar. Ayer Vicky sólo pensaba que Miranda se había acostado con alguno de los chicos a los que veían durante el ADL.

Pero ahora comprende que debe de tratarse de Daniel.

Vicky había notado algo raro cuando Miranda le enseñó cómo se hacía. Porque Miranda sólo hacía ver que era divertido. Se le escapaba la risita mientras rompía las onzas de chocolate, pero lo único que quería era enterarse de si Vicky había pasado por lo mismo que ella sin revelar de qué se trataba.

Recuerda los intentos de Miranda de mostrarse indiferente cuando le preguntó a Vicky si Daniel se había metido en su cuarto para jugar.

—Miranda no me dijo nada —intenta explicar Vicky y por un instante se encuentra con la mirada de Daniel—. No me dijo nada de lo que solías hacer durante la terapia...

Vicky se pone roja de golpe cuando se da cuenta de que todo encaja. Tiene que haber sido Daniel quien mató a Miranda y a Elisabet. Los asesinatos no tienen nada que ver con las zorras. Daniel mató a Miranda porque estaba embarazada.

A lo mejor la chica ya se lo había contado todo a Elisabet.

Vicky hace un esfuerzo por respirar tranquila, no sabe qué decir y toquetea el yeso desmigado y tira de los hilillos que asoman en la escayola.

—Era...

Daniel se inclina hacia adelante, le coge el teléfono del regazo y se lo mete en el bolsillo.

—La terapia... supongo que sólo se trataba de atreverse a confiar en el otro —continúa Vicky, a pesar de saber que Daniel ya la ha descubierto.

Daniel ha visto que ella sabe que fue él quien asesinó a Miranda y a Elisabet con un martillo y que luego la inculpó a ella.

—Sí, es un paso importante en la terapia —dice Daniel observándola detenidamente.

—Lo sé —susurra ella.

—Podríamos hacerlo ahora, tú y yo. Sólo en broma —dice Daniel.

Vicky asiente en silencio y piensa, con el pánico latiéndole por dentro, que Daniel ha decidido matarla. El pulso le late en los oídos y por sus axilas se deslizan gotas de sudor. Daniel la ha ayudado a quedar en libertad y ha ido hasta la casa de Elin para ver cuánto sabía Vicky, para asegurarse de que nadie lo pudiera delatar.

—Cierra los ojos —dice él con una sonrisa.

—¿Ahora?

—Es divertido.

—Pero yo...

—Tú sólo hazlo —dice él en tono severo.

Vicky cierra los ojos y se tapa la cara con las manos. Su corazón palpita frenético por el miedo. Daniel está haciendo algo en la habitación. Suena como si estuviera quitando la sábana bajera de la cama.

—Tengo que ir a orinar —dice Vicky.

—En seguida.

La chica se queda sentada con las manos en la cara y da un respingo cuando oye que Daniel cambia una silla de sitio. La arrastra por el suelo. A Vicky le tiemblan las piernas, pero no se quita las manos de la cara.

Elin conduce a gran velocidad. Un llavero traquetea en el cuenco que hay junto al cambio de marchas. Una rama azota el parabrisas y rasca el techo del coche. Pisa el freno justo antes de una curva cerrada y el vehículo empieza a derrapar. Los neumáticos resbalan en la grava suelta, pero Elin pisa el embrague, sale de la curva y vuelve a acelerar.

El coche avanza dando bandazos. El agua del deshielo ha abierto profundos surcos en el camino hasta Tegefors.

Elin continúa ascendiendo, va demasiado de prisa y cuando se acerca al desvío de la casa intenta reducir un poco la velocidad. Gira bruscamente a la derecha, el retrovisor izquierdo estalla contra el poste de la verja y el lateral del coche se raya de punta a punta. Pisa el acelerador y, cuando supera el cambio de rasante de la colina, parece que el vehículo vaya a despegar. La caja con botellas de agua que lleva en el maletero vuelca con gran estruendo.

Recorta la distancia del último trecho hasta la casa y frena de golpe levantando una gran nube de polvo. Elin se baja del coche sin apagar el motor, corre hasta la puerta y entra en la casa decidida. Las persianas están bajadas. Está todo a oscuras y Elin tropieza con zapatos y botas de esquiar cuando corre hacia el gran salón.

—¡Vicky! —grita.

Enciende las luces, sube corriendo la escalera, resbala y se golpea la rodilla en un escalón, se pone de pie y se apresura hasta la habitación de Vicky. Gira la manija, pero la puerta está cerrada con llave. Elin golpea la puerta y percibe la histeria en su voz cuando grita:

—¡Abre!

No se oye nada dentro de la habitación y Elin se agacha para mirar por la cerradura. Hay una silla tirada en el suelo y en la pared una sombra que se agita.

—¿Vicky?

Se aparta de la puerta y le da una patada. Sólo se oye un ruido sordo. No pasa nada. Suelta otra patada, corre a la habitación de al lado, pero la llave no está en la cerradura. Continúa hasta la siguiente puerta y saca la llave. Vuelve corriendo al cuarto de Vicky y sin darse cuenta derriba una escultura de vidrio que hay en el suelo, pero no se rompe. Las manos le tiemblan tanto que no consigue meter la llave en la cerradura, utiliza las dos manos, lo consigue al segundo intento y abre la puerta de golpe.

—Cielo santo —susurra.

Vicky está colgando de una sábana atada a la viga de madera. Tiene la boca entreabierta y está pálida. Mueve los pies débilmente en el aire. Todavía está viva. Con los dedos de los pies busca el suelo que tiene medio metro por debajo y con las manos intenta abrir un poco el nudo que la está asfixiando.

Elin actúa sin pensar. Se abalanza sobre Vicky y la levanta todo lo que puede.

—Intenta soltarte —llora mientras abraza las piernas delgadas de la chica.

Vicky pelea con la tela tirante, su cuerpo se mueve a espasmos, necesita oxígeno y, presa del pánico, tira para aflojar el lazo.

De pronto Elin oye que Vicky toma aire y tose. Jadea con dificultad y tensa todos los músculos.

—No puedo abrirlo —dice Vicky.

Elin está de puntillas luchando por levantarla aún más.

—¡Intenta subirte a la viga!

—No puedo...

El lazo se vuelve a cerrar. Vicky no consigue tomar suficiente aire y empieza a sacudirse con convulsiones de pánico. Los brazos de Elin tiemblan por el esfuerzo que le supone levantar a la chica.

No puede rendirse. Intenta alcanzar la silla del suelo con el pie para subirse, pero no llega. Vicky está empapada de sudor y los espasmos zarandean su cuerpo. Elin intenta cambiar de postura, pero pesa demasiado. Nota que el cansancio le adormece los brazos, pero aun así logra bajar un poco una mano, consigue un mejor agarre y levanta a Vicky un poco más. La chica reúne las últimas fuerzas que le quedan y al final pasa la cabeza por el lazo. Tose y las dos mujeres se dejan caer en el suelo.

Vicky tiene el cuello de color azulado, respira de prisa y jadeante, pero al menos respira, está viva. Elin le da besos en las mejillas, con mano temblorosa le aparta el pelo de la cara sudada y le susurra que se quede callada.

—Ha sido Daniel...

—Lo sé, la policía está de camino —susurra Elin—. Tienes que quedarte aquí. Voy a cerrar la puerta con llave, pero tienes que estar completamente callada.

Elin cierra la puerta ante la mirada asustada de Vicky y cuando baja la escalera nota que está temblando de pies a cabeza. Tiene los brazos y las piernas entumecidas por el sobreesfuerzo. El teléfono le vibra en el bolsillo y ve que acaba de recibir un mensaje de Vicky:

«Perdóname, pero ya no quiero seguir mintiendo. No estés triste. Besos, Vicky.»

Elin está mareada y su corazón late lleno de angustia. La cabeza le va a mil por hora. Le cuesta entender qué está pasando. Daniel debe de haberle enviado un mensaje justo ahora desde el teléfono de Vicky. Con cuidado entra en el oscuro salón. Las persianas están bajadas en toda la casa.

De pronto una sombra aparece dibujada en el suelo. Es Daniel. Está en la escalera que baja al sótano. Debía de estar en el garaje. Elin sabe que tiene que entretenerlo hasta que llegue la policía.

—Lo ha hecho —dice Elin—. Vicky ha cerrado la puerta de su habitación, tardaba demasiado y... no lo entiendo...

—¿Qué dices? —pregunta él despacio mientras la mira con brillo en los ojos.

—Está muerta... ¿Podemos ir afuera? Tenemos que llamar a alguien —susurra.

—Sí —responde él acercándose.

—Daniel..., no lo entiendo.

—¿No lo entiendes?

—No, he...

—Después de matarte a ti... Vicky ha subido a su cuarto y se ha ahorcado —dice él.

—¿Por qué dices...?

—No deberías haber vuelto tan pronto —termina Daniel.

De pronto Elin ve que esconde una hacha detrás de la espalda. Empieza a correr hacia la puerta de la calle, pero no hay tiempo, tiene a Daniel justo detrás, así que tuerce a la derecha y tira una silla para impedirle el paso. Daniel tropieza y Elin consigue un poco de ventaja, pasa por la cocina y se mete por el pasillo. Los pasos de Daniel se acercan. No hay dónde esconderse. Elin corre a meterse en el viejo dormitorio de Jack, cierra la puerta con llave y aprieta el botón de la persiana.

«No me da tiempo —piensa—. Va demasiado despacio.»

El motor eléctrico susurra, las láminas de aluminio crujen al separarse y poco a poco los rayos de luz empiezan a filtrarse por los agujeritos.

Elin suelta un grito con el primer hachazo en la puerta. La hoja atraviesa la madera al lado de la cerradura, Daniel hace palanca a un lado y retira el arma.

Poco a poco la persiana va subiendo, pero al caer el segundo hachazo sólo asoma un trozo de ventana por la parte inferior.

No puede esperar, tiene que seguir, así que cruza rápidamente el cuarto y se mete en el lavabo justo en el momento en que Daniel revienta la cerradura de una patada. La madera salta en grandes astillas y la puerta se abre de golpe.

Elin se ve en el gran espejo cuando cruza el cuarto de baño y se mete en el despacho de Jack. Está tan oscuro que choca con la cajonera. Varias carpetas viejas se desparraman en el suelo. Elin tantea a ciegas sobre el escritorio, abre un cajón, hurga entre los bolígrafos y coge el abrecartas.

La persiana del dormitorio se detiene cuando llega arriba. Elin oye algo cayendo con un golpe dentro de la bañera. Daniel va a por ella. Elin se quita los zapatos, sale a hurtadillas al pasillo y cierra la puerta con cuidado.

Se le ocurre que quizá podría seguir a Daniel y pasar por la puerta destrozada al dormitorio de Jack otra vez y luego intentar abrir la ventana.

Da unos pasos, pero cambia de idea y se escapa por el pasillo.

—¡Elin! —ruge Daniel.

La puerta de la habitación de invitados está cerrada con llave. Elin gira la llavecilla, pero la cerradura se resiste. Mira hacia atrás y ve a Daniel acercándose. No corre, pero sus pasos son largos. Elin tira varias veces de la manija y percibe el olor a sudor del hombre. Una sombra se mueve de prisa sobre la puerta. Elin se hace a un lado y se golpea la mejilla contra un cuadro.

El hacha pasa rozándole la cabeza. La hoja choca contra la pared de hormigón con un ruido metálico. El arma cambia tanto de ángulo que Daniel pierde el agarre y el hacha cae al suelo.

Se oye un clic en la cerradura y Elin abre la puerta embistiéndola con el hombro. Entra tambaleándose en la habitación y Daniel la sigue, intenta agarrarla con la mano. Ella se da la vuelta y lo apuñala con el abrecartas en el pecho, pero la herida es superficial. Daniel la agarra por el pelo, la zarandea a un lado y la tira al suelo con tanta fuerza que Elin sale rodando hasta chocar con el mueble del televisor. Una lamparita cae al suelo.

Daniel se sube las gafas en la nariz y vuelve a buscar el hacha. Elin aprovecha para meterse debajo de la cama de matrimonio.

Reza en silencio porque Vicky siga escondida en la habitación y piensa que la chica quizá podría sobrevivir hasta que llegue la policía.

Al cabo de unos segundos ve los pies y las piernas de Daniel, que empiezan a dar vueltas a la cama. Elin se aparta y ve que Daniel se sube a la cama. No sabe hacia dónde moverse y trata de permanecer en el centro.

De pronto él la coge de un pie, Elin grita, pero Daniel ya se ha bajado de la cama y empieza a sacarla tirando con todas sus fuerzas. Elin intenta sujetarse al suelo, pero es imposible. Daniel la mantiene atrapada por el tobillo mientras levanta el hacha. Ella le suelta una coz en la cara con el pie que tiene libre, las gafas del asistente salen disparadas y Daniel la suelta, se tambalea hacia atrás, choca con la librería, se lleva una mano al ojo y busca a Elin con el otro.

Ella se pone en pie y sale corriendo hacia la puerta. Con el rabillo del ojo ve que Daniel se agacha para recoger las gafas. Pasa corriendo por delante del dormitorio de Jack y sigue hasta la cocina. En el pasillo se oyen los pasos del asesino.

Elin tiene un torbellino de ideas en la cabeza. La policía ya tendría que haber llegado, Joona le había dicho que estaban de camino.

Cuando pasa por la cocina se hace con una cacerola que hay en el fregadero, cruza el salón a toda prisa, abre la puerta del garaje y tira la olla.

El utensilio traquetea estrepitosamente en su caída por la escalera mientras ella sube de puntillas al piso de arriba.

Daniel ha llegado a la puerta del garaje, pero no se deja engañar. Ha oído sus pasos en la otra dirección. Dentro de poco no quedarán más vías de escape. Elin está muy cansada, deja atrás la planta en la que se esconde Vicky, aminora un poco la marcha para atraer a Daniel y alejarlo de la chica y finalmente llega al último piso.

Sabe que tiene que apañárselas hasta que llegue la policía, no le queda más remedio que conseguirlo, tiene que entretener a Daniel para que no entre en el cuarto de Vicky.

La escalera cruje a sus espaldas a medida que Daniel sube.

Elin ha llegado arriba. La oscuridad es casi total. Se apresura a coger el atizador de la chimenea y el resto de herramientas tintinean un momento mientras ella va al centro de la sala y destroza la lámpara del techo con un solo golpe. La araña de cristal se desploma sobre el suelo y los cristales se esparcen en mil pedazos por toda la sala con un ruido ensordecedor. Después todo queda en silencio.

Lo único que se oye son los pasos de Daniel en la escalera.

Elin se esconde en la oscuridad junto a una librería que hay a la derecha de la puerta.

Daniel jadea cuando sube los últimos escalones. No tiene la menor prisa, sabe que en el último piso no hay por dónde huir.

Elin intenta disimular el ruido de su respiración.

Daniel se queda en el umbral de la puerta con el hacha en la mano, escruta un momento la oscuridad de la estancia y después aprieta el interruptor de la luz.

El botón chasquea, pero no ocurre nada. Todo sigue a oscuras.

Elin está escondida en la oscuridad sujetando el atizador con las dos manos. La adrenalina que tiene en la sangre la hace temblar, pero se siente sorprendentemente fuerte.

Daniel respira tranquilo y entra muy despacio en la sala.

Elin no puede verlo, pero oye el crepitar de los cristales cuando Daniel los pisa.

De pronto se oye otro clic seguido de un zumbido eléctrico y crujidos metálicos. La luz comienza a filtrarse por los diminutos orificios que se abren entre las láminas de las persianas. Daniel se queda en la puerta a la espera de que las persianas vayan subiendo lentamente y la luz del exterior empiece a inundar la sala.

No hay dónde esconderse.

Daniel mira a Elin y ella retrocede amenazándolo con el atizador.

Él tiene el hacha en la mano derecha, la mira un segundo y empieza a andar.

Elin intenta golpearlo, pero él esquiva el ataque. Respira nerviosa y vuelve a ponerse en posición. Siente una quemazón en el pie al pisar un trozo de cristal, pero no aparta los ojos de Daniel.

El hacha se mece en la mano del asesino.

Elin golpea de nuevo, pero Daniel vuelve a apartarse a tiempo.

Su mirada es impenetrable.

De pronto hace un rápido movimiento con el hacha, inesperado y contundente. El ancho de la hoja choca con el atizador y éste tiembla con tanta fuerza que le salta de las manos a Elin y cae al suelo.

La mujer ya no tiene con qué defenderse, se limita a retroceder poco a poco y entiende perfectamente lo que está a punto de ocurrir. La angustia se apodera de su cuerpo y la anula por completo, la aparta del momento presente impidiéndole actuar.

Daniel sigue avanzando.

Elin lo mira a los ojos, pero es evidente que nada lo detendrá.

Al final Elin topa con la gran ventana. A sus espaldas la fachada de hormigón cae en picado tres plantas y media hasta una terraza de piedra con muebles de jardín y una barbacoa.

Le sangran los pies y las huellas rojas se distinguen claramente en el parquet.

Ya no puede más. Se queda quieta y piensa que debería negociar, prometerle algo, hacerle hablar.

La respiración de Daniel se ha vuelto más pesada. El hombre la mira un momento, se moja los labios y después acelera los últimos pasos que lo separan de Elin, blande el hacha y ataca. Elin aparta de forma instintiva la cabeza y el hacha golpea la ventana. Elin nota el temblor del gran cristal en la espalda y oye el ruido del vidrio resquebrajándose. Daniel vuelve a levantar el arma, pero antes de que la vuelva a blandir Elin se echa atrás, apoya todo su peso en la ventana y nota cómo ésta empieza a ceder. Siente un cosquilleo en el estómago. Un instante después su cuerpo está cortando el aire en caída libre, rodeado de esquirlas de cristal. Elin Frank cierra los ojos y ni siquiera se da cuenta cuando impacta contra el suelo.

Daniel se apoya en el marco y asoma la cabeza. Todavía hay fragmentos brillantes cayendo desde la ventana. Abajo del todo puede ver a Elin. Hay cristales por todas partes. La sangre brota de su cabeza y se extiende poco a poco en una mancha uniforme por el suelo de piedra.

Daniel se toma su tiempo para recuperar el aliento. Tiene la camisa empapada de sudor en la espalda.

Desde el último piso la vista es esplendorosa. El pico Tyskhuvudet se alza muy cerca de la casa y el Åreskutan, con su característica cabaña roja en la cumbre, está envuelto en una bruma otoñal. En el camino que sube desde Åre aparecen de pronto las luces azules de dos vehículos de policía. Pero la carretera que baja a Tegefors está vacía.

Joona lo había comprendido todo en cuanto Flora mencionó el nombre de su hermano. Antes de salir de la casa de Torkel ya había marcado el número de Anja y la secretaria le había cogido el teléfono mientras corría por el jardín. Cuando llegó al coche ya tenía la confirmación de que Daniel Grim era el chico adoptado por el barón Rånne.

Él era el Daniel del que Flora había hablado.

Daniel Grim era el chico que había matado a una niña en Delsbo delante de Flora hacía treinta y seis años.

Joona se sentó en el coche y marcó el número de Elin Frank. Daniel había ido con ella y con Vicky a Duved.

Mientras esperaba a que Elin contestara al teléfono cayó en la cuenta de por qué Elisabet tenía heridas en el lado equivocado de las manos.

Se había tapado la cara.

Daniel no deja testigos, no deja que nadie vea lo que hace.

Tras haber alertado a Elin llamó a la centralita general de la policía en Estocolmo y solicitó refuerzos y una ambulancia para Duved. En Kiruna los helicópteros estaban ocupados y las patrullas móviles tardarían por lo menos media hora en llegar a la casa.

Joona no tenía ninguna posibilidad de llegar a tiempo ya que había más de trescientos kilómetros entre Delsbo y Duved.

Cerró la puerta del coche y arrancó el motor justo cuando su jefe, Carlos Eliasson, lo llamó para preguntarle el motivo por el cual de repente sospechaba de Daniel Grim.

—Hace treinta y seis años mató a una niña exactamente de la misma manera que a la chica del Centro Birgitta —respondió Joona mientras avanzaba por el camino de tierra.

—Anja me ha enseñado las fotos del accidente de Delsbo —suspiró Carlos.

—No fue ningún accidente —dijo Joona tozudo.

—¿Cómo relacionas los dos casos?

—Las dos víctimas se estaban tapando los ojos cuando...

—Sé que Miranda lo hizo —lo interrumpió Carlos—. Pero coño, tengo las fotos de Delsbo delante. La víctima está tumbada sobre una sábana y tiene las manos...

—Movieron el cuerpo antes de que la policía llegara al sitio —dijo Joona

—¿Cómo lo sabes?

—Lo sé —respondió él.

—¿Se trata de tu tozudez o te lo ha dicho la adivina?

—Es una testigo —contestó Joona con un sombrío acento finlandés.

Carlos soltó una carcajada cansada y después dijo muy serio:

—Igualmente, todo eso ha prescrito, tenemos una fiscal que está llevando los cargos contra Vicky Bennet y tú estás siendo investigado por Asuntos Internos.

Cuando Joona salió a la carretera 84 en dirección a Sundsvall se puso en contacto con la policía de Västernorrland y solicitó una patrulla y técnicos para la casa de Daniel Grim. A través de la unidad de radio Rakel oyó que la policía de Jämtland calculaba llegar a la casa de Elin Frank en diez minutos.

La primera unidad móvil se detiene delante de la casa de Elin Frank, en la ladera de Tegefjället. Un agente se acerca al todoterreno urbano y apaga el motor mientras el otro desenfunda el arma y se acerca a la puerta principal. Un segundo coche patrulla llega al aparcamiento seguido de una ambulancia.

Las luces de la siguiente ambulancia ya se acercan por el camino.

El edificio parece estar cerrado al exterior. Las ventanas están tapadas con persianas de aluminio.

Reina un silencio aterrador.

Dos agentes entran por la puerta con el arma en ristre. Un tercero se queda fuera mientras el cuarto rodea la casa y sube concentrado por una escalera de hormigón blanco.

La casa parece deshabitada. Está cerrada como un joyero.

El agente llega a una terraza, pasa al lado de un juego de muebles de jardín y luego ve la sangre, los cristales y a las dos personas.

Se queda quieto.

Una niña pálida con los labios cortados y el pelo enmarañado lo mira con ojos ensombrecidos. Está sentada de rodillas junto al cuerpo inerte de una mujer en un gran charco de sangre. La niña le está cogiendo la mano a la mujer y mueve los labios, pero el agente no consigue entender lo que dice hasta que se acerca.

—Todavía está caliente —susurra Vicky—. Todavía está caliente...

El policía baja el arma, coge la radio y avisa al personal sanitario.

Las nubes son grises y frías cuando los enfermeros de ambulancias aparecen en silencio con dos camillas. Constatan inmediatamente una fractura de cráneo en la mujer tumbada y con sumo cuidado la suben a la camilla, a pesar de que la niña no se separa de ella.

Vicky la coge fuerte de la mano mientras las lágrimas ruedan por sus mejillas.

La niña también está gravemente herida, le sale mucha sangre de las rodillas y las piernas por haber estado sentada sobre los cristales. Tiene el cuello inflamado y amoratado, y seguramente dañadas las cervicales, pero es obvio que no tiene la menor intención de separarse de Elin.

No pueden perder ni un segundo más, por lo que deciden dejar que la niña los acompañe en la ambulancia cogiéndole la mano a Elin Frank mientras bajan hasta la ciudad de Östersund, donde un helicóptero de salvamento los llevará hasta el hospital Karolinska de Estocolmo.

Joona atraviesa una vieja vía de tren cuando por fin el coordinador de la unidad en Duved contesta a su llamada. Tiene la voz crispada y está hablando al mismo tiempo con alguien que se encuentra con él en la furgoneta de mando.

—Estamos un poco liados ahora mismo... pero hemos llegado al sitio —dice y tose.

—Necesito saber si...

—¡No, coño, tiene que ser antes de Trångsviken y Strömsund! —le grita el coordinador a alguien.

—¿Están vivas?

—Lo siento, estoy intentando situar los controles de carretera.

—Me espero —dice Joona y adelanta a un camión.

Oye que el coordinador suelta el teléfono, habla con el mando de la unidad, confirma los lugares, vuelve a hablar con la central de alarmas y a través de ella dirige a los coches patrulla para que monten los controles.

—Ya estoy aquí —dice luego al teléfono.

—¿Están vivas? —repite Joona.

—La niña está fuera de peligro, pero la mujer está... su estado es crítico, están preparando una operación de emergencia en el hospital de Östersund y después tienen previsto trasladarla al Karolinska.

—¿Y Daniel Grim?

—No había nadie más en la casa... Ahora mismo estamos poniendo controles en las carreteras, pero si se mete por algún camino no tenemos recursos suficientes...

—¿Helicópteros? —pregunta Joona.

—Estamos negociando con la Infantería de Montaña en Kiruna, pero tarda demasiado —responde el coordinador con la voz áspera por el cansancio.

Joona entra en Sundsvall y piensa que Elin Frank volvió a la casa a pesar de su advertencia. Es imposible imaginarse qué hizo, sin embargo no cabe duda de que llegó a tiempo.

Elin está gravemente herida, pero Vicky sigue con vida.

Cabe la posibilidad de que Daniel Grim caiga en alguno de los controles policiales. Sobre todo si no sabe que lo están buscando. Pero si logra esquivarlos podría llegar a su casa como muy pronto dentro de dos horas, y para entonces la policía tendría que haberle tendido una trampa.

«Y para eso primero hay que hacer una inspección técnica de la casa», piensa Joona.

Aminora la marcha y detiene el vehículo en la calle Bruksgatan detrás de un coche patrulla. La puerta de la casa de Daniel Grim está abierta de par en par y hay dos agentes uniformados esperando a Joona en el recibidor.

—La casa está vacía —le dice uno de ellos—. No hay nada fuera de lo normal.

—¿El técnico ya está aquí?

—Dale diez minutos.

—Voy a echar un vistazo —dice Joona y entra en la vivienda.

Joona da una vuelta rápida por el interior de la casa sin saber qué está buscando. Mira en los armarios, registra algunos cajones, abre rápidamente la puerta de una bodeguita que hay debajo de la escalera, sigue hasta la cocina, inspecciona el armario de la limpieza, más cajones, nevera y congelador, sube corriendo al piso de arriba y quita de un tirón la sábana atigrada, vuelca todo el colchón, abre el vestidor, aparta los vestidos de Elisabet y golpea las paredes con los nudillos, hurga con el pie entre zapatos viejos y saca una caja de cartón llena de decoración de Navidad, se mete en el baño, examina el armarito con espuma de afeitar, medicamentos y maquillaje, baja hasta el sótano, mira las herramientas que cuelgan en la pared, comprueba la puerta cerrada que da a la caldera, aparta

el cortacésped, levanta la tapa del sumidero, mira detrás de los sacos de tierra y luego vuelve al primer piso.

Se queda de pie en el centro de la casa y mira por la ventana. Puede ver el jardín y un columpio. En el lado opuesto está la puerta que da a la calle. Está abierta y Joona ve a los dos policías esperando junto al coche patrulla.

El comisario cierra los ojos y piensa en la trampilla del techo del dormitorio que llevaba al desván, en la puerta cerrada de la caldera en el sótano y en que la bodega debería haber sido más grande.

En la puertecilla debajo de la escalera hay un viejo cartel en el que pone BROMA Y SERIEDAD. Abre y echa un vistazo en la bodega. Hay cerca de un centenar de botellas de vino distribuidas en compartimentos en una estantería de gran altura. Es evidente que por detrás hay un hueco de por lo menos treinta centímetros entre el fondo de la estantería y la pared. Joona tira del mueble, aparta unas cuantas botellas de los bordes y encuentra un pestillo en la parte inferior izquierda y otro arriba a la derecha. Con mucho cuidado deja que la pesada estantería gire sobre las bisagras. Un intenso olor a madera y polvo inunda la bodeguita. Detrás, el espacio está casi vacío, pero en el suelo hay una caja de zapatos con un corazón pintado en la tapa.

Joona saca el teléfono, toma una foto de la caja y luego se pone los guantes de látex.

Lo primero que Joona ve cuando levanta la tapa de cartón es una foto de una niña pelirroja. No es Miranda. Es más joven que ella, quizá tenga unos doce años.

Está de cara al fotógrafo tapándose los ojos con las manos.

No es más que un juego, la niña sonríe y sus pupilas asoman llenas de brillo entre los dedos.

Joona levanta con cuidado la foto y encuentra una flor seca de escaramujo.

En la siguiente foto hay una niña acurrucada en un sofá marrón comiendo patatas fritas. Mira extrañada a la cámara.

Joona le da la vuelta a un punto de libro en forma de angelito y ve que alguien ha escrito «Linda S» en rotulador dorado.

Encima de un puñado de fotos cogidas con una goma elástica hay un mechón castaño, un lazo de seda y un anillo barato con un corazón de plástico.

Hojea las fotos de diferentes niñas. De alguna forma todas le recuerdan a Miranda, pero la mayoría son mucho más jóvenes. En algunas fotografías aparecen con los ojos cerrados o tapándoselos con las manos.

Una niña con tutú de ballet y calentadores de color rosa está de pie con la cara escondida tras las manos.

Joona mira el reverso de la imagen y lee «Querida Sandy». Hay un montón de corazones rojos y azules alrededor de las dos palabras.

Una niña de pelo corto le hace una mueca de enfado al objetivo. En la superficie brillante del papel alguien ha rayado un corazón con el nombre Euterpe en el centro.

En el fondo de la caja hay una amatista pulida, unos cuantos pétalos secos de un tulipán, caramelos y en un trozo de papel pone Daniel + Emilia escrito en letras infantiles.

Joona coge el móvil, se queda con él en la mano un momento y luego llama a Anja.

—No tengo nada —dice ella—. Ni siquiera sé qué estoy buscando.

—Homicidios —responde Joona con la mirada fija en una niña que también se está tapando la cara.

—Sí, pero lamentablemente... Daniel Grim ha trabajado como asistente en siete instituciones diferentes con grupos de chicas marginadas en Västernorrland, Gävleborg y Jämtland. No tiene ninguna condena y nunca ha sido sospechoso de ningún delito. No hay denuncias internas contra él... ni siquiera un miserable aviso.

—Entiendo —dice Joona.

—¿Estás seguro de que es la persona correcta? He estado comparando... Mientras él estaba en una institución, la media de muertes se reducía.

Joona mira de nuevo las fotografías, todas las flores y los corazones. Todo aquello habría sido hermoso si hubiese sido un niño quien hubiese escondido la caja.

—¿No hay nada raro ni fuera de lo normal?

—Con el tiempo han pasado algo más de doscientas cincuenta niñas por los centros en los que él ha trabajado.

Joona toma aire.

—Tengo siete nombres —dice—. El menos común es Euterpe. ¿Hay alguien que se llame Euterpe?

—Euterpe Papadias —dice Anja—. Se suicidó en un centro en Norrköping. Pero Daniel Grim no tiene ninguna conexión con ese sitio...

—¿Estás segura?

—Sobre el traslado al Centro Fyrbylund sólo hay una breve nota sobre el trastorno bipolar de la

niña, tendencia a autolesionarse, dos intentos graves de suicidio.

—¿La trasladaron allí desde el Centro Birgitta? —pregunta Joona.

—Sí, en junio de 2009... y el 2 de julio del mismo año, sólo dos semanas después, la encontraron en la ducha con las venas cortadas.

—Pero Daniel no trabajaba allí.

—No —responde Anja.

—¿Ves alguna alumna que se llame Sandy?

—Sí, hay dos... una está muerta, sobredosis de pastillas en un centro en Uppsala...

—Ha escrito Linda S en un punto de libro.

—Sí, Linda Svensson... denunciada como desaparecida hace siete años, después de haber vuelto a la escuela normal en Sollefteå...

—Todas mueren en otro sitio —dice Joona tajante.

—Pero... ¿es él quien ha hecho esto? —susurra Anja.

—Sí, eso creo —responde Joona.

—Santo cielo...

—¿Tienes alguna chica que se llame Emilia?

—Sí..., tengo a una Emilia Larsson que salió del Centro Birgitta... Hay una foto... tiene cortes en los brazos, desde la muñeca hasta el codo... Seguro que fue él quien la cortó sin que pudiera pedir ayuda, le bloqueó la puerta y la vio desangrarse.

El comisario sale a la calle y se sube al coche. El mundo acaba de mostrar su lado oscuro una vez más y Joona siente una ola de tristeza abalanzándose sobre él como un viento gélido.

Ve los hermosos árboles de la calle, respira hondo y piensa que la policía perseguirá a Daniel Grim hasta capturarlo.

En la autopista E-4 Joona habla con el coordinador en Duved, quien le cuenta que los controles ya no tienen ninguna esperanza de encontrar a Daniel Grim.

Joona piensa en la caja con las fotografías de las niñas que Daniel Grim había escogido. Parece que el hombre había sentido un amor infantil por ellas. Entre las fotos había corazones, flores, caramelos y mensajitos.

Su pequeña colección era rosada y luminosa, mientras la realidad era una auténtica pesadilla.

Las chicas de los centros y las casas de acogida estaban encerradas, quizá atadas con correas y fuertemente sedadas cuando él las acosaba.

Daniel era la única persona con la que podían hablar.

Nadie las escuchaba y nadie las echaría de menos.

Ha escogido niñas con tanta tendencia a hacerse daño a sí mismas y tantos intentos de suicido a las espaldas, que sus familiares han terminado por rendirse y han aceptado darlas por muertas.

Miranda era una excepción. La mató in situ, empujado por pánico. Quizá el detonante del asesinato fue que ella se creía embarazada.

Joona piensa en los nombres que Anja había buscado. Con esta relación la policía podrá detener a Daniel Grim por varios asesinatos. Por fin será posible resolver esos casos cerrados de homicidio y darles a las niñas una especie de justicia póstuma.

El recuerdo de la esposa de Torkel Ekholm está impreso en las telas, en los bordados hechos a mano del desgastado mantel de la mesa. Pero con los años el dobladillo de punto de las cortinas se ha ennegrecido por la suciedad y los pantalones de Torkel se han raído por el mismo motivo.

El viejo policía ha cogido la medicación de un pastillero y después ha vuelto lentamente con el andador hasta el sofá de la cocina.

El reloj mantiene su constante y fatigado tictac en la pared. En la mesa están esparcidos todos los apuntes sobre el accidente y varios recortes de prensa, entre los cuales se encuentra una discreta esquela.

El anciano le cuenta a Flora todo lo que recuerda del barón Rånne, la mansión de la familia, la explotación forestal que tenían y los campos de cultivo, su imposibilidad de tener hijos y la adopción de Flora y su hermano Daniel. Le habla también de Ylva, la hija del mayoral, cuando la encontraron junto al campanario, y del silencio que se mantuvo en Delsbo al respecto.

—Yo era tan pequeña —dice Flora—. No pensaba que fueran recuerdos, creía que no eran más que fantasías mías...

Flora recuerda la sensación de estar volviéndose loca después de enterarse de los asesinatos en el Centro Birgitta. No podía dejar de pensar en ellos, en lo ocurrido, en la niña que se tapaba la cara. Soñaba con ella y la veía por todas partes.

—Pero estabas allí —dice él.

—Intenté explicar lo que Daniel había hecho, pero todo el mundo se enfadaba conmigo... Cuando lo conté en casa, mi padre me llevó a su despacho y me dijo que todos los mentirosos arderían en un mar de fuego.

—Por fin he encontrado el testigo que tanto he estado buscando —dice el viejo policía con sobriedad.

Flora recuerda el miedo que tuvo de morir devorada por las llamas, de que el pelo y la ropa se le encendieran como una antorcha. Pensaba que si contaba lo que Daniel había hecho, todo su cuerpo se pondría negro y seco como la leña de la cocina.

Torkel barre despacio las migas de la mesa con la mano.

—¿Qué pasó con la niña? —pregunta.

—Sé que a Daniel le gustaba Ylva... siempre quería cogerla de la mano, le daba frambuesas...

Flora se queda callada y una vez más ve centellear los extraños fragmentos amarillentos de su memoria como si estuvieran a punto de prenderse fuego.

—Jugábamos a no mirar —continúa—. Cuando Ylva cerró los ojos él le dio un beso... ella los abrió y dijo que se había quedado embarazada. Yo me reí, pero Daniel se... Nos dijo que no podíamos mirar... y noté que había algo raro en su voz. Miré entre los dedos, como hacía siempre. Ylva parecía contenta mientras se tapaba la cara y luego vi que Daniel cogía una piedra del suelo y empezó a golpearla sin parar...

Torkel suspira fatigado y se tumba en el estrecho sofá de cocina:

—A veces veo a Daniel cuando viene de visita a Rånne...

Al cabo de un rato el viejo policía se queda dormido y Flora se levanta, coge la escopeta de la pared y abandona la casa.

Flora camina por la discreta avenida que lleva a la mansión Rånne sintiendo el peso de la escopeta en sus manos. Hay pájaros negros en las copas otoñales de los árboles.

Tiene la sensación de que Ylva camina a su lado. Recuerda los días en que corrían por la finca con Daniel.

Flora siempre había creído que era un sueño. El hermoso hogar al que los enviaron, donde tenían su propio dormitorio con las paredes empapeladas con dibujos de flores. Por fin se acuerda de todo. Los recuerdos han surgido de las profundidades, han estado enterrados en tierra negra, pero ahora los tiene delante.

El viejo patio de adoquines no ha cambiado con el tiempo. En la rampa del garaje hay varios coches relucientes. Flora sube la gran escalinata, abre la puerta y entra en la casa.

Se le hace extraño moverse por un sitio tan familiar como aquél con una escopeta en las manos.

Pasar como si nada por debajo de enormes lámparas de araña y pisando alfombras persas cargadas de motivos.

Todavía no la ha visto nadie, pero Flora puede oír hilillos de voz que llegan desde el comedor.

Cruza los cuatro salones contiguos y desde lejos comprueba que están sentados a la mesa.

Cambia el arma de posición, se apoya el cañón en el pliegue del codo, sujeta con fuerza la culata y pone un dedo en el gatillo.

Su familia está comiendo distraída y conversa sin mirar en su dirección.

En los alféizares hay grandes jarrones con flores frescas. Flora vislumbra un movimiento con el rabillo del ojo y se vuelve con la escopeta preparada. Es ella misma reflejada en un espejo. Su figura está impresa en un cristal abombado que va desde el suelo hasta el techo. Se está apuntando a sí misma con el arma. Su cara es de color gris y la mirada de sus ojos es cruda y salvaje.

Con la escopeta en ristre camina los metros que le faltan para salir del último salón y entrar en el comedor.

La mesa está decorada con los frutos de la cosecha: pequeñas gavillas de trigo, racimos de uva, ciruelas y cerezas.

Flora cae en la cuenta de que es el día de la fiesta de la cosecha.

La mujer que una vez fue su madre tiene un aspecto delgado y frágil. Come despacio con la mano temblorosa y con la servilleta extendida sobre el regazo.

Un hombre de la misma edad que Flora está sentado entre los padres. No lo reconoce, pero sabe quién es.

Flora se detiene delante de la mesa y el suelo cruje bajo sus pies.

Cuando el hombre mayor la descubre, una singular calma le invade el rostro. Deja los cubiertos en la mesa y estira la espalda, como si quisiera ver bien a Flora.

La madre sigue la mirada de su marido y parpadea varias veces cuando ve a la mujer de mediana edad surgir de la oscuridad con una escopeta en los brazos.

—Flora —dice la señora y se le cae el cuchillo—. ¿Eres tú, Flora?

Flora está allí de pie con la escopeta delante de la mesa incapaz de responder a la pregunta. Traga saliva, mira a la madre rápidamente a los ojos y después se vuelve hacia el padre.

—¿Por qué vienes aquí con una arma? —pregunta él.

—Tú me convertiste en una mentirosa —responde ella.

El padre sonríe apenas un instante y sin alegría. Las arrugas de su cara son amargas y solitarias.

—Los embusteros arderán en un mar de fuego —dice cansado.

Ella asiente y duda unos segundos antes de formular su pregunta:

—Tú sabías que fue Daniel quien mató a Ylva, ¿verdad?

El padre se limpia con la servilleta blanca.

—Nos vimos obligados a sacarte de casa porque no parabas de mentir —dice—. Y ahora vuelves con más mentiras.

—No son mentiras.

—Lo reconociste, Flora... Reconociste delante de mí que te lo habías inventado —dice él en voz baja.

—Tenía cuatro años y tú me estabas gritando que me ardería todo el pelo si no reconocía que estaba mintiendo, me dijiste que se me fundiría la cara y me herviría la sangre... así que al final dije que me lo había inventado, y después os deshicisteis de mí.

Flora entorna los ojos y mira a su hermano, que está sentado a contraluz. No puede ver si él también la está mirando a la cara, tiene los ojos inmóviles como dos pozos helados.

—Ahora vete —dice el padre, y sigue comiendo.

—No sin Daniel —responde Flora y señala al hermano con la escopeta.

—No fue culpa suya —dice la madre en voz baja—. Fui yo la que...

—Daniel es un buen hijo —la interrumpe el padre.

—No estoy diciendo otra cosa —dice la madre—. Pero él... Tú no lo recuerdas, pero estuvimos viendo una obra de teatro en la televisión la noche anterior al accidente. Era *La señorita Julia,* se desvive tanto por el criado... y yo dije que era mejor...

—¿Qué tonterías son ésas? —la corta el padre.

—Pienso en ello cada día —continúa la anciana mujer—. Fue culpa mía, porque le dije que para la chica era mejor morir que quedarse embarazada.

—Déjalo ya.

—Y justo cuando lo dije vi... que Daniel se había levantado y me miraba fijamente —explica la madre con lágrimas en los ojos—. Yo me refería a la obra de Strindberg...

Coge la servilleta con manos vacilantes.

—Después de lo de Ylva... había pasado una semana desde el accidente, era de noche y me iba a poner a rezar las oraciones con Daniel... Entonces me explicó que Ylva se había quedado embarazada. Él sólo tenía seis años y no podía entenderlo.

Flora mira a su hermano, que se sube las gafas y mira a su madre. Es imposible adivinar lo que está pasando por su cabeza.

—Vendrás conmigo a la policía y les contarás toda la verdad —le dice Flora a Daniel y lo apunta al pecho.

—¿De qué servirá eso? —pregunta la madre—. Fue un accidente.

—Estábamos jugando —dice Flora sin mirarla—. Pero no fue ningún accidente...

—No era más que un crío —ruge el padre.

—Sí, pero ahora ha vuelto a matar... ha asesinado a dos personas en el Centro Birgitta. Una era una niña de sólo catorce años y la encontraron con las manos tapándose la cara y...

—¡Embustera! —grita el padre dando un puñetazo en la mesa.

—Vosotros sois los embusteros —susurra Flora.

Daniel se levanta. Algo ha cambiado en su rostro. Quizá sea crueldad, pero parece asco y miedo. Los sentimientos se mezclan. Un cuchillo tiene dos caras pero un solo filo.

La madre suplica, intenta retener a Daniel, pero él le aparta las manos y dice algo que Flora no consigue oír.

Parece que la acabe de maldecir.

—Nos vamos —le ordena Flora a Daniel.

El padre y la madre la miran consternados. No hay nada más que decir. Flora abandona el salón junto a su hermano.

Flora y Daniel salen de la mansión, bajan por la ancha escalinata de piedra, cruzan el patio y comienzan a descender por el camino, pasando al lado de un edificio anexo y un grupo de almacenes y plantas de producción.

—Sigue andando —murmura Flora cuando ve que Daniel va demasiado lento.

Bajan por el camino de tierra que bordea el granero hasta que llegan al campo. Flora apunta todo el rato a Daniel a la espalda y piensa que ha empezado a recuperar fragmentos de sus dos años en la mansión, pero que también hubo otro tiempo, anterior, que continúa en un rincón oscuro de su memoria, cuando vivía en el orfanato con Daniel.

Pero antes de todo eso tenía que haber un tiempo en el que estuvo con su madre.

—¿Me vas a disparar? —pregunta Daniel en tono suave.

—Podría hacerlo —responde ella—. Pero quiero que vayamos a la policía.

El sol se abre un hueco entre los nubarrones y ciega a Flora unos instantes. Cuando los reflejos blancos han desaparecido nota que le están sudando las manos. En realidad le gustaría secárselas en el pantalón, pero no se atreve a cambiar la posición del arma.

Una corneja grazna en la lejanía.

Pasan junto a dos neumáticos de tractor y una vieja bañera tirada en la hierba, continúan por el camino y siguen la amplia curva que rodea el granero vacío. Caminan en silencio bordeados de ortigas y adelfillas marchitas y doblan la esquina de un muro contra el cual hay una montaña de sacos con arlita.

Es un rodeo considerable para alcanzar el campo de cultivo.

Cuando llegan a la parte de atrás del granero el sol desaparece por detrás del alto techo.

—Flora —murmura él con asombro.

A ella se le están empezando a cansar los brazos y los músculos empiezan a temblar.

Al fondo se divisa la carretera que lleva a Delsbo, que corre entre los campos amarillos como una raya de carboncillo.

Flora empuja a Daniel con el cañón entre los omoplatos hasta que llegan al patio de tierra que hay detrás del granero.

Rápidamente se seca el sudor de la mano y vuelve a colocar el dedo en el gatillo.

Daniel se detiene, espera el contacto con el metal de la escopeta y sigue caminando al lado de unos cimientos de hormigón con anillas de hierro incrustadas.

La mala hierba ha comenzado a extenderse por las grietas del borde.

Daniel empieza a cojear y poco a poco reduce la marcha.

—Sigue caminando —dice Flora.

Daniel alarga una mano y acaricia la hierba más alta. Una mariposa levanta el vuelo y se aleja a trompicones por el aire.

—Estaba pensando que podríamos quedarnos aquí —dice él aminorando el paso—. Porque esto era el viejo matadero, cuando teníamos ganado... ¿Te acuerdas de la máscara y de cómo pegaban a los animales?

—Si te paras, disparo —dice ella y nota que el dedo índice le tiembla sobre el gatillo.

Daniel atrapa una flor rosa con forma de campana y la arranca del tallo, se detiene y da media vuelta para dársela a Flora.

Ella da un paso atrás, piensa que debería disparar, pero no le da tiempo. Daniel ya ha agarrado el cañón y de un tirón se hace con la escopeta.

En un abrir y cerrar de ojos Daniel suelta un culatazo y golpea a Flora en el centro del pecho. La mujer está tan sorprendida que no tiene tiempo de apartarse y cae de espaldas. Intenta recuperar el

aliento, tose, busca con la mano y se levanta.

Están uno frente a otro. Daniel la observa vagamente, con ojos ausentes.

—A lo mejor no tendrías que haber mirado —dice.

Baja perezoso la escopeta hasta que el cañón apunta al suelo. Flora no sabe qué hacer. La angustia le encoge el estómago cuando comprende que probablemente esté a punto de morir en aquel lugar.

En la hierba hay pequeños insectos en pleno ajetreo.

Daniel levanta el arma otra vez y se encuentra con la mirada de su hermana. Apoya el orificio del cañón en el muslo derecho de Flora, aparentemente sin ningún propósito, pero de pronto aprieta el gatillo.

El disparo suena tan fuerte que después les pitan los oídos.

La bala atraviesa el cuádriceps de Flora, pero en realidad ella no siente ningún dolor, sólo una especie de rampa.

El retroceso obliga a Daniel a dar un paso atrás y acto seguido ve que Flora se desploma cuando la pierna ya no le responde.

Intenta parar la caída con las manos, pero golpea la cadera y la cara en el suelo, se queda un momento tumbada de lado y percibe el olor a heno y a pólvora.

—Ahora tápate los ojos —dice él y la apunta a la cara.

Flora se queda en la misma postura mientras la sangre le sale a borbotones del muslo. Aparta la cara y contempla el granero. La mirada se le nubla por completo unos segundos. Está mareada, el paisaje de campos amarillos y el enorme edificio rojo empiezan a dar vueltas como si estuviera subida en un tiovivo.

Su corazón late tan de prisa que le cuesta respirar. Tose y respira hondo para tomar un poco de aire.

Daniel se yergue a contraluz a sus pies. La empuja en el hombro con la boca del cañón y Flora cae de espaldas. Una punzada insoportable de dolor en la pierna la hace gemir. Él la observa y dice algo que Flora no logra entender.

Intenta levantar la cabeza y su mirada empieza a alejarse deslizándose por el suelo, llega hasta la hierba y después al cimiento de hormigón con anillas de hierro.

Daniel pasea la escopeta por el cuerpo de Flora. La apunta a la frente y luego baja siguiendo la nariz hasta que llega a la boca.

Flora siente el contacto del metal caliente en los labios y la barbilla. Respira de prisa. Cantidades ingentes de sangre salen bombeados de su muslo palpitante. Levanta la cabeza y mira al cielo, el caballete del tejado del granero, parpadea y trata de comprender lo que está viendo. Hay un hombre que corre dentro del granero. Le parece verlo por detrás de las paredes del edificio, entre las tablas separadas de madera.

Intenta decir algo, pero no tiene voz.

La boca del cañón se posa sobre uno de sus ojos y Flora los cierra, nota la presión sobre el párpado y el globo ocular y ni siquiera oye la detonación del disparo.

Joona ha ido hacia el sur desde Sundsvall hasta Hudiksvall y se ha metido por la carretera 84 en dirección a Delsbo. En esos cuarenta minutos no ha podido dejar de pensar ni un segundo en Daniel Grim y su caja llena de fotografías.

Al primer vistazo el contenido puede parecer casi inocente. Quizá la fase inicial consistiera básicamente en un enamoramiento, con besos, miradas y palabras de cariño.

Pero cuando las alumnas eran desplazadas Daniel no dudaba ni un segundo en mostrar su lado oscuro. Esperaba el momento oportuno y las iba a ver en secreto para asesinarlas. Sus muertes nunca llegaban por sorpresa. Daniel les daba una sobredosis de somníferos, en los casos en que encajaba con el historial previo, y a las que alguna vez se habían autolesionado les cortaba las venas.

Los centros privados de acogida tienen ánimo de lucro y lo más seguro es que se hayan mostrado favorables a silenciar las muertes para evitar los posibles controles de la Administración.

De hecho, nadie las ha relacionado en ningún momento con el Centro Birgitta y con Daniel Grim.

El caso de Miranda fue diferente. Con ella Daniel se salió de su pauta habitual, probablemente debido al pánico que se apoderó de él cuando Miranda le dijo que estaba embarazada.

Quizá la chica amenazó con delatarlo.

Si fue así, no tendría que haberlo hecho, porque Daniel no soporta la idea de que haya testigos. Siempre ha procurado deshacerse de ellos, uno tras otro.

Con un fuerte malestar en el cuerpo Joona llama a Torkel Ekholm, le dice que llegará en diez minutos y le pregunta si Flora está lista para volver a casa.

—Dios, me he quedado dormido —dice el viejo policía—. Dame un segundo.

Joona oye a Torkel soltar el teléfono, tose un poco y arrastra los pies por el suelo. Ya está bajando del puente de Badhusholmen cuanto el anciano vuelve al aparato.

—Flora no está —dice—. Y la escopeta tampoco...

—¿Sabes adónde ha ido?

La línea queda en silencio unos segundos. Joona piensa en la caseta de Torkel, la mesa de la cocina con las fotos y las anotaciones.

—Puede que a la mansión —responde.

En lugar de seguir recto en dirección a Ovanåker y la casa de Torkel, Joona gira hacia la derecha, sale a la 743 y pisa a fondo el acelerador. Llama a la centralita provincial y solicita refuerzos y una ambulancia. En la corta recta junto al agua consigue alcanzar los ciento ochenta kilómetros por hora antes de tener que frenar y meterse a la derecha entre los dos postes que señalizan el camino para subir a la mansión Rånne.

La grava salpica bajo el coche y los neumáticos traquetean por las irregularidades del terreno.

En la distancia, el edificio blanco parece una escultura de hielo, pero cuanto más se acerca más oscuro se ve.

Joona llega al aparcamiento, gira, frena de golpe y deja el coche delante de la mansión. Una nube de polvo lo envuelve cuando se baja del vehículo. Sube corriendo por la escalinata cuando de pronto ve dos figuras humanas a lo lejos, justo antes de que doblen la esquina de un muro y desaparezcan detrás de un granero gigante de color rojo.

A pesar de que sólo los ha vislumbrado un instante, Joona entiende de inmediato lo que acaba de ver: Flora apuntaba a Daniel a la espalda con la escopeta. Piensa llevarlo campo a través para coger el camino más corto hasta Delsbo.

Joona empieza a correr por el camino de tierra, pasa junto al edificio anexo y baja por la cuestecita que queda a la izquierda del mismo.

«Flora camina demasiado cerca de Daniel —piensa Joona—. Su hermano puede arrebatarle la

escopeta sin problemas. Flora no está preparada para disparar, no quiere hacerlo, sólo quiere la verdad.»

Joona salta por encima de los restos de una vieja empalizada, resbala en la gravilla suelta, la mano llega a tocar la hierba pero el comisario recupera el equilibrio.

Intenta verlos a través de las paredes del granero. Las puertas negras están abiertas y los rayos del sol se filtran por las ranuras entre los tablones separados.

Pasa corriendo al lado de un bidón de gasolina y se dirige en línea recta al enorme granero cuando oye el disparo. El eco rebota en los edificios y se pierde por los campos.

Daniel debe de haber reducido a Flora.

No puede rodear el granero y el muro. No hay tiempo para eso. Incluso puede que ya sea demasiado tarde.

Joona desenfunda el arma mientras entra corriendo en el granero vacío. Los tablones separados de las paredes dejan pasar la luz y los rayos del sol se cuelan por todas partes. Debe de haber unos siete metros de altura hasta el caballete del tejado. Las rendijas del edificio brillan y crean la ilusión de una jaula de luz.

Joona corre a toda prisa por el suelo de gravilla del granero, ve el campo amarillo asomando detrás de las paredes y luego descubre a los dos hermanos en la parte trasera.

Flora yace inmóvil en el suelo y Daniel está de pie encima de ella apuntándola a la cara con la escopeta.

Joona se detiene y levanta el arma con el brazo completamente estirado. En realidad está demasiado lejos. Por las ranuras de la pared ve a Daniel justo cuando ladea la cabeza y empuja el cañón contra el ojo de Flora.

Todo ocurre muy de prisa.

La mirilla de la pistola tiembla ante la mirada de Joona. Apunta al tronco de Daniel, sigue sus movimientos y aprieta el gatillo.

Suena el disparo, Joona nota el retroceso en el brazo, las salpicaduras de pólvora le queman la mano.

La bala pasa justo en medio de dos tablones. Una nubecilla de polvo se arremolina en la luz del sol.

Pero Joona no se queda a mirar si ha dado en el blanco, sino que echa a correr otra vez por el granero. Ya no puede ver a las dos personas. La luz parpadea en las rendijas a medida que avanza. Joona abre de una patada la puertecilla trasera, sigue a grandes zancadas por la hierba alta y sale tropezando al patio de detrás del granero.

La escopeta de caza está tirada en el suelo. Daniel no ha llegado a efectuar el segundo disparo. La bala de Joona ha penetrado en su cuerpo antes de que pudiera apretar el gatillo.

Daniel camina hacia los campos de cultivo con una mano pegada a su vientre. La sangre brota entre sus dedos y le baja por el pantalón. Oye a Joona detrás, se vuelve tambaleándose y señala a Flora, que está tumbada boca arriba respirando con dificultad.

Joona sigue a Daniel, apuntándole al pecho.

Cuando Daniel se sienta en el suelo el sol se refleja en sus gafas.

Jadea y mira al cielo.

Sin decir nada, Joona aparta la escopeta de una patada, agarra a Daniel por un brazo y lo arrastra unos metros por la pequeña explanada de tierra, donde lo esposa a una de las anillas de hierro. Después se acerca corriendo a Flora.

La mujer no se ha desmayado, pero su mirada es rígida y extraña. Está perdiendo mucha sangre de una herida en el muslo. Tiene la cara pálida y sudada. Está al borde de un *shock* hemorrágico y respira de prisa y de forma entrecortada.

—Necesito agua —susurra.

Tiene la pernera empapada en sangre y el borbotón de la herida no amaina. No hay tiempo para hacer un torniquete. Joona la coge del muslo con las dos manos y presiona sobre los orificios con los pulgares para taponar la arteria femoral. El chorro de sangre caliente se reduce al instante. Aprieta más fuerte y mira la cara de Flora. Sus labios están blancos y su respiración es muy superficial. Ha cerrado los ojos y Joona puede notar el pulso acelerado de su cuerpo.

—La ambulancia llegará de un momento a otro —dice—. Todo irá bien, Flora.

Oye que Daniel intenta decir algo por detrás. Joona se vuelve para mirarlo y ve a un hombre mayor acercándose por el camino. El viejo lleva un abrigo negro encima de un traje del mismo color y

sus pasos hasta llegar a Daniel son exageradamente pesados. Tiene una expresión severa y gris en la cara y sus ojos parecen entristecidos cuando se encuentra con la mirada de Joona.

—Sólo déjeme que abrace a mi hijo —pide con voz ronca.

Joona no puede reducir la presión sobre la herida de Flora. No tiene más opción que quedarse donde está si quiere salvarle la vida.

Cuando el hombre pasa por su lado Joona nota el olor a gasolina. El abrigo del anciano está empapado. Ha rociado su ropa con gasolina, tiene una caja de cerillas en la mano y se mueve con una lentitud extraña.

—¡No lo haga! —grita Joona.

Daniel clava los ojos en su padre y trata de alejarse a rastras, tira de las esposas en un vano intento de liberarse.

El hombre contempla a Daniel mientras éste lucha por escaparse. Le tiemblan los dedos cuando hurga en la caja de cerillas, la cierra otra vez y pone el fósforo sobre el rascador.

—Es una mentirosa —gimotea Daniel.

Con apenas rozar la cerilla sobre la superficie marrón, su padre prende en una llamarada turbulenta y en cuestión de segundos queda envuelto en una bola de fuego azulado. La ola expansiva de calor azota la cara de Joona. El anciano en llamas se tambalea, luego se agacha sobre su hijo y lo rodea con los brazos en un abrazo infernal. La hierba del suelo comienza a arder alrededor de los dos hombres. El viejo se aferra con las manos. Daniel pelea por su vida, pero termina por rendirse. Las llamas se cierran crepitando sobre el padre y el hijo. Cuando el fuego se retuerce hacia arriba suena como una bandera ondeando al viento. Una columna de humo negro y laminillas de hollín se alzan contra el cielo.

Cuando el fuego se apagó, detrás del granero, lo único que quedaba era los restos de dos cadáveres carbonizados. Un montículo de huesos negros entrecruzados y humeantes.

El personal sanitario se llevó a Flora en ambulancia al mismo tiempo que la mujer mayor aparecía en el patio del granero. La baronesa Rånne se quedó petrificada por un instante en el centro del pequeño descampado antes de sentir el dolor.

Joona vuelve a Estocolmo escuchando la radio mientras piensa una vez más en el martillo y la piedra, el arma que tanto lo había desconcertado. Ahora todo resulta tan evidente. A Elisabet no la asesinaron para que el homicida pudiera cogerle las llaves, porque Daniel ya tenía la suya propia del cuarto de aislamiento. Elisabet debió de verlo. Él la persiguió y la mató porque era testigo del primer asesinato, no para cogerle las llaves.

Una lluvia dura como el cristal comienza a repicar sobre el parabrisas y el techo del coche. El sol del atardecer ilumina las gotas y la carretera emana un vapor blanco.

Seguramente Daniel se metía en la habitación de Miranda cuando Elisabet estaba dormida bajo los efectos de los somníferos. La chica hizo lo que él le dijo, no tenía elección. Se desnudó y se sentó en la silla con el edredón sobre los hombros para no tener frío. Pero aquella noche algo salió mal.

Quizá Miranda le dijo a Daniel que estaba embarazada, quizá él se encontró una prueba de embarazo en el lavabo, ¿quién sabe?

Lo que sí es cierto es que le entró el pánico.

Daniel no supo qué hacer, se sintió atosigado y atrapado, se puso las botas que siempre tenía en el recibidor, salió y encontró una piedra en el patio, regresó, obligó a Miranda a cerrar los ojos y la golpeó hasta matarla.

Miranda no podía mirar, tenía que taparse la cara con las manos, igual que la pequeña Ylva.

Nathan Pollock interpretó la cara tapada de la chica como que el asesino quería quitársela para convertirla en un simple objeto.

Pero en realidad Daniel estaba enamorado de Miranda y quería que se tapara los ojos para que no tuviera miedo.

Las muertes de las demás chicas las había planeado con tiempo, pero en el caso de Miranda actuó de forma impulsiva. La mató sin saber cómo iba a salvarse a sí mismo.

En algún momento de la escena, cuando forzaba a Miranda a taparse la cara, la golpeaba con la piedra, la subía a la cama y le volvía a poner las manos en los ojos, apareció Elisabet.

Era posible que ya hubiera metido la piedra en la estufa de leña o la hubiera tirado al bosque.

Daniel fue tras Elisabet, la vio meterse en la destilería, cogió un martillo en el trastero, la siguió, le dijo que se tapara la cara y después la golpeó.

Hasta que Elisabet no estuvo muerta no tuvo la idea de echarle la culpa a Vicky Bennet. Sabía que la niña dormía como un tronco las primeras horas de la noche gracias a su medicación.

Daniel tenía prisa porque debía actuar antes de que nadie se despertara. Cogió las llaves de Elisabet, volvió a la casa, las dejó colgando en la cerradura del cuarto de aislamiento, se apresuró a colocar las pruebas en la habitación de Vicky y la embadurnó de sangre mientras dormía antes de marcharse del centro.

Probablemente, colocó una bolsa de basura o un periódico en el asiento del coche cuando regresó a casa, donde quemó la ropa en la chimenea.

Después de todo aquello procuró mantenerse cerca para controlar si alguien sabía o sospechaba algo. Jugó a ser asistente colaborador y víctima al mismo tiempo.

Joona se está acercando a Estocolmo y el programa de radio está a punto de terminar.

Joona apaga la radio y luego deja que su cabeza ponga orden al caso hasta el final.

Cuando Vicky fue detenida y Daniel se enteró de que Miranda le había contado lo del juego de no mirar, comprendió que acabaría siendo delatado si Vicky tenía la oportunidad de hablar abiertamente y en detalle sobre lo ocurrido. Habría bastado con que un psicólogo le formulara las preguntas adecuadas, así que Daniel hizo todo lo que pudo para conseguir poner a Vicky en libertad y así poder preparar el supuesto suicidio de la chica.

Daniel trabajó durante muchos años con niñas vulnerables, chiquillas que necesitaban padres y amparo. Consciente o inconscientemente el hombre se labró un camino hasta llegar a ese entorno y se fue enamorando de niñas que le recordaban a la primera de todas. Daniel abusaba de ellas y, cuando las trasladaban, se encargaba de que jamás pudieran contarlo.

Joona reduce la velocidad a medida que se acerca a un semáforo en rojo y siente un escalofrío que le recorre la espalda. Se ha topado con unos cuantos asesinos a lo largo de su carrera, pero cuando Joona piensa en cómo Daniel escribía informes y dictámenes y planeaba la muerte de todas esas niñas mucho antes de ir a visitarlas, la pregunta que le surge es si Daniel Grim no es el peor de todos.

Una niebla fría cubre el cielo cuando Joona Linna se aleja de su coche y atraviesa Karlaplan en dirección al piso de Disa.

—¿Joona? —dice ella cuando abre la puerta—. Casi creía que no ibas a venir. Tengo la tele encendida. No hacen más que hablar de lo de Delsbo.

Joona asiente con la cabeza.

—Entonces, cazaste al asesino —dice Disa con una sonrisa disimulada.

—Por decirlo de alguna manera —dice Joona y piensa en el abrazo mortal del padre.

—¿Cómo está esa pobre mujer, la que no paraba de llamarte? Han dicho que le dispararon.

—Flora Hansen —dice Joona y entra en el recibidor.

La lámpara le toca la cabeza, la luz comienza a girar por las paredes y Joona piensa de nuevo en las niñas de la caja de Daniel Grim.

—Estás cansado —dice Disa con dulzura y se lo lleva de la mano.

—A Flora le disparó en la pierna su propio hermano y...

Joona no se da cuenta de que se queda callado. Ha intentado lavarse en una gasolinera, pero su ropa todavía tiene manchas de la sangre de Flora.

—Prepárate la bañera, mientras tanto bajo a la esquina a por algo de comida —dice Disa.

—Gracias —sonríe Joona.

Cuando pasan por el salón, en las noticias de la tele aparece una foto de Elin Frank. Los dos se paran de golpe. Un joven periodista explica que Elin Frank ha sido sometida a una operación durante la noche y que los médicos se muestran especialmente optimistas. El consejero de Elin, Robert Bianchi, sale en pantalla. Parece agotado, pero sonríe conmovido y las lágrimas se le acumulan en los ojos cuando explica que Elin sobrevivirá.

—¿Qué pasó? —pregunta Disa.

—Peleó sola contra el asesino y salvó a la niña que...

—Dios santo —susurra Disa.

—Sí, Elin Frank es... la verdad es que es... excepcional —dice Joona acariciando los hombros de Disa.

Joona está sentado envuelto en una manta comiendo pollo Vindaloo y cordero Tikka Masala en la mesa de la cocina de Disa.

—Rico...

—La receta finlandesa de mi madre, no te digo más —se ríe ella.

Disa arranca un pedazo de pan *naan* y le pasa el resto a Joona, que la mira a los ojos con una sonrisa, toma un poco de vino y le sigue hablando del caso. Disa lo escucha y de vez en cuando hace alguna pregunta, y cuanto más cuenta, más tranquilo se siente por dentro.

Empieza por el principio y le habla a Disa de los hermanos Flora y Daniel, que fueron internados en un orfanato desde muy pequeños.

—O sea que eran hermanos de verdad —pregunta ella rellenando las copas.

—Sí..., y cuando el adinerado matrimonio Rånne los adoptó incluso salió en la prensa.

—Vaya.

No eran más que dos críos que jugaban con la hija del mayoral en la mansión, en la finca y en el cementerio, al lado del campanario anexo. Daniel estaba enamorado de la pequeña Ylva. Joona recuerda a Flora explicando con los ojos muy abiertos que Daniel le había dado un beso a Ylva cuando jugaban a no mirar.

—La niña se rió y dijo que se había quedado embarazada —explica Joona—. Daniel sólo tenía seis años y por alguna razón le entró el pánico...

—Continúa —susurra Disa.

—Ordenó a las dos niñas que cerraran los ojos y luego cogió una piedra grande del suelo y mató a Ylva a golpes en la cabeza.

Disa ha dejado de comer y escucha pálida a Joona mientras él describe cómo Flora huyó corriendo y le explicó a su padre lo que había pasado.

—Pero el padre quería a Daniel y lo defendió —dice Joona—. Le exigió a Flora que retirara las acusaciones. La amenazó diciéndole que todos los embusteros serían arrojados a un mar de fuego.

—Y ella se desdijo de todo.

—Aseguró que había mentido y la expulsaron de casa y la enviaron a otro sitio para siempre.

—Flora negó lo que había visto... y aseguró que había mentido —dice Disa pensativa.

—Sí —afirma Joona mientras le acaricia la mano.

Piensa en Flora, en que no era más que una niña pequeña y que en poco tiempo ya había olvidado su vida anterior, a sus primeros padres adoptivos y a su hermano.

Joona puede imaginarse a Flora creándose una vida entera basada en la mentira. Mentía para contentar a los demás. Hasta que oyó la noticia de los asesinatos en el Centro Birgitta con la niña con las manos en la cara y su pasado comenzó a aflorar.

—Pero ¿qué pasa con los recuerdos de Flora Hansen? —pregunta Disa e invita a Joona a servirse más comida.

—La verdad es que llamé a Britt-Marie y hablé con ella sobre el tema de camino aquí —dice Joona.

—¿La mujer de Nålen?

—Sí..., es psiquiatra y no le parecía demasiado raro...

Repite lo que Britt-Marie le había contado acerca de que hay un montón de modelos explicativos diferentes para la pérdida de memoria vinculada a lo que se llama trastorno de estrés postraumático. Las secreciones abundantes de adrenalina y hormonas relacionadas con el estrés pueden afectar a la memoria a largo plazo. En experiencias muy traumáticas la memoria puede quedar almacenada prácticamente intacta en el cerebro. Queda escondida y a nivel emocional se la puede considerar

virgen, porque nunca se somete a un trabajo posterior. Pero con el estímulo acertado el recuerdo puede surgir de repente como sensaciones físicas y visiones.

—Primero Flora quedó impresionada con lo que oyó por la radio, no sabía por qué, pero pensó que podría ganar dinero dejando pistas —dice Joona—. Sin embargo, cuando los recuerdos verdaderos empezaron a surgir pensó que se trataba de fantasmas.

—A lo mejor lo eran —propone Disa.

—Sí —asiente Joona—. En cualquier caso, Flora empezó a decir la verdad y al final se convirtió en la testigo que resolvió todo el misterio.

Joona se levanta y sopla las velas de la mesa. Disa se le acerca y se cuela debajo de la manta para abrazarlo. Se quedan pegados el uno al otro durante un rato. Joona aspira el aroma de Disa y nota las palpitaciones de la vena yugular en su terso cuello.

—Tengo tanto miedo de que te pase algo. Ése es el motivo por el que hemos pasado por todo esto, es la razón por la que me he alejado de ti —dice él.

—¿A mí qué quieres que me pase? —sonríe ella.

—Podrías desaparecer —responde él serio.

—Joona, yo no voy a desaparecer.

—Tuve un amigo que se llamaba Samuel Mendel —dice él en voz baja y luego se queda callado.

Joona Linna sale de comisaría y sube por el caminito empinado del parque Kronoberg, cruza la colina y llega al cementerio judío. Con mano resuelta desata el alambre que hay en la parte interior de la valla, abre y entra en el recinto.

Entre las oscuras lápidas hay una tumba más reciente: Samuel Mendel, su esposa Rebecka y los hijos Joshua y Ruben.

Joona deja una piedra redonda en el remate de la lápida y después se queda quieto con los ojos cerrados. Siente el olor de la tierra húmeda y oye el susurro de las hojas cuando la brisa corre por las copas de los árboles.

Samuel Mendel era descendiente directo de Koppel Mendel quien, para llevarle la contraria a Aaron Isaac, compró esta tumba en 1787. A pesar de que el cementerio cesó su actividad en 1857, se convirtió en el lugar de descanso de toda la familia de Koppel Mendel a lo largo de los años.

Samuel Mendel era comisario de la policía judicial y fue el primer compañero de Joona en el departamento.

Él y Joona eran grandes amigos.

Samuel Mendel sólo llegó a cumplir los cuarenta y seis y Joona sabe que descansa en solitario en su tumba familiar, por mucho que la lápida insinúe otra cosa.

El primer caso importante que tuvieron Joona y Samuel juntos fue también el último.

Sólo una hora más tarde Joona está en la sede oficial del Ministerio Público para Asuntos Policiales. Está sentado en un despacho junto con Mikael Båge, al mando de la investigación del expediente, Helene Fiorine, la secretaria ejecutiva, y Sven Wiklund, el fiscal jefe.

La luz amarilla que entra por las ventanas se refleja en el barniz de los muebles y en los cristales de las vitrinas que guardan los solemnes códigos de leyes de tapa dura, el reglamento policial y los volúmenes con los estatutos y las sentencias orientativas del Tribunal Supremo.

—En los próximos minutos voy a decidir si dictar o no un auto de procesamiento en tu contra, Joona Linna —dice el fiscal jefe acariciando con la mano una montaña de documentos—. Éste es todo el material y no hay nada en él que hable en tu favor.

El respaldo cruje cuando se reclina y se encuentra con la mirada tranquila de Joona. Lo único que se oye en la sala es el rasgueo del bolígrafo de Helene Fiorine y sus cortas respiraciones.

—Tal y como yo lo veo —continúa Sven Wiklund en tono severo—, la única posibilidad de librarte es dar una explicación muy, pero que muy buena.

—Joona suele tener siempre un as en la manga —susurra Mikael Båge.

En el cielo claro se disipa la estría vaporosa que ha dejado un avión. Las sillas crujen y todos escuchan atentamente cuando Helene Fiorine traga saliva y suelta el bolígrafo.

—Sólo tienes que explicar lo que pasó —dice ella—. A lo mejor tenías buenos motivos para anticiparte al asalto de la secreta.

—Sí —responde Joona.

—Sabemos que eres un buen policía —sonríe Mikael Båge sonrojado.

—Yo, en cambio, soy un chupatintas —dice el fiscal jefe—. Soy un hombre que destroza a las personas que se saltan las normas. No permitas que te destroce a ti también, aquí y ahora.

Es lo más parecido a una súplica que Helene Fiorine ha oído jamás saliendo de la boca de Sven Wiklund.

—Todo tu futuro está pendiente de un hilo, Joona —susurra el jefe de Asuntos Internos.

La barbilla de Helene Fiorine empieza a temblar y Mikael Båge tiene la frente cubierta de sudor. Joona se encuentra con la mirada del fiscal jefe y por fin empieza a hablar:

—La decisión fue exclusivamente mía, eso ya lo habéis entendido —comienza—. Pero tengo una

respuesta que a lo mejor os...

Se queda callado al notar las vibraciones de su teléfono. Mira automáticamente la pantalla y sus ojos se oscurecen como el granito mojado.

—Os pido disculpas —dice en tono serio—. Pero tengo que responder a esta llamada.

Los otros tres observan desconcertados al comisario mientras éste responde y escucha la voz del otro lado.

—Sí, lo sé —dice en voz baja—. Sí... Voy ahora mismo.

Joona corta la llamada y mira unos segundos al fiscal como si se hubiera olvidado de dónde se encuentra.

—Tengo que irme —dice Joona y abandona el despacho sin decir nada más.

Una hora y veinte minutos más tarde Joona aterriza en el aeropuerto de Härjedalen Sveg y coge un taxi directo a la residencia de ancianos Limbada azul. Ahí es adonde llegó siguiéndole el rastro a Rosa Bergman, la mujer que se le cruzó delante de la iglesia de Adolf Fredrik en Estocolmo, la mujer que le preguntó por qué hacía ver que su hija estaba muerta.

Al hacerse mayor, Rosa Bergman había adoptado su segundo nombre y recuperado el apellido de su madre, por lo que ahora se llamaba Maja Stefanson.

Joona baja del taxi, se dirige a las casas amarillas, cruza el vestíbulo y sube directamente a la sección en la que se encuentra Maja.

La enfermera que conoció la primera vez que fue lo saluda con la mano desde recepción. La luz que se cuela por las persianas le ilumina el pelo ondulado como si fuera cobre.

—Ha venido rápido —dice alegre—. Pensé en ti y como tenemos tu tarjeta detrás del mostrador te he llamado...

—¿Se puede hablar con ella? —la interrumpe Joona.

La mujer queda desconcertada por su tono de voz y se friega las manos sobre la bata azul.

—Nuestra nueva médica estuvo aquí antes de ayer, una chica joven, de Argelia, creo. Le cambió la medicina a Maja y... Ya había oído hablar antes de ello, pero nunca lo había visto con mis propios ojos... La mujer se ha despertado esta mañana y repetía claramente que tenía que hablar contigo.

—¿Dónde está?

La enfermera acompaña a Joona hasta la estrecha habitación con cortinas corridas y luego lo deja a solas con la anciana. En la pared, junto a un pequeño escritorio, hay una foto enmarcada de una mujer joven que está sentada con su hijo. La madre abraza al chico por los hombros, en un gesto protector y a la vez serio.

En la habitación hay varios muebles burgueses de madera pesada. Un secreter oscuro, un tocador y dos pedestales dorados.

En un diván con cojines rojos está Rosa Bergman.

Va muy elegante, con blusa, falda y una rebeca hecha a mano. Tiene la cara hinchada y arrugada, pero su mirada se ve claramente más firme que la última vez.

—Me llamo Joona Linna —dice él—. Tenías algo que decirme.

La mujer asiente con la cabeza y se levanta con dificultad. Abre un cajón de la mesita de noche y saca una Biblia. La sujeta colgando por el lomo de manera que las hojas se separan un poco. Una nota pequeña y doblada cae sobre la cama.

—Joona Linna —dice cogiendo el papelito—. Así que tú eres Joona Linna.

Él no responde, sólo siente la migraña atravesándole la sien como un alfiler incandescente.

—¿Por qué has hecho ver que tu hija está muerta? —pregunta Rosa Bergman.

La mirada de la anciana busca la fotografía de la pared.

—Si yo tuviera a mi hijo con vida... Si supieras lo que es ver morir a tus hijos... No habría nada en el mundo que me hubiese hecho abandonarlo.

—Yo no abandoné a mi familia —dice Joona refrenándose—. Les salvé la vida.

—Cuando Summa acudió a mí —continúa Rosa— no me habló de ti, pero estaba destrozada... aunque peor fue para tu hija, dejó de hablar... Estuvo dos años sin decir nada.

Joona siente un escalofrío subiéndole por el espinazo y la nuca.

—¿Mantenías contacto con ellas? —pregunta él—. No tenías que comunicarte con ellas.

—No podía dejarlas desaparecer sin más —dice Rosa—. Me daban tanta lástima.

Joona sabe que Summa nunca habría mencionado su nombre a menos que algo hubiese salido terriblemente mal. No podía haber ninguna conexión entre ellos. Nunca jamás. Era la única forma de

sobrevivir.

Busca apoyo en la cómoda, traga saliva y vuelve a mirar a la anciana.

—¿Cómo están? —pregunta Joona.

—Es grave, Joona Linna —dice Rosa—. Suelo ver a Lumi una o dos veces al año. Pero... me... ahora me cuesta tanto concentrarme y acordarme de las cosas.

—¿Qué ha pasado?

—Tu mujer tiene cáncer, Joona Linna —dice Rosa despacio—. Me llamó y me contó que la iban a operar y que probablemente no saldría con vida... quería que supieras que Lumi quedará bajo custodia de los servicios sociales si...

—¿Cuándo ha sido eso? —pregunta Joona con la mandíbula tensa y los labios blancos—. ¿Cuándo te llamó?

—Me temo que ya es demasiado tarde —susurra—. Me ha fallado tanto la memoria y...

Finalmente le entrega a Joona el papel arrugado con la dirección y después se queda mirando sus manos reumáticas.

Desde el aeropuerto de Sveg sólo hay dos destinos posibles. Joona no tiene más remedio que volver a Arlanda y allí cambiar de vuelo para ir a Helsinki. Todo le parece un sueño. Está en su asiento mirando fijamente la superficie rizada del mar Báltico a través de las nubecillas. La gente intenta hablar con él o servirle algo, pero no es capaz de contestar.

Los recuerdos lo arrastran al fondo del abismo.

Hace doce años Joona le cortó un dedo al mismísimo diablo.

Diecinueve personas de todas las edades habían desaparecido de sus coches, bicicletas y ciclomotores. Al principio no parecía más que una curiosa coincidencia, pero cuando ninguno de los desaparecidos volvió a dar señales de vida el caso pasó a encabezar la lista de prioridades del cuerpo.

Joona fue el primero en sugerir que la policía se estaba enfrentando a un asesino en serie.

Con la ayuda de Samuel Mendel consiguieron rastrear y coger a Jurek Walter con las manos en la masa en el bosque de Lill-Jansskogen cuando estaba obligando a una mujer a meterse de nuevo en un ataúd para enterrarla. Ya llevaba casi dos años allí dentro, pero seguía con vida.

El estrago de su tortura quedó evidenciado en el hospital. Los músculos de la mujer estaban atrofiados, el tiempo de estar tumbada le había deformado el cuerpo y tenía heridas de congelación en manos y pies. Tras una inspección más exhaustiva los médicos pudieron constatar que no sólo estaba psíquicamente traumatizada sino que también había sufrido daños cerebrales a consecuencia del cautiverio.

Joona suele pensar que si el cuerpo del diablo está compuesto de las mayores atrocidades que el ser humano ha podido cometer a lo largo de los siglos, es imposible acabar con él. Pero hace doce años Joona y Samuel por lo menos le amputaron un dedo con la detención de Jurek Walter.

Joona estuvo presente en el tribunal de Svea Hovrätt, en el palacio Wrangel de la isla de Riddarholmen, en Estocolmo, cuando el recurso de apelación fue aprobado y endurecido. Jurek Walter fue condenado a prisión psiquiátrica con un protocolo restringido y lo internaron en un centro de alta seguridad a veinte kilómetros al norte de Estocolmo.

Joona nunca olvidará la cara arrugada de Jurek Walter cuando se volvió para mirarlo.

—Ahora los dos hijos de Samuel Mendel van a desaparecer —dijo Jurek con voz cansada mientras su abogado recogía los papeles—. Y Rebecka, la mujer de Samuel, también desaparecerá, pero... No, escúchame, Joona Linna. La policía los buscará, y cuando se rindan, Samuel continuará buscando, pero cuando por fin entienda que no volverá a ver nunca a su familia, él solito se quitará la vida.

Joona se levantó para marcharse.

—Y tu hijita —continuó Jurek Walter con mirada decaída.

—Mucho cuidado —dijo Joona sin ira en la voz.

—Lumi desaparecerá... y Summa desaparecerá... y cuando entiendas que nunca las vas a encontrar te ahorcarás.

Un par de meses más tarde, un viernes por la tarde, la esposa de Samuel iba en coche desde el piso de Liljeholmen a la casa de verano en la isla de Dalarö. En el coche iban también sus dos hijos, Joshua y Ruben. Cuando Samuel llegó a la casa dos horas más tarde la mujer y los niños no estaban allí. El coche fue hallado en un camino del bosque cercano, pero Samuel nunca volvió a ver a su familia. Un año después, una mañana fría de marzo, Samuel Mendel fue hasta la playa más bonita en la que sus hijos solían bañarse. La policía había dejado de buscar hacía ocho meses y ahora él también se había rendido. Desenfundó el arma y se pegó un tiro en la cabeza.

Abajo, Joona ve la sombra del avión deslizándose sobre la superficie oscura y resplandeciente del agua. Mira por la ventanilla y piensa en el día en que su vida se hizo añicos. El coche estaba en

silencio y el mundo alrededor tenía una luz que nunca había visto. El sol asomaba rojo por detrás de las nubes. Había llovido y los rayos de sol hacían brillar los charcos como si la tierra estuviera en llamas.

Joona y Summa habían planeado un viaje en coche en pequeñas etapas: subir hasta Umeå, pasar por Storumann, continuar hasta Mo i Rana en Noruega y después volver a bajar siguiendo la costa oeste. Iban de camino a un hotel en medio del río Dalälven y al día siguiente querían visitar una reserva animal de las proximidades.

Summa cambió la frecuencia de radio y murmuró satisfecha cuando encontró una emisora que ponía música de piano más o menos tranquila y en la que las notas se entremezclaban. Joona estiró el brazo hacia el asiento de atrás para comprobar que Lumi iba bien sentada en la sillita y que no había pasado los brazos por debajo del cinturón.

—Papá... —dijo la niña medio dormida.

Joona notó que le cogía la mano con sus deditos. La agarraba con fuerza, pero la soltó de inmediato en cuanto él quiso volver a ponerla en el volante.

Dejaron atrás la salida de Älvkärleby.

—Le encantará la reserva de Furuvik —dijo Summa en voz baja—. Los chimpancés y los rinocerontes...

—¡Yo ya tengo un mono! —gritó Lumi de repente.

—¿Qué?

—Yo soy su mono —dijo Joona.

Summa arqueó las cejas.

—Te pega.

—Lumi me cuida, dice que es una veterinaria muy amable.

El pelo castaño claro de Summa le caía por la cara y ocultaba parte de sus ojos grandes y oscuros. Los hoyuelos se le marcaron en las mejillas.

—¿Para qué quieres una veterinaria? ¿Qué problema tienes?

—Necesito gafas de sol.

—¿Eso te ha dicho? —se rió Summa y siguió hojeando el periódico sin darse cuenta de que Joona estaba yendo por otro camino, que ya habían cruzado al norte del río Dalälven.

Lumi se había dormido con la muñeca pegada a la mejilla sudada.

—¿Estás seguro de que no tenemos que reservar mesa? —preguntó de pronto Summa—. Porque esta noche quiero estar en el porche acristalado para que veamos el río entero...

La carretera era recta y estrecha, el bosque crecía espeso al otro lado de la valla de protección.

Cuando Joona se desvió en dirección a Mora, Summa notó que algo iba mal.

—Joona, ya hemos pasado Älvkärleby —dijo de repente—. ¿No nos íbamos a quedar en Älvkärleby? Dijimos que pararíamos allí.

—Sí.

—¿Qué estás haciendo?

En lugar de responder Joona se limitó a mirar fijamente la carretera, donde los charcos de agua relucían con el sol de la tarde. De pronto un tráiler empezó a adelantar sin poner el intermitente.

—Habíamos dicho que...

Se quedó callada, empezó a respirar por la nariz y luego continuó con miedo en la voz:

—¿Joona? Dime que no me has mentido. Dilo, ahora.

—Tuve que hacerlo —susurró él.

Summa lo miró, Joona notó lo alterada que estaba, pero ella hizo un esfuerzo por hablar sin levantar la voz para no despertar a Lumi:

—No puedes estar hablando en serio —dijo conteniéndose—. No puedes... Dijiste que ya no había peligro, dijiste que ya había pasado todo. Dijiste que se había acabado y yo te creí. Creí que

habías cambiado, me lo creí de verdad...

La voz se le quebró y giró la cara para mirar por la ventana. Le temblaba la barbilla y sus mejillas enrojecieron.

—Te he mentido —reconoció Joona.

—Te dije que no me mintieras, te lo dije...

—Sí... Lamento en el alma haberlo hecho.

—Podemos huir juntos, irá bien, todo saldrá bien.

—Summa... tienes que entender que... si fuera posible, si tuviera la más mínima alternativa, entonces...

—No vuelvas con eso otra vez —lo interrumpió—. La amenaza va en serio. No es verdad, estás viendo conexiones que no existen. La familia de Samuel Mendel no tiene nada que ver con nosotros, ¿me oyes? Nosotros no estamos amenazados.

—He intentado explicarte lo serio que es todo esto, pero no me escuchas.

—No quiero escucharte. ¿Por qué iba a querer hacerlo?

—Summa, necesito que... Lo tengo todo preparado, hay una mujer que se llama Rosa Bergman. Os está esperando en Malmberget, os dará una nueva identidad. Estaréis bien.

Las manos de Joona habían empezado a temblar sobre el volante. Los dedos le resbalaban a causa del sudor.

—No puedes estar hablando en serio —susurró Summa.

—Más que nunca en mi vida —responde él con gravedad—. Estamos llegando a Mora. Allí cogeréis el tren a Gällivare.

Pudo percibir el esfuerzo de Summa por parecer tranquila.

—Si nos dejas en la estación nos perderás para siempre. ¿Lo entiendes? No habrá vuelta atrás.

Summa lo miró con ojos desafiantes.

—Le dirás a Lumi que tengo que trabajar en el extranjero —continuó Joona controlando la voz y oyó que Summa empezaba a llorar.

—Joona —susurró—. No, no...

Él no apartaba la mirada de la carretera húmeda y tragó saliva.

—Y dentro de unos años —continuó—, cuando sea un poco mayor, le dirás que he muerto. Nunca, nunca deberás ponerte en contacto conmigo. Nunca debes buscarme. ¿Me oyes?

Summa ya no podía contener el llanto.

—No quiero, no quiero...

—Yo tampoco.

—No puedes hacernos esto —dijo entre jadeos.

—¿Mamá?

Lumi se había despertado y parecía asustada. Summa se secó las lágrimas de la cara.

—No pasa nada —le dijo Joona a su hija—. Mamá está triste porque no vamos al hotel en el río.

—Explícaselo —dijo Summa alzando la voz.

—¿El qué? —pregunta Lumi.

—Tú y mamá vais a coger un tren —dijo Joona.

—¿Tú qué vas a hacer?

—Tengo que trabajar —responde él.

—Dijiste que íbamos a jugar al mono y la veterinaria.

—Ya no quiere —dijo Summa con dureza.

Se estaban acercando a las afueras de Mora, pasaron por varias urbanizaciones, algunos polígonos con centros comerciales y talleres de coches con algunos vehículos desperdigados en los aparcamientos. El bosque estaba cada vez más podado y al cabo de un rato dejó de haber valla de

protección.

Joona redujo la velocidad hasta aparcar delante del edificio amarillo de la estación. Abrió el portaequipajes y bajó la gran maleta con ruedas.

—¿Anoche sacaste tus cosas? —preguntó Summa.

—Sí.

—¿Y metiste cosas nuestras?

Joona asintió en silencio y miró el lugar donde se encontraba el cambio de vías con cuatro vías paralelas, terraplenes de grava sucia, hierbajos y traviesas oscuras.

Summa se le plantó delante.

—Tu hija te necesita.

—No tengo elección —respondió él y miró por la luna trasera del coche.

Lumi estaba metiendo una gran muñeca en su mochila rosa.

—Tienes un montón —continuó Summa—. Pero en vez de luchar, simplemente te rindes. Si ni siquiera sabes si la amenaza es real. Todo esto me parece increíble.

—No encuentro a Lolo —se quejó Lumi.

—El tren sale dentro de veinte minutos —dijo Joona conteniéndose.

—No quiero vivir sin ti —dijo Summa entre dientes e intentó cogerle la mano a Joona—. Quiero que todo vuelva a ser como antes...

—Sí.

—Si nos haces esto te quedarás solo.

Joona no respondió. Lumi se bajó del coche, iba arrastrando la mochila por el suelo. Tenía un clip rojo colgando del pelo.

—¿Quieres vivir una vida solo?

—Sí —dijo él.

Entre los árboles del otro lado de las vías se abría la bahía más septentrional del lago Siljan.

—Dile adiós a papá —dijo Summa desganada empujando a su hija un paso adelante.

Lumi se quedó quieta con cara triste y la mirada clavada en el suelo.

—Date prisa —dijo Summa.

Lumi levantó la cabeza unos segundos y dijo:

—Adiós, mono.

—Hazlo bien —dijo Summa irritada—. Dile adiós de verdad.

—No quiero —responde Lumi y se agarró a la pierna de su madre.

—Hazlo igualmente —dijo Summa.

Joona se puso de cuclillas delante de su hija. Tenía la frente sudada.

—¿Me das un abrazo?

Ella negó con la cabeza.

—Que viene el mono con sus brazos gigantes —bromeó él.

Levantó a Lumi, notó que el cuerpecito intentaba resistirse, oyó a la niña reírse, aunque notara que algo estaba yendo mal. Intentó liberarse pataleando, pero Joona siguió abrazándola unos segundos, sólo para sentir el olor de su cuello y de su nuca.

—¡Tonto! —gritó la niña.

—Lumi —susurró él en su mejilla—. Nunca te olvides de que te quiero más que nada en este mundo.

—Vamos —dijo Summa.

Joona dejó a Lumi en el suelo y trató de sonreír. Quería acariciarle la mejilla, pero no se vio capaz. Era como si su cuerpo se hubiese roto en mil pedazos y luego los hubiese pegado otra vez.

Summa lo miró con cara de horror, petrificada. Cogió a Lumi de la mano y empezaron a caminar.

Esperaron en silencio a que llegara el tren. No había nada más que decir. Algunas semillas de diente de león planeaban con el viento sobre las vías.

Joona recuerda que el olor a quemado de los frenos todavía flotaba en el aire cuando el tren comenzó a alejarse por el andén. Como en un sueño se quedó mirando a su hija por la ventana, su cara pálida y la manita diciéndole tímidamente adiós. A su lado estaba Summa como una sombra paralizada. Antes de que el tren hubiese desaparecido, detrás de la curva que baja hacia el puerto, Joona dio media vuelta y volvió al coche.

Hizo ciento cuarenta kilómetros con la mente en blanco. Se sentía vacío y totalmente ausente.

Era un conductor sin recuerdos.

Y al final llegó a su destino.

La luz de los faros se abría paso en la oscuridad hasta topar con siluetas de metal. Se metió en el polígono industrial de Ludvika y bajó al puerto, junto a la central térmica. Allí no había nadie excepto un coche grande de color gris aparcado entre dos montañas de virutas de madera. Joona se detuvo junto al vehículo y de pronto se sintió invadido por una extraña calma. Era tan fuerte que una parte de su cerebro comprendió en seguida que estaba en una especie de *shock*.

Bajó del coche y miró a su alrededor. Nålen lo estaba esperando en la oscuridad de la noche. Llevaba un mono blanco, parecía estar controlándose y por la cara que llevaba parecía muy cansado.

—¿Listo? ¿Ya se han ido? —preguntó con esa aspereza que le salía en la voz siempre que algo le tocaba la fibra.

—Se han ido —se limitó a responder Joona.

Nålen asintió con la cabeza un par de veces. Sus gafas blancas brillaban débilmente con el tenue resplandor de una farola que había un poco más lejos.

—No me diste ninguna opción —dijo luego con dureza.

—Es cierto —contestó Joona—. No tienes ninguna opción.

—Los dos acabaremos en la calle por esto —dijo Nålen con cara inexpresiva.

—Pues que así sea —dijo Joona.

Dieron la vuelta al coche.

—Son dos, reaccioné en cuanto entraron.

—Bien.

—Dos —repitió Nålen casi para sí.

Joona recordó cómo dos noches atrás se había despertado al lado de su mujer y de su hija porque el móvil empezó a vibrar en su chaqueta, que estaba colgada en el pasillo.

Alguien le había mandado un mensaje. Cuando se levantó y vio que era de Nålen comprendió al instante de qué se trataba.

Se habían puesto de acuerdo en que en cuanto Nålen encontrara dos cuerpos que encajaran, él se iría con Summa y Lumi bajo el pretexto de que por fin iban a poder hacer ese viaje que tanto habían deseado.

Joona había esperado noticias de Nålen durante casi tres semanas y el asunto se estaba empezando a alargar demasiado. Joona vigilaba a su familia, pero sabía que a la larga era inviable. Jurek Walter era un hombre que sabía esperar.

Joona sabía que el mensaje de Nålen significaba que iba a perder a su familia. Pero también sabía que significaba que por fin podría proteger a Summa y a Lumi.

Nålen abrió las dos puertas del maletero del coche gris.

Dentro había dos camillas cubiertas de tela que perfilaban la silueta de dos cuerpos, uno más grande y otro más pequeño.

—Son una mujer y una niña, fallecieron en un accidente esta mañana. No había más vehículos involucrados —le explicó Nålen y tiró de una de las camillas para sacarla—. Las he hecho desaparecer —continuó sin demasiadas explicaciones—. No existen, ni rastro, lo he borrado todo.

Soltó un jadeo cuando sacó el segundo cuerpo. Las patas de la camilla bajaron de golpe y el metal comenzó a restallar con los temblores de las ruedas al moverse por el suelo.

Sin ningún tipo de reparo Nålen bajó la cremallera de uno de los sacos.

Joona apretó la mandíbula y se obligó a mirar.

Dentro había una mujer joven con los ojos cerrados y expresión tranquila. Tenía todo el torso destrozado. Los brazos parecían estar fracturados por varios sitios y la pelvis estaba completamente fuera de lugar.

—El coche cayó por un puente —dijo Nålen con su voz nasal y áspera—. Los daños en el torso y el abdomen son porque se quitó el cinturón. A lo mejor sólo iba a recoger el chupete de la niña. No sería la primera vez que lo veo.

Joona observó a la mujer. En su cara no había el menor atisbo de dolor ni de miedo. Nada que pudiera decir lo que le había pasado a su cuerpo.

Cuando miró a la niña y le vio la cara las lágrimas comenzaron a brotar.

Nålen dijo algo entre dientes y volvió a cerrar los sacos.

—Pues ya está —dijo—. Con esto, Catharina y Mimmi ya nunca volverán a aparecer, no las identificarán. Nunca.

Se quedó en blanco por unos instantes y después continuó en tono irascible:

—El padre de la niña se ha pasado toda la noche yendo de hospital en hospital buscándolas. Hasta llamó a mi departamento y estuve hablando con él.

Nålen frunció los labios.

—Van a ser enterradas como Summa y Lumi... Yo me ocupo de falsificar las radiografías dentales.

Le echó una última mirada inquisitiva a Joona, pero sin obtener respuesta. Entre los dos subieron los cuerpos al otro coche.

Se le hacía francamente raro conducir un coche con dos cadáveres como acompañantes. Las carreteras estaban a oscuras. En las cunetas había erizos atropellados, un tejón lo miró con ojos iluminados desde el lindero del bosque, hipnotizado por los faros.

Cuando llegó a la cuesta que había elegido se puso a colocar los cuerpos. Sin más ruido que su esforzada respiración, el fregamiento de la ropa en los asientos y el ruido sordo de brazos y piernas al caerse, Joona puso a la mujer muerta al volante. Después sentó a la niña en la sillita de Lumi.

Se asomó dentro del coche, soltó el freno de mano, empezó a moverlo y poco a poco comenzó a rodar cuesta abajo. De vez en cuando Joona tenía que meter el brazo para corregir el volante. El vehículo ganó velocidad, Joona se puso a correr. Con un ruido fuerte y sordo el coche se empotró en un robusto abeto. La chapa del morro chirrió al doblarse en torno al tronco. La mujer impactó flácida contra el volante. El cuerpo de la niña dio un tirón en la sillita.

Joona cogió el bidón de gasolina del maletero y roció los asientos. Empapó las piernas de la niña y todo el cuerpo lacerado de la mujer.

Al cabo de un rato le costaba respirar. Su corazón alterado se le estaba atragantando.

Joona Linna murmuró algo para sí y luego sacó a la niña del coche. Iba de un lado para otro abrazándola, pegándola a su cuerpo, meciéndola y susurrándole algo al oído. Después la sentó en el regazo de la madre, en el asiento del conductor.

Cerró la puerta en silencio y vació el bidón sobre el resto del coche. La ventanilla de atrás estaba bajada.

El fuego se adueñó del coche como un ángel de la muerte de piel azul.

Por la ventanilla podía ver la cara incomprensiblemente tranquila de la mujer mientras las llamas le devoraban el pelo.

El coche estaba incrustado en el árbol. Todo el vehículo ardía con violencia. Las llamas azotaban la noche con gritos silbantes.

De pronto fue como si Joona despertara. Corrió hacia el coche para volver a sacar los cuerpos. Se quemó las manos al abrir la puerta. Intentó agarrar el cuerpo de la mujer, su chaqueta estaba envuelta en llamas. Sus inertes piernas parecían patalear para apartar las llamas.

«Papá, papá. Ayúdame, papá.»

Joona sabía que no era real, sabía que las dos estaban muertas, pero aun así no podía soportarlo. Se asomó en el fuego y cogió a la niña de la mano.

Entonces el tanque de combustible estalló por el calor. Joona apenas pudo oír la explosión antes de que le reventaran los tímpanos. Como en un sueño sintió la sangre correr por la nariz y las orejas, cayó de espaldas sin poder frenarse con las manos y notó el impacto en el cogote. Su cerebro escocía de dolor. Antes de perder la visión vio las hojas del árbol planeando incandescentes hasta llegar al suelo.

Joona está mirando por la ventana del avión y no oye el aviso de que han empezado a descender hacia el aeropuerto internacional de Helsinki.

Hace doce años le cortó un dedo al mismísimo diablo y como castigo fue condenado a la soledad. Es un precio muy alto, pero siempre ha tenido la sensación de que no era suficiente, que el castigo era demasiado leve, que el diablo ha estado esperando el momento de poder arrebatarle algo más o a que Joona tuviera la sensación de que todo había quedado atrás y que había sido perdonado.

El comisario se acomoda en el asiento, espera el descenso final y trata de recuperar la respiración normal. El hombre que tiene al lado lo mira con cara de preocupación.

El sudor corre por la frente de Joona.

No es la migraña, es otra cosa, la gran oscuridad que nace del pasado.

Consiguió pararle los pies a Jurek Walter, el asesino en serie, un hecho que no se puede ni olvidar ni archivar, sin más.

No tenía elección, pero el precio fue muy elevado. Demasiado.

No valía la pena.

Se le pone la piel de gallina, Joona se rasca el pelo con una mano y aprieta el suelo del avión con los pies.

Va a reunirse con Summa y Lumi. Está a punto de hacer algo imperdonable. Mientras Jurek Walter crea que están muertas las dos estarán a salvo. Quizá en este momento Joona esté guiando a un asesino en serie hasta su familia.

Joona ha dejado su teléfono móvil en Estocolmo. Utiliza un pasaporte falso y lo paga todo en metálico. Cuando baja del taxi camina dos manzanas, se detiene en un portal e intenta ver algo a través de las ventanas de su oscuro piso.

Espera un rato y luego se mete en una cafetería un poco más abajo, paga diez euros para que le presten un teléfono y llama a Saga Bauer.

—Necesito ayuda —dice con una voz con la que apenas se reconoce.

—¿Sabes que todo el mundo te está buscando? Tendrías que ver el ambiente que hay...

—Necesito que me ayudes con una cosa.

—Sí —dice Saga de pronto con voz tranquila y atenta.

—Después de darme la información —continúa Joona— tienes que estar completamente segura de que borras el historial de búsquedas.

—Vale —dice ella en voz baja y sin titubear.

Joona traga saliva, mira el papelito que Rosa Bergman le había dado y después le pide a Saga que mire si una tal Laura Sandin de la calle Liisankatu número 16 en Helsinki sigue con vida.

—¿Te puedo llamar dentro de un rato? —pregunta ella.

—Prefiero que no, búscalo mientras hablamos —responde él.

Los minutos que siguen son los más largos de toda su vida. Joona observa el polvo brillante sobre el mostrador, la máquina de café y las marcas que las sillas han dejado en el suelo.

—¿Joona? —dice por fin Saga.

—Estoy aquí —susurra él.

—Laura Sandin enfermó de cáncer hepático hace dos años...

—Continúa —dice Joona, y nota que el sudor empieza a bajarle por la espalda.

—Sí, la operaron el año pasado. Y ella... pero...

Saga Bauer dice algo para sí.

—¿Qué pasa? —pregunta Joona.

Saga se aclara la garganta y dice con un atisbo de estrés en la voz, como si acabara de

comprender que se trata de un asunto de especial importancia:

—La operaron por segunda vez hace poco, la semana pasada...

—¿Está viva?

—Eso parece... Todavía sigue en el hospital —dice Saga con delicadeza.

Cuando Joona se mete por el pasillo donde está la habitación de Summa el mundo a su alrededor parece ralentizarse. El sonido de fondo de los televisores y las charlas suenan más y más lentos.

Abre suavemente la puerta de la habitación y entra.

En la cama hay una mujer delgada mirando hacia otro lado.

La ventana está cubierta con una cortina fina de algodón. Sus brazos enflaquecidos descansan sobre la manta. Su pelo oscuro está grasiento y sin brillo.

Joona no puede decir si está dormida o no, pero tiene que verle la cara. Se acerca. Todo está en silencio.

La mujer, que en otra vida se llamó Summa Linna, está muy cansada. Su hija ha pasado toda la noche a su lado y ahora está durmiendo en la sala para familiares.

Summa ve la tenue luz del día atravesando las fibras de la cortina y piensa que el ser humano está destinado a permanecer inevitablemente solo. Guarda algunos buenos recuerdos que suele recuperar de la memoria cuando se siente más sola y asustada. Cuando la sedaron para la operación se dejó transportar por esos instantes.

Las noches claras de verano cuando era niña.

El momento en que nació su hija y entrelazaron los dedos.

La boda, aquel día de verano, en la que llevó la corona de novia que su madre había trenzado con raíz de abedul.

Summa traga saliva y recuerda que está viva, siente su corazón latiendo en el pecho. Pero tiene tanto miedo de morir y dejar a Lumi sola en el mundo.

Siente que le queman los puntos de la operación cuando se vuelve. Cierra los ojos, pero en seguida los abre otra vez.

Tiene que parpadear varias veces para comprender que su mensaje ha llegado a su destino.

Joona Linna se inclina hacia Summa y ella le acaricia la cara. Le pasa las manos por el pelo grueso y rubio.

—Si me muero tienes que cuidar de Lumi —susurra.

—Lo prometo.

—Y tienes que verla antes de que te vuelvas a marchar —dice—. Tienes que verla.

Joona le pone las manos en las mejillas y le acaricia la cara. En voz baja le dice que está igual de hermosa que siempre. Ella sonríe. Después Joona desaparece y Summa siente que ha dejado de tener miedo.

La sala para familiares está austeramente amueblada, hay una tele anclada a la pared y una mesa de madera llena de quemaduras de cigarrillo delante de un sofá ajado.

En él hay una niña de quince años que se ha quedado dormida. Sus ojos están doloridos por las lágrimas y tiene una de las mejillas marcadas con el dibujo del cojín. Se despierta de golpe con una extraña sensación en el cuerpo. Alguien la ha tapado con una manta. Le han quitado los zapatos y se los han colocado al lado del sofá.

Alguien ha ido a verla. Mientras dormía, alguien se ha sentado a su lado y la ha estado cogiendo con cariño de la mano.

En la antigua carretera comarcal, a medio camino entre Estocolmo y Uppsala, se encuentra el hospital Löwenströmska, mandado construir por Gustaf Adolf Löwenström a principios del siglo XIX en un intento de purgar la gran culpa que cargaba su familia. Su hermano había asesinado al rey Gustavo III en el baile de máscaras de la ópera.

Anders Rönn tiene veintitrés años y se acaba de sacar el título de médico. Es delgado y tiene un rostro bonito y delicado. Hoy empieza a trabajar en el hospital Löwenströmska. Es su primer día. El sol bajo de otoño ilumina de lado las coronas de los árboles cuando Anders entra en el gran vestíbulo.

Detrás del moderno edificio principal de ladrillo rojo hay un edificio anexo bastante peculiar. Desde arriba parece una cruz flordelisada. Es el gran departamento psiquiátrico, compuesto por la sección de psiquiatría forense y el módulo de seguridad.

En el bosque del jardín hay una escultura de bronce de un niño que toca la flauta dulce. Tiene un pájaro en el hombro y otro en el ala del sombrero.

Un caminito de tierra marca un paseo por el terreno. A un lado se extiende un bucólico paisaje de campos de pasto que llegan hasta el lago Fysingen. Al otro hay una valla de cinco metros de altura cubierta de alambre de púas que marca el límite de un patio a la sombra con un banco solitario que está rodeado de colillas.

En el centro psiquiátrico no está permitida la entrada a menores de catorce años ni tomar fotos ni hacer grabaciones de audio.

Anders Rönn camina por el suelo de cemento, pasa por debajo de un baldaquín de chapa descascarillada y cruza las puertas de cristal.

Sus pasos sobre la alfombra de plástico de color hueso son casi imperceptibles. En el tejido hay marcas de las ruedas de las camillas. Cuando llega al ascensor se da cuenta de que ya está en la segunda planta.

La primera queda bajo tierra y alberga la sección 30, el departamento aislado de psiquiatría forense.

El ascensor del edificio no baja más, pero detrás de una valla ocre de acero hay una escalera de caracol que lleva hasta la planta cero.

Allí es donde se encuentra el módulo de seguridad, la zona de aislamiento, separada de todo lo demás como un búnker.

La capacidad máxima de esta sección aislada es de tres pacientes, pero desde hace doce años sólo tienen a uno, el viejo Jurek Walter.

Jurek Walter fue condenado a tratamiento psiquiátrico con protocolo restringido de alta seguridad y en el momento de su llegada era tan agresivo que lo mantuvieron sedado y atado con correas.

Hace nueve años le diagnosticaron «esquizofrenia, sin especificar. Pensamiento caótico. Ataques psicóticos reiterados de carácter iracundo y extremadamente violento».

Es el único diagnóstico que se le ha hecho hasta la fecha.

—Te dejaré pasar —dice una mujer mofletuda y con ojos apacibles.

—Gracias.

—¿Conoces al paciente? ¿Jurek Walter? —le pregunta ella, pero no parece esperar la respuesta.

Anders Rönn cuelga la llave de la verja de metal en el armarito, en la sección de seguridad, antes de que la mujer le abra la primera puerta de la esclusa. El joven entra y espera a que la puerta se cierre antes de poder pasar la siguiente. Cuando suena la señal acústica la mujer procede a abrirla. Anders se vuelve y le dice adiós antes de continuar por el pasillo en dirección a la sala de personal de la zona de aislamiento.

Un hombre corpulento de unos cincuenta años, con hombros caídos y pelo rapado, está fumando debajo del ventilador de la cocinita. Aparta la brasa del cigarro, la echa en el fregadero, guarda lo que queda de él en el paquete y se lo mete en el bolsillo de la bata.

—Roland Brolin, jefe de servicio —se presenta.

—Anders Rönn.

—¿Cómo has acabado aquí? Será que no hay más sitios en el mundo —pregunta el jefe de servicio.

—Tengo dos críos y quería un trabajo cerca de casa —responde Anders Rönn.

—Has escogido un buen día para empezar —sonríe Roland Brolin y comienza a caminar por el pasillo insonorizado.

El médico saca su tarjeta, espera a que la cerradura de la puerta de seguridad emita su particular chasquido y luego la empuja con un suspiro. La suelta antes de que Anders haya pasado del todo y la pesada hoja le da un golpe en el hombro.

—¿Hay algo que debería saber sobre el paciente? —pregunta Anders parpadeando para quitarse las lágrimas.

Brolin agita la mano en el aire y suelta una ristra de datos de memoria:

—Nunca puede estar a solas con alguien del personal, nunca se le ha concedido un permiso, nunca puede ver a otros pacientes, no puede recibir visitas y nunca puede salir al patio. Tampoco...

—¿Nunca? —interrumpe Anders dubitativo—. No está permitido encerrar a...

—No, no está permitido —dice Roland tajante.

De pronto el ambiente se vuelve tenso. Pero al final Anders pregunta con cautela:

—¿Qué ha hecho ese hombre?

—Maravillas —responde Roland.

—¿Tipo?

El jefe de servicio le echa una mirada y su cara gris e hinchada se abre de repente en una amplia sonrisa.

—Eres un auténtico novato —dice con una risotada.

Cruzan otra puerta de seguridad y una mujer con *piercings* en las mejillas les guiña el ojo.

—Volved sanos y salvos —dice.

—No te preocupes —le dice Roland a Anders bajando la voz—. Jurek Walter es un hombre mayor y tranquilo. Ni se pelea ni levanta la voz. Él piensa en sus cosas y nunca entramos en la celda. Pero ahora tenemos que hacerlo porque los chicos que estuvieron de guardia anoche vieron que estaba escondiendo un cuchillo debajo del colchón y...

—¿De dónde demonios lo ha sacado?

A Roland le suda la frente, se pasa la mano por la cara y se seca en la bata.

—Jurek Walter puede ser bastante manipulador y... Vamos a investigar el asunto, pero quién sabe...

El jefe de servicio pasa su tarjeta por otro lector e introduce un código. El aparato pita y la cerradura de la puerta se abre.

—¿Para qué quiere el cuchillo? —pregunta Anders y se apresura a cruzar la puerta—. Si quisiera quitarse la vida ya lo habría hecho, ¿no?

—A lo mejor le gustan los cuchillos —responde Roland.

—¿Es propenso a fugarse?

—En todos estos años no ha hecho ningún intento.

Llegan a una esclusa con puertas de hierro recubiertas con tela metálica.

—Espera —dice Roland y le acerca una cajita con tapones amarillos para los oídos.

—Has dicho que no grita.

Roland parece muy cansado, como si llevara varios días sin dormir. Observa unos segundos a su nuevo compañero y suspira con pesadez antes de explicarse.

—Jurek Walter hablará contigo, en tono relajado, seguramente de buenas maneras —le dice con voz seria—. Pero más tarde, esta noche, cuando vuelvas a casa, te pasarás al carril contrario y chocarás de frente con un camión... o pararás en Järnia y te comprarás una hacha antes de ir a recoger a los niños a la guardería.

—¿Quieres asustarme? —sonríe Anders.

—No, pero sí advertirte para que vayas con cuidado —dice Roland—. Yo sólo he entrado en la celda una vez, el año pasado, poco después de Semana Santa. Acababa de conseguir unas tijeras.

—Es viejo, ¿verdad?

—No te preocupes, todo irá bien...

La voz de Roland se apaga y su mirada se vuelve imprecisa. Antes de entrar a la esclusa le susurra a Anders:

—Compórtate como si estuvieras aburrido de la vida, como si lo que haces cerca de él no fuera más que una triste rutina diaria, como cambiar sábanas en una residencia de ancianos.

—Lo intentaré.

La cara flácida de Roland se ha tensado y ahora su mirada es dura y nerviosa.

—No diremos ni una palabra sobre lo que vamos a hacer, haremos ver que vamos a ponerle una inyección de Risperdal, como siempre.

—Pero...

—Pero en realidad vamos a darle una sobredosis de Mirtazapin —dice el jefe de servicio.

—¿Una sobredosis?

—Lo probé la otra vez y entonces... Bueno, al principio se puso muy agresivo, pero sólo un momento. Porque después empiezan a hacer efecto los supresores de movimientos... la parálisis empezó en la cara y en la lengua. No podía hablar bien. Después cayó desplomado al suelo, se quedó de lado, respirando. Luego le entraron un montón de rampas, casi como un ataque epiléptico, le duró bastante rato, pero cuando terminaron estaba cansadísimo y atontado, casi ausente... Entonces aprovechamos para entrar y coger el cuchillo.

—¿Por qué no somníferos?

—Habría sido mejor —asiente Roland—. Pero prefiero utilizar los mismos medicamentos que tiene recetados.

Pasan la esclusa enrejada y entran en la sección de Jurek Walter. Una luz pálida ilumina débilmente el pasillo. Entra por el cristal blindado de una ventanita que hay en una puerta de hierro blanca con tranca y trampilla.

Roland Brolin le hace gestos a Anders para que se espere. Se mueve más despacio, como si

quisiera acercarse al cristal blindado sin ser visto.

Quizá tiene miedo de llevarse una sorpresa.

Mantiene la distancia de seguridad con el cristal y se desplaza de lado, pero de pronto relaja la cara y le indica a Anders que se puede acercar. Los dos hombres se aproximan a la ventanita de la puerta. Anders mira dentro de una luminosa habitación, bastante grande y sin ventanas.

En la celda de aislamiento, sentado en una silla de plástico, hay un hombre en vaqueros y camisa tejana. Está inclinado hacia adelante, apoyándose con los codos en las rodillas. De repente levanta la cabeza y su mirada clara se dirige directamente a la puerta. Roland Brolin da un paso atrás.

Jurek Walter va afeitado y se ha peinado el pelo cano con raya y flequillo. Tiene la cara pálida y llena de arrugas profundas. Son las marcas del tormento.

Roland vuelve a la última esclusa, abre una taquilla oscura y saca tres botellines de cristal con cuello ancho y tapones de aluminio. Todos contienen un polvo amarillo. Vierte dos mililitros de agua en cada uno, las inclina y las hace girar con cuidado para que el polvo se diluya. Después extrae las tres soluciones con una sola jeringuilla.

Se acercan juntos al cristal blindado otra vez. Jurek Walter se ha sentado en la cama. Roland se pone los tapones en los oídos y abre la trampilla de la puerta.

—Jurek Walter —dice con voz desganada—. Es la hora...

Anders observa al hombre mientras se levanta de la cama, vuelve la cabeza hacia la puerta y empieza a acercarse mientras se desabrocha la camisa.

—Detente y quítate la camisa —dice Roland a pesar de que el hombre ya lo esté haciendo.

Jurek Walter sigue avanzando lentamente.

Roland cierra la trampilla y echa el cerrojo con movimientos demasiado rápidos y nerviosos. Jurek se detiene, abre los últimos botones de sus camisa y se la quita. Tiene tres cicatrices redondas en el pecho. La piel de su cuerpo cuelga flácida sobre los músculos. Roland abre de nuevo la trampilla y Jurek Walter da los últimos pasos hasta llegar a la puerta.

—Saca el brazo —dice Roland y un breve hipo en la respiración delata su miedo.

Jurek no se encuentra con su mirada, pero mira a Anders con interés.

Saca un brazo viejo y lleno de manchitas por la trampilla. Tiene tres largas marcas de quemadura en el antebrazo.

Roland introduce la jeringuilla en la gruesa vena y le inyecta la sustancia a toda prisa. La mano de Jurek da un respingo de sorpresa, pero no la retira hasta que le dan permiso. El jefe de servicio cierra la trampilla y echa el cerrojo rápidamente antes de mirar por la ventanita. Jurek Walter se tambalea hacia la cama. Con movimientos espasmódicos se sienta en el borde. A Roland se le cae la jeringuilla y los dos médicos la ven rodar por el suelo de cemento.

Cuando vuelven a mirar a Jurek Walter ven que el interior del cristal está lleno de vaho. Jurek le ha echado el aliento y ha escrito JOONA con el dedo.

—¿Qué pone? —pregunta Anders en voz baja.

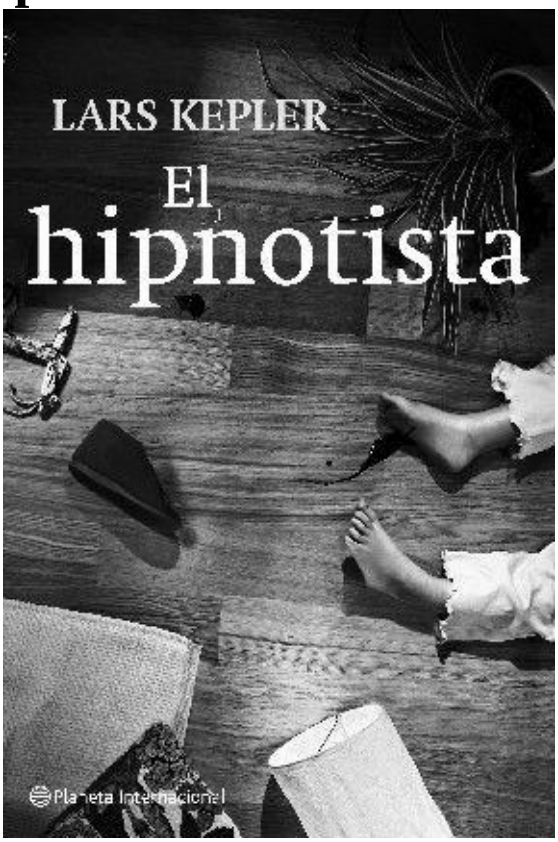
—Ha escrito «Joona».

—¿Joona?

—¿Qué demonios significa?

El vaho desaparece y ven que Jurek Walter está sentado en la cama igual que antes, como si no se hubiese movido del sitio.

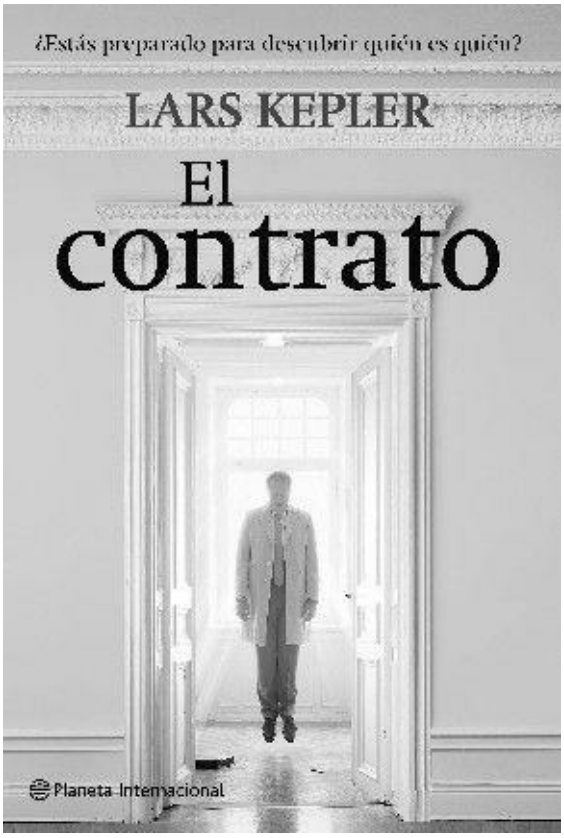
Otros títulos publicados en Planeta Internacional



«Ahora estás completamente relajado. Todo está bien. Quiero que intentes recordar qué pasó ayer.»

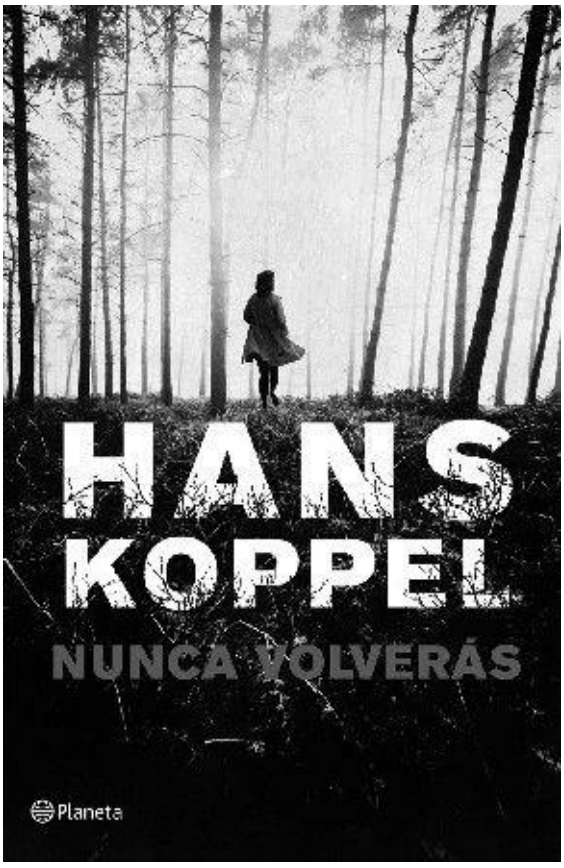
Estocolmo. Una familia es asesinada a sangre fría. El único superviviente de la masacre es Joseph, de tan sólo quince años. Joona Linna, el detective encargado de la investigación, convence a Erik Maria Bark, médico experto en tratamientos de *shock* y traumas, para que someta al chico a una sesión de hipnotismo y así desvelar qué ocurrió en su casa la noche anterior.

El hipnotista es una estremecedora e inquietante novela negra que, a la vez, construye un fascinante rompecabezas. Un certero e inusual retrato de la Suecia contemporánea que no dejará indiferente a ningún lector.



Una mujer aparece misteriosamente muerta en una embarcación de recreo en el archipiélago de Estocolmo. Su cuerpo está seco, pero la autopsia revela que sus pulmones están llenos de agua. Al día siguiente, Carl Palmcrona, director general del ISP, organismo de Inspección de Productos Estratégicos de Suecia, aparece ahorcado en su casa. Parece flotar en el aire mientras suena una enigmática música de violín de fondo. No tenía familia. Nadie le frecuentaba fuera de la oficina. Nadie sabe nada.

El detective Joona Linna será el encargado de intentar establecer un vínculo entre estos dos sucesos que, a primera vista, no tienen demasiada relación entre sí, pero que él conseguirá vincular, destapando así una trama escalofriante.



Mike Zetterberg, su esposa Ylva y su hija Sanna viven en Helsingborg, en el sur de Suecia. Cuando una tarde, tras el trabajo, Ylva no regresa a casa, su marido deduce que está con sus compañeros tomando una copa. Pero a medida que pasan las horas su preocupación va en aumento. Ylva se ha esfumado sin dejar rastro. Pasados unos días, la policía investiga el entorno de la desaparecida y sigue de cerca los movimientos de Mike, que pasa a ser el principal sospechoso. Para él, la vida se convierte en un infierno: no sólo tiene que demostrar su inocencia, sino también coger fuerzas para sacar adelante a su hija a pesar de su desasosiego y su desconcierto. Lo paradójico es que Ylva está secuestrada a pocos metros de allí, en la casa de sus vecinos; esa pareja mayor que se mudó hace unos meses al barrio y que parece tan normal.

«Una obra de una profesionalidad suprema, de tensión casi tangible, envuelta en una prosa cruda y contundente.»

THE INDEPENDENT

La vidente

Lars Kepler

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Eldvittnet*

Del diseño original de la portada, Hummingbirds

© de la imagen de la portada, Love Lannér

© Lars Kepler, 2011

Publicado por primera vez por Albert Bonniers Förlag, Estocolmo, Suecia

Publicado en español de acuerdo con Bonnier Group Agency, Estocolmo, Suecia

© de la traducción, Pontus Sánchez, 2012

© Editorial Planeta, S. A., 2012

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): setiembre de 2012

ISBN: 978-84-08-02096-7 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.

www.newcomlab.com

Table of Contents

Portada 2
Cita 7
Un médium 8
Capítulo 1 9
Capítulo 2 10
Capítulo 3 11
Capítulo 4 13
Capítulo 5 14
Capítulo 6 15
Capítulo 7 17
Capítulo 8 18
Capítulo 9 20
Capítulo 10 22
Capítulo 11 24
Capítulo 12 25
Capítulo 13 27
Capítulo 14 29
Capítulo 15 30
Capítulo 16 32
Capítulo 17 33
Capítulo 18 34
Capítulo 19 36
Capítulo 20 38
Capítulo 21 40
Capítulo 22 41
Capítulo 23 43
Capítulo 24 44
Capítulo 25 46
Capítulo 26 48
Capítulo 27 50
Capítulo 28 52

Capítulo 29 54
Capítulo 30 55
Capítulo 31 58
Capítulo 32 60
Capítulo 33 62
Capítulo 34 65
Capítulo 35 67
Capítulo 36 69
Capítulo 37 71
Capítulo 38 73
Capítulo 39 76
Capítulo 40 77
Capítulo 41 78
Capítulo 42 80
Capítulo 43 83
Capítulo 44 86
Capítulo 45 88
Capítulo 46 89
Capítulo 47 91
Capítulo 48 94
Capítulo 49 96
Capítulo 50 98
Capítulo 51 100
Capítulo 52 103
Capítulo 53 104
Capítulo 54 107
Capítulo 55 109
Capítulo 56 111
Capítulo 57 113
Capítulo 58 114
Capítulo 59 116
Capítulo 60 117
Capítulo 61 119
Capítulo 62 120

Capítulo 63 122

Capítulo 64 124
Capítulo 65 126
Capítulo 66 128
Capítulo 67 130
Capítulo 68 132
Capítulo 69 134
Capítulo 70 136
Capítulo 71 138
Capítulo 72 140
Capítulo 73 142
Capítulo 74 144
Capítulo 75 146
Capítulo 76 149
Capítulo 77 151
Capítulo 78 153
Capítulo 79 155
Capítulo 80 157
Capítulo 81 159
Capítulo 82 160
Capítulo 83 162
Capítulo 84 163
Capítulo 85 164
Capítulo 86 166
Capítulo 87 168
Capítulo 88 169
Capítulo 89 170
Capítulo 90 172
Capítulo 91 174
Capítulo 92 176
Capítulo 93 178
Capítulo 94 179
Capítulo 95 180

Capítulo 96 181
Capítulo 97 182

Capítulo 98 184
Capítulo 99 186
Capítulo 100 188
Capítulo 101 189
Capítulo 102 191
Capítulo 103 192
Capítulo 104 194
Capítulo 105 196
Capítulo 106 198
Capítulo 107 200
Capítulo 108 201
Capítulo 109 204
Capítulo 110 206
Capítulo 111 207
Capítulo 112 209
Capítulo 113 210
Capítulo 114 213
Capítulo 115 216
Capítulo 116 217
Capítulo 117 219
Capítulo 118 221
Capítulo 119 222
Capítulo 120 223
Capítulo 121 225
Capítulo 122 226
Capítulo 123 227
Capítulo 124 228
Capítulo 125 230
Capítulo 126 232
Capítulo 127 233
Capítulo 128 235

Capítulo 129 236
Capítulo 130 238
Capítulo 131 240

Capítulo 132 241
Capítulo 133 242
Capítulo 134 243
Capítulo 135 245
Capítulo 136 247
Capítulo 137 249
Capítulo 138 251
Capítulo 139 253
Capítulo 140 255
Capítulo 141 257
Capítulo 142 259
Capítulo 143 261
Capítulo 144 263
Capítulo 145 264
Capítulo 146 267
Capítulo 147 269
Capítulo 148 271
Capítulo 149 272
Capítulo 150 273
Capítulo 151 274
Capítulo 152 276
Capítulo 153 277
Capítulo 154 279
Capítulo 155 282
Capítulo 156 284
Capítulo 157 286
Capítulo 158 288
Capítulo 159 289
Capítulo 160 290
Capítulo 161 292
Capítulo 162 293

Capítulo 163 294
Capítulo 164 295
Capítulo 165 296

Capítulo 166 298
Capítulo 167 300
Capítulo 168 302
Capítulo 169 303
Capítulo 170 304
Capítulo 171 305
Capítulo 172 306
Capítulo 173 308
Capítulo 174 310
Capítulo 175 311
Capítulo 176 313
Capítulo 177 314
Capítulo 178 316
Capítulo 179 318
Capítulo 180 320
Capítulo 181 322
Capítulo 182 323
Capítulo 183 325
Capítulo 184 327
Capítulo 185 329
Capítulo 186 331
Capítulo 187 334
Capítulo 188 336
Capítulo 189 338
Capítulo 190 339
Capítulo 191 341
Capítulo 192 342
Capítulo 193 343
Capítulo 194 344
Capítulo 195 346

Otros títulos publicados en Planeta Internacional 347
Créditos 350